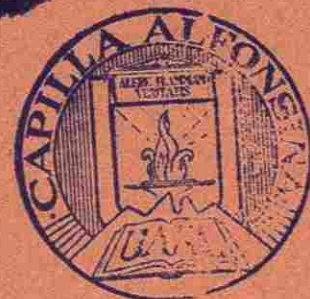
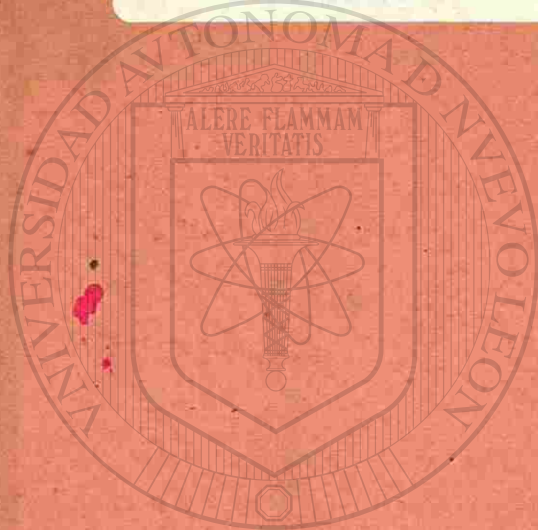




1020028712



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N L

**SIN MADRE**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. E 22312  
Núm. Autor 29059  
Núm. Adg. -8-  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasif. 849  
Código \_\_\_\_\_

823  
C



# SIN MADRE

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE  
**HUGO CONWAY**

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

**FRANCISCO CARLES**

U A N L

SÉPTIMA EDICIÓN UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

098405

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 166.

SUCURSAL

Espoz y Mina, 15

MADRID

MAUCCI HERMANOS

BUENOS AIRES

Cuyo, 1070

1908

29059

PR 4699  
FIG  
W58  
1906



**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.:**

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.



## SIN MADRE

I

¿Cómo era posible que el joven Felipe, que durante su infancia solitaria y soñadora pasó horas enteras á las orillas del mar, meditando en las novelas de aventuras y dramática trama que más adelante había de escribir, pudiese figurarse que la primera y la última de todas sería probablemente basada en sus propias peripecias personales?

¿Cómo era posible suponer ó prever que los datos y fundamentos de sus planes, adquiridos gracias al estudio, habían de ser superados de un modo extraordinario, por los inesperados golpes teatrales de la propia existencia, hasta entonces tan tranquila como prosaica?

No recuerdo haber tenido nunca más vivienda que Torwood, cuyo primer destino era un misterio para todo el mundo. Hay que decir, en honor de la verdad, que ese «todo el mundo» debe tener en el caso presente una acepción más restringida que la usual.

PR 4699  
FIG  
W58  
1906



**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.:**

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.



## SIN MADRE

I

¿Cómo era posible que el joven Felipe, que durante su infancia solitaria y soñadora pasó horas enteras á las orillas del mar, meditando en las novelas de aventuras y dramática trama que más adelante había de escribir, pudiese figurarse que la primera y la última de todas sería probablemente basada en sus propias peripecias personales?

¿Cómo era posible suponer ó prever que los datos y fundamentos de sus planes, adquiridos gracias al estudio, habían de ser superados de un modo extraordinario, por los inesperados golpes teatrales de la propia existencia, hasta entonces tan tranquila como prosaica?

No recuerdo haber tenido nunca más vivienda que Torwood, cuyo primer destino era un misterio para todo el mundo. Hay que decir, en honor de la verdad, que ese «todo el mundo» debe tener en el caso presente una acepción más restringida que la usual.

El hallarse el vetusto castillo en una posición aislada y casi inaccesible, hacía que se desechase la idea de una explotación agrícola. A la cuenta, á la persona que lo mandara construir, importábanle muy poco ó nada los medios de comunicación.

Los cuatro lados del vasto cuadro, en cuyo centro elevábase el castillo de Torwood, formábanlos un valle delicioso, una abrupta montaña, una landa inmensa cubierta de helechos y un mar verdoso de horizontes sin fin.

Había yo cumplido los catorce años en la época en que mi padre, deseoso de que mi vida no fuese tan sedentaria como la suya, me regaló una lancha. Debido á esto, en aquellos días en que el estado del mar lo permitía, pasaba dos ó tres horas en el mar. Los viejos y prudentes marinos y pescadores de los alrededores, que se habían hecho muy amigos míos, ofrecíanme, con mucha frecuencia y muy buena voluntad, sus barcas, enseñándome al mismo tiempo lo más elemental de su rudo oficio, y tan bien lo aprendí, tan grandes fueron los progresos que hice, que á los catorce años podía manejar la barra del timón.

Conocía palmo á palmo todos los contornos de la costa, y fuerte, de robusta complexión, nadaba ya á esa edad como un pez. No puedo explicar

qué sentimiento de alegría y de independencia experimentaba al verme dueño de una embarcación que medía dieciocho pies y que una sola persona podía fácilmente dirigir.

Una hermosa mañana, durante la cual la brisa que soplaba con fuerza, me arrastró á lo largo de la costa, caláronse mis ropas, mojándome las olas espumosas, experimenté no obstante ese contratiempo, gran satisfacción. Al poco rato divisé un yate que pasaba rasando la costa, y sin embargo de que no me era posible darme cuenta de su maniobra, procuré acercarme todo lo posible. Admiré sus blancas velas, los elevados mástiles, las elegantes y finas líneas de su tajamar y de su casco, contemplándolo embelesado, cuando, de pronto, oí una voz, la de uno de los pasajeros, que de pie en el puente me preguntaba si quería acercarme más para ponerme al habla. Era la brisa favorable para ello, amainé velas, empuñé los remos é hice rumbo hacia el costado del yate. Desde á bordo me arrojaron un cabo, que así, y mientras procuraba yo mantener mi lancha á la distancia conveniente, uno de los pasajeros, que se apoyaba en el filarete, me dijo, señalando con la mano la costa:

—¿Es fácil desembarcar ahí?

—No hay ningún obstáculo—respondí.

—Tenemos necesidad de dejar en tierra á un amigo que está muy enfermo y al que su estado no permite continuar á bordo.

Al decirme esto, tanto mi interlocutor como su compañero, echáronse á reír.

—Si queréis, yo puedo llevarlo en mi bote—respondí.

—Gracias; sois muy amable. Vamos, Dunstable, es necesario que tengáis valor; ¡ha llegado la hora de la salvación!

A los pocos minutos asomóse un individuo que

tenía livido y convulso el rostro y que presentaba la imagen horrible del mareo. Empero, por muy grandes ó molestos que fuesen sus sufrimientos, aquel desgraciado tenía gran apego á la vida.

—¿Pero no habrá peligro?—preguntó con voz balbuciente y mirada extraviada.—¡Me parece muy chica esta barca para una mar tan gruesa! ¡Y además, con un patrón tan joven, que tendrá tan poca experiencial...

No le contesté ni una sola palabra; mas confieso que en mi fuero interno estaba furioso contra aquel individuo.

—Podéis tranquilizaros, amigo mío, porque ese muchacho maneja su barca tan bien como si fuera una peonza, y con seguridad que ha corrido ya temporales más grandes que éste, que después de todo, no es más que una ligera brisa. Vamos, acabemos de una vez; moveos y saltad á la canoa—contestóle uno de los pasajeros.

Mientras tanto, el infortunado viajero dirigía, á hurtadillas, miradas de desconfianza á mi bote, que brincaba que daba gusto sobre la cresta de las olas.

Un violento espasmo acabó con las vacilaciones del enfermo.

—Pero ahora que me fijo en ello, ¿por qué no me habéis de acompañar?—dijo á manera de observación y con tono suplicante, encarándose con sus compañeros.—Por favor, venid conmigo, y de ese modo os aseguraréis de que quedo en tierra sano y salvo.

Esta observación hizoles á sus oyentes desternillar de risa, y el más joven de los dos replicó:

—Si Rothwel no tiene en ello inconveniente y ese joven capitán se compromete á volvernos á bordo, desde luego estoy dispuesto, amigo mío, á acompañaros.

Asintió Rothwell, y se apresuró á dar al capi-

tán del yate las instrucciones necesarias para que cruzara á lo largo de la costa, en espera de las señales que convinieron. Háblame, entretanto, aproximado más al yate, y fuéme fácil observar lo que en éste pasaba. Cogieron entre ambos á Dunstable por debajo de los sobacos, y haciéndole bajar á mi bote, gritaron:

—¡Ya está!

Embarcáronse inmediatamente sus amigos, largué velas y emprendimos el viaje. Al llegar á la rada, costonos mucho trabajo y mucho tiempo el conseguir que el señor Dunstable se moviese, porque continuaba en muy mal estado, y tiritaba de frío á pesar de llevar puesto el abrigo.

Examinándolos con más detención y á mis anchas, me di cuenta de que los compañeros del señor Dunstable eran personas de buen aspecto, de rostro curtido por el viento y atezado por el sol, y que vestían, además, trajes que más bien adolecían de exceso de comodidad que de elegancia. El de más edad de los dos tenía, al parecer, unos cuarenta y cinco años, el otro diez menos. En cuanto á hacer el retrato del señor Dunstable, dado el estado en que se hallaba, hubiera sido un acto de verdadera traición, pues parecía una masa inerte.

Créese generalmente, pero muy mal creído, que los efectos del mareo desaparecen en cuanto se pone el pie en tierra firme; puedo atestiguar que conozco á varias personas que á las cuarenta y ocho horas de haber desembarcado tenían aún vértigos.

Supe que aquellos viajeros habían salido por la mañana de Hefracombe, con el deliberado propósito de atravesar el estrecho.

El tiempo cambió al poco rato, y el señor Dunstable, presa de horriblos sufrimientos, pidió que le desembarcasen en cualquier parte, aunque fue-

se en una playa desierta, con tal de ser en tierra firme. No hicieron sus compañeros caso de su petición, y habría continuado sufriendo las de Caín, á no haber tenido la buena suerte de encontrarme á su paso.

El pasajero de más edad, apellidado Rothwell, exclamó, al observar lo que pasaba:

—¡Bien! ¿Qué hacemos ahora? Dunstable no se halla en estado de emprender una caminata.

Volvióse, y encarándose conmigo, me preguntó si había facilidad de encontrar algún vehículo en las inmediaciones.

A bordo de mi barco, y con la barra del timón en la mano, parecíame que era un hombre, y expresábame con cierta autoridad; pero una vez en tierra, la timidez de mi carácter dominábame otra vez. Conseguí, sin embargo, hacerles entender que estábamos á bastantes millas de distancia de la carretera, y que la misma distancia nos separaba de Farmesse, que era el único punto en donde podía encontrar un carruaje de alquiler. Al oír mis palabras, mirábanse unos á otros, no sabiendo cómo salir del apuro, y el más joven se expresó del modo siguiente:

—Este pobre diablo de Dunstable no se halla en estado de dar un solo paso.

Y dirigiéndose á este último, añadió:

—Si quisieseis seguir mi consejo, haríais una cosa: veniros otra vez con nosotros.

—¡Yo! ¡Volver á embarcarme! ¡No, de ninguna manera, ni aun cuando por hacerlo me diesen mil libras esterlinas!—respondió Dunstable, palideciendo y estremeeciéndose.

—De todos modos, debe haber algún camino que conduzca á aquella casa que se ve á lo lejos—dijo Rothwell, señalando con la mano una casa lejana.

Sus palabras recordáronme mis deberes hospi-

talarios, porque la casa de que se trataba era la mía, y respondí:

—Allí es, señor, en donde vivimos, se va por un atajo, y me consideraré muy dichoso guiándoos y acompañándoos á mi casa, en la que el señor Dunstable, si quiere, puede descansar durante unas cuantas horas. Además, tendré una verdadera satisfacción al poderle ser útil prestándole mi caballo.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! Un poco de reposo me sentará admirablemente; ¡lo necesito tanto!

—Pero quién sabe si comeremos alguna indiscreción al aceptar vuestra oferta—observó el señor Rothwell.

—Nada de eso; mi padre y yo vivimos solos en esa casa, y tendremos á mucha honra el recibiros en ella.

Enorgullecíame con mi conquista, y no sabía qué hacer para complacer á todos. Los dos amigos del señor Dunstable le dieron el brazo, y echamos á andar. Al acercarnos á mi casa, el de más edad me dijo:

—Para que nos podáis presentar á vuestro padre, conviene que sepáis nuestros apellidos: el mío es Rothwell.

—Yo me apellido Stanton, y nuestro amigo es el señor Dunstable, de Albani, un hombre de trato agradabilísimo cuando no está mareado.

—Pues yo me apellido Norris—dije á mi vez, observando que me contemplaban con aire interrogador.

Tan pronto como llegamos á casa, di orden al ama de gobierno para que cuidase del señor Dunstable, encargándola mucho que lo instalase en una habitación de las más cómodas, para que pudiese descansar del cansancio y reponerse de sus achaques.

La señora Lee dijo al viajero que lo mejor que



podía hacer era almorzar; pero aquél rechazó la invitación, diciendo que sólo al oír nombrar la comida, experimentaba náuseas.

—Con seguridad que cuando el señor se despierte, no pensará de la misma manera—respondióle el ama de gobierno, dejándole solo en un cuarto.

Dunstable encerró apresuradamente en éste su persona y sus dolores. Como de costumbre, mi padre hallábase solo en la biblioteca. Supliqué á mis huéspedes que esperasen en el salón mientras le avisaba. A los pocos momentos abrióse la puerta y se presentó mi padre.

—El señor Rothwell, el señor Stanton...—dije, presentándole á aquellos señores.

El primero acercóse con apresuramiento á mi padre, revelándose al mismo tiempo en su rostro atezado una sorpresa extrema. Alargóle las dos manos, exclamando:

—¡Cómol! ¡Vos aquí! ¡Vivís en lugar tan apartado, y hace muchos años que os estoy buscando!

No hizo mi padre ningún gesto de sorpresa, y se irguió en toda su elevada estatura, sin tender la mano. Con imperturbable calma, respondió:

—Es indudable que estáis equivocado, y me tomáis por otro.

Quedóse estupefacto el señor Rothwell.

—No, no—replicó,—no es posible que haya error. Con seguridad que estáis muy cambiado; pero esto no tiene nada de particular, porque hace muchos años que no nos vemos. Estoy completamente seguro de que sois la persona que yo quiero decir.

—Esa es una indicación muy vaga—dijo mi padre con la mayor indiferencia,—y además, mi hijo ha debido indicaros que nuestro apellido es el de Norris.

Absorto y con la mirada fija en el rostro de mi padre, no oyó, al parecer, el señor Rothwell las últimas palabras

—¡Es imposible que con semejante parecido se equivoque nadie!—exclamó.—¿Os habréis olvidado de mí? ¿No os acordáis de que soy Rothwell?

Hizo mi padre un gesto negativo, y contestó:

—Conozco de nombre á lord Rothwell, cuyas narraciones de viaje leí, y celebro mucho la favorable coyuntura que me proporciona hoy la ocasión de recibirle en mi casa.

—Figúraseme que es muy extraño que por intuición sepáis que tengo el título de lord, no obstante no llevarlo impreso en mi cara.

Mientras tanto, mirábale yo con gran curiosidad, porque hasta entonces no había tenido nunca ocasión de ver desde tan cerca á un lord. Con alguna impaciencia, replicóle mi padre:

—Si he de decir la verdad, os conozco, no sólo de nombre, sino también algo de vista, porque una vez, hace de esto mucho tiempo, señalándoos, dijéronme que erais lord Rothwell. No tengo la costumbre de olvidar las fisonomías ni de confundir las personas, de igual manera que ha poco lo hizo vuestra señoría. Hacedme, milord, y vos, señor, el favor de sentaros. Son tan pocas las visitas que recibimos, que casi hemos olvidado las reglas de cortesía.

Descontento lord Rothwell al observar que mi padre se obstinaba en hacerse el desconocido, se sentó y se calló.

Entablóse, sin embargo, la conversación, siendo Stanton el que la sostuvo con más ahinco, mientras que lord Rothwell, llevándome á un lado, me contó algunas anécdotas muy curiosas.

Ofrecimos á los viajeros Jerez y cigarros, y en tales condiciones, dos horas pasan con rapidez.

—Ya es hora de que nos despedamos de estos señores—dijo Stanton,—y si nos entretenemos mucho, la marea nos impedirá llegar hasta el yate.

Después de cambiar algunos cumplimientos, dan-

do las gracias y excusándose lord Rothwell, tendió la mano á mi padre, que estaba violento al ver la suya, expuesta al atento examen de su señoría. Pidió éste á mi padre que le escuchase reservadamente durante unos cuantos minutos, y ambos alejéronse juntos. El señor Stanton y yo aprovechamos aquella tregua para ir á enterarnos de cómo seguía el señor Dunstable, que dormía con el sueño del justo. De vez en cuando, la pasajera contracción de su rostro revelaba que el recuerdo de los pasados sufrimientos hacía sufrir una pesadilla. No queriendo despertarle, nos alejamos con cuidado.

Nos paseamos por el jardín, y después de haberlo visto todo, nos dirigimos hacia la playa, desde donde, allá á lo lejos, veíase el yate que se balanceaba sobre las olas. La tripulación debía tener tanta prisa como el señor Stanton para emprender el viaje. Mientras que agotábamos el mismo tema para pasar el rato, díjome aquél:

—No vamos á poder marchar hoy, porque tendremos viento de proa; ¿qué demonios tendrá que decir Rothwell á vuestro padre?

—Con seguridad que están hablando de algún tema científico—dije.

—Lo creo difícil, porque lord Rothwell no tiene pretensiones de pasar por sabio. Tiene una renta tan cuantiosa como saneada, y la gasta yendo de Norte á Sur cazando el búfalo en el Cabo Norte ó el avestruz en Africa. Os confieso que yo, en su lugar, no me movería de Inglaterra, en donde tendría una gran cuadra de caballos de carrera para dedicarme á ganar el premio Derby.

—¡Ah! ¡Qué cosa tan deliciosa es poder pasar la vida viajando de esta manera!—exclamé.

—¡Y creéis que eso es divertido! Después de todo, en cuestión de gustos no hay nada escrito. Rothwell es una excelente persona, sólo que al-

gunas veces habla mucho, y vuestro padre debe haberlo aprendido ya á su costa.

Sin dejar de hablar, púsose el señor Stanton á contemplar con mucha atención nuestra aislada y casi inaccesible vivienda. Con acento compasivo, observó:

—¿Será posible que paséis aquí todo el año?

—No he vivido nunca más que aquí.

—¡Y qué pesada debe ser aquí la vida, por no decir qué aburrida!

—¿Qué adjetivo emplearíais para calificar este país, cuando durante el invierno está cubierta de nieve la tierra?

—Lo mismo diría, ¡pardiez! De todos modos, debe ser muy aburrido y triste para un joven; ¿en qué empleáis el tiempo?

—¿Yo? Pues remando, pescando ó leyendo; ahí tenéis lo que hago.

—¿De manera que no vais á ningún colegio?

—No, porque mi padre se encarga de instruirme.

—¿Será posible! Pues bien; creo que un mocetón como vos, debía estar á estas horas en Rugby ó en Eton, en donde podría distinguirse en toda clase de sport, náutico, atlético ó hípico; ¿qué carrera pensáis seguir?

—A fe mía que aún no lo he pensado.

—En eso hicisteis mal, pues cuando el diablo se empeñe en ello, no podréis pasar toda la vida encerrado aquí. Cuando yo tenía vuestra edad, todo se me volvía hacer proyectos; pero por desgracia, un anciano pariente dejome una renta, lo suficientemente cuantiosa para echar á perder á un joven, y no tan grande que le haya permitido hacerse hombre. ¡Gracias á Dios! ¡Ya están allí! —agregó, exhalando un suspiro de satisfacción al ver que lord Rothwell se acercaba en compañía de mi padre.

Sin dejar de andar, ambos sostenían una con-

versación muy animada é interesante. Su señoría fijando la mirada en mí, dijo algo á mi padre, que en varias ocasiones hizo tristes signos de negación con la cabeza.

Antes de que pudiesen oírnos, pregunté á Stanton si lord Rothwell estaba casado.

—¡Casado!—exclamó.—Nunca estuvo bastante tiempo en su casa para pensar en hacerlo. No obstante, hay quien dice hubo algo de unos amores desgraciados; pero esto debió suceder antes de que yo le tratase.

Encaróse con lord Rothwell, al que dijo:

—Os olvidáis, amigo mío, de que no podemos perder tiempo.

—Os suplico que me dispenséis si os hice esperar, porque la conversación del señor Norris es tan instructiva, que se pasa el tiempo sin sentir. No me figuraba que fuese tan tarde. ¡Vamos! ¡Capitán Felipe, á los remos y adelante!

Al decir estas palabras, apoyó lord Rothwell la mano en mi hombro, y añadió:

—Rogué á vuestro padre que os permitiese viajar conmigo; pero se negó á acceder á mi pretensión.

Dirigí á mi padre una mirada suplicante.

—No, no es posible; no sabría acostumbrarme á pasarme sin vuestra compañía.

No intenté replicar, sabiendo que era inútil tratar de convencerle, porque mi padre no se volvía atrás una vez tomada una determinación.

Botamos la lancha al agua, y tras nueva despedida, nos alejamos de la costa. Inmóvil en la playa siguiónos mi padre con la mirada, y poco después le perdimos de vista.

—¿Por quién hace un momento tomasteis á mi padre al hablarle?—pregunté con curiosidad tan indiscreta como infantil, á lord Rothwell.

—Cree que era un amigo mío al que hace mucho

tiempo dejé de ver; pero según parece, me equivoqué.

—Es muy extraño—dijo Stanton;—de todos modos, la conversación duró lo bastante para que ambos hayáis podido haceros el relato de vuestra vida y hasta la confesión de las faltas cometidas.

—El hombre está siempre dispuesto á pecar—respondió su señoría con acento sentencioso.

En el momento en que íbamos á separarnos, lord Rothwell me dijo:

—El día, capitán Felipe, en que vayáis á Londres, tendré una gran alegría al veros en mi casa. Dirigidme las cartas á casa del señor Coultis, que es mi apoderado. Cuento con vuestra visita.

Sin saberlo si podría hacerlo, ni cuándo, se lo prometí. En aquel momento mi bote se hallaba al costado del yate, y después de estrecharnos la mano por última vez, las embarcaciones se separaron. ¡Al poco rato, unas cuantas millas de agua las separaban!

Por última vez me había gritado lord Rothwell desde su buque:

—¡Que no me olvidéis! ¡Hasta la vista!

Al volver á casa, tenía yo grande empeño en hablar á mi padre de los visitantes; pero el ama de gobierno me dijo que á consecuencia de una ligera indisposición había tenido que retirarse á su cuarto. Además, en una nota que dejó para mí, me encargaba que le dijese al señor Dunstable que le dispensase, y que yo desempeñaría para con él los deberes de la hospitalidad. Encontré á nuestro huésped en perfecto estado de salud, y conforme á lo que le había pronosticado el ama de gobierno, habíase despertado pidiendo de comer. Después de hacerlo, pasé á su lado un rato agradableísimo, y riendo durante la velada al oírle

*Sin madre—2*

escribir de una manera humorística sus sufrimientos.

En tierra firme era uno de esos hombres de conversación ingeniosa, agradable y llena de chistes de buena ley. Al día siguiente, al amanecer, nos encaminamos hacia el acantilado, y le guié hasta una casa en la que le alquilaron un ligero cochecillo para dirigirse á Lynton.

Mostróse mi padre tan poco dispuesto á hablar de lord Rothwell y de sus amigos, que hube de renunciar á hacerle ninguna pregunta. Después nuestra vida continuó siendo tan monótona como de ordinario.

### III

Desde el día en que vi al yate con sus blancas velas henchidas por el viento llevarse á mis nuevos amigos á que presenciasen nuevas escenas ó visitasen otros países, empecé á darme cuenta de lo estéril de mi vida; ¿por qué, me pregunté, estoy condenado á vivir en este rincón del mundo? Los demás trabajan, se agitan y mueven, yendo y viniendo de una á otra parte, mientras que yo no participo ni de sus alegrías, ni de sus dolores, no siendo para mí nada los éxitos, desencantos, reveses ó triunfos de mis semejantes. Algunas millas de mar, valle y de landa forman todo mi horizonte; ¡cuánto no hubiera dado por abandonar mi agujero, mezclarme en el torbellino del mundo y dejarme, en fin, arrastrar por la corriente, siempre en movimiento de la humanidad!

Esto era lo que pensaba, y muchas veces, al ver pasar un vapor de cuya chimenea desprendíase larga espiral de humo, experimentaba accesos de

melancolía, soñaba y suspiraba. No obstante, nada nos obligaba á mi padre y á mí permanecer en aquel apartado lugar, enmoheciéndonos, por decirlo así.

Me pregunté, no teniendo más experiencia que la adquirida en mis libros, si algún día sería capaz de romper aquellas cadenas. Todas las noches tomaba la resolución de confiar al día siguiente, á mi padre, mis pesares; mas todas las mañanas imponíame su rostro melancólico, y el temor de hacerle sufrir impedíame despegar los labios.

Semejantes reflexiones parecerán sin duda asaz serias tratándose de un adolescente de catorce años; pero cuando ese adolescente se ve reducido á sus propios pensamientos, la discreción, lo mismo que el valor, no espera á que se cumpla determinada edad.

Dominábanme todos esos penosos pensamientos, cuando empecé á sentir un malestar indescriptible. No me gustaba ni me satisfacía nada. Este estado moral mío no pasó inadvertido para mi padre, el que, después de haberme mirado con mucha atención, me preguntó si deseaba algún nuevo libro ó cualquier otra cosa. Faltóme valor para confiarle mis penas.

Habíamos llegado al mes de Septiembre, y las veladas iban siendo cada vez más largas, y yo las pasaba leyendo ú oyendo tocar el piano á mi padre. Este habíame dado lecciones de música; pero el discípulo estaba muy lejos de poder igualar al maestro. Una tarde, en la que no era suficiente la luz para leer, quedéme reclinado en un sillón, escuchándole. En el cielo veíanse negros nubarrones que corrían empujados por fuerte brisa que soplaba del Norte, y los roncós ruidos del mar embravecido, formaban lúgubre compañía.

escribir de una manera humorística sus sufrimientos.

En tierra firme era uno de esos hombres de conversación ingeniosa, agradable y llena de chistes de buena ley. Al día siguiente, al amanecer, nos encaminamos hacia el acantilado, y le guié hasta una casa en la que le alquilaron un ligero cochecillo para dirigirse á Lynton.

Mostróse mi padre tan poco dispuesto á hablar de lord Rothwell y de sus amigos, que hube de renunciar á hacerle ninguna pregunta. Después nuestra vida continuó siendo tan monótona como de ordinario.

### III

Desde el día en que vi al yate con sus blancas velas henchidas por el viento llevarse á mis nuevos amigos á que presenciasen nuevas escenas ó visitasen otros países, empecé á darme cuenta de lo estéril de mi vida; ¿por qué, me pregunté, estoy condenado á vivir en este rincón del mundo? Los demás trabajan, se agitan y mueven, yendo y viniendo de una á otra parte, mientras que yo no participo ni de sus alegrías, ni de sus dolores, no siendo para mí nada los éxitos, desencantos, reveses ó triunfos de mis semejantes. Algunas millas de mar, valle y de landa forman todo mi horizonte; ¡cuánto no hubiera dado por abandonar mi agujero, mezclarme en el torbellino del mundo y dejarme, en fin, arrastrar por la corriente, siempre en movimiento de la humanidad!

Esto era lo que pensaba, y muchas veces, al ver pasar un vapor de cuya chimenea desprendíase larga espiral de humo, experimentaba accesos de

melancolía, soñaba y suspiraba. No obstante, nada nos obligaba á mi padre y á mí permanecer en aquel apartado lugar, enmoheciéndonos, por decirlo así.

Me pregunté, no teniendo más experiencia que la adquirida en mis libros, si algún día sería capaz de romper aquellas cadenas. Todas las noches tomaba la resolución de confiar al día siguiente, á mi padre, mis pesares; mas todas las mañanas imponíame su rostro melancólico, y el temor de hacerle sufrir impedíame despegar los labios.

Semejantes reflexiones parecerán sin duda asaz serias tratándose de un adolescente de catorce años; pero cuando ese adolescente se ve reducido á sus propios pensamientos, la discreción, lo mismo que el valor, no espera á que se cumpla determinada edad.

Dominábanme todos esos penosos pensamientos, cuando empecé á sentir un malestar indescriptible. No me gustaba ni me satisfacía nada. Este estado moral mío no pasó inadvertido para mi padre, el que, después de haberme mirado con mucha atención, me preguntó si deseaba algún nuevo libro ó cualquier otra cosa. Faltóme valor para confiarle mis penas.

Habíamos llegado al mes de Septiembre, y las veladas iban siendo cada vez más largas, y yo las pasaba leyendo ú oyendo tocar el piano á mi padre. Este habíame dado lecciones de música; pero el discípulo estaba muy lejos de poder igualar al maestro. Una tarde, en la que no era suficiente la luz para leer, quedéme reclinado en un sillón, escuchándole. En el cielo veíanse negros nubarrones que corrían empujados por fuerte brisa que soplaba del Norte, y los roncós ruidos del mar embravecido, formaban lúgubre compañía.

miento á las melancólicas melodías que mi padre tocaba al piano.

Esto excitó de tal manera mis nervios, que no pude contener mis sollozos; estaba avergonzado; mas no pude evitarlo.

Abandonó mi padre el piano, y echándose el brazo al cuello, me preguntó:

—¿Qué es lo que tenéis, hijo mío? ¿Cuál es la causa de esa tristeza?

—¡Por favor, marchémonos cuanto antes de esta casa tan triste, ó de no hacerlo así, me parece que voy á morir!

—Ante todo, mandemos que traigan la lámpara, y después hablaremos.

La luz me calmó, secáronse mis lágrimas y recobré mi sangre fría, humillándome y molestándome mucho mi emoción, y para disimularlo, quise sonreír mirando á mi padre, el que, fijando á su vez la mirada en mí, me dijo:

—Sois por desgracia poco feliz, Felipe, y no me apercibí de ello, porque obré como un verdadero egoísta. Vamos á ver si ahora me contáis cuáles son vuestras penas.

—Soy muy dichoso á vuestro lado, padre mío; sin embargo, á veces la soledad de mi vida...

—¡Ah! Comprendo lo que pasa... Experimentáis una necesidad: la de tener amigos de vuestra edad. Habladme con entera franqueza, pues porque así lo hagáis, no me he de ofender.

Mi padre estaba, no sólo conmovido, sino además sumamente triste, y sin embargo, no pude menos de exclamar:

—¡Estoy tan solo! ¡Tan solo!

Apoyó la mano en mi hombro y me dijo:

—Sí; obré con poco acierto, y Rothwell me lo indicó. Figuréme que circulando mi sangre por vuestras venas, os gustaría también la soledad. No os apuréis; todo está arreglado. En adelante,

no os impondré más la vida en este desierto. Hasta ahora, lo confieso, no se me ocurrió nunca la idea que pudiese llegar un día en que tuviésemos que separarnos.

—¡Cómo! Entonces quiere decirse que no vendréis conmigo.

—No, Felipe; es imposible; no pienso moverme de Torwood.

—Si así lo hacéis, conste que no dije nada. Desde hace algún tiempo estoy triste, no sé lo que me pasa.

—En efecto, ya lo observé; pero tuve miedo de decirme á mí mismo la verdad, y pequé por exceso de egoísmo. A Dios gracias, el remedio está en nuestra mano, y es bien sencillo; pasado mañana marcharéis á Londres.

—Decid más bien que nos iremos á Londres.

—No pondré nunca los pies allí. Si nuestra separación produce en el fondo de vuestro corazón algún pesar, esto os demostrará desde luego con cuánta frecuencia la realización de nuestros ensueños está muy distante de lo que aquellos nos prometieron. Ahora, hijo mío, no hablemos más de este asunto. Dadme las buenas noches y dormid tranquilo. Marcharéis el día que os he dicho.

Mostróse mi padre poco expansivo y bastante tranquilo cuando llegó el momento de la separación; su mirada no reveló ninguna emoción, y al parecer, consideraba mi viaje como la cosa más natural del mundo.

Siguiendo sus consejos, metí en mi maleta algunas obras de autores griegos y latinos, y una vez cerrada aquélla y tan bien arreglada como la de un marino, sentéme á la mesa enfrente de mi padre, no sin experimentar cierto sentimiento que tenía sus dejes de tristeza. Durante la comida, mostró mi padre alguna animación, dándome á

entender además que mi permanencia en Londres debía durar algún tiempo.

—Pero, ¿á dónde iré á parar?—le pregunté, pasando desde el país de los ensueños al de la realidad.

—Os entregaré una carta para el señor Grace, que es mi apoderado, y á pesar de que llegaréis á una hora bastante avanzada, os dirigiréis inmediatamente á su casa, en la que os prodigarán cuantas atenciones y cuidados sean necesarios.

Recordé la promesa que había hecho á lord Rothwell, y al indicárselo, mi padre contestó que no había ningún inconveniente en que fuese á verle, por más que, según creía, no se hallaba en Londres, de lo cual, sin embargo, podía asegurarme en persona. Por último, me entregó una carta de recomendación para el señor Grace y una crecida suma en metálico.

A pesar de la hora temprana de mi marcha, mi padre se empeñó en presenciarme, y poco después pude ver en lo alto de una de las torres una silueta sombría que parecía recortada en el fondo formado por el cielo azul.

Reconocí á mi padre que saludaba con el pañuelo; más tarde, por una ú otra razón, mi vista se empañó, y supuse que mi antejo no estaba en el punto necesario; pero cuando rectifiqué la mira, no ví ya á nadie en la torre. «Bien miradas las cosas—me dije,—se trata sólo de una corta ausencia, y cualquiera que nos observase diría que no nos hemos de volver á ver.»

Un sentimiento, un pesar desconocido me oprimió el corazón hasta que desembarqué en Portishead. En este punto tomé el tren de la corta vía férrea que costea el amarillento río, y por ese camino llegué á Bristol. Al llegar á esta población, hube de esperar dos horas, porque ha-

biéndose retrasado uno de los vapores, no pude tomar el tren de la tarde. Me paseé por la ahumada ciudad, examinando curiosamente el exterior de gran número de iglesias y el interior de algunas otras. Por todas partes se elevaban campanarios y torrecillas, y me llamó mucho la atención el continuo ir y venir de los atareados transeuntes. Así anduve curioseando por las calles y contemplando escaparates, hasta que llegó la hora de dirigirme á la estación. Era la primera vez que viajaba en ferrocarril, y si la corta línea de Portishead á Bristol me llamó la atención, figuraos cuál sería mi asombro al recorrer sesenta millas por hora, llevado velozmente por poderosa máquina que se abría paso á través de la noche sombría, dejando á su espalda los escuetos paños del telégrafo, que parecían huir de nosotros. Todo aquello parecióme extraordinario, lo mismo los torbellinos de encendidas chispas que se escapaban de la chimenea de la locomotora, que el ruido, el movimiento, el silbido del vapor, todo, en fin, me admiró tanto, que estaba aturdido, ensordecido.

Cumpliendo las órdenes paternas, tomé un coche, y mandé que me llevase al número 10 de Russel square.

Prodújome mucha impresión al ver aquellas calles tan anchas y largas, iluminadas por innumerables faroles de gas, y creí que mi cochero me hacía dar la vuelta á Londres. Sostienen algunos matemáticos que el espíritu humano sólo es capaz de concebir ciertas cantidades y que aun cuando hablemos á veces de billones y trillones, no tenemos idea de lo que esas palabras quieren decir. De la misma manera, todo aquel que no haya visto una gran capital, no puede formarse idea de lo que es ese inmenso avispero que se llama

Londres. ¡Dios haga que no intente yo su descripción!

Al llegar á mi destino, llamé con fuerza á la puerta, y acudió un criado á abrirla.

—¿Está en casa el señor Grace?—pregunté.

Contestóme de una manera afirmativa, y me hizo pasar á un saloncito. Habiéndome asustado lo enorme de las distancias, no quise despedir el carruaje. Al poco rato se presentó el señor Grace, que era un hombre que parecía tener de sesenta á sesenta y cinco años. De alta estatura y rostro completamente afeitado, tenía un aspecto muy solemne y hablaba con mucha lentitud, pronunciando cada palabra distinta y claramente y repitiéndola á veces como si esa repetición fuese necesaria para la claridad de su discurso. Al entrar, me miró con mucha atención á través de los anteojos.

Empecé por disculparme por presentarme á aquellas horas, ¡nada menos que las once de la noche! en un coche de alquiler y con una gran maleta.

—Hacedme el favor de enteraros de lo que os dicen en esta carta—dijele, entregándole la de mi padre.

Rompió el sobre, buscando ante todo la firma, hecho lo cual, me miró un momento, para volver luego á fijarse en el papel. Terminada la lectura, lo dobló con mucho método á lo largo, guardándolo en uno de los bolsillos del pecho. Acabada esa operación, me tendió la mano, estrechando con mucha cordialidad la mía.

—Me considero, señor Felipe, muy dichoso, quiero deciros tanto como es posible. He de añadir que á pocas personas he tenido tantos deseos de conocer como á vos. Poseo, gracias á Dios, una casa bastante espaciosa para recibir huéspedes y amigos.

Viendo que el criado entraba en la sala, le preguntó qué deseaba.

—El cochero que ha traído al señor, desea saber si se marcha ó se espera.

—Pagadle, sí, pagadle con generosidad, pero sin exceso, y en seguida haced que suban la maleta del señor Norris á su dormitorio, y dad orden para que le preparen la cena, que le serviréis. Ahora, señor Norris, tened la bondad de seguirme.

Subimos al primer piso, y mi acompañante me hizo entrar en un espacioso salón amueblado con suntuosidad. En éste hallábase una señora que tenía al parecer la misma edad que el señor Grace, y que, sentada al lado de una mesilla, se entretenía con una labor de aguja.

—Querida esposa—dijo el señor Grace con tono ceremonioso,—tengo el gusto de presentaros al señor Felipe Norris, hijo de uno de mis antiguos amigos y clientes, del que con mucha frecuencia me oísteis hablar.

La señora Grace me recibió con mucha amabilidad, y sus miradas, fijas con insistencia en mí, revelaban un asombro mucho mayor que el de su esposo. Sin poderlo remediar, me puse encarnado hasta lo blanco de los ojos. ¡Tenía yo un aire tan bobalicón!

El señor Grace añadió:

—El señor Felipe Norris vivió hasta ahora en el campo, solo con su padre, en una quinta de la costa del Devonshire.

—¡Pobre muchacho!—dijo la señora Grace.—En mi concepto, lo que necesitan los jóvenes es compañeros de su misma edad.

—Habláis como un libro, señora Grace, y el señor Norris, padre, se convenció al cabo de la gran verdad que acabáis de decir, y á eso precisamente es á lo que debemos la visita del señor Felipe.

—Pero, por desgracia, nosotros no somos jó-



venes—replicó la señora Grace, tomando á Bromma las palabras de su marido.

—Si yo tuviese pretensiones de pasar por joven, podríais, amiga mía, burlaros de mí; pero esto no hace el caso. El señor Norris desea que su hijo vea lo más notable de Londres, y será necesario que nos ocupemos del arreglo del programa.

—El primer punto de su programa—respondió la buena señora,—será la cena, el segundo un buen sueño para descansar, porque nuestro huésped tiene todo el aspecto de un hombre cansado. ¿A qué hora salisteis de vuestra casa?

—Al amanecer—respondí.

Y en efecto, entonces me sentía fatigado y con gran apetito.

Comí muy bien, haciendo honor á todos los manjares, y pensando en los placeres que me esperaban. Preocupábanme, sin embargo, dos cosas: la tristeza que mi padre debía experimentar, y la curiosidad de que era yo objeto. Díjeme, no obstante, al ver mi imagen reflejada en un gran espejo, que bien examinado, mi exterior no tenía nada de desagradable.

#### IV

Al día siguiente, además del señor Grace y su esposa, vi á sus dos hijos, robustos muchachos, á los que empezaba á apuntarles la barba. Al observar su manera de saludarme, comprendí que nada de lo que había en mi persona les parecía extraordinario. Lo mismo que yo, eran fanáticos por toda clase de deportes, gustándoles sobre manera remar, pescar y otros ejercicios parecidos, y la semejanza de nuestros gustos fué prenda de sim-

patía entre nosotros. El más joven de los dos hermanos se ofreció á acompañarme aquella noche á la Opera.

El señor Grace, al que agradaba mucho vivir cómodamente, quedóse de sobremesa después de marcharse sus hijos. Sacó del bolsillo la carta de mi padre, y con mucha gravedad, la puso al alcance de la mano, á la cuenta por si la necesitaba para tomar algún dato. Fué el primero que habló, y encarándose conmigo, me dijo:

—¿Qué edad tenéis, señor Norris?

—La primavera pasada cumplí catorce años.

—¡Nada más que catorce años! Cualquiera, al veros, diría que tenéis muchos más. Es de creer que vuestro padre se equivocó. De manera que vais á ir al colegio de Harrow...

—¿De veras?—exclamé con el tono de la más viva satisfacción.

Recorrió la carta á la ligera, y prosiguió diciéndome:

—Esas son las palabras de vuestro padre, y es más, desea que el ingreso se verifique cuanto antes. Creo, sin embargo, que dada la época del año en que estamos, hemos de tropezar con alguna dificultad.

—Si ocurre algo de eso, tal vez tendré que volverme á mi casa.

El señor Grace volvió á leer la carta.

—Vuestro padre—contestó,—no dice nada, y si la memoria no me es infiel, es de esas personas que desea se cumplan sus órdenes.

Sin dejar de paladear con aire meditabundo su taza de café, siguió diciéndome:

—Es vuestro padre, señor Felipe, un hombre extraño; pero en este caso, es para mí indudable que quiso evitaros el pesar de una nueva separación. Voy á llamar á John para darle orden de que se ponga su traje nuevo y os acompañe

á donde queráis. Podemos hoy prescindir de sus servicios. Es hombre respetable y tiene cierta educación. Hubiera querido servirlos yo de cicerone, mas no puedo hacerlo, por tener urgentes ocupaciones.

Dicho esto, me abandonó, y al poco rato se presentó Jhon, poniéndose á mis órdenes. Al ver su traje irreprochable, me dije que no podía cobijarme bajo las alas de pájaro de mejor plumaje, y al vernos pasar, más de uno debió decir:

— ¡He ahí un provinciano y un londonense!

John se mostró muy atento y hasta protector, y la expresión de su rostro me probó que tomaba en serio su papel. Sin ningún género de duda, mi guía era asiduo concurrente á las cervecerías de segundo orden; si bien hay que decir en favor suyo, que á mí me recomendó el uso de la limonada y la cerveza de jengibre. En cuanto á él, como sufría tanto de flato, lo que expresaba valiéndose de un monosílabo, tomó licores que tenían por base más ó menos alcohol. Por esa razón no me sorprendió cuando volví á Reisselgate, oír decir que á consecuencia de tan repetidas libaciones, había tenido John que acostarse y reemplazarle una de las criadas en el servicio de la mesa.

Visité á conciencia todos los monumentos y edificios notables; pero he de confesar que la animación de las calles, el continuo ir y venir de los transeuntes y el incesante rodar de los carruajes, me llamaban la atención más que todo lo demás, haciéndome reflexionar mucho aquel flujo y reflujo incesante de hombres y mujeres que corrían atareados á sus negocios ó á sus placeres. Ni uno solo tenía un pensamiento común conmigo, y creíame aún más aislado en medio de aquel inmenso hormiguero humano, que en Torwood, en donde sólo disfrutaba de la vista del

mar, con sus olas siempre en movimiento. Al enviarme á Londres mi padre obró de una manera acertada, porque de haber permanecido más tiempo en nuestra aislada casa, habríame convertido en un filósofo precoz, en un escéptico juvenil y un egoísta intratable.

Poco tiempo tardó el señor Grace en decirme que estaba todo arreglado, y que en el mes de Septiembre podría ingresar en el colegio de Harrow. Así lo hice, y á despecho de las inmutables leyes de la naturaleza, cada día que pasaba en el docto establecimiento, parecía rejuvenecerme más y más; ¡al cabo había encontrado camaradas y amigos! Por más que no tuviese la práctica de ciertos juegos de colegio, mi disposición para aprenderlos, mi fuerza y mi destreza, suplieron á la falta de experiencia. Tenía yo elevada estatura, fuerte complexión, y era además, avisgado, diestro y emprendedor, y muy pronto llegué á ser uno de los más hábiles aficionados del «crocket-ground» (1), y un hábil «gentlemancroketer.» Hiceme muy popular entre mis camaradas, y conseguí la estimación de mis profesores, todo lo cual contribuyó á que me agradase, bajo todos sus aspectos, la vida universitaria. Durante las vacaciones, puedo decir que, excepción hecha de algunos días pasados en Londres, ó en casa de algunos amigos, apenas salí de Torwood. ¡Parecía mi padre contento al verme á su lado!

Mis convecinos jóvenes, al saber que yo iba con ellos al colegio, creyeron que nada era más natural que el admitirme á participar de sus juegos, y por otra parte, poseyendo un caballo de silla, no había inconveniente para mí en franquear veinte kilómetros para asistir á una cacería, á una pesca ó á una partida de «lawntennis.» Con mu-

(1) Pradera destinada al juego de croket.

cha frecuencia quedábame en casa leyendo ó paseándome con mi padre, haciendo entonces la misma vida que llevaríamos antaño.

¿Cuál podía ser el origen de la melancolía de mi padre? ¿Habíase vuelto hipocondriaco á consecuencia de la muerte temprana de su joven esposa, mi madre? Esto no era muy probable, porque nunca pronunciaba su nombre. ¿Tendría algún motivo de queja de sus semejantes? ¿Había visto desvanecerse sus ensueños ambiciosos? Su inteligencia, que era de primer orden, hacía que esta hipótesis fuese inadmisibile. Aunque joven aún, viviendo solo, como lo hacía, sin frecuentar el trato de ningún amigo, más bien parecía un eremita. Al volver una vez á casa, después de pasar unos días en la de un amigo, que estaba llena de tías, primos y primas, no pude por menos de manifestar á mi padre la sorpresa que me causaba no conocer á ningún pariente, y entonces me respondió:

—¿Y á qué viene el que os preocupéis con eso? Procurad crearos muchas amistades, porque los amigos causan á veces menos disgustos que los parientes.

—¿Me da mucha pena el no haber oído hablar nunca de mi madre! Decidme al menos si me parezco á ella.

—No, Felipe, y por dicha para vos, sois en todo mi retrato.

—¿Era hermosa? ¿Me quería mucho? ¿En dónde murió?

A medida que hablaba, fuíme enardeciendo.

—Vuestra madre era de una hermosura notable, y os quería muchísimo. Murió en el norte de Inglaterra, cuando sólo teníais tres años.

—¿La amabais mucho, padre mío? ¿Sentisteis mucho su pérdida?—pregunté, sintiéndome como herido por la sequedad de sus respuestas.

—Sí, la amaba con toda la energía de que es capaz mi alma.

Al decirme estas palabras, adquirió su rostro una expresión dolorosa que jamás había observado en él.

—¿Fué, sin duda, después de su muerte cuando vinisteis á vivir aquí?

—Sí, hijo mío, y ahora ya lo sabéis todo.

Esto, como era natural, no podía satisfacerme, y á los pocos minutos insistí, diciendo:

—¿Y no tenéis ningún retrato suyo?

—No, ninguno que pueda enseñaros.

Por experiencia, sabía que era inútil insistir. Cogí otra vez un libro, y con el pretexto de leer, me entregué por completo á mis pensamientos. Era muy penoso para mí no saber nada de mi madre, muerta tan joven y hacía tantos años. Como marido, habría podido quizá mi padre sufrir alguna humillación por parte de su esposa; pero ésta para mí era mi madre, y como hijo, debía respetar su memoria, fuese cual quisiese la posición social en que la suerte la hiciera nacer. No volví á hablar más de aquel asunto, proponiéndome empero volver á insistir en mis preguntas cuando llegase á mi mayor edad. Tenía derecho á hacerlo así. Al terminar mis estudios, fué preciso pensar en escoger una carrera, y hablando un día con mi padre del asunto, le dije.

—He pensado sucesivamente en la marina y en el ejército; pero ahora prefiero ir á estudiar á Oxford.

—Está muy bien; pero, ¿y después?

—¿No podéis darme ningún consejo?

—No, porque eso es cuenta vuestra.

—¿Qué os parece el foro?

—Si tenéis afición, será un medio para satisfacerla. Tenéis dotes naturales á propósito para esa carrera. Vuestro físico, y el timbre agradable de

vuestra voz serán elementos seguros para el éxito. Pues bien; dedicaos al foro.

Repugnábame, por una parte, la idea de una vida viciosa, como debe sucederle á todo joven que tiene sangre bajo las uñas, y por otra ignoraba por completo cuáles eran los medios de vida de mi padre, si bien á juzgar por la crecida pensión que me pasaba, debía suponer que tenía una posición desahogada, mas no estando acostumbrado en Torwood á ver tirar el dinero por la ventana, deduje que tenía que trabajar para vivir. Al regreso de un viaje que hice al continente, en donde debía pasar algunos meses, pensaba dirigirme á Londres para dedicarme al estudio y práctica de los pleitos.

Mi resolución de dedicarme al foro divirtió, al parecer, mucho á mi padre.

—¡Muy buena idea!—exclamó.—Es una carrera á la altura de toda ambición; quiero expresar que exige grandes esfuerzos para llegar á lo alto de la escala. Si hoy hay más pleitos y procesos que antaño, hay también, en cambio, más abogados; pero no obstante, si la suerte os ayuda, conseguiréis crearos cierta nombradía.

Intenté, sin poderlo lograr, que mi padre me acompañase y se estableciese conmigo en Londres, y en la apariencia, no supe defender, y perdí este primer pleito. Por su parte, aconsejéme que alquilase un buen piso, en el que debía instalarme cómodamente, ingresando, al mismo tiempo, en algún club, formado por personas respetables.

—¿Lo creéis así?—repliqué.—Tal vez con esa conducta gravaría demasiado mi presupuesto.

—He dado orden al señor Grace para que pague vuestros gastos, siempre que estén dentro de lo prudente. Si vais demasiado deprisa, mi apoderado os avisará con tiempo, tirando de la rienda,

—De modo que, según eso, podéis subvenir á mis gastos con tanta generosidad.

—Sí, puedo hacerlo, porque ahorré en vuestro obsequio mucho de mis rentas. Para mí, no hay nada ni nadie más que vos en la tierra.

Al siguiente día salí de Torwood, emprendiendo el viaje para irme á establecer en Londres.

## V

En Albermale Street, encontré un piso que me convenía bajo todos los puntos de vista, pero su precio me pareció tan elevado, que me creí obligado á hablar al señor Grace antes de cerrar el trato. Grande fué el asombro que experimenté cuando observé que no hacía objeción á mis planes.

Alentado por esa conducta y por sus respuestas, añadí:

—Ahora hay que tratar de la cuestión de mobiliario.

—Los jóvenes de hoy—replicó el señor Grace,—tienen una afición al lujo y á la comodidad, que en otro tiempo no se conocía.

—¿Cuánto creéis que puedo gastar al año?—pregunté al cabo, poniendo esta vez los puntos sobre las íes.

—El señor Norris no me dijo cuál era el máximo; únicamente me encargó que pagase vuestros gastos, siempre que fuesen razonables.

—Pues bien; quisiera yo saber qué es lo que entendéis por razonable—dije.

Quedóse un tanto cortado el señor Grace, que al poco rato salió del paso respondiéndome con su acostumbrada calma:

vuestra voz serán elementos seguros para el éxito. Pues bien; dedicaos al foro.

Repugnábame, por una parte, la idea de una vida viciosa, como debe sucederle á todo joven que tiene sangre bajo las uñas, y por otra ignoraba por completo cuáles eran los medios de vida de mi padre, si bien á juzgar por la crecida pensión que me pasaba, debía suponer que tenía una posición desahogada, mas no estando acostumbrado en Torwood á ver tirar el dinero por la ventana, deduje que tenía que trabajar para vivir. Al regreso de un viaje que hice al continente, en donde debía pasar algunos meses, pensaba dirigirme á Londres para dedicarme al estudio y práctica de los pleitos.

Mi resolución de dedicarme al foro divirtió, al parecer, mucho á mi padre.

—¡Muy buena idea!—exclamó.—Es una carrera á la altura de toda ambición; quiero expresar que exige grandes esfuerzos para llegar á lo alto de la escala. Si hoy hay más pleitos y procesos que antaño, hay también, en cambio, más abogados; pero no obstante, si la suerte os ayuda, conseguiréis crearos cierta nombradía.

Intenté, sin poderlo lograr, que mi padre me acompañase y se estableciese conmigo en Londres, y en la apariencia, no supe defender, y perdí este primer pleito. Por su parte, aconsejéme que alquilase un buen piso, en el que debía instalarme cómodamente, ingresando, al mismo tiempo, en algún club, formado por personas respetables.

—¿Lo creéis así?—repliqué.—Tal vez con esa conducta gravaría demasiado mi presupuesto.

—He dado orden al señor Grace para que pague vuestros gastos, siempre que estén dentro de lo prudente. Si vais demasiado deprisa, mi apoderado os avisará con tiempo, tirando de la rienda,

—De modo que, según eso, podéis subvenir á mis gastos con tanta generosidad.

—Sí, puedo hacerlo, porque ahorré en vuestro obsequio mucho de mis rentas. Para mí, no hay nada ni nadie más que vos en la tierra.

Al siguiente día salí de Torwood, emprendiendo el viaje para irme á establecer en Londres.

## V

En Albermale Street, encontré un piso que me convenía bajo todos los puntos de vista, pero su precio me pareció tan elevado, que me creí obligado á hablar al señor Grace antes de cerrar el trato. Grande fué el asombro que experimenté cuando observé que no hacía objeción á mis planes.

Alentado por esa conducta y por sus respuestas, añadí:

—Ahora hay que tratar de la cuestión de mobiliario.

—Los jóvenes de hoy—replicó el señor Grace,—tienen una afición al lujo y á la comodidad, que en otro tiempo no se conocía.

—¿Cuánto creéis que puedo gastar al año?—pregunté al cabo, poniendo esta vez los puntos sobre las íes.

—El señor Norris no me dijo cuál era el máximo; únicamente me encargó que pagase vuestros gastos, siempre que fuesen razonables.

—Pues bien; quisiera yo saber qué es lo que entendéis por razonable—dije.

Quedóse un tanto cortado el señor Grace, que al poco rato salió del paso respondiéndome con su acostumbrada calma:

—Creo que debe entenderse por razonable toda cantidad que no pueda calificarse de lo contrario, por ejemplo, si vuestras cuentas ascendiesen á veinte mil libras esterlinas, quizá no las pagaría. No pude por menos de echarme á reír al oír esta explicación.

—Hállome colocado en una situación muy difícil—siguió diciendo,—pues por una parte las instrucciones de vuestro padre no son tan claras y terminantes como de costumbre, y por la otra, como parece que ignoráis cuál es su verdadera situación financiera, tengo mucho miedo de faltar á su confianza al deciros que es rico, y que ahorra gran parte de sus rentas. En cuanto al mobiliario, podéis hacer lo que se os antoje.

Esta contestación contribuyó mucho á que fuesen en aumento mis deseos de averiguar más.

—No podéis imaginaros, señor Grace, cuánto os agradecería que me hablaseis de mi padre.

—Os diré lo que pueda; ¿qué es lo que deseáis saber?

—¿Qué fué de él durante su juventud? ¿Por qué hace veinte años que vive en Torwood, lo mismo que un recluso? ¿A qué se debe que no tenga ni parientes ni amigos? De lo que deseo más que me hablen es de mi madre.

Quedóse pensativo al oírme, y pasados unos instantes, contestóme, pensando y meditando antes las palabras:

—Muchas veces, señor Felipe, se me ocurrió la idea de que había de llegar un día en que me hicieseis todas esas preguntas, y es más, me pregunté cuáles serían las contestaciones que podía daros. Mi deber me obliga á hablaros con entera franqueza, al menos tanto como me lo permita la posición que ocupo para con vuestro padre; así, pues, trazaré á grandes rasgos lo que diré, y á vos os toca suplir lo que falta. Lo mismo que

á vos os pasa, no me explico yo el género de vida que lleva el señor Norris, tanto más, cuanto que admiro y aprecio todas sus cualidades y grandes condiciones.

En vista de esto, no iréis á creer que quise denigrarle cuando os diga que, sin embargo de esto, las extrañas disposiciones de su espíritu, han sido la causa de la desgracia de su vida, terco, rencoroso, suspicaz y lleno de orgullo, no se muestra menos sensible al juicio ajeno que fácil para conceder su confianza cuando la cree bien colocada; pero si le engañan una vez, no perdona jamás. El desengaño ó la decepción son para él cien veces peores que la muerte. Si he de decir la verdad, creo que carece de energía para hacer frente á los acontecimientos. Como estáis observando, os hablo, señor Felipe, con entera sinceridad.

La semejanza del relato llamóme de extraordinaria manera la atención, mas me abstuve de hacer ningún comentario.

—Suponed ahora—siguió diciendo,—y fijaos bien en este detalle, que digo suponed, que un hombre tal como el que acabo de perfilar sufra un desengaño en sus más caras esperanzas; pues bien; en ese caso, demasiado orgulloso para quejarse, demasiado débil para defenderse, y muy dominado por un desaliento profundo para seguir la corriente de la vida, hastiado del comercio humano, en una palabra, huye del mundo, y se refugia en inaccesible retiro, cuya sola idea me hace estremecer. Esto es todo lo que yo puedo deciros acerca de vuestro padre.

Quedéme sumido en profundas reflexiones, preguntándome cuál podía ser la pena cruel que experimentara mi padre. El señor Grace no me dijo nada más.

—¿Y mi madre?—pregunté.

—No la he conocido.

—¿Quién era?

—No puedo decirlo, porque no lo sé.

—¿La profesaba mi padre mucho cariño?

—Sí, por cierto, y su breve matrimonio fué en lo que cabe de los más felices.

—¿Feliz hasta la muerte de mi madre?

—Sí, hasta su muerte—repitió el señor Grace.

—¿No era extraño que no hubiese nadie que pudiese decirme algo acerca de mi madre, muerta tan joven? Separéme del señor Grace, sin saber más que cuando fuí á verle. Habíame hecho un retrato metafísico de mi padre, y además, indicándome que éste era rico, y á esto quedó reducido todo. Por mi suerte, cosas más alegres, más agradables que el enigma de la vida paternal, ocupaban mi tiempo. Mi existencia de joven y elegante, empezó en Londres, bajo los mejores auspicios; alquilé el piso de Albermale Street, y gracias á la habilidad de uno de los mejores tapiceros, mi instalación en él no dejó nada que desear, siendo tan cómoda como elegante. Creo que fuí uno de los primeros que se insurreccionaron contra el estilo abominable del siglo XIX, y pusieron en práctica los principios de la estética, aplicándolos al mobiliario. Algunas veces asustábame el importe de las cuentas que mandaba á cobrar á casa del señor Grace; pero éste pagaba, y no hacía ninguna observación. Su hijo mayor, que tenía de edad aproximadamente unos cuarenta años, y era ya abogado célebre, me presentó en un club de personas graves que en su mayoría pertenecían al foro. Ingresé, además, en otro círculo más elegante, más «fashionable», cuyos miembros, mucho más jóvenes, alegres y también más peligrosos, eran el «non plus ultra» de la elegancia. En una palabra, que estaba muy contento con mi suerte, y que sin dejar de trabajar con celo y asiduidad, aun me quedaba tiempo más que suficiente para distraer-

me y divertirme. De este modo adquirí muchos conocimientos y hasta amistades. Entre éstas figuró la de un apellidado Vigor, que me llevaba dos años. Sus éxitos como literato, éxitos que le presagiaban un brillante porvenir, causábanme cierta celosa admiración. Una noche, á eso de las once y media, nos hallábamos en su casa charlando, cuando anunciaron al señor Estmere, al que Vigor recibió con los brazos abiertos.

—¿Cuánto celebro veros, querido Valentín! Siempre sois el mismo, tan apuesto y radiante! ¿De dónde venís ahora?

Un joven de elevada estatura se acercó al que le interrogaba así, respondiendo:

—Vengo del teatro, y viendo luz en vuestro cuarto, se me ocurrió la idea de subir para pedir os un cigarro y un vaso de grog.

—No fué mala idea, y la apruebo; pero ante todo, permitidme que os presente el uno al otro: el señor Estmere... el señor Norris..

Tendíome el recién llegado cordialmente la mano, y después de quitarse el gabán y cerrar el clac, sentóse en el mejor sillón con la tranquilidad del que se encuentra en su casa. De alta estatura y bien formado, tenía, al parecer, unos veinte años. Eran azules sus ojos y rubio el pelo. Con mucha frecuencia me he preguntado después por qué la sola presencia de Valentín inspiraba á los demás alegría y buen humor. Había recibido buena dote de los dones físicos, y describir sus ojos, nariz, frente, tez, en una palabra, toda su persona, sería para mí la cosa más fácil del mundo; pero en cambio, era indescriptible el encanto de sus modales y de su sonrisa. Con sus amigos, su amabilidad provenía de su simpatía para con ellos; con los desconocidos, de su natural benevolencia, y en cuanto á sus enemigos, nadie se los conocía. Puedo decir, por mi parte, que en los azares de

mi vida he tropezado con muchísimos individuos que tenían el espíritu más brillante, la palabra más elocuente, la inteligencia más cultivada, y no obstante, debo confesar que Valentín tenía una seducción particular que le ayudaba, no sólo á conquistar el corazón de las mujeres, sino además el de los hombres, cosa muchísimo más difícil. Encantaban lo mismo á las personas serias, que á la loca juventud, el timbre delicioso de su voz, su palabra fácil y la viveza de su expresión. Al verle acudía á mi memoria el recuerdo de uno de los personajes de *La Conquista de México*, de Prescott, del Sol. Una cosa chocábame en él, y era el gran número de sortijas que brillaban en sus dedos; parecía, no obstante, que las alhajas no tenían el mismo aspecto llevadas por él que por otro cualquiera.

—¡Y bien! Decidnos, amigo mío, cómo pasasteis el tiempo desde que no nos hemos visto.

—Pues volando de una querida á otra, procurando adornar á ésta con los adornos de la otra.

—Si queréis ó podéis, sed más prosaico, ó si no vais á asustar á Norris con vuestras escandalosas metáforas.

—Pues bien; me acerqué á la Naturaleza por amor al arte, y al arte por amor á la Naturaleza—respondió Valentín.

—Eso es aún demasiado alambicado.

—Entonces me limitaré á deciros que fui al país de Cornuilles á copiar del natural.

—¿Queréis ser artista?

—Sí, querido, y hoy mismo estuve en casa del célebre Salomón creyendo poder hacer negocio con él.

—¿Y qué fué lo que conseguisteis?

—Nada, absolutamente nada. Al enterarse de que yo era un vendedor y no un comprador, hizo un gesto de desagrado, tal como podéis figurároslo,

Entre dientes murmuró: «Me la han dado!» Y en alta voz añadió: «Me figuré que erais un aficionado y no un artista, un consumidor más bien que un productor.»

—Eso es muy halagüeño bajo el punto de vista personal; pero no en el de los dollars.

—Sí; pero después de todo, me pesa, porque los judíos todos me inspiran horror.

Para decir esto, levantó Valentín la mano en alto, como amenazando á los judíos, y las piedras de las sortijas que llevaba centellearon por entre el humo de los cigarros.

—Las sortijas de Valentín—observó Vigor,—me recuerdan las de los domadores célebres.

—Lo confieso, mi pasión por las cosas que brillan es una de mis debilidades—respondió;—¿queréis decirme si hay algo más bonito que un zafiro?

Al decir esto, púsose á contemplar una hermosa piedra que llevaba en el anular.

—¡Oh! Sí, hay algo más hermoso, y lo son los ojos de una mujer—replicó Vigor.

—Tal vez sea así; pero yo aun he de descubrirlos. El día en que tenga tan buena suerte, me prosternaré ante ellos, y mientras tanto continuaré arruinándome con estas brillantes chucherías como las llama Vigor.

—Ahora cantad alguna cosa—indicó éste.

Obedeció Valentín con muy buena voluntad, sin hacerse rogar mucho, como suelen hacerlo los aficionados, y cantó una ó dos melodías con mucho gusto y afinación. No tenía su voz nada de particular; pero sabía sacar mucho partido de ella. Tocó, además, algunos trozos de ópera, y luego, haciendo dar una vuelta al taburete del piano, nos contó una porción de anécdotas llenas de gracia.

—Hace rato que debía haberme marchado—dijo al terminar,—porque mi madre me está espe-



rando. ¿Queréis que os acompañe á vuestra casa, señor Norris?

—¡Demonio! ¿Tomasteis un carruaje por horas? ¿Qué es eso? ¿Nadáis en la opulencia ó manejáis á paladas el oro y la plata?—dijo Vigor.

No acepté su oferta, porque vivía muy cerca de casa de Vigor. Al cerrarse la puerta del salón tras de Valentín, parecía que se había alejado con él toda la alegría que allí reinaba pocos momentos antes.

—¿Quién es ese hombre que habla tan bien?

—El favorito de todo el mundo; el niño mimado de la corte y de la ciudad. Vive con lady Estmere, su madre, en Saint-James-Wood—me contestó Vigor.

—¿Son muy ricos?

—Creo que sí.

—¿Vive aún su padre?

—Supongo que ha muerto hace muchos años.

—¿Cómo se explica que el hijo no lleve el título de su padre?

—Sin duda por la razón de que hay un hijo primogénito; aparte de esto, puedo decir que en el fondo no sé nada de esa familia. Creo que seréis muy buenos amigos y que congeniaréis. Es un buen muchacho, y su presencia bastará para disipar esa nube de negras mariposas que á veces os asedia.

—Os agradeceré mucho, amigo Vigor, que le acompañéis un día á mi casa.

—No tengo ningún inconveniente, y la cosa es lo más sencilla del mundo: convidadnos un día á comer.

Hizo la casualidad que al día siguiente encontrase á Valentín en el parque, y le convidé de viva voz, y á contar desde ese día, fué muchas veces á pasar la velada á mi casa. Tenía razón Vigor, parecía que éramos los más á propósito

para ser buenos amigos; lo que probaba que los caracteres contrarios se atraen. Los amigos de Valentín formaban una legión, mas tuve la satisfacción de observar que á mí me profesaba una afección especial, y tuve el honor de ser su confidente, tardando muy poco él en serlo mío. Algunas semanas bastaron para que entre nosotros mediásemos amistosas y sólidas relaciones, y esto me trajo á la memoria el recuerdo de David y Jonatán.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VI

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A los quince días de haber trabado amistad con Valentín Estmere, hallábame yo una mañana saboreando mi almuerzo y diciéndome, como verdadero campesino que era, que en Londres es en donde se encuentra la leche más pura, la manteca más fina, y en una palabra, las cosas más apetitosas y mejores, con tal que se tenga dinero para pagarlas. Cuanto se diga en el campo acerca de la calidad de tal ó cual producto, depende únicamente del aire sano y libre que aguza el apetito. Paladeaba una taza de té, haciendo tiempo para experimentar el placer de fumar un buen cigarro, á la vez que releía una carta que acababa de recibir, y de la que es preciso que se entere el lector para que comprenda mi asombro.

«Mi querido Felipe: No dudo que habiéndome visto disfrutar siempre de muy buena salud, os quedaréis sorprendido cuando sepáis que he temido que guardar cama y llamar al médico. Este me ordenó que cambie de clima y de modo de vivir, siendo, á lo que parece, el único medio

29059

»de restablecer el quebrantado equilibrio entre mi estado físico y moral. Debe tener razón el médico, porque de algún tiempo á esta parte, experimento como necesidad de moverme, de viajar. »El estado en que hoy me hallo me recuerda el vuestro antes de que ingresaseis en Harrow-College. Tal vez me haya castigado á mí mismo, sea, »en fin, como quiera, estoy resuelto á seguir los consejos del médico, y para ello voy á dar la vuelta al mundo. Me marchó á New-York, y desde allí continuaré mi viaje. El lunes os espero en Liverpool, en Adelphi hotel, en donde nos despediremos.

»Vuestro padre, que os quiere.

»NORRIS.»

En el primer momento, al enterarme de la noticia, me eché á reír, porque salir de un retiro absoluto para dar la vuelta al mundo, es pasar de un extremo á otro. Dejando aparte todo esto, no pude por menos de felicitarle de que mi padre se decidiese á viajar, si bien, como era muy natural, deploraba en el alma el motivo que le impulsaba á hacerlo. Desde hacía bastante tiempo, tenía yo el pensamiento de que el género de vida que llevaba mi padre había de serle fatal. Vi con pena que en su carta no me decía nada respecto á que yo le acompañase, y que su ausencia podía prolongarse un par de años. Terminado el almuerzo, me encaminé á casa del señor Grace, el que me recibió, diciéndome:

—¡Ah! Bien venido seáis, señor Felipe; hace un momento me estaba acordando de vos.

—¿Recibísteis una carta de mi padre?

—Sí.

—Según parece se prepara para hacer un viaje—añadió.

—Sí, en efecto, muy largo.

—¿Os manifestó algún deseo de que yo le acompañase?

—Ninguno. Además, cierto párrafo de su carta no me permite abrigar ninguna duda acerca de ese extremo.

—¿Viajará solo?

—Completamente solo—respondióme el señor Grace con aire malicioso.—No quiero decir con eso que sea el único viajero en los vapores ó en los trenes, quiero decir que no le acompañará nadie.

—¡Qué! ¿No tiene parientes ó amigos?

—Si los tiene, no hace ningún caso de ellos.

¿Iréis mañana á Liverpool, ¿no es eso?

—No puedo dejar de ir...

Como lo dije lo hice. Encontré á mi padre en Liverpool; pero tan cambiado, tan demacrado, que me asusté, y con mucho empeño le supliqué me permitiera acompañarle; pero no hizo caso ninguno de mis súplicas.

—No puede ser—me contestó,—porque debo estar ausente durante un par de años, y tal vez se perjudicaría vuestro porvenir. Quiero viajar solo, y si la prueba que ahora voy á intentar sale bien, tal vez consienta en volver á vivir como los demás, dejándome arrastrar por la corriente de la vida. Si llega ese caso, entre nosotros existirá una intimidad mucho más grande que ahora.

Las lágrimas empañaron mis ojos.

—¡Que Dios haga que así sea!—exclamé.—¡Que El haga que podáis al fin ocupar entre vuestros semejantes, el lugar á que os dan derecho vuestros méritos! ¡Qué pocos hombres encontré, padre mío, que puedan compararse con vos!

Tal como lo decía lo pensaba, pues la superioridad de su naturaleza se imponía á todo el mundo, revelándose á cada momento en sus modales, rasgos y hasta en los gestos más insignificantes,

Era aún bastante joven para que se pudiese suponer que aún debía gozar muchos años de vida. Deploraba que un hombre de sus méritos ocultase sus talentos, como lo había hecho él hasta entonces. Mis cumplimientos y mis elogios hicieronle sonreír.

—¡Quién sabe! Esperemos, Felipe, en la obra del tiempo. Los ensueños y la ambición pueden presentarse otra vez, las antiguas penas calmarse, olvidarse las humillaciones sufridas, y disipar el amor y el odio. En todo caso Torwood estará siempre en el mismo sitio.

—Pero, ¿no me queréis decir nada, padre mío, antes de separarnos, respecto al pasado? Ahora soy un hombre y puedo comprenderlo todo. Además, vamos á pasar separados una temporada muy larga, y si ocurriese alguna catástrofe, nunca sabría nada de lo que os concierne.

Parecióme enorme atrevimiento la iniciativa que había tomado; pero mi padre no pareció ofenderse de ello.

—Entregué al señor Grace—respondió,—cuantos documentos son necesarios para que averigüéis cuanto os conviene saber en el caso de que yo muera. Además, le otorgué plenos poderes en cuanto se refiere á la cuestión de intereses. Tengo en vos, Felipe, ilimitada confianza, y podéis vivir á vuestras anchas, perseveréis ó no en la carrera que elegisteis; pero sabed de una vez que no tenéis necesidad de trabajar para vivir. Cuando regrese volveremos á ocuparnos de la cuestión de nuestro porvenir.

Se embarcó en uno de los grandes vapores de la compañía Cunard, y después de una despedida postrera, me volví á Londres más triste que nunca; cuántas cosas, ¡ay! debían ocurrir durante esos dos años. Prometiéndome mi padre que me escribiría, y me indicó los lugares y los que yo podía

enviarle mis cartas. Deseaba conservar la más completa libertad de acción, ir y venir por donde le conviniese ó se le antojase, de modo que antes de que él regresase á Inglaterra, podía yo morirle, ser enterrado y hasta olvidado. Este pensamiento me hacía estremecer. Este vacío de mi vida me impulsó más y más á buscar la compañía de Valentín, del Hijo del Sol, como yo le llamaba en broma. Amistades tan francas y leales véense con frecuencia entre adolescentes; pero al llegar á la edad madura, el ardor de nuestras ambiciones hace que disminuya el de nuestros afectos. Es muy raro que uno se conmueva más con los éxitos y fracasos ajenos, que con los propios. No obstante, la amistad que yo profesaba á Valentín era tan grande, que ni por un momento hubiera sacrificado mis intereses á los suyos; habría hecho todo lo imaginable por captarme su amistad, si su simpatía hacia mí no fuera la mejor garantía de que lo conseguí. Confidencias, ambiciones, proyectos, todo era común entre ambos, al menos á mí me halagaba esta idea. El análisis del carácter de mi amigo era para mí origen de interesantes estudios, pues tan pronto veíale ingenuo como un niño, como dispuesto con una tendencia verdaderamente sorprendente, á obrar con cierta solapería. De igual modo que le gustaba adornar sus dedos con pedrería, agradábanle también los trajes vistosos, y por más que yo no imitase jamás su manera de vestir, no podía por menos de reconocer que en él no tenía nada de extravagante. Unas veces mostrábase en exceso prodigo, otras, en cambio, avaro, trabajador en demasía en algunas ocasiones, y excesivamente perezoso en otras, sosteniendo que nunca se debe forzar la inspiración. Más de una vez me pregunté si mi amigo conseguiría llegar á la meta de la celebridad. En Chelsea alquiló un estudio de

pintor, y allí pasé horas agradabilísimas viéndome pintar, trabajar, y cuando tenía ganas de pintar y cuando no, la charla y los cigarros bastábanos para pasar el tiempo. Sus estudios y bocetos tomados del natural, demostraban que había en él vigor y decisión; pero la espontaneidad del pensamiento no bastaba para poder juzgar la forma definitiva de sus obras. Unas veces estaba satisfecho, y otras muy descontento de sí mismo. Una noche en que me pareció que estaba muy desalentado, se sentó al piano, y cuando acabó de tocar una pieza que yo sabía había él compuesto, le dije:

—¿Cómo es posible que un músico de vuestro talento no haya pedido á la música fortuna y gloria?

—En efecto; durante mucho tiempo he estado vacilando entre la pintura y la música.

—¡Feliz de aquel que como vos sois, tiene varias cuerdas en su arco, y más dichoso aún aquel que puede pasar sin trabajar!

—¿Es que yo soy rico? ¿quién pudo sugeriros la idea de que yo lo sea?—me preguntó.

—Vigor me lo indicó.

—¡De veras! Pues bien; la verdad es que mi madre disfruta de cuantiosas rentas; pero éstas son vitalicias. Confío, Felipe, que muy pronto conoceréis á mi madre, que ahora precisamente se halla en Malvern, y témome que se esté allí aún cinco ó seis semanas. Estoy de antemano seguro de que habéis de simpatizar, pues personas serias como vos lo sois, tienen el don de agradarla.

—Lo que voy viendo es que la profesáis muchísimo cariño—observé.

—La palabra cariño no basta para dar idea de los sentimientos que me inspira.

—Hacedme su retrato—dije.

—¿Y cómo un hijo puede hacer el retrato de su

madre? A mis ojos es la más noble y hermosa de todas las mujeres. Creo, amigo mío, que mis palabras os entristecen, y debí haber recordado, antes de hablar, que jamás conocísteis á vuestra madre. Ocupémonos de las cuestiones del arte.

—¿Vuestro gran cuadro no sale tan bien como deseáis?—le pregunté.

—Esta mañana tuve la tentación de acuchillarlo por la mitad; pude resistir y rechazarla.

—El hombre de talento busca siempre un ideal, que no puede alcanzar.

—Sí, sí; pero mientras tanto, la impotencia de sus esfuerzos le desespera.

—El fracaso conduce algunas veces al éxito—dije.

—He ahí una bonita frase que desgraciadamente suena á hueco, y si deseáis ver á un artista que «ha llegado», os presentaré á uno de esos favoritos de la suerte—replicóme Valentín.

El proyecto se ejecutó al pie de la letra, y sin retardo.

Al día siguiente, y después de una caminata de media hora, nos detuvimos ante una casa de muy buen aspecto. Valentín llamó y preguntó por el señor Baker. Este apellido era completamente desconocido para mí; pero yo creí á mi amigo, bajo su palabra. El artista nos hizo esperar muy poco, y nos recibió con gran cordialidad.

—Ya os previne de antemano—dijo Valentín,—que con vuestro permiso, vendría á veros trabajar y no dudo accederéis, amigo Baker, porque los grandes talentos no desdeñan al que empieza.

—Es muy cierto, aparte de que no hay nadie que necesite consejos en la parte técnica del arte; pero en cuanto á la inspiración, ya es otra cosa.

—Precisamente—respondió Valentín,—el fuego sagrado de uno comunica su llama al otro.

—Si queréis tomaros la molestia de seguirme—

indicó el señor Baker con su tono más agradable.

Subimos dos pisos más arriba, y al final de la escalera, encontramos un estudio de grandes dimensiones. En un rincón vi una pila de cajas, paletas, botecillos de color, pinceles, y de todo esto, además, había bastante esparcido por la habitación. En tres caballetes veíanse tres lienzos de iguales dimensiones. Dos artistas que se parecían de una manera tan extraordinaria á Baker, que habrían podido confundirse con él, estaban en pie ante dos de ellos con la paleta y el pincel en la mano.

—Llegáis en la mejor de las ocasiones, pues voy á empezar un gran cuadro—nos dijo el artista.

—Baker es un creador—dijo Valentín mordiendo los labios para contener la risa,—y sus estudios son todos hijos de la imaginación; ya veréis cómo os llama la atención su facilidad.

El pintor, con mano segura, ágil, trazó una línea de horizonte; á la derecha montañas, á la izquierda árboles, en lontananza un lago, y luego añadió colores á discreción. Lo más notable no fué esto, sino que los dos individuos que estaban á derecha é izquierda del artista, consiguieron, gracias á una imitación servil de todos los movimientos de Baker, reproducir el mismo cuadro. Al paso que llevaban los tres, iba á bastarles una hora para cubrir los tres lienzos de rojo chillón, de verde manzana y azul celeste, formando un conjunto de colores tan chillones como encontrados. Grande fué, pues, la sorpresa que experimenté al oír á Valentín decirle al señor Baker que yo tenía grandes deseos de poseer una de sus obras.

Encaróse conmigo, y me preguntó:

—¿Cuál es la que deseáis, amigo mío?

—Hacedme el favor de escoger por mí—repliqué con tono un tanto desabrido, temiendo que el señor Baker pidiese por lo menos veinte libras esterlinas por uno de aquellos horrorosos engen-

ños de su imaginación. Estaba yo disgustado por haber caído de aquella manera en semejante lazo.

—Este—dijo Valentín, señalando uno de los cuadros más pequeños.—Es un estudio lleno de sol, de luz y de aire. ¿Cuánto queréis, amigo Baker, por él?

Echeme á temblar; el cuadro medía aproximadamente unas cuarenta y seis pulgadas de largo por treinta y seis de ancho. Cualquiera artista que se hubiese respetado, no pidiera por él menos de veinticinco guineas.

—Vuestra elección os honra y prueba que tenéis buen gusto—contestó el señor Baker,—porque ese cuadro es una de mis mejores obras, y como tengo empeño en sostener mis precios, no puedo dárselo menos de dos libras esterlinas.

La satisfacción que experimenté bien valía esa cantidad, y sin hacerle esperar, le pagué en el acto.

—¿Queréis que me encargue de mandarle poner el marco?—preguntó el señor Baker.

—No, no hay necesidad—contestó Valentín.—El señor Norris enviará uno de estos días por el lienzo.

Creo inútil decir que ésta es la hora en que aún no he mandado á recogerlo.

En el momento en que llegábamos á Newbond Street, oí de pronto exclamar á Valentín:

—¡Qué buena fortuna! He aquí lord Rothwell, y yo no sabía que hubiese vuelto aún.

Al decir esto, atravesó la calle, y fuese á dar la bienvenida á su señoría, cuya tez atezada, probaba, en efecto, que regresaba de un largo viaje.

—Mucho celebro veros—dijo á Valentín,—y por lo que veo, cada día que pasa os parecéis más á vuestra madre.

Examinóme con curiosidad y preguntó:

*Sin madre—4*

—¿El señor es amigo vuestro?

Sin dar tiempo á Valentín para que contestase, fui yo el que lo hizo.

—Veo—dije,—que lord Rothwell me olvidó; pero tal vez conserve algún recuerdo de un joven que le recibió á bordo de su lancha, así como á dos pasajeros más, á los señores Stanton y á Dunstable.

—¡Ah! ¡El capitán Felipe!—exclamó, alargándome la mano.—No debe extrañaros lo sucedido, porque estáis muy cambiado, y además crecisteis mucho. A vuestra edad son tan rápidas las transformaciones, que la mirada no puede encontrar las sonrosadas mejillas del adolescente, en el rostro barbudo del joven; vuestra mirada, sin embargo, debió ponerme en buen camino.

Preguntónos lord Rothwell si hacía mucho tiempo que nos conocíamos, pregunta que nos hizo sonreír y á la que contesté diciendo:

—Una persona, amiga de ambos, nos presentó el uno al otro.

—Si es que tenéis algo que decir en contra suya,—observó con viveza Valentín,—os agradecería infinito que me lo manifestarais, para dejarle plantado en el acto.

—Os hago la misma petición—añadí yo.

—No puedo por menos de alentar aquello que la casualidad empezó de tan buena manera—dijo lord Rothwell.

A pretexto de darnos cigarros y una copa de Champagne, nos hizo acompañarle á su casa, en donde nos dijo que estaba cansado de viajes, y que no aspiraba más que á llevar en adelante una vida sedentaria. Permanecimos una hora escuchando con placer el relato de sus viajes por lejanos países. En vez de permitir que me marchase con Valentín, se empeñó en que me quedase haciéndole compañía un rato más.

—¡He ahí cómo los amigos nuevos reemplazan á los antiguos!—exclamó Valentín.—¡Un clavo saca otro clavo! Pero á Dios gracias, estoy muy por encima de los celos.

Encendió lord Rothwell un cigarro, y me interrogó acerca de la manera como había empleado yo el tiempo, y aunque al parecer escuchó con mucho interés mis respuestas, no me dió ningún consejo. Pidióme noticias de mi padre, y después me preguntó si había tenido ocasión de conocer á lady Estmere. El tono con que lord Rothwell hablaba de esta señora, me hizo presumir que la amaba ó la había amado. De este modo pasamos aún algún tiempo charlando, y al despedirnos me encargó mucho que fuese á verle con frecuencia, y que hiciese me presentasen á lady Estmere en cuanto ésta regresase á Londres.

## VII

Lady Estmere volvió á Londres antes de lo que creía su hijo. A los dos días de haber regresado aquella señora, recibí una carta de su hijo en la que me rogaba que fuese á comer sin ceremonia con ellos. Por desgracia lord Rothwell estaba ausente y no pudo ser de los nuestros; de todos modos, acepté con alegría la proposición de Estmere. No era Valentín la personificación de la exactitud, cuando se trataba de los detalles insignificantes, de las costumbres en general y del tocado en particular, y no se hallaba en su casa cuando llegué. Al verme entrar en el salón, salíome al encuentro lady Estmere, alargándome la mano. La semejanza que tenía con su hijo era notable. Al observar su belleza y la esbeltez de su talle, no

—¿El señor es amigo vuestro?

Sin dar tiempo á Valentín para que contestase, fui yo el que lo hizo.

—Veo—dije,—que lord Rothwell me olvidó; pero tal vez conserve algún recuerdo de un joven que le recibió á bordo de su lancha, así como á dos pasajeros más, á los señores Stanton y á Dunstable.

—¡Ah! ¡El capitán Felipe!—exclamó, alargándome la mano.—No debe extrañaros lo sucedido, porque estáis muy cambiado, y además crecisteis mucho. A vuestra edad son tan rápidas las transformaciones, que la mirada no puede encontrar las sonrosadas mejillas del adolescente, en el rostro barbudo del joven; vuestra mirada, sin embargo, debió ponerme en buen camino.

Preguntónos lord Rothwell si hacía mucho tiempo que nos conocíamos, pregunta que nos hizo sonreír y á la que contesté diciendo:

—Una persona, amiga de ambos, nos presentó el uno al otro.

—Si es que tenéis algo que decir en contra suya,—observó con viveza Valentín,—os agradecería infinito que me lo manifestarais, para dejarle plantado en el acto.

—Os hago la misma petición—añadí yo.

—No puedo por menos de alentar aquello que la casualidad empezó de tan buena manera—dijo lord Rothwell.

A pretexto de darnos cigarros y una copa de Champagne, nos hizo acompañarle á su casa, en donde nos dijo que estaba cansado de viajes, y que no aspiraba más que á llevar en adelante una vida sedentaria. Permanecimos una hora escuchando con placer el relato de sus viajes por lejanos países. En vez de permitir que me marchase con Valentín, se empeñó en que me quedase haciéndole compañía un rato más.

—¡He ahí cómo los amigos nuevos reemplazan á los antiguos!—exclamó Valentín.—¡Un clavo saca otro clavo! Pero á Dios gracias, estoy muy por encima de los celos.

Encendió lord Rothwell un cigarro, y me interrogó acerca de la manera como había empleado yo el tiempo, y aunque al parecer escuchó con mucho interés mis respuestas, no me dió ningún consejo. Pidióme noticias de mi padre, y después me preguntó si había tenido ocasión de conocer á lady Estmere. El tono con que lord Rothwell hablaba de esta señora, me hizo presumir que la amaba ó la había amado. De este modo pasamos aún algún tiempo charlando, y al despedirnos me encargó mucho que fuese á verle con frecuencia, y que hiciese me presentasen á lady Estmere en cuanto ésta regresase á Londres.

## VII

Lady Estmere volvió á Londres antes de lo que creía su hijo. A los dos días de haber regresado aquella señora, recibí una carta de su hijo en la que me rogaba que fuese á comer sin ceremonia con ellos. Por desgracia lord Rothwell estaba ausente y no pudo ser de los nuestros; de todos modos, acepté con alegría la proposición de Estmere. No era Valentín la personificación de la exactitud, cuando se trataba de los detalles insignificantes, de las costumbres en general y del tocado en particular, y no se hallaba en su casa cuando llegué. Al verme entrar en el salón, salíome al encuentro lady Estmere, alargándome la mano. La semejanza que tenía con su hijo era notable. Al observar su belleza y la esbeltez de su talle, no

se podía creer desde luego que fuese la madre de mi amigo; empero, después de ligero examen, dábase uno cuenta perfectamente que el conjunto de su persona representaba unos cuarenta años, si bien su manera de andar y de presentarse eran las de una persona mucho más joven. Su tez diáfana, los rasgos delicados y regulares de su rostro y sus ojos, en los que, á pesar de su dulzura revelaban cierto orgullo, encantáronme desde luego. Por raro capricho de la Naturaleza, su cabello, que era completamente blanco, conservaba su belleza y abundancia. Como no usaba cofia de viuda, ni ningún otro tocado, esto contribuía á que llamase más la atención la abundancia de sus cabellos. Si la parte moral estaba en ella en armonía con su físico, tenía razón sobrada Valentín al pretender que su madre era la más noble y encantadora de las mujeres. La facilidad y la gracia con que me recibió, impidieronme echar de menos la presencia de Valentín. Lady Estmere me hizo sentar á su lado. Su voz melodiosa, melancólica y un poco lenta, hiciéronme pensar que su vida no era de las más venturosas.

—Con mucha frecuencia, señor Norris, oí hablar de vos á lord Rothwell y á mi hijo. Estoy muy satisfecha al veros, y sé que mi hijo os considera como su mejor amigo, y nuestros sentimientos, simpatías é impresiones son siempre iguales, así, pues, será preciso á que os vayáis acostumbrando á la idea de que tenéis dos amigos en vez de uno.

Disponíame á contestar de la mejor manera posible á aquellos cumplidos, cuando se abrió de pronto la puerta y entró Valentín en el salón; pero no solo, sino en compañía de una joven alta y simpática, á la que llevaba cogida por el talle. Al relatar este detalle, supongo que no hago ningún mal, á menos que á alguien le parezca un crimen el

decir la verdad. Al verme la joven, comprendióse que la molestaba aquella familiaridad.

—¡Ah! ¡Estáis aquí ya, Felipe!—dijome Valentín con su jovialidad acostumbrada.—No me enteré de vuestra llegada, por lo que os ruego me dispenséis, por más que supongo que mi madre y vos habréis estado á la altura de las circunstancias. Claudina y yo venimos del jardín, en donde estuvimos buscando una rosa que hubiese resistido al humo de Londres.

Lady Estmere nos presentó el uno al otro, diciendo:

—El señor Norris, la señorita Claudina Neville, mi sobrina.

Valentín me había hablado varias veces, pero de una manera vaga, de una prima que debía volver á Londres en compañía de su madre, más este detalle tenía para mí tan poco interés, que no hice caso de él. La intimidad que existía entre los primos, ¿debíase á su parentesco, ó á cualquier otro motivo? Esta fué la pregunta que me hice al verlos. Del salón pasamos al comedor, cuyo servicio era muy sencillo, pero en cambio, sumamente elegante y de gran gusto. Valentín se sentó enfrente de su madre, que me obligó á que lo hiciese á su derecha, y de este modo pude examinar á mis anchas, á través del ramo de flores que adornaba la mesa, el lindo rostro de la señorita Neville. Como de costumbre, fué Valentín el que animó la reunión con sus dichos y gracias; su prima y yo tampoco carecíamos de animación, en cuanto á lady Estmere, sin ser taciturna, mostrábase más seria que nosotros. Lord Rothwell y sus excentricidades, fué lo que hizo el gasto de la conversación. La madre de Valentín, me preguntó cuál había sido el origen de mi amistad con lord Rothwell, y del entusiasmo con que éste hablaba de mí. Conté entonces de qué manera se verificó nuestro pri-



mer encuentro sin descuidar su parte cómica, empezando por el mareo del señor Dunstable y su abatimiento. Cuando describí Torwood, lugar en que desembarcara á mis pasajeros, dirigióme lady Estmere muchas preguntas acerca de mi infancia, y su mirada cariñosa hizome ser prolijo en mi narración, que escuchó con gran interés. No oclaté nada de la extraña vida que llevaba mi padre, ni de la ignorancia en que yo estaba acerca de lo que habría sido de mi madre.

—¡Qué triste debe haber sido vuestra infancia! —exclamó lady Estmere, apoyando su blanca mano sobre mi brazo.—Ahora debéis ser mucho más dichoso.

—Viviendo en semejantes condiciones, el señor Norris habría podido llegar á ser un poeta,—dijo la señorita Neville, sonriendo maliciosamente.

—¡Y ya lo es! Porque habéis de saber que Felipe ha escrito tragedias, dramas, comedias y todo lo demás. Puede, si quiere, traernos un rímero de ellas. No pide más que una cosa, y es que yo le aliente para leérmelas; pero se lo tengo prohibido.

De buena gana habríale dado una paliza, porque ya se sabe que el título de poeta hace, por lo general, asomar sonrisas en casi todos los labios.

—Pues volviendo á lo que decíamos hace un momento, hay que confesar, Felipe, que vuestro padre debe ser un pájaro muy extraño, dispensadme ese lenguaje, señoras. ¡Y bien! ¿Qué diríais, Claudina, de una vida semejante, sin paseos, visitas á los comercios, teatros, y sin trajes de volantes?

—Reemplazad los trajes de volantes por los fracs, y ya veo desde aquí, primo mío, vuestro desentanto, si os vieseis condenado á llevar semejante vida—replicó con viveza la señorita Neville.

—¿Yo vivir así? Me moriría. El pasear y el curiosear los escaparates de los diamantistas, es para mí tan necesario como el aire que respiramos. Tanto es así, que habiendo visto hace poco un magnífico zafiro, encargué que lo pusiesen aparte durante un año para que tengáis tiempo, querida prima, de ahorrar y comprarlo para regalármelo.

La señorita Neville aceptó, en broma, el compromiso. Los dos primos cantaron unos cuantos dúos de una manera bastante agradable, y eran, al parecer, los mejores amigos del mundo. Fuera de la familiaridad que Valentín se había permitido al entrar en el salón, nada indicaba que existiesen entre los jóvenes sentimientos muy profundos. Sin dejar de hablar conmigo, lady Estmere dirigió cariñosas miradas al grupo formado por su hijo y su futura nuera. La benevolencia con que me acogieron y me trataron en aquella casa, podía hacerme caer en la tentación de creerme miembro de la familia. Hice, lo confieso, gran gasto en la conversación para dar animación á la velada, molestándome algo el no hallarme en el caso de poder cantar dúos con Claudina Neville. Al despedirme de ella, suplicóme lady Estmere, con una amabilidad que no parecía inspirada sólo por la cortesía, que fuese á verla con mucha frecuencia. Claudina Neville, añadió por su parte algunas frases amables. Despedime de todos, y andando hacia Albermale Street, díjeme que había pasado la velada en compañía de gente muy amable, y que miss Neville era la joven más linda y encantadora que había visto hasta entonces; ¡venturoso Valentín! Al llegar á mi casa, continué pasando revista á todos los amigos que tenía á la sazón. Valentín, lord Rothwell, Claudina Neville, y otros varios de que es inútil hablar aquí. Es muy agradable para un hombre joven, inclinado de suyo á la

melancolía, ser acogido en todas partes de una manera tan amable y afectuosa. Quise iluminar con un rayo de juventud los rasgos delicados y á la par graves del rostro de lady Estmere, y su blanca cabellera con los reflejos del oro, y presentada de esta manera, me figuré que había debido ser una de las mujeres más hermosas de su época. Acordábame luego de Valentín y de su prima, procurando recordar cada una de las palabras que ésta última pronunciara, timbre de su voz llena y melodiosa, el color exacto de sus ojos, de sus cabellos y hasta los menores detalles de su tocado. Todo esto, por supuesto, en el bien entendido de que era por pura amistad hacia Claudina, por aquello de que la prometida de un amigo, no puede dejar de excitar nuestro interés. Deploraba, sin embargo, que no me hubiese prevenido de antemano qué clase de lazos eran los que le unían, al parecer, con su prima. Desde aquella velada volví con mucha frecuencia á casa de lady Estmere; mas luego, de pronto fuí dejando transcurrir más tiempo entre visita y visita, porque cada vez más embelesado con los encantos de la señorita Neville, echábame en cara, como una falta cometida en perjuicio de Valentín, el ceder á los atractivos de aquélla; mas por mi desgracia, los acontecimientos conspiraban contra mis resoluciones. Invitábame Valentín, á que la mayor parte de los días les acompañase á los conciertos, á las exposiciones de flores, á las partidas de lawn-tennis, ó al teatro.

Tenía, á la cuenta, tantas otras ocasiones de hacerla el amor, que no tenía inconveniente en invitarme para que participase de sus diversiones. Hubo más que esto, pues habiendo tenido que hacer una ó dos veces, me suplicó que sirviese de acompañante á su prometida. Esta petición me causó una alegría, de que después me avergoncé.

Estar sentado al lado de Claudina, decirme que era su protector, adelantarme á sus deseos, recibir sus órdenes y sus gracias, causábame una alegría, que me dejaba en el fondo del alma un sentimiento de amargura muy fácil de comprender. Algunas veces, lady Estmere acompañaba á su hijo y su sobrina, y ésta parecía muy contenta, porque yo era de la partida. Lady Estmere no tardó en confirmarme lo que su hijo me indicara acerca de sus proyectos para el porvenir.

—Este matrimonio es mi más ardiente deseo—me dijo,—porque después de Valentín, es á Claudina á quien quiero más en este mundo. Se conocen y se quieren desde que eran muy niños, y al verlos juntos, se les tomaría por hermano y hermana más bien que por novios.

Hice un esfuerzo supremo para poner una soga á mi corazón, y como soy de aquellos que tienen jactancia de poseer una gran fuerza de voluntad, había llegado el caso decisivo para hacerla un llamamiento; mas así, como suele suceder, generalmente con el arma con que más se cuenta, que falla en el momento en que se va á hacer uso de ella, así me sucedió á mí con mi fuerza de voluntad. A pesar mío, á pesar de todo, no podía decidirme á abandonar la compañía de Claudina, ni impedir el amarla con más pasión cada día que pasaba. Creo inútil decir, que encerré en lo más recóndito de mi alma, los sentimientos que me inspiraba, diciéndome, cuando por casualidad mi mirada se cruzaba con la de Valentín, que no tenía nada que reprocharme con respecto á él. Una sola persona tenía que padecer con aquella pasión, con semejante debilidad, ¡era yo! Convencido de, que sabría dominarme y no revelar mis sentimientos, decidí no huir de Claudina. Pasadas unas tres semanas, observé un gran cambio en los modales y, en la manera de ser de la señorita

Neville para conmigo. La franqueza, amabilidad y espontaneidad, que tanto me habían cautivado en ella, parecía como que iba desapareciendo de día en día, y que además, trataba de evitar mi presencia, y de responder de una manera evasiva á mis preguntas. Lleguéme á figurar, que mi presencia le molestaba, y hasta me pregunté si había adivinado mi secreto. Ese sentimiento la parecía quizá una traición tratándose de Valentín, y era necesario que á todo trance, me venciese ó que me alejase de aquellos lugares. Era muy penoso para mí, el pensar que siendo amigo de Valentín y de su madre, pudiese llegar un momento en que faltase á los sagrados deberes de la amistad. Tal vez enterada Claudina de mi debilidad fingiría ignorarla. Tras ésta hice otras reflexiones; ¿no es pueril é indigno en mí, huir ante el peligro, cuando Claudina debía separarse de su tía antes de que pasasen ocho días? Una vez alejada Claudina, todo el encanto desaparecería. Durante cuatro días permanecí fiel á mis resoluciones, y en vano Valentín me invitó repetidas veces á que fuese á casa de su madre, y á que participase de sus diversiones, porque me negué á ello en absoluto, pretextando motivos de salud y de exceso de trabajo para excusar mi ausencia. Semejante huida tenía un fundamento de verdad, y era el que en mí, la parte moral iba dominando á la física.

—En efecto, os encuentro muy cambiado—me dijo Valentín;—pero por mi vida, que tengo en mi mano un medio infalible de curaros. Escuchadme; mi madre y yo vamos á pasar una larga temporada, ó cinco semanas, á la orilla del mar, veníos con nosotros.

Como Claudina Neville no debía acompañarlos, acepté la proposición muy decidido, por otra parte, á no verla antes de su partida, y ya podría figurarse por qué obraba yo de esa manera. Sin

embargo, confieso que en el fondo de mi alma deseaba que la casualidad echase por tierra todos mis planes. Por la mañana recibí un telegrama concebido en los términos siguientes: «Venid á la Exposición de Horticultura, cuento con vos para acompañar á mi prima al concierto.» Latió con fuerza mi corazón á impulsos de la alegría, porque por aquella vez, al menos, no podía contestar con una negativa; iba á verla, á pasar unas cuantas horas á su lado antes de decirle adiós para siempre. Fuí exacto á la cita, y al poco tiempo ví bajar del carruaje de lady Estmere á Valentín y á su prima. Figuróseme que al verme experimentaba y reprimía la señorita Neville un ligero estremecimiento, lo que no obstante, no impidió que me tendiese la mano con su gracia acostumbrada.

—Es preciso, querida Claudina, que hoy me dispenséis y perdonéis—dijo Valentín.—Siento en el alma el teneros que abandonar; pero una cita en la que ha de tratarse de un asunto muy importante para mí, me obliga á abandonaros. No quise, sin embargo, privaros del concierto y rogué á Felipe que viniera á reemplazarme y á ofreceros su brazo.

Con aire poco satisfecho escuchó Claudina las palabras de su primo.

—Si hubiera podido figurarme lo que iba á pasar, habríame quedado en casa—contestó á Valentín,—porque podéis estar seguro de que no os hubiera autorizado á obrar en la forma que lo hicisteis.

—¡Creía que me daríais las gracias en vez de obsequiarme con unos cuantos reproches!—replicó Valentín.—Aquí están los billetes, adiós y que os divertáis mucho.

Sin decir una palabra, apoyóse Claudina en mi brazo, y pocos minutos después y provistos de

programas del concierto, ocupábamos nuestros sitios.

—Creo que es innecesario, señor Norris, que os asegure que no tengo parte alguna en la indiscreción que cometió Valentín—me dijo mi linda vecina.

En vez de contestar directamente á aquella frase, repliqué:

—Creo que el concierto será interesante.

—Valentín obró muy mal; es á veces tan aturdido, es de un carácter tan ligero...

—Sí, algunas veces; pero no siempre, ¿será sin duda porque es tan poco serio por lo que todos le tenemos por muy amable?

—Como sois amigo suyo, tratáis de disculparle.

—Soy amigo suyo, ó al menos pienso portarme como tal—contesté recalcando la frase.

—Pues yo soy su prima, y no obstante, el cariño que le profeso, tengo suficiente valor para decirle la verdad.

—Según he podido comprender, miss Neville, el título de prima no es el único que os une á Valentín.

No obstante, los esfuerzos que hice para dominar mi emoción, mi voz reveló la grande emoción que me dominaba. Bajó Claudina la cabeza, ruborizóse, examinó el programa del mismo modo que si no hubiese oído mis palabras, y me dijo:

—¡Silencio! ¡Van á empezar!

Hice poco caso de la música que, en aquellos momentos, no era para mí más que el acompañamiento delicioso del ensueño arrobador que yo hacía contemplando á mi linda vecina. Nada podía igualar para mí á la blancura de su cuello y á su diminuta sonrosada oreja, y en mi concepto, no había allí rostro más encantador que el suyo, ni talle tan esbelto, ni tocado que sentase mejor ni fuese más elegante. ¡Ah! ¡Por qué no me ha-

blan dicho antes que era la prometida de Valentín! Lo que no puedo decir, es si Claudina escuchó la música con más atención que yo; lo que sí puedo indicar, es que una vez terminado el concierto, habríanos sido imposible decir el nombre de los cantantes y el título de las obras. Propuse á la señorita Neville que tomásemos un coche.

—No, muchas gracias—me contestó,—si no pasease ahora un poco, mañana tendría con seguridad jaqueca. Desde aquí hasta Saint-James-Wood, hay una gran distancia que prefiero recorrer á pie, ¿en dónde está Valentín? No le veo, y sin embargo, es aquí en donde hemos quedado que nos reuniríamos.

Esperamos unos cuantos minutos y pasados éstos decidimos volver á casa. Por el camino hablamos poco; la señorita Neville me alentó poco á hacerlo; no obstante, á medida que nos íbamos acercando á la casa de lady Estmere, nuestras lenguas fueron desatándose.

—¿Queréis decirme—me preguntó,—por qué desde algún tiempo á esta parte se os ve tan poco?

Baluceé algunas palabras pretextando un trabajo empezado. Miróme con aire de incredulidad, y añadió:

—Valentín me indicó que estabais enfermo ¿es eso cierto?

—Sí, y tengo necesidad de respirar durante una temporada el aire del mar. Esa fué la causa de que prometiese á vuestro primo, que me reuniría con él la semana que viene en Bournemouth.

—Eso mismo fué lo que él nos dijo. Mi tía está muy contenta porque os tomó mucho cariño, señor Norris.

—¡Qué buena es! Conozco pocas mujeres tan encantadoras como ella—dije.

—Decid que es la más encantadora y diréis la

verdad. Experimentó muchas contrariedades en la vida, y esto se adivina en su mirada y en su voz, ¿no es verdad que éstas indican con mucha frecuencia el estado del alma?

Hice un signo afirmativo, añadiendo algunas palabras de alabanza en honor de lady Estmere.

—¡Tiene tan pocos amigos!—siguió diciendo Claudina.—Confío en que seguiréis siéndolo suyo á pesar de lo mal que quizás oigáis hablar de ella.

—Creo que está fuera del alcance de la maldición.

—Por desgracia, nadie está libre de sus ataques. Ya hemos llegado, ¿no queréis subir á tomar una taza de té en nuestra compañía?—preguntó.

—No, muchas gracias—respondí con acento resuelto.

No insistió más Claudina, y parece que adivinaba la causa de mi negativa, y de mi aparente descortesía. Continué y dije:

—Voy á despedirme de vos, señorita Neville, porque no pienso volveros á ver. ¡Aunque pasen muchos años sin que tengamos ocasión de volvernos á ver, confío en que alguna vez os acordaréis de mí!

Pesándome mucho la emoción que mi voz revelaba, añadí:

—Después de pasar una temporada en el campo, ¿á dónde pensáis ir?

—Ayer supe que una amiga mía estaba muy enferma, y esa noticia hizo cambiar todos mis planes.

—¿De veras?—exclamé.

—No me marchó el sábado, y habiéndome invitado mi tía para que la acompañase á pasar una temporada á la orilla del mar, acepté la proposición; de manera que pronto volveremos á vernos en su casa.

¡Quedéme anonadado! ¡La suerte era inexorable!

latióme el corazón con extraordinaria violencia, ¡había naufragado á la vista del puerto!

—¡No! ¡No; de ningún modo! ¡Yo no voy... no puedo ir á Bournemouth, porque el suplicio sería para mí demasiado grande y cruel!—exclamé.

Claudina inclinó la cabeza sin contestar nada en el primer momento.

—Entonces, adiós—dijo al cabo, alargándome la mano.

—Sí—respondí,—¡adiós! Ya sabéis á qué se debe mi resolución; soy amigo de Valentín, y un hombre de honor sabe cuáles son los deberes que impone la amistad; pues bien; si yo pasase un día más á vuestro lado, lo olvidaría todo excepto vuestro amor. Perdonadme, señorita Neville, por haberos hecho esta confesión.

No deseaba ni solicitaba una respuesta. Estreché con mucha viveza la mano de Claudina, y luego sin volver la cabeza, me alejé con paso tan rápido como me fué posible. Es imposible que jamás haya habido un hombre que maldijese más su suerte que Felipe Norris. ¿Podía yo alabarme aún de haber permanecido fiel á mi palabra y á mi amigo?

## VIII

El lunes siguiente, marcháronse de Londres, Valentín, su madre y Claudina. Antes de emprender su viaje, envióme lady Estmere una carta muy amable, manifestándome el sentimiento que había tenido al saber que yo estaba enfermo. En cuanto se marcharon respiré más á mis anchas. Había resuelto olvidar á Claudina, y por mi desdicha, no dejaba de acordarme de ella ni un solo instante. Erame necesario á toda costa combatir la obsesión que me dominaba. Se recordará que he dicho que formaba parte de un círculo conocido con el nom-

verdad. Experimentó muchas contrariedades en la vida, y esto se adivina en su mirada y en su voz, ¿no es verdad que éstas indican con mucha frecuencia el estado del alma?

Hice un signo afirmativo, añadiendo algunas palabras de alabanza en honor de lady Estmere.

—¡Tiene tan pocos amigos!—siguió diciendo Claudina.—Confío en que seguiréis siéndolo suyo á pesar de lo mal que quizás oigáis hablar de ella.

—Creo que está fuera del alcance de la maldición.

—Por desgracia, nadie está libre de sus ataques. Ya hemos llegado, ¿no queréis subir á tomar una taza de té en nuestra compañía?—preguntó.

—No, muchas gracias—respondí con acento resuelto.

No insistió más Claudina, y parece que adivinaba la causa de mi negativa, y de mi aparente descortesía. Continué y dije:

—Voy á despedirme de vos, señorita Neville, porque no pienso volveros á ver. ¡Aunque pasen muchos años sin que tengamos ocasión de volvernos á ver, confío en que alguna vez os acordaréis de mí!

Pesándome mucho la emoción que mi voz revelaba, añadí:

—Después de pasar una temporada en el campo, ¿á dónde pensáis ir?

—Ayer supe que una amiga mía estaba muy enferma, y esa noticia hizo cambiar todos mis planes.

—¿De veras?—exclamé.

—No me marchó el sábado, y habiéndome invitado mi tía para que la acompañase á pasar una temporada á la orilla del mar, acepté la proposición; de manera que pronto volveremos á vernos en su casa.

¡Quedéme anonadado! ¡La suerte era inexorable!

latióme el corazón con extraordinaria violencia, ¡había naufragado á la vista del puerto!

—¡No! ¡No; de ningún modo! ¡Yo no voy... no puedo ir á Bournemouth, porque el suplicio sería para mí demasiado grande y cruel!—exclamé.

Claudina inclinó la cabeza sin contestar nada en el primer momento.

—Entonces, adiós—dijo al cabo, alargándome la mano.

—Sí—respondí,—¡adiós! Ya sabéis á qué se debe mi resolución; soy amigo de Valentín, y un hombre de honor sabe cuáles son los deberes que impone la amistad; pues bien; si yo pasase un día más á vuestro lado, lo olvidaría todo excepto vuestro amor. Perdonadme, señorita Neville, por haberos hecho esta confesión.

No deseaba ni solicitaba una respuesta. Estreché con mucha viveza la mano de Claudina, y luego sin volver la cabeza, me alejé con paso tan rápido como me fué posible. Es imposible que jamás haya habido un hombre que maldijese más su suerte que Felipe Norris. ¿Podía yo alabarme aún de haber permanecido fiel á mi palabra y á mi amigo?

## VIII

El lunes siguiente, marcháronse de Londres, Valentín, su madre y Claudina. Antes de emprender su viaje, enviéme lady Estmere una carta muy amable, manifestándome el sentimiento que había tenido al saber que yo estaba enfermo. En cuanto se marcharon respiré más á mis anchas. Había resuelto olvidar á Claudina, y por mi desdicha, no dejaba de acordarme de ella ni un solo instante. Erame necesario á toda costa combatir la obsesión que me dominaba. Se recordará que he dicho que formaba parte de un círculo conocido con el nom-

Bre de Juvenil Club. El cocinero del círculo era uno de los mejores de Londres, la bodega estaba bien surtida: las conversaciones que allí se sostenían, bastante libres y escabrosas, y las personas más serias ó graves jugaban al whist ó al piquet. Confieso que sin haber nacido con aficiones de jugador, las sabias combinaciones de los dos juegos me interesaban bastante. Por lo general, mis pérdidas y ganancias venían á ser iguales, no obstante de que, algunas veces, pasaban de una mano á otra cantidades de bastante importancia. Valentín Estmere, Vigor y yo solíamos encontrarnos con mucha frecuencia en los salones del círculo. Adquirí tal habilidad en el whist, que era á mí á quien casi todos querían llevar de compañero. Escribí á Valentín, manifestándole que una circunstancia imprevista, me impedía hacer el viaje, obligándome á permanecer en Londres. A los diez días de haberse marchado la familia Estmere, fume al círculo. Eran las diez de la noche, y allí se hallaban reunidos una docena de socios de los que sólo me era desconocido uno, cuya conversación parecía absorber la atención general. Tenía al parecer aquel individuo unos cuarenta y cinco años, y en su traje correcto y elegante, lo mismo que en su aplomo, adivinábase que pertenecía al ejército. Tenía una fisonomía de rasgos bastante regulares, pero poco simpático, y su mirada sin fuego y sin franqueza, me desagradó de una manera extraordinaria. Contaba de una manera jactanciosa lo que había visto y hecho en el continente, diciendo cada frase con una voz clara, metálica; y el cinismo de sus expresiones me repugnó. Era de esos hombres que no creen ni en Dios ni en el diablo, y que todo lo critican, pretendiendo que el interés personal es el único móvil que impulsa las acciones humanas. A la primera mirada comprendíase que era soltero, y

su rostro estragado indicaba bien á las claras la clase de vida que había llevado. A pesar mío, reí-me de sus paradojas.

—¿Cómo se llama ese individuo?—pregunté.

—Es el capitán Chesham. Un pobre diablo dentro del cuerpo de un mal sujeto—respondieron.

—Eso mismo era lo que yo me había figurado.

En aquel instante, entró en el salón Harding.

—¡Cómo!—exclamó.—¿Ya está de regreso Chesham? Ese sí que es para el juego un compañero de primer orden.

—¿Quién hará el cuarto?

—Norris, que juega ya bastante bien.

—Bien sabes que á mí no me gustan los principiantes—replicó Chesham.

—¡Bah! Todo eso son cuentos.

Púsose en pie Chesham, y siguió á Harding, y pude observar que el primero renqueaba algo de la pierna derecha.

—¡Diablo!—me dije.—Esa cojera me recuerda la de Asmodeo.

Encima de la mesa hallábanse dos juegos de cartas con su envoltura aún intacta. Como suele suceder á casi todos los jóvenes, en el fondo de mí carácter había mucho amor propio, y las palabras que dijera Chesham acerca de los principiantes, habíanme llegado á lo vivo. Sentíme aún más molesto después, cuando habiéndome designado la suerte como compañero suyo, observé que se encogía de hombros. Le tocó dar las cartas.

—Pero, decidme, ¿continúan siendo vuestras apuestas tan pequeñas?—preguntó Chesham á Harding al mismo tiempo que barajaba y daba las cartas con gran habilidad.

—¿A qué llamáis pequeñas?—contestó Harding.—jugamos una guinea; quizá luego más tarde vendrán jugadores más atrevidos.

Chesham jugaba de una manera admirable, y sin duda por esa razón se permitió criticar mis jugadas con palabras desagradables y con gestos que eran aún más ofensivos. Una ó dos veces intenté defenderme, pero no se dignó discutir conmigo, por lo cual le tuve desde luego mala voluntad. Se me hacía tarde el momento de ganarle su dinero. La llegada de otros socios del círculo le permitió aumentar la cuantía de las apuestas. Era un jugador muy arrojado. En el intervalo entre dos partidas, un conocido me dijo:

—¿Sabéis si ha vuelto lord Rothwell de su viaje?

—¡Cómo! ¿Está ya de vuelta ese títere bulle bulle?—dijo el capitán Chesham, sin separar la mirada de las cartas.

—Sabed, capitán Chesham—dije,—que lord Rothwell es muy amigo mío, y que...

—Pues bien; podéis repetirle mis palabras cuando gustéis.

Y esto diciendo púsose á arreglar las cartas con un aire de superioridad que me atacó los nervios.

—Todo el mundo se va—añadió,—y cada día es más difícil jugar aquí, y yo que esperaba que hubiese habido grandes apuestas...

—¿Qué cantidad es la que queréis jugar, capitán?

—Pongo doscientas cincuenta guineas contra ciento.

—Van jugadas—dije.

¡Perdimos!

Chesham apuntó en su libro de memorias que yo le debía doscientas cincuenta guineas (1). Desde ese momento parecía que yo había ganado mucho... en su estimación, porque cambiando de modales me trató con gran cortesía. Lamentó mi mala suerte, y la emprendió con mi compañero, echándole en cara las malas jugadas. Echáronse carta

(1) Aproximadamente 6.250 pesetas.

otra vez, y la suerte me designó para jugar con Chesham.

—Recuso la suerte—dijo éste,—porque me creo obligado á dar la revancha al señor Norris, para que pueda ganar otra vez el dinero que perdió. Quiero jugar en contra suya.

Fueme preciso reconocer que Chesham me facilitó todas las ocasiones posibles para obtener esa revancha, pero perdí; perdí, sí, cuantas veces jugué; perseguíame á la cuenta la mala suerte.

La cuestión de los tantos llegó á ser para mí de las más monótonas, y hubo un momento en que no me atreví á sumar la larga columna de cifras que tenía delante. Continué poniendo, jugando contra todo y contra todos, é invocando en vano á la buena suerte. Mientras que nuestros adversarios descansaban y refrescaban tomando un vaso de grog, me dijo mi compañero:

—¡Qué afortunado debéis ser en amores!

Estas palabras hicieron que acudiese á mi memoria el recuerdo de Claudina, recuerdo que rechacé en seguida. Habíase apoderado de mí una gran sobreexcitación febril, y las manos me temblaban al dar las cartas y extenderlas sobre la mesa. La alfombra estaba llena de ceniza y de puntas de cigarro, las mesas inmediatas á la de juego, de vasos y botellas medio vacías; y los primeros rayos de sol empezaban á reflejarse en las paredes.

—Esta será la última partida—dijo Chesham, echando una carta.—Hace ocho horas que estamos jugando, y como voy haciéndome viejo, las noches pasadas en vela me cansan mucho. Si queréis os daré la revancha cualquier otro día.

En aquella parte del juego tuvo por compañero al más hábil jugador de todos nosotros.

—Veamos cómo estamos—dijo el capitán,—y sepamos cuál es el todo de mis ganancias. Me de-



béis doscientas cincuenta guineas; ¡qué mala suerte tenéis hoy! ¿Queréis que la juguemos á la buena? El que gane, ganará todo, y el que pierda, lo mismo.

Si algunas horas antes me hubiesen dicho que iba á exponerme á perder sumas tan considerables, habríame burlado ó rechazado con energía las afirmaciones. Acepté, sin embargo, la oferta de Chesham, porque había encontrado en el juego un derivativo á mis penas. Perdi, desde luego, la primera jugada.

—Tres puntos para las bazas y dos para los triunfos—dijo Chesham con mucha calma.

De antemano puse las cosas en lo peor; en la jugada siguiente hicimos cuatro bazas, nuestros adversarios tres y algunos tantos además. Al ver seis bazas alineadas simétricamente delante del capitán, díjeme que todo estaba perdido. Mi compañero, con una astucia digna del señor Chapelle, hizo una baza con un nueve. Chesham reclinó los dientes y yo exhalé un suspiro de satisfacción, empero á despecho de ese vislumbre de esperanza, la suerte me volvió la espalda. Apenas me atrevo á decir lo que ocurrió en la jugada siguiente; pero con seguridad que no seré el primero ni el último que pierda la cabeza en semejantes circunstancias. Diéronse cartas y, ¡oh! ¡asombro! la más importante de mi juego era un nueve. Eché mis cartas al descubierto sobre la mesa.

—Recoged esas cartas y jugad—me dijo mi compañero.

—¡Alto!—exclamó Chesham.—Vais á jugar á cartas vistas.

El azar no había dicho, sin embargo, su última palabra. Por la primera vez mi compañero tenía en la mano cuatro triunfos, y á pesar de mi arranque de impaciencia, el juego iba á sernos favorable. Había cinco bazas por cada parte, y nos

quedamos, antes de hacer ninguna jugada, tan pen-sativos como los augures.

—Creo—dijo Chesham, echando una carta, con la que hizo una baza,—que he sabido jugar, echando la carta que era necesaria, y que fué una buena respuesta á vuestro ataque.

¡Había yo perdido una vez más!

—En las circunstancias en que nos hallábamos, no debísteis obligar al señor Norris á que jugase á cartas vistas—observó mi compañero de juego.

—¡El juego es el juego! Y aquí no se juega en broma con tantos sin valor. El señor Norris me debe tres mil libras (1).

—¿Me concederéis cuarenta y ocho horas para pagaros mi deuda?

—Os concedo de plazo hasta el lunes, si lo preferís.

¡Tres mil libras! Esa suma me resonaba de una manera extraña en los oídos al salir del Juvenil Club para dirigirme á mi casa. El sol lo iluminaba todo. Mi único recurso era dirigirme al señor Grace, porque aun cuando hubiese vendido mis muebles y libros, no hubiese conseguido reunir aquella suma, ¿y cómo era posible que el apoderado de mi padre asumiese la responsabilidad de pagar semejante cantidad, sin recibir antes autorización de aquél, que á la sazón se hallaba en los antípodas? De mi traje se desprendía un acre olor á tabaco, y á consecuencia de tener en la mano las cartas durante tantas horas, mis dedos se crispaban. Tenía, además, los pies fríos como el hielo, y la sangre agolpada á la cabeza. Al entrar en mi cuarto me eché en la cama pidiendo á Morfeo descanso y olvido; una idea terrible me impidió, durante largas interminables horas, conciliar el sueño; si no podía obtener la cantidad

(1) Aproximadamente 75,000 pesetas.

que necesitaba para salir de mi compromiso, y esto en el término perentorio de cuarenta y ocho horas, no me quedaba más que un recurso, la muerte. Dominábame una excitación nerviosa tan extraordinaria, que me impedía en algunos momentos estarme quieto. Deseando calmarme, y al ver que el tiempo iba pasando y se aproximaba la hora en que podía ver al señor Grace, me decidí á tomar un baño frío que calmó mis nervios en tensión. Vestíme decidido á no detenerme más, y á hacer la confesión de mis culpas é imprevisión. Hecho todo esto, con un aspecto tan humilde como contrariado, me dirigí hacia el bufete de Belford Row. Gran esfuerzo necesité para hacer aquella confesión que el señor Grace escuchó sin interrumpirme, limitándose á lanzar de vez en cuando alguna exclamación. La cifra de mis pérdidas, que le dije al final, hizole dar un salto.

—¡Tres mil libras esterlinas, señor Felipe!—exclamó.—¡Y yo que me había figurado que el máximo no excedía de doscientas libras! ¿Cómo se explica que hayáis perdido esa cantidad?

La expresión del rostro del señor Grace cuando siguió hablándome, no tenía nada de tranquilizadora.

—Me permitiré únicamente preguntaros si os han ganado ese dinero honradamente, y cuando digo honradamente, empleo el lenguaje de los jugadores que no tienen en cuenta, ni el talento, ni la edad ó la experiencia.

—Confieso que no debo echar á nadie más que á mí mismo, la culpa de lo que me sucede.

—¿Y á quién debéis esa cantidad? Cuando digo «debéis,» me coloco en el punto de vista social, porque no dudo que sabréis que las deudas del juego son legalmente exigibles.

—Es una deuda de honra, y si no puedo pagarla, me mato.

—¡Misericordia divina! ¡Cuántas veces en este mismo sitio oí esta frase! ¿Quién fué vuestro adversario en el juego?

—Casi preferiría no decíroslo.

—Es preciso que me lo digáis, porque no sabiéndolo, estoy como con las manos atadas.

—Se apellida Chesham.

—Chesham, así solo, no quiere decir nada; ¿qué clase de hombre es?

—Es un tipo alto y delgado, que cojea un poco.

—¡Ah! ¡Ya adivino quién es! ¡No puede ser sino él! ¿Figura en el número de vuestros amigos?

—¡No, pardiez! La noche pasada le vi por primera vez, y le detesto, le aborrezco; su aspecto me recuerda á Mefistófeles.

—Así es, en efecto. Debe haber en ese hombre algo de diabólico—dijo el señor Grace.—Vuestro padre se va á disgustar, pero estoy seguro que se disgustaría aún mucho más si no se pagase á semejante hombre; ¿cuándo necesitáis esa cantidad tan importante?

—Hoy mismo, á ser posible, pues no descansaré á gusto hasta que haya pagado esa deuda.

—Hoy no puede ser, porque es muy tarde; venid mañana por la tarde á primera hora y os la entregaré. Desde luego supongo que preferiréis billetes. En cuanto hayáis pagado vuestra deuda al capitán Chesham, os suplico que vayáis á ver á lord Rothwell, al que le contaréis lo sucedido; ya sabéis que es uno de mis clientes, y precisamente la última vez que estuvo á verme me habló largo y detenido rato de vos. Esa es la única condición que os impongo.

Habría preferido que la cosa quedase en secreto; pero el señor Grace no era de esa opinión, y no tenía más recurso que seguir sus consejos.

Pasé la tarde y noche de aquel día y la mañana del siguiente, haciendo actos de contrición y de firme propósito de nunca más pecar y de no volver á cometer las mismas faltas. Conforme con lo que habíamos convenido, el señor Grace me entregó en un sobre cerrado el precio de mis locuras, y lo guardé bajo llave, proponiendo ir aquella misma noche á liquidar mi deuda. Comí, sin apetito en el círculo, pues si bien habíame prometido no jugar más, no por eso dejaba de frecuentar aquel lugar. La sorpresa que experimenté al ver allí á Chesham, fué grande, y me pesó haber dejado el dinero en mi casa. Fijóse en mí con ansiosa mirada, inquietándole sin duda la idea de que fuese tan joven el que le debía una cantidad tan importante.

—¿Pensáis venir esta noche, capitán?—le pregunté.

—Sí, si lo deseáis, por más que tenía otros proyectos.

—Tengo en casa la cantidad que os debo—respondí.

El capitán se inclinó, saludándome.

—Y me propongo ir á buscarla en cuanto haya comido, á menos que no tengáis que ir hacia aquella parte.

—Según tengo entendido, vivís en Albermale-Street.

Hice un signo de asentimiento, y Chesham añadió:

—Pues bien, sí, he de seguir ese camino, de modo que os acompañaré y os evitaré el que tengáis que volver aquí esta noche.

—Estoy á vuestras órdenes.

La comida del capitán duró, naturalmente, mucho más que la mía, y me fuí al salón de fumar para esperarle. A eso de las ocho se presentó allí, cojeando, y juntos, nos marchamos

—Id á avisar un coche—dijo Chesham á uno de los porteros del círculo.

Durante el trayecto, mostróse mi compañero muy amable, preguntándome si deseaba tomar mi revancha, y quedé convencido de que se puso muy contento cuando se enteró de que una vez pagada mi deuda, no pensaba llevar más adelante el asunto. Subió con mucha lentitud la escalera, y en mi cuarto hallé á Valentín, que me esperaba fumando uno de mis mejores cigarros. Al verle allí, quedóse estupefacto Chesham.

—¿Deseáis que os deje solos?—preguntó Valentín.

—No, amigo mío, el capitán y yo necesitamos muy poco tiempo para despachar lo que traemos entre manos.

Valentín nos volvió la espalda, y se puso á examinar con mucha atención los cuadros colgados en las paredes, mientras que Chesham, sentado en un sillón, fruncía de una manera enérgica el entrecejo. Continuó Estmere manteniéndose á cierta distancia con el firme propósito, sin duda, de no dar cara á la vista. Los ojos azules acerados del capitán centelleaban con un fulgor extraño, al mismo tiempo que una sonrisa de infernal expresión contraía sus labios.

—¿Qué es eso, señor Estmere, no me reconocéis?—dijo con acento incisivo.

Nolvióse Valentín, respondiéndole:

—Sí, os conozco perfectamente.

—Entonces, ¿á qué viene vuestro mutismo?

—¿Acaso tenemos la costumbre de hablarnos?

—No, en verdad; mas como existen lazos de parentesco entre vuestra madre y yo, creo que no tengo el derecho de asombrarme en vista de vuestro comportamiento.

—Os ruego que no mezcléis para nada en vuestra conversación el nombre de lady Estmere. En

cuanto al parentesco, no lo niego; pero prefiero olvidarlo.

Asmodeo se levantó, y dando unos cuantos pasos, se acercó á Valentín, pronunciando al mismo tiempo con mucha calma las palabras siguientes:

—Tal vez, señor Estmere, existan entre vos y yo lazos de parentesco mucho más íntimos de los que muchos suponen, y que algunos no podrían negar.

Miróle Valentín con aire de profundo desprecio, y le contestó:

—No comprendo, capitán, lo que me queréis decir.

—Si algún día, yendo por el mundo, encontráis á sir Laurencio Estmere, y le llamáis «padre mío», es muy probable que os responda que no tiene ningún derecho á semejante título, que el capitán Chesham es el único que puede reivindicar.

—Habéis mentido—respondió Valentín, sin levantar lo más mínimo la voz; pero asestando un golpe tan violento á Chesham, que éste se tambaleó y cayó, haciéndose una herida en la cabeza al chocar contra la esquina de una mesa llena de porcelanas antiguas, de las que se rompieron algunas por valor de veinte ó veinticinco libras.

—Levantad á ese hombre—me dijo Valentín.

Esto fué lo que hice, y después de ayudarle á sentarse, le entregué su bastón. El estado de Chesham no tenía nada de grave, y á los pocos minutos recobró el sentido. Su primer movimiento fué el de llevarse la mano al pecho para asegurarse de que el sobre con los billetes de banco se hallaba aún allí. Hecho esto, cogió el sombrero y se preparó para marcharse.

—Siento mucho, capitán, que este percance os haya ocurrido en mi casa—le dije.

No me respondió ni una palabra, y al llegar á

la puerta, volvióse, y encarándose con Valentín, le dijo:

—Hace diez años os hubiera matado como á un perro; pero hoy tengo otros medios de vengarme, y á ellos apelaré; muy pronto lo veréis.

—¡Canalla! ¡Miserable!—dijo Valentín, mientras que el capitán bajaba la escalera.—¡Ah! ¡Canalla! ¡Infame! Si adivinasteis la alusión que hizo, debéis comprender, querido Felipe, conociendo á mi madre como la conocéis, cuán odiosa é infame es esa calumnia. ¡Mi madre insultada de ese modo, cuando es la más virtuosa, santa y también la más orgullosa de las mujeres para faltar á su deber!

Como era natural, debía participar de su opinión por más que no estuviese enterado de ningún antecedente de la familia. Las palabras injuriosas de Chesham me hicieron comprender que lady Estmere no era viuda.

## IX

Muy pronto recobró Valentín su buen humor, pues su fe inquebrantable en la vida de su madre era más grande que nada, ó tal vez porque, como pasaba á otros muchos, había aprendido á ocultar sus sentimientos bajo la máscara de la indiferencia. Ayudóme á recoger las porcelanas rotas, y luego nos pusimos á charlar.

—¿Se puede saber, Valentín, por qué razón habéis regresado á Londres?

—¡Por culpa vuestra, pardiez! ¿Qué es lo que os preocupa, amigo mío? En vuestro estado observo algo anormal que me llama la atención.

Me decidí para contestarle, á contarle mis tribulaciones en el whist.

cuanto al parentesco, no lo niego; pero prefiero olvidarlo.

Asmodeo se levantó, y dando unos cuantos pasos, se acercó á Valentín, pronunciando al mismo tiempo con mucha calma las palabras siguientes:

—Tal vez, señor Estmere, existan entre vos y yo lazos de parentesco mucho más íntimos de los que muchos suponen, y que algunos no podrían negar.

Miróle Valentín con aire de profundo desprecio, y le contestó:

—No comprendo, capitán, lo que me queréis decir.

—Si algún día, yendo por el mundo, encontráis á sir Laurencio Estmere, y le llamáis «padre mío», es muy probable que os responda que no tiene ningún derecho á semejante título, que el capitán Chesham es el único que puede reivindicar.

—Habéis mentido—respondió Valentín, sin levantar lo más mínimo la voz; pero asestando un golpe tan violento á Chesham, que éste se tambaleó y cayó, haciéndose una herida en la cabeza al chocar contra la esquina de una mesa llena de porcelanas antiguas, de las que se rompieron algunas por valor de veinte ó veinticinco libras.

—Levantad á ese hombre—me dijo Valentín.

Esto fué lo que hice, y después de ayudarle á sentarse, le entregué su bastón. El estado de Chesham no tenía nada de grave, y á los pocos minutos recobró el sentido. Su primer movimiento fué el de llevarse la mano al pecho para asegurarse de que el sobre con los billetes de banco se hallaba aún allí. Hecho esto, cogió el sombrero y se preparó para marcharse.

—Siento mucho, capitán, que este percance os haya ocurrido en mi casa—le dije.

No me respondió ni una palabra, y al llegar á

la puerta, volvióse, y encarándose con Valentín, le dijo:

—Hace diez años os hubiera matado como á un perro; pero hoy tengo otros medios de vengarme, y á ellos apelaré; muy pronto lo veréis.

—¡Canalla! ¡Miserable!—dijo Valentín, mientras que el capitán bajaba la escalera.—¡Ah! ¡Canalla! ¡Infame! Si adivinasteis la alusión que hizo, debéis comprender, querido Felipe, conociendo á mi madre como la conocéis, cuán odiosa é infame es esa calumnia. ¡Mi madre insultada de ese modo, cuando es la más virtuosa, santa y también la más orgullosa de las mujeres para faltar á su deber!

Como era natural, debía participar de su opinión por más que no estuviese enterado de ningún antecedente de la familia. Las palabras injuriosas de Chesham me hicieron comprender que lady Estmere no era viuda.

## IX

Muy pronto recobró Valentín su buen humor, pues su fe inquebrantable en la vida de su madre era más grande que nada, ó tal vez porque, como pasaba á otros muchos, había aprendido á ocultar sus sentimientos bajo la máscara de la indiferencia. Ayudóme á recoger las porcelanas rotas, y luego nos pusimos á charlar.

—¿Se puede saber, Valentín, por qué razón habéis regresado á Londres?

—¡Por culpa vuestra, pardiez! ¿Qué es lo que os preocupa, amigo mío? En vuestro estado observo algo anormal que me llama la atención.

Me decidí para contestarle, á contarle mis tribulaciones en el whist.

—¿Y ese bestia se embolsó vuestro dinero? Eso es atroz; pero, ¿de qué manera hicisteis eso?

—¿Hacer el qué?—contesté para ganar tiempo.

—¡Jugar! Es una cosa indigna de vos y de todo hombre que se respete. Soy, bajo muchos conceptos, un loco, un aturdido; pero aun así y todo, me inspira verdadero horror el juego.

—He decidido no volver á jugar.

—¡Bah! Siempre se dice lo mismo. Desde hace unas cuantas semanas estáis desconocido. ¿Por qué demonios se os ocurrió la idea de jugar? ¡Vamos, hablad y desembuchad de una vez!

—Tenia necesidad de excitarme, de distraerme!

—Cualquiera que os viese, diría que el remedio fue peor que la enfermedad. Os halláis en un estado lamentable, y esa es la causa de que evitéis mi presencia. Convengo en que la estancia en Bournemóuth es muy monótona, mas de todos modos, la permanencia allí no os hubiera costado tan cara como en Londres ¡pestel!

—¿Cómo siguen en vuestra casa?

—Muy bien, excepción hecha de Claudina, que está de un humor inaguantable. Desde que nos vemos por la mañana hasta que nos separamos por la noche, no hace más que tratarme con áspera descortesía. De tal manera, que si esto continúa así, podría deshacerse lo pactado.

—Me sorprende muchísimo oír de vuestra boca un lenguaje parecido, tratándose de la señorita Neville—dije.

—Y sin embargo, nos entendemos perfectamente, y ambos sabemos lo que hacemos. He prometido que mañana iréis conmigo; arreglaos en consecuencia.

—No, no pienso ir á Bournemóuth.

—¿Y por qué no? ¿Pensáis aún en tentar e Idésquite?—me preguntó Valentín.

—Os dije antes que he decidido no volver á ju-

gar más, ¡santo Dios! ¡Jugar con ese miserable!

—¡Vamos, Felipe, sed franco! Decidme la verdad, tengo grande empeño en conocerla.

—Si no adivináis lo que yo puedo deciros, Valentín, repetiré con Schiller, los dioses protegen á los pobres de espíritu.

—No soy un pobre de espíritu, ni vos un dios, Felipe; ¡hablad!—añadió Valentín.

—Existe un amigo al que profeso verdadero cariño—respondí,—y una mujer á la que adoro. El amigo sois vos, la mujer Claudina.

Creí que mis palabras iban á producir una avalancha de reproches; pero no ocurrió nada de esto.

—Eso mismo fué lo que me figuré adivinar—me dijo Valentín.—En vano quise que Claudina me dijese la verdad, y cansado vengo á que vos me la digáis.

—Pues bien, ahora ya lo sabéis todo.

—Supongo que estáis locamente enamorado, que su imagen os persigue sin cesar, y que soñáis noche y día con ella, despierto ó dormido.

—Es cierto—murmuré.

—Todo esto es muy extraño—replicó Valentín poniéndose meditabundo.—Figuraos que hasta ahora mi corazón permaneció insensible como una piedra, hasta tratándose de Claudina. Una sola vez experimenté los síntomas del amor; pero aquella impresión fué tan fugitiva, que sólo hablo de ella como por recuerdo.

—¡Me arrancasteis mi secreto, señor Estmere—exclamé rebelándome,—y me choca muchísimo la manera como habláis de vuestra prometida!

—¡Loco!—respondióme con acento jovial apoyando amistosamente la mano en mi hombro.—Para tranquilizaros, habéis de saber que hace seis meses, es decir, antes de que Claudina os conociese, habíamos convenido devolvernos nuestra pa-

labra en el caso en que las circunstancias lo exigiesen. Nos faltó á ella y á mí el valor para hacerlo, ó sea para manifestar á mi madre lo que es un hecho consumado. Tenemos, además, profundo respeto á sus decisiones, y tanto es así, que si se muestra demasiado apesadumbrada por nuestra resolución, estamos dispuestos á pesar de todo, á casarnos.

En aquel mismo instante habría querido abrazar á Valentín.

—Ya habéis visto, Felipe,—siguió diciendo éste,—lo que os cuesta no haber dicho con franqueza la verdad; ¡nada menos que tres mil libras! ¡En dinero contante y sonante! Porque fué por desesperación de enamorado por lo que jugasteis, ¡haga Dios que esto os sirva de lección!

—¿Qué me importaba á mí en aquel momento el dinero, si era el hombre más feliz de la tierra? —¿Creéis, Valentín, que yo inspiro alguna simpatía á vuestra prima?—le pregunté.

—Eso á vos y á nadie más toca averiguarlo, amigo Felipe; pues, en cuanto á mí, sólo pienso ocuparme de mi madre. De lo que podéis estar seguro, es de que no haré traición á vuestra confianza, os doy palabra de honor.

Convinimos en que yo no iría á Bournemouth, pues quería obrar lealmente, y no debía hacerlo hasta que lady Estmere estuviese enterada de la situación. Valentín se comprometió á dar ese paso.

—Quedamos en que me enviaréis un telegrama —le dije,—en cuanto esté terminado el asunto; ahora funemos.

Largo rato permanecimos juntos charlando, pretendiendo Valentín que era muy fastidioso el ocuparse siempre del mismo tema. ¡Claudina Neville!

—¡Peste! Bien mirado, conviene que con el golpe no haya mandado á ese canalla al otro mundo.

Estoy seguro de que os casaréis con Claudina; pero hasta que llegue este día, ¡cuántas y cuántas cosas no oiréis en contra vuestra! A pesar de todo lo malo que puedan deciros de mi madre, prometedme que no perderá vuestro respeto y consideración.

Accedí á la petición de Valentín. Aquella noche no me fué posible acostarme; tenía el corazón demasiado henchido de alegría, y muchos castillos en el aire, en la cabeza desde luego, habitados por Claudina y por mí, para poder pegar los ojos. Negándose Valentín á enterarme de los sentimientos de su prima, respecto á mí, no hizo más que alentar mis esperanzas. El giro que tomaban mis asuntos amorosos, hízome casi olvidar mi catástrofe en el juego. Permanecí indiferente á todo menos á esto, y la elasticidad de crédito de casa de mi padre me tranquilizó acerca del estado pecuniario de éste. No obstante esto, figuróseme que á su regreso debía esperar una severa reprimenda; pero hasta que llegase el caso, había de pasar mucha agua bajo los puentes, y yo tenía que poner asedio á Claudina. Ante esta perspectiva, todo desaparecía para mí; esperaba con ardorosa impaciencia el instante en que debía volver á verla y leer en sus ojos la suerte que me esperaba. Al día siguiente debía marcharse Valentín á Bournemouth, y me hubiera yo guardado muy bien de poner el menor entorpecimiento á sus proyectos, y convinimos en que me telegrafiasen en cuanto estuviese arreglado el gran asunto. En su presencia experimentaba extraordinaria sobreexcitación; pero ésta fué en aumento cuando se separó de mí. No podía recibir el telegrama hasta pasadas veinticuatro horas, de modo, que me era preciso emplear en algo el tiempo. Entonces fué cuando recordé la promesa hecha al señor Grace de ir á contar mis desventuras en el juego á lord

Rothwell. Por muy cuesta arriba que se me hiciese, era necesario someterse de buen ó mal grado y cumplir lo prometido. Púseme á buscar al ilustre viajero, y al cabo le hallé hospedado en el Hotel Log. Subí la escalera, y una voz conocida y vibrante respondiome:

—¡Adelante! ¡Pasad!

Su traje, lo mismo que cuanto le rodeaba, era de una sencillez verdaderamente primitiva; el mobiliario, de los más reducidos, componíase nada más que de dos sillas, de un bote para el tabaco, de varias pipas de distintas clases y de dos tableros de pino sin pintar, con pies de lo mismo. Esas mesas eran de grandes dimensiones, y estaban llenas de mapas, cuartillas y dibujos. Ante sí tenía lord Rothwell un manuscrito, y el suelo, á su lado, estaba cubierto de cuartillas, pues su señoría las iba echando allí á medida que las terminaba. Su traje, por demás descuidado, reducíase á un pantalón de franela ordinaria y de una americana de terciopelo, que de tan traída como llevada, no tenía ya pelo, y sí al descubierto la urdidumbre. Al alcance de la mano tenía una pipa de tubo corto.

—Poned en cualquier parte esos libros que hay en ese asiento, y sentaos—me dijo lord Rothwell, —y dispensadme un momento, que estoy terminando un párrafo.

Hice lo que me indicó, y siguiendo con la mirada los gruesos caracteres que trazaba su pluma, intenté calcular cuánto papel y tinta necesitaría con semejante sistema de caligrafía, que, entre otros méritos, tenía el de ser muy claro y legible. En cuanto dejó á un lado la pluma, entablé la conversación del modo siguiente:

—¿Os es posible, lord Rothwell, escucharme durante unos instantes?

—Cuántos queráis. ¿De qué se trata? ¿De negocios serios ó de placeres?—me preguntó.

—Por desgracia, trátase de un asunto poco agradable, pues he de haceros una confesión penosa.

—¿Habláis seriamente?

—Sí, por mi desdicha—respondí con triste acento.

—Si es así, tratadme lo mismo que á un amigo de vuestra misma edad, y no como á un hombre que por sus años podría ser vuestro padre. ¿Es que necesitáis dinero?—me preguntó.

—Ayer lo necesité; hoy no me hace falta para nada.

—Entonces decidme de lo que se trata.

De una manera muy lacónica le relaté lo ocurrido, sin omitir, sin embargo, ningún detalle; pero no pronuncié ningún nombre propio. Mientras tanto lord Rothwell se acariciaba la barba con aire meditabundo.

—Deploro mucho lo que os pasó, porque no teníais la seguridad de pagar, y ésta es una de esas cosas que jamás se deben olvidar ni aun durante la excitación del juego.

—Si no hubiese podido cumplir, habríame levantado la tapa de los sesos—respondí.

—Esa era, en efecto, la única resolución que podíais tomar. Si hubieseis venido á verme, yo os facilitara esa cantidad. Apruebo desde luego vuestra visita al señor Grace, y os doy las gracias por la prueba de confianza con que acabáis de honrarme.

—El señor Grace se empeñó en que os tomase por confidente de mis fracasos—dije.

—¿Y por qué razón?

—Porque pretende que conocéis á fondo á mi adversario.

—¿Y quién es ese señor?—me preguntó lord Rothwell.



—El capitán Chesham—contesté.

—¡Chesham! ¡En buenas manos caísteis! ¡Valiente canalla!

—Hacedme el favor de decirme cuanto sepáis acerca de semejante individuo—dije con alguna insistencia.

—Lo que sé es muy poca cosa en comparación de lo que podría saber; pero que probablemente ignoraré siempre. Evitad siempre, Felipe, el encuentro con ese hombre, del mismo modo que se evita el de una serpiente venenosa. ¡Tiene una reputación detestable, de las más malas de este mundo!

—A juzgar, lord Rothwell, por la manera como habla de vos, se ve que os detesta mucho.

—Hace algunos años serví de testigo á un amigo mío que se batió en duelo con él, y le hirió en una cadera. He ahí todo—dijo su señoría.

—Me gustaría mucho saber el nombre de vuestro apadrinado.

—No es un secreto para nadie; se trataba de sir Laurencio Estmere.

—¿El padre de Valentín?—exclamé.

—El mismo, y por cierto mi mejor amigo.

—Pues ayer noche, el capitán Chesham estuvo en mi casa para cobrar la cantidad que yo le debía, é insultó á Valentín, que se hallaba allí, y éste le pegó y tiró al suelo.

—¿Y qué más sucedió?

—¿Puedo contároslo todo?—dije con cierta vacilación.

—Sí, sí, todo, tratése de lo que sea, porque entre Valentín y yo no hay secreto de ninguna clase.

Repetí entonces las palabras ofensivas que respecto á lady Estmere se había permitido pronunciar el capitán. Dominado por creciente agitación, paseóse mi noble interlocutor por la estancia, sin

ocuparse para nada de las cuartillas recién escritas que cubrían el suelo.

—¡Miserable! ¡canalla!—ofse murmurar entre dientes.—¡Nunca! ¡Jamás creeré semejante infame calumnia! ¡Pobre mujer! ¡Noble y santa criatura! Aun en el caso de que fuese cierto que había amado á tal miserable, habríale resistido, porque estoy convencido de que en ella el decoro y el respeto de sí misma dominan á todo. ¿Decís que Valentín le trató con rudeza?

—Sí, el capitán cayó al suelo lo mismo que un sapo.

—Lo siento, sin embargo, por más que no puedo echar en cara á Valentín su arrebató. Lo que me extraña es que no le haya dejado en el sitio. Estoy seguro de que en su lugar hubierais hecho lo mismo ó más, ¿no es cierto?

—Es probable. El objeto que se proponía Laurencio Estmere cuando le desafió, era quitarle de en medio, y aun hoy, si le encontrase, le mataría.

—¿No me decís nada de lady Estmere? Os juro que está muy por encima de toda calumnia que puedan inventar en contra suya. La conozco desde antes de casarse, y no me inspira más que respetuosos sentimientos. No es capaz de haber concedido nunca, ¡jamás! sus favores ni sus atenciones á un hombre de la calaña de Chesham. Cuanto más la tratéis, más entusiasmo os inspirará su naturaleza escogida y sus raras virtudes. La queréis y la respetáis á la vez. Ahora considero como un deber deciros todo lo que sé. A juzgar por las apariencias, Laurencio Estmere y su esposa gozaban de una verdadera dicha, y si siempre no estaban de acuerdo en todas las cuestiones, un amor recíproco contrabalanceaba sus pasajeras nubes de estío. Grande fué, por tanto, el asombro que experimenté un día al ver que Laurencio Estmere, transornado como un loco, se presentaba

en mi casa diciéndome que su mujer le engañaba. Me indigné y me burlé de las preocupaciones de mi amigo, y si acerca de la virtud conyugal de lady Estmere no tenía ninguna duda, abrigábalas y muy fundadas, acerca del estado mental de su marido. No obstante, cuando me dijo que tenía pruebas fehacientes de la traición de su esposa, no supe qué contestarle. En efecto, un cúmulo grande de circunstancias parecían confirmar sus palabras. A contar desde ese día, no volvió á verla más. Tal vez ella no quiso buscar una reconciliación, porque la altivez de su carácter no tenía igual, y era en un todo semejante á la de su marido. A los dos meses de ocurrir estos sucesos, sir Laurencio me suplicó que le acompañase á Bélgica para servirle de testigo. Sin negar los hechos, aceptó Ricardo Chesham la reparación por las armas, y lo hizo con increíble cinismo. Su cojera fué el resultado de aquel encuentro; pero la venganza de sir Laurencio es poca cosa comparada con los sufrimientos de dos vidas sin esperanza y sin horizonte. Ahora ya lo sabéis todo.

—¿Y cómo se explica que el capitán Chesham haya conocido á lady Estmere?

—Son parientes, aunque muy lejanos—respondió lord Rothwell.—Creo que hubo algo de un proyecto matrimonial; pero ella rehusó al capitán antes de conocer á sir Laurencio Estmere. Andando el tiempo, éste demostró cierta benevolencia á Ricardo Chesham, invitándole con mucha frecuencia á que fuese á su casa; en ella se hallaba de visita cuando ocurrió ese escándalo.

—Todo cuanto me decís es inexplicable, y con todo, veo que estáis convencido de la inocencia de lady Estmere.

—Sí; por más que haya dudado un momento de la virtud de la esposa al oír la afirmación del marido; mas semejante impresión duró muy poco.

Aparte de que aun cuando lady Estmere hubiese sido igualmente culpable, habría continuado, si no estimándola, respetándola. Con frecuencia, lo confieso, la sospecha acudió á mi espíritu; pero la mirada pura y noble de tan santa mujer, llevó la tranquilidad y la confianza á mi corazón. No obstante, todo lo que oigáis decir de ella, queréd y respetad siempre á lady Estmere. Los viajes—añadió lord Rothwell,—contribuyeron á curarme del demasiado amor que me inspiró. No somos más que amigos, y seguiremos siéndolo hasta el fin de nuestra existencia. ¿Cuándo pensáis volverla á ver, querido Felipe?

—Mañana, pues marchó á Bournemouth—respondí.

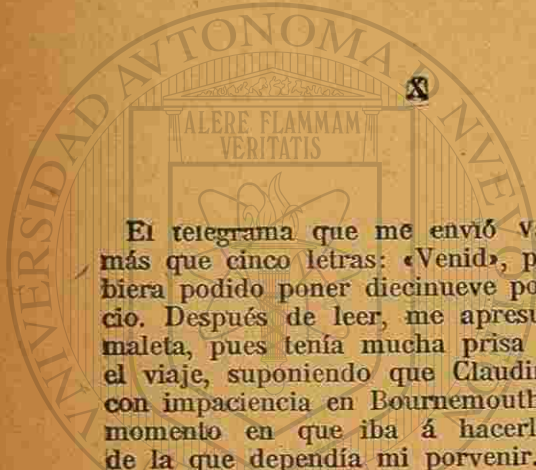
—Saludadla de mi parte. Tal vez vaya yo también allí á pasar unos cuantos días. Sobre todo, no incurráis en la tentación de hacer la corte á Claudina, porque lady Estmere tiene decidido desde hace mucho tiempo que su sobrina sea la esposa de Valentín.

—¡Pues hay todas las dichas!—dije, inclinándome para coger mi sombrero y ocultar el rubor que tenía mi rostro.

—¡No todas!—replicóme lord Rothwell con intención.—¡Adiós, amigo mío! No volváis á jugar en vuestra vida, y seréis un excelente y honrado muchacho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"FRANCISCO REYES"  
1925 MONTERREY, MEXICO



El telegrama que me envió Valentín no tenía más que cinco letras: «Venid», por más que hubiera podido poner diecinueve por el mismo precio. Después de leer, me apresuré á cerrar mi maleta, pues tenía mucha prisa para emprender el viaje, suponiendo que Claudina me esperaría con impaciencia en Bournemouth. Se acercaba el momento en que iba á hacerle una pregunta de la que dependía mi porvenir. Cuando el tren echó á andar, se me figuró que lo hacía con la lentitud del paso de la tortuga, y resolví escribir á los periódicos, á *The Times*, por ejemplo, para quejarme, y sin embargo, hacíamos el viaje con la velocidad reglamentaria de cuarenta kilómetros por hora, y además, con matemática exactitud en todas las paradas. Creía que iban á salir á mi encuentro, hasta sabiendo que no había avisado á nadie mi llegada. Si el tren no andaba con toda la velocidad que á mí se me antoja, ¿qué decir del carruaje? Me produjo el mismo efecto que si hubiese sido un escarabajo que tuviese las patas anquilosadas; sus ruedas dijérase que padecían reuma, y que su caja pesaba más que si fuese de plomo. Llegué al cabo á una preciosa caseta medio oculta tras un bosquecillo de pinos. No me acordando cuánto pagué al cochero ni de la propina que

le di, sólo puedo decir que se alejaba muy contento. No sabré tampoco decir lo que me pasó, hasta el momento que entré en el salón de lady Estmere, que me dispensó la más cordial de las acogidas, diciéndome:

—Valentín y su prima han salido, porque no os esperaban tan pronto, y en la playa los encontraréis. Por mi parte, no permitiré que os marchéis sin que antes no hayáis tomado una taza de té. Además, he de deciros algunas cosas, porque lo sé todo.

—Creed, lady Estmere, que desde hace mucho tiempo procuré dominar y combatir esos sentimientos; pero nadie puede dominar su corazón.

—¡Pobre amigo mío! No vitupero á nadie, y á vos menos que á nadie, porque mi sobrina es realmente una criatura encantadora.

—¿Y á quién se lo decís?—exclamé con entusiasmo.—Os aseguro que tendréis en mí otro hijo, porque si vos me lo permitís, os amaré cual hubiera amado á mi madre, á la que ¡ay de mí! jamás conocí.

Al decir esto, besé la mano á lady Estmere, que no pareció insensible á aquel homenaje.

—¿Y cómo era posible que Claudina no hubiese correspondido á vuestro amor? Aparte de vuestras buenas cualidades morales, estáis bien dotado físicamente, y esto es mucho más de lo que se necesita, creedme, para conquistar á una linda joven.

—Vuestras palabras me infunden grande esperanza é inmensa alegría.

—La esperanza es uno de los privilegios de la juventud. Ahí traen el té; después de tomarlo os permitiré que vayáis en busca de mi sobrina y de mi hijo.

Bebí apresuradamente una taza de té, á riesgo de escaldarme; pero neguéme, por supuesto,

á tomar una segunda, y despidiéndome de lady Estmere, me dirigí hacia la playa.

Hacia una tarde espléndida y calmosa, y en la población reinaba una animación muy grande, y no parecía sino que todos estaban de jolgorio. En la playa hacían sus ejercicios ó mostraban sus habilidades, negros, gigantes, enanos y tifirotos, y los bombos y tambores, inevitables en esos casos, mandaban á lo lejos sus sonos discordantes. Por todas partes veíase un enjambre de niños que iban y venían, patrullaban ó se bañaban y revolcaban por la arena. Atravesé por entre aquella bulliciosa multitud, y después de varias pesquisas, pude descubrir un joven elegantemente vestido que estaba tendido en el suelo. A su lado, y recostada en un montecillo de arena, hallábase Claudina, á la que reconocí desde lejos, considerándome muy dichoso al notar el cambio que se operó en su fisonomía al ver que me acercaba. Me pareció que era más linda que nunca con su rostro un tanto atezado por el sol y por el aire salino del mar; ¡qué aire más juvenil y encantador! Estreché la mano á Claudina, y Valentín me dió la bienvenida, pero sin moverse ni cambiar de postura.

—Dispensadme, querido Felipe, si no me muevo, porque al fin logré incrustarme en la arena, y esa es una operación que para hacerla bien requiere mucho tiempo; haced lo mismo que yo; tendeos tan largo como sois, colocad el sombrero sobre los ojos de modo que no podáis ver más que la cresta azul de las olas, y en seguida me diréis que averiguasteis lo que es la verdadera felicidad.

Por mucho atractivo que tuviese el espectáculo del mar, había allí ante mis ojos un sér que me seducía mucho más.

—¡Sois la imagen de la pereza, Valentín!—dije.

—Aquel que no haya gozado del dulce farnien-

te, no sabe lo que es el placer de vivir. Habéis de saber, amigo mío, que pasé en esta postura todo el tiempo que llevo aquí entre Claudina y su sombrilla. Algunas veces es tan amable, que lee en alta voz, y entonces... me duermo.

—¡Cómo! ¿Será posible? ¿Y de esa manera malgastáis el tiempo?

—Cuando se me antoja, me entrego al placer de pescar con caña; pero ese es placer para mí demasiado excitante aún—dijo Valentín.

Me senté entre éste y Claudina, que se mostró tan taciturna como locuaz su primo. De todos modos, pasamos el tiempo tan agradablemente, que no nos decidimos á abandonar nuestras respectivas posiciones hasta que se acercó la hora de comer.

Al llegar cerca de la villa en que habitaba lady Estmere, pude aprovechar una coyuntura favorable para cambiar á solas algunas palabras con la señorita Neville. Valentín se había adelantado.

—No debéis haber olvidado, Claudina, lo que os dije la última vez que os vi. Bien sabéis á lo que vengo á Bournemouth, ¿debo volverme ó quedarme?—pregunté.

Claudina no me hizo sufrir mucho con la incertidumbre. No recuerdo apenas el sitio en el que tuve el valor de preguntarla si me amaba; pero debió ser á la sombra de los tamarindos de la playa de Bournemouth.

Mirándome á los ojos, respondió únicamente á mi pregunta con las siguientes palabras:

—Me parece que os amé desde la primera vez que os vi.

Entramos en el salón, dándome Claudina la mano, y lady Estmere se apresuró á felicitarnos, deseándonos dichas sin cuento. Por lo que hace á Valentín, su felicitación no pudo ser más cordial, pareciendo muy alegre al contemplar nuestra di-

cha. ¿Cómo era posible que un joven que podía aspirar á la mano de Claudina, pudo renunciar con tanta facilidad á esta dicha? Esa es una de tantas cosas que no podré comprender nunca. Los quince días que pasé en Bournemouth, fueron los más cortos y más venturosos de mi vida. Aquella linda estación balnearia con sus buenos cuidados, jardines y sus bosques, conservados con mucho esmero, no se parecía en nada á la severa soledad de la costa norte del Devonshire, en donde está situado Torwood. Claudina y yo no conocíamos nada más sonriente ni encantador que aquellos lugares. Este embeleso duró una quincena, pasada la cual, lady Estmere regresó á Londres, y Claudina marchó á pasar una temporada con una familia amiga. Valentín y yo habíamos prometido á lord Rothwell, que iríamos el 1.º de Septiembre á cazar á sus posesiones. Estábamos á la sazón en Agosto; ¿qué hacer hasta Septiembre? Valentín me propuso que emprendiésemos un viaje á pie, llevando una caja de colores á la espalda, y desde luego acepté, quedando convenidos en la manera de llevarlo á cabo. Claudina y yo nos dimos palabra de casamiento; pero nos faltaba aún el consentimiento de mi padre y del general Gore, tutor de mi novia, porque ésta era huérfana. Propúseme enterar á lord Rothwell de nuestros proyectos tan pronto como me fuera posible, y además, hablar al señor Grace y pedirle algunos datos que me eran necesarios. De todos modos, teníamos que esperar á que regresase mi padre, y que Claudina llegase á la mayor edad, lo que equivalía á un año de aplazamiento. ¿Qué acogida más entusiasta iba á dispensar mi padre á Claudina! ¿No tenía ésta cuantas cosas pueden pedírsele á una mujer, buena familia, belleza, inteligencia, fortuna, si es que esto último merece que se consigne? Por muy extraño que pueda pa-

recer, fué lord Rothwell el primero que me arrojó una ducha de agua fría. Lady Estmere le había escrito, participándole la modificación del proyecto por ella preparado, y á los dos días se presentó aquél en Bournemouth con gran satisfacción de Valentín, que empezaba á encontrar insípido el acompañar á dos novios. Es preciso reconocer que nuestro egoísmo formaba singular contraste con su propia conducta en un caso semejante. Lord Rothwell nos felicitó de una manera tan fría, tan ceremoniosa, que nos dejó penosamente impresionados. En seguida se retiró, acompañado de lady Estmere, con la que celebró una entrevista reservada, de la que la buena señora salió con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Aquel mismo día regresó lord Rothwell á Londres, y me rogó que le acompañase hasta la estación. En la manera de pedírmelo, comprendí que quería hablar á solas conmigo. Deseando complacerle, abandoné á Claudina durante unos instantes.

—Lo que acabo de saber—me dijo,—me causa tanta sorpresa como pena.

—Queréis decir alegría—observé.

—No, sé muy bien lo que digo. Veo en ello la perspectiva de una serie de complicaciones sin fin...

—Sin duda hacéis alusión á Valentín y á la contrariedad que haya podido experimentar su madre—repliqué.

—¿Y para quién?

—¿Tenéis la amabilidad de decírmelo?—pregunté.

—Para vuestra prometida y para vos. Tened calma, Felipe, que os hablo como pudiera hacerlo el mejor amigo. Hace mucho tiempo que me he convencido de que sois tan testarudo como un rocín de Arcadia.

Inclinéme dándole las gracias, y lord Rothwell continuó diciendo:

—Supongo que no pensaréis casaros inmediatamente.

—No, hasta que regrese mi padre—contesté exhalando un suspiro.

—Me sorprende mucho que un joven que no tiene un penique pueda pensar en casarse con una mujer que posee una fortuna cuantiosa—dijo lord Rothwell.

—Quizá mi padre me dará algo, y además, yo pienso trabajar para crearme una posición.

—Mientras tanto, no abriguéis ciertas esperanzas, porque vuestro padre es, bajo ciertos puntos de vista, un original que no tiene copia.

—Es muy cierto cuanto decís; pero estoy seguro de que Claudina sabrá captarse sus simpatías—respondí.

—Conviene que os fijéis en que yo no vitupero vuestra elección; únicamente, Felipe, lo que hago es preveniros contra el disgusto que os produciría un fracaso; ¡con qué poca frecuencia se realizan aquí abajo nuestros deseos! Esto mismo que oís, hace un momento que se lo dije á Claudina.

—Nada podrá influir en mí.

—En efecto, lo creo así, y tengo miedo de ser un profeta de desgracias, sin embargo de que deseo con toda mi alma ser lo contrario.

—Habláis valiéndoos de enigmas, lord Rothwell; pero hay una cosa que es una realidad: el amor que Claudina y yo nos profesamos.

—Decidme, amigo mío, que hablo valiéndome de enigmas; pero, ¿el amor, la vida y todo lo demás no son otros tantos enigmas? ¡Siempre somos nosotros, pobres mortales, míseros juguetes del destino! ¡Adiós! Confío en que muy pronto nos veremos. No olvidéis que me hicisteis la promesa

de ir á mis posesiones el 1.º de Septiembre cazar perdices.

En cuanto lord Rothwell estuvo instalado en su vagón, le dejé para irme á reunir con mis amigos, pues deseaba saber de lady Estmere la última palabra del asunto. Resolví hablar con Claudina, y su asombro fué tan grande como el mío. Habíanla sorprendido mucho las felicitaciones y enhorabuenas de nuestro amigo, acompañadas de siniestras predicciones, y después de examinar el presente y el porvenir, dedujimos la conclusión siguiente: que nadie en el mundo se había amado tanto como nosotros. Tanto el uno como el otro, estábamos decididos á pasar por cima de todos los obstáculos, y á hacerlo á fuerza de paciencia y de confianza mutua.

Claudina marchóse á pasar una temporada en casa de una familia amiga. Nos separamos después de muchos apretones de manos, y de hacernos repetidas promesas de escribirnos, y en mi corazón conservo el recuerdo de una mirada inolvidable.

Teníamos que estar dos ó tres meses sin vernos; ¡con cuánta impaciencia iba yo á esperar las cartas de Claudina, y con cuánto placer saborearía su lectura! Antes de conocerla, no hacía yo más que vegetar, y en realidad no comenzó mi vida hasta el día en que el destino permitió que la viese. Había llegado, sin embargo, el momento de

Inclinéme dándole las gracias, y lord Rothwell continuó diciendo:

—Supongo que no pensaréis casaros inmediatamente.

—No, hasta que regrese mi padre—contesté exhalando un suspiro.

—Me sorprende mucho que un joven que no tiene un penique pueda pensar en casarse con una mujer que posee una fortuna cuantiosa—dijo lord Rothwell.

—Quizá mi padre me dará algo, y además, yo pienso trabajar para crearme una posición.

—Mientras tanto, no abriguéis ciertas esperanzas, porque vuestro padre es, bajo ciertos puntos de vista, un original que no tiene copia.

—Es muy cierto cuanto decís; pero estoy seguro de que Claudina sabrá captarse sus simpatías—respondí.

—Conviene que os fijéis en que yo no vitupero vuestra elección; únicamente, Felipe, lo que hago es preveniros contra el disgusto que os produciría un fracaso; ¡con qué poca frecuencia se realizan aquí abajo nuestros deseos! Esto mismo que oís, hace un momento que se lo dije á Claudina.

—Nada podrá influir en mí.

—En efecto, lo creo así, y tengo miedo de ser un profeta de desgracias, sin embargo de que deseo con toda mi alma ser lo contrario.

—Habláis valiéndoos de enigmas, lord Rothwell; pero hay una cosa que es una realidad: el amor que Claudina y yo nos profesamos.

—Decidme, amigo mío, que hablo valiéndome de enigmas; pero, ¿el amor, la vida y todo lo demás no son otros tantos enigmas? ¡Siempre somos nosotros, pobres mortales, míseros juguetes del destino! ¡Adiós! Confío en que muy pronto nos veremos. No olvidéis que me hicisteis la promesa

de ir á mis posesiones el 1.º de Septiembre cazar perdices.

En cuanto lord Rothwell estuvo instalado en su vagón, le dejé para irme á reunir con mis amigos, pues deseaba saber de lady Estmere la última palabra del asunto. Resolví hablar con Claudina, y su asombro fué tan grande como el mío. Habíanla sorprendido mucho las felicitaciones y enhorabuenas de nuestro amigo, acompañadas de siniestras predicciones, y después de examinar el presente y el porvenir, dedujimos la conclusión siguiente: que nadie en el mundo se había amado tanto como nosotros. Tanto el uno como el otro, estábamos decididos á pasar por cima de todos los obstáculos, y á hacerlo á fuerza de paciencia y de confianza mutua.

Claudina marchóse á pasar una temporada en casa de una familia amiga. Nos separamos después de muchos apretones de manos, y de hacernos repetidas promesas de escribirnos, y en mi corazón conservo el recuerdo de una mirada inolvidable.

Teníamos que estar dos ó tres meses sin vernos; ¡con cuánta impaciencia iba yo á esperar las cartas de Claudina, y con cuánto placer saborearía su lectura! Antes de conocerla, no hacía yo más que vegetar, y en realidad no comenzó mi vida hasta el día en que el destino permitió que la viese. Había llegado, sin embargo, el momento de

pensar en las cosas serias. Mi futura tenía por tutor á un general de la reserva, que vivía en Cheltenham, y costase lo que costase, no me quedaba más recurso que enterarle de nuestros proyectos del porvenir, puesto que hasta que Claudina llegase á su mayor edad era el árbitro de su suerte. Mi imaginación se lo representó como uno de los más terribles personajes. Alabábame, empero, de que ningún poder humano sería capaz de impedirme que yo viese ó que al menos escribiese á Claudina. Tenía, además, la convicción de que si alguien alguna vez la intimaba la orden de romper nuestros compromisos, no adelantaría nada, y todos los generales del mundo podían establecer á su alrededor una línea de fortificaciones, mas no obligarla á rendirse. La próxima entrevista que debía yo celebrar con aquel oficial general, no dejaba de causarme cierto temor; empezaría naturalmente por decirle que estaba muy enamorado de su pupila, y que ésta me correspondía; pero, ¿y después? Con seguridad que el general querría averiguar cuál era mi fortuna personal en el presente y en el porvenir, mi profesión, y, en fin, si mis títulos, cualidades y posición servían de justificantes á mi ambición. Antes de someterme á un interrogatorio semejante, tenía necesidad de visitar al señor Grace para que éste me facilitase algunos datos referentes á mi posición. Era de todo punto necesario que estuviese enterado de la que ocupaba mi padre y de las garantías que yo pudiese ofrecer. Grandes fueron la sorpresa y pena que experimenté al ver que el señor Grace acogió mis palabras de una manera tan poco agradable como poco antes lo hiciera lord Rothwell. Hablome con más reticencias aún que éste, y con seguridad que, por lo que pude colegir, la noticia no tenía nada de agradable para él. Ni siquiera trató de disimularlo, y con tono

dogmático me dijo que sus consejos no eran más que sencillamente officiosos; pero que, no obstante, en calidad de amigo antiguo de mi familia, se permitía indicarme la conveniencia de no extremar las cosas. De sus palabras deduje que aquel proyecto de casamiento no tenía probabilidades de éxito, y que desde luego no merecía la aprobación de mi padre. Era esto más que suficiente para hacerme desgraciado y ponerme de muy mal humor.

—Tened al menos la amabilidad de decirme cuáles son los obstáculos que se oponen á mi unión con la señorita Neville—le dije.—Lord Rothwell no se mostró conmigo más explícito que vos, y quisiera saber en qué razón os fundáis para hacerlo, señor Grace.

—Su señoría cree lo mismo que yo que la resolución de vuestro padre será inquebrantable. En cuanto á la familia de la señorita Neville, es de las más dignas y respetables, y esa señorita es una joven linda, modesta y bien educada. Su padre era coronel, y su madre, que descendía de la familia Vipon, era muy rica y de noble origen.

—¡Ah! No podríais, señor Grace, darme informes más agradables para mí, respecto á un asunto que tanto me interesa.

—Todo lo que puedo, además deciros, es que vuestro padre posee una cuantiosa fortuna, mas al mismo tiempo he de manifestaros que es muy excéntrico. En mi concepto obraríais muy cuerdamente no haciendo nada antes de su regreso.

—Esa es una cosa á la que yo no puedo comprometerme. Si me caso, ¿os figuráis que mi padre me dará una dote?

—Esa es cuenta suya.

—Pienso escribirle á Melbourne para que me envíe su consentimiento para casarme con la señorita Neville,



—Haréis muy bien.

—Como tengo pensado ir mañana á visitar al tutor de la señorita Neville, que vive en Cheltenham, quisiera poder responder á las preguntas que no dejará, probablemente, de hacerme.

El señor Grace se calló.

—¡Cómo! ¿No queréis decirme nada? Pues bien —dije,—si esa es vuestra resolución, autorizadme al menos para que diga al general Gore que venga á veros y trate con vos de mi situación pecuniaria.

—¡Que Dios me libre de semejante cosa! No sabría qué responder á sus preguntas. Si vuestro padre no os dijo nada acerca del estado de su fortuna, y de lo que hará ó dejará de hacer algún día, será con seguridad porque tiene sus razones para ello. La posición que yo ocupó respecto al señor Norris, me impone el deber de no decir ni una palabra, pues á él y á nadie más que á él corresponde el derecho de enteraros de sus asuntos.

El fracaso de esta tentativa no era lo más á propósito para alentarme á hacer otra para visitar al general Gore. Por muy grandes que fuesen los deseos que yo tenía de poner en claro los misterios que me rodeaban, no por eso dejaba de temer las revelaciones que podría oír. Aun á riesgo de ofender á mi padre, quería poner las cosas en claro. Escribí tres cartas, cada una de ellas afirmando la anterior, y diciéndole había hallado la mujer de mis ensueños, á la que deseaba unir mi suerte. Abstúveme de toda exageración en el elogio que hice de sus cualidades y encantos, esforzándome únicamente en demostrar á mi padre que mi felicidad en este mundo dependía de dicha unión. Los movimientos errantes del viajero iban á impedir quizá que aquellas cartas llegasen á su poder; sin embargo, cuando las eché

al correo, experimenté un gran alivio, y me pareció habíamne quitado un peso de encima. Me animé, y armé de valor, preparándome para la entrevista que al día siguiente debía celebrar con el general Gore. Mientras tanto que recorría el trayecto de Londres á Cheltenham, preguntéme más de una vez cómo abriría el fuego, y de antemano fui emplazando mis baterías. Procuré recordar cuanto Claudina me había dicho acerca de su tutor, y acudí á mi memoria el recuerdo de la narración de escenas más ó menos violentas con cocheros de punto y camareros de hotel, de todo lo que deduje que iba á tener que habérmelas con un viejo de mal carácter, y desde por la mañana atrabiliario, como casi todos los veteranos oficiales que regresan de la India, con una enfermedad en el hígado. Por esta razón me decidí á visitarle á medio día. Al verme en aquel salón con las persianas echadas, impregnado de un penetrante aroma de sándalo y lleno de idolillos y figuras de madera tallada y de bambú, díjeme que se confirmaban mis suposiciones. Al poco rato halléme cara á cara con el general, cuyas gafas, de forma convexa, llamáronme, desde luego la atención, por sus enormes dimensiones, y por lo poco que se veía de los ojos, hacía suponer que su órbita debía ser tan grande como una tacita de té. Además de las gafas que llevaba puestas el general, tenía en la mano un par de lentes, con ayuda de los cuales procuraba leer mi tarjeta de visita. En mi concepto, las ventajas físicas más notables desaparecen ante el uso de semejantes instrumentos de óptica. La tez del general, de un color muy claro, no tenía ninguna huella de bilis, y me probó que no padecía del hígado; lo que me convenía saber era si tenía corazón. Era un viejo de elevada estatura, de nariz aguileña, de cejas ásperas

y tiesas cual las barbas de un cepillo. Sus labios eran delgados, y algo duro su aire, probando además el estado de su físico, que había prestado largos y penosos servicios.

—¿Sois el señor Felipe Norris?—me preguntó con acento interrogador después de leer mi tarjeta.

Contesté afirmativamente, inclinándome.

—Vuestro apellido me indica que sois originario del condado de Hampshire.

—Dispensadme, general, nuestra familia procede del Devonshire.

—Norris no es un apellido propio del Devonshire; ¿á qué debo, caballero, el honor de vuestra visita?—me preguntó el general mirándome de pies á cabeza de una manera que me molestó bastante.

—Vengo á tratar con vos, general, de un proyecto que interesa tanto á la felicidad de vuestra pupila como á la mía propia.

Al oír esto, púsose en pie, y con un movimiento muy vivo, tiró del cordón de la campanilla.

—¡Santo Dios! Quiere despedirme sin oírme siquiera—pensé.—Dispensadme, general—añadí,—pero tenia que deciros...

—¡Pardiez! Ya sé de lo que se trata. Thomson—dijo dirigiéndose al lacayo que acudió á su llamamiento,—decid á la señorita Gore que me haga el favor de venir inmediatamente. Conozco tan poco el carácter de las jóvenes, que siempre que ocurre una cosa parecida, tengo la costumbre de apelar á mi hermana.

Se presentó ésta.

—Celina—añadió el general,—el señor Norris os ruega que escuchéis con atención lo que tiene que deciros, pues se trata de Claudina.

Existía cierta semejanza entre los dos hermanos; pero la expresión del rostro de Celina era

muchísimo más agradable, gustaba gafas. Me saludó y se sentó.

—Ahora podéis hablar—me dijo el general.

—Habiendo tenido ocasión de ver y tratar con mucha frecuencia á la señorita Neville—dije,—tardé muy poco en prendarme de ella, inspirándome los más tiernos y respetuosos sentimientos. Fui tan dichoso, que conseguí ser correspondido, y de común acuerdo, os hago esta visita para enteraros de nuestros proyectos matrimoniales. Vengo, pues, general, á solicitar vuestro consentimiento.

Imaginéme que la señorita Celina me escuchaba con benevolencia y simpatía, por aquello sin duda de que la mujer es siempre mujer, aun cuando se trate de una solterona de cincuenta años, y hermana de un general.

—¿No tenéis nada más que decirme?—me preguntó éste.

—No, general; y ahora á vos os corresponde decir lo demás.

—¿Es eso todo?

—Sí, y únicamente debo añadir que mi deseo más ardiente es el de hacer muy feliz á la señorita Neville.

—Está muy bien, señor Norris; ahora me corresponde á mí interrogaros. De vuestras respuestas dependerá mi resolución. Escuchad con atención, Celina.

Estaba yo tan conmovido como un acusado ante sus jueces.

—¿Vive vuestro padre aún? ¿Quién es? ¿Cuáles son su profesión y su fortuna?

—Es propietario, un rico propietario, á lo que creo.

—¿Y vuestra madre?

—Murió hace muy pocos años.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé.

La mirada de asombro que me dirigió el general, me hizo enrojecer.

—¿Cuál es vuestra profesión?

—Pienso dedicarme á la abogacía.

—¿Con qué recursos contáis para vivir?

—No tengo más recursos que los que me facilita mi padre.

—¿Y á cuánto asciende la pensión que os pasa?

—No tiene límite fijo. Pido lo que necesito, y me lo dan.

—Entonces quiere decirse que el día que se le antoje puede dejaros sin un penique.

—Indudablemente.

—¿Y vuestro padre vive en el Devonshire?

—Sí, general.

—¿Posee allí grandes propiedades?

—Un castillo.

—Entonces, ¿en qué consisten, ó en dónde están situadas estas grandes propiedades que decís?

—dijome con tono burlón.

—Lo ignoro.

—¿A dónde podría escribir á vuestro padre?

—En la actualidad se halla en los antípodas, y como no debe regresar hasta dentro de un año, diferiremos hasta entonces la realización de nuestro proyecto. ¿Tenéis, general, que hacerme alguna pregunta más?

—Ninguna; con las hechas me basta.

Hízome estremecer el tono con que pronunció las últimas palabras. ¡Ah! ¡Por qué no habría sabido yo defender mejor mi causa!

Descando prepararme al menos una honrosa retirada, repetí al general las mismas palabras que le dijera poco antes.

—¿No tenéis nada más que decirme?

—No, señor.

—¡Ah! Lo digo, porque si me lo hubiesen pre-

guntado, habría podido responderos que tengo de estatura cinco pies y diez pulgadas; que estoy bautizado y vacunado, además gozo de completa salud. Ahora, después de enteraros de estos detalles, espero que os dignaréis decirme cuáles son vuestros deseos respecto á mí.

Furioso, fuera de sí, contestóme el general:

—¡Voto á bríos! Si alguna vez un subalterno se hubiese atrevido á hablarme como vos lo hacéis en este momento, ¡por el nombre que llevo! que le mandara arrestado al cuarto de banderas. Escuchad con atención lo que voy á deciros, antes que os obligue á salir de aquí. Mi pupila, la señorita Neville, entrará en posesión dentro de unos cuantos meses, de su fortuna, que asciende aproximadamente á más de veinticuatro mil libras esterlinas. Es de noble familia, es hermosa y bien educada, y en cambio de todas estas ventajas, ¿qué le ofrecéis si pensáis ejercer la abogacía, y en cuanto á familia pertenecéis á no sé qué rama de los Norris, y que vuestro padre es rico, pero se halla en los antípodas? ¡Dios sabe si existe! Ignoráis cómo se llama vuestra madre, y como si no fuera bastante, acabáis de faltarme al respeto, ¡mil truenos! La verdad es que os conceptúo un aventurero, y no por otra cosa, y sabed que mientras yo sea tutor ó tenga la menor autoridad sobre mi pupila, la prohibiré que os vea y que os escriba.

—No soy ningún aventurero, general, y si queréis más informes acerca de mi persona, podéis pedirselos á lady Estmere y á lord Rothwell. En cuanto á la señorita Claudina, aunque os pese, habéis de saber que seguiremos viéndonos y escribiéndonos.

Llamó, y yo me puse en pie, mientras que la señorita Gore meneaba tristemente la cabeza. La reverberación de las gafas del general era tan gran-

de, que la del sol parecía á su lado pálida. Al volver á Londres, escribí á Claudina, dándole cuenta de todo lo ocurrido; á mal venir las cosas, podíamos sin inconveniente esperar un año, y soportar esa separación; pero confiaba aún en que no tendríamos que pasar por esa prueba. Valentín, al que enteré de mi fracaso, se burló de él.

—¡Ah! ¡Cuánto celebro no haber tenido que habérmelas con esa vieja gorra de cuartel! La verdad es que, conociendo á fondo al general Gore, se convence uno de que no es tan intratable como parece por su aspecto; sin embargo que es de los que mandan militarmente en su casa y siempre tienen el bastón en el aire; ¿no os rompió algún palo en las espaldas? ¡Eh! ¡Decidme la verdad!

—¡No! ¡No!

—Profesa un gran cariño á Claudina; así, amigo mío, os aconsejo que tengáis confianza en la influencia de vuestro padre, no durará toda la vida, y además, pronto llegará mi prima á su mayor edad; de manera que algún día podréis burlaros del general y de todos. Ahora no echéis en olvido que marchamos mañana.

Por más que Claudina en todas sus cartas me daba continuas pruebas de simpatía y tierna afección, no por eso dejaba yo de estar muy triste, y por otra parte, mi ignorancia con respecto á lo que concernía á mi familia, me apenaba mucho. Fueren cuales quisieran los antecedentes de mis padres, tenía grandes deseos de conocerlos. Examinando á sangre fría las cosas, no podía tener ojeriza al general Gore por haberse mostrado tan prudente, pues si yo mismo ignoraba lo más importante, ¿qué garantía podía ofrecerle? Era necesario, en una palabra, aplazarlo todo para cuando regresase mi padre. Que yo fuese rico ó pobre, mi posición modesta ó brillante, de buena

familia ó no, tenia la completa seguridad de que Claudina no me devolvería nunca su palabra, y este pensamiento servíame, naturalmente, de consuelo en medio de mis amarguras. No era yo sólo el que tenía pesares, porque Valentín, muchas veces, no obstante su carácter abierto y alegre por naturaleza, mostrábase melancólico y sombrío. Los asertos infamantes del capitán Chesham acerca de lady Estmere, perseguíanle sin cesar, como una obsesión. Figurándose que yo debía estar enterado de lo que se decía, se decidió hablarme, sin sospechar lo que lord Rothwell me había contado. Víctima su madre de una lamentable equivocación, ¿llegaría día en que se la pudiera rehabilitar como lo merecía? ¿Cómo era posible confiar en que las cosas se pusiesen en claro, después de haber pasado tantos años?

—¿Por qué no vais, Valentín, un día en busca de vuestro padre?—le dije una vez.

—Porque desapareció hace muchísimos años, y lo único que se sabe es que está vivo. Lord Rothwell tuvo ocasión de verle durante uno de sus viajes, y le encontró más arisco que nunca.

—¿Y vuestro hermano mayor?

—En cuanto á éste, no tengo deseos de verle ni de oír siquiera hablar de él. ¿Qué pensar de un hombre que no manifiesta deseos de ver á su madre? Esta sufre mucho al pensar en ese hijo; pero no pronuncia nunca su nombre.

—Y sin embargo, tendrá deseos de verle—dije.

—No lo sé. Desde el momento en que ese hijo llegó á la mayor edad, es seguramente dueño de sus acciones. Si realmente mi hermano tuviese ese deseo, podría fácilmente encontrarme en los sitios que frecuento: pero, por mi parte, no tengo ningún empeño en verle.

—Cuanto me decís es muy penoso para vos, amigo mío, y lo único que puedo deciros es que

quiero y venero tanto á vuestra madre,, como vos y lord Rothwell podéis hacerlo.

—Así lo creo, Felipe, pues si no lo creyese, no sería amigo vuestro.

Durante esta conversación, procuró Valentín no pronunciar el nombre de Ricardo Chesham ni hacer ninguna alusión á las calumniosas palabras de aquel miserable; pero yo recordé con horror las amenazas de venganza que dirigiera á mi amigo. Antes de emprender nuestro viaje, tuvimos ocasión de encontrarle dos veces en el Juvenil Club. Valentín no era hombre capaz de retroceder ante el enemigo, y en cuanto á mí, créime en el deber de saludarle, para que no se figurase que le guardaba rencor, recordando que me había ganado en el juego una cantidad muy importante. En esas condiciones, era el tiempo el único que podía proporcionarnos la calma y el olvido. Pusímonos de acuerdo con Valentín, y convinimos que para hacer algo hasta el 31 de Agosto, fecha en la que nos esperaban en las posesiones de lord Rothwell, daríamos grandes paseos, haciendo jornadas á pie, y recorriendo de ese modo el camino de Londres al Derbyshire.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO XII

Un tiempo magnífico favoreció nuestro proyecto, y emprendimos la caminata con el morral al hombro, llevando Valentín además una caja de colores y varios álbums. Estábamos alegres como pinzones, proponiéndonos hacer el viaje tan pronto á pie como en coche, en la lancha ó á caballo, y hacer paradas en donde se nos antojase para

admirar á nuestras anchas las puestas del sol ó los efectos de luz y sombra. Como no éramos andarines fanáticos, podíamos tomar un coche cuando se nos antojase. Estábamos á 31 de Agosto, y el sol radiante que lo iluminaba todo, nos prometía un buen día. Nos hallábamos á la sazón en los confines de Derbyshire; los caminos eran buenos, y los contornos del país que recorríamos tenían un aspecto delicioso. Era precisamente la época de la recolección, y la gente del campo, alegre y contenta, entregábase con ardor á sus penosas tareas. Por su parte, Valentín parecía más satisfecho que de ordinario, y entonaba alto fragmentos de óperas y romanzas, sin hacer caso ni preocuparse de los labriegos, que asombrados, deteníanse para oírle. Recorríamos unos cuatro kilómetros por hora, sin contar las paradas, porque Valentín deteníase á cada momento para coger una flor, admirar un punto de vista, hacer el boceto de algún chiquillo mientras que la madre ó la hermana del favorecido seguían con la boca abierta los movimientos del lápiz ó del pincel. Sin dejar de dibujar, charlaba con los parientes de la criatura, interesándose por el estado del campo, la abundancia de la cosecha y por cualquier otra cosa. Con seguridad aquellas buenas gentes debían conservar gratos recuerdos, y hablarían más de una vez durante las largas veladas del joven pintor de viva mirada y manos llenas de sortijas. Cuando Valentín se dirigía á los pequeños y á los humildes, se justificaba plenamente el sobrenombre que yo le había puesto de «El Hijo del Sol». Hacía algunas horas que habíamos emprendido la caminata y deseábamos descansar, cuando llegamos ante las tapias de un parque que cerraban el camino por uno de los lados. Seguimos andando á su sombra, recorriendo una distancia de más de un kilómetro y teniendo aquellas

quiero y venero tanto á vuestra madre,, como vos y lord Rothwell podéis hacerlo.

—Así lo creo, Felipe, pues si no lo creyese, no sería amigo vuestro.

Durante esta conversación, procuró Valentín no pronunciar el nombre de Ricardo Chesham ni hacer ninguna alusión á las calumniosas palabras de aquel miserable; pero yo recordé con horror las amenazas de venganza que dirigiera á mi amigo. Antes de emprender nuestro viaje, tuvimos ocasión de encontrarle dos veces en el Juvenil Club. Valentín no era hombre capaz de retroceder ante el enemigo, y en cuanto á mí, créime en el deber de saludarle, para que no se figurase que le guardaba rencor, recordando que me había ganado en el juego una cantidad muy importante. En esas condiciones, era el tiempo el único que podía proporcionarnos la calma y el olvido. Pusímonos de acuerdo con Valentín, y convinimos que para hacer algo hasta el 31 de Agosto, fecha en la que nos esperaban en las posesiones de lord Rothwell, daríamos grandes paseos, haciendo jornadas á pie, y recorriendo de ese modo el camino de Londres al Derbyshire.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO XII

Un tiempo magnífico favoreció nuestro proyecto, y emprendimos la caminata con el morral al hombro, llevando Valentín además una caja de colores y varios álbums. Estábamos alegres como pinzones, proponiéndonos hacer el viaje tan pronto á pie como en coche, en la lancha ó á caballo, y hacer paradas en donde se nos antojase para

admirar á nuestras anchas las puestas del sol ó los efectos de luz y sombra. Como no éramos andarines fanáticos, podíamos tomar un coche cuando se nos antojase. Estábamos á 31 de Agosto, y el sol radiante que lo iluminaba todo, nos prometía un buen día. Nos hallábamos á la sazón en los confines de Derbyshire; los caminos eran buenos, y los contornos del país que recorríamos tenían un aspecto delicioso. Era precisamente la época de la recolección, y la gente del campo, alegre y contenta, entregábase con ardor á sus penosas tareas. Por su parte, Valentín parecía más satisfecho que de ordinario, y entonaba alto fragmentos de óperas y romanzas, sin hacer caso ni preocuparse de los labriegos, que asombrados, deteníanse para oírle. Recorríamos unos cuatro kilómetros por hora, sin contar las paradas, porque Valentín deteníase á cada momento para coger una flor, admirar un punto de vista, hacer el boceto de algún chiquillo mientras que la madre ó la hermana del favorecido seguían con la boca abierta los movimientos del lápiz ó del pincel. Sin dejar de dibujar, charlaba con los parientes de la criatura, interesándose por el estado del campo, la abundancia de la cosecha y por cualquier otra cosa. Con seguridad aquellas buenas gentes debían conservar gratos recuerdos, y hablarían más de una vez durante las largas veladas del joven pintor de viva mirada y manos llenas de sortijas. Cuando Valentín se dirigía á los pequeños y á los humildes, se justificaba plenamente el sobrenombre que yo le había puesto de «El Hijo del Sol». Hacía algunas horas que habíamos emprendido la caminata y deseábamos descansar, cuando llegamos ante las tapias de un parque que cerraban el camino por uno de los lados. Seguimos andando á su sombra, recorriendo una distancia de más de un kilómetro y teniendo aquellas

interminables tapias siempre á nuestra derecha. Tan monótona compañía nos hizo murmurar, como verdaderos radicales, contra el egoísmo de los grandes propietarios rurales que ocultan á paseantes y caminantes vistas pintorescas por largo tiempo esperadas; ¡al cabo descubrimos un diminuto chalet! Al parecer era la vivienda del portero de la posesión. Por allí cerca hallábase un anciano muy atareado layando su huertecillo. Valentín le llamó. El buen hombre se acercó al sitio en que estábamos, y su rostro desarrugó al ver el aspecto de su interlocutor.

—Dispensadme si os hago abandonar vuestro trabajo—dijo Valentín,—pero tengo deseos de saber á quién pertenece esta propiedad.

—Hace muchos años que está sin habitar.

Volvióse hacia mí, y bajando la voz, me dijo Valentín:

—El «ausentismo» es una de las cosas que sería suficiente para convertirme al comunismo.

Y levantando la voz, añadió:

—¿Podremos visitar la casa?

—Aquí no entra nadie, señor.

—Ved lo que son las cosas—dijo Valentín.—No se trata siquiera de uno de esos grandes que tienen la condescendencia de abrir las puertas de sus parques doce veces al año, para que todos los recorran. Vamos, buen hombre, decidnos si vos nos permitiréis la entrada.

—No, señor, no puedo permitirlosla.

—Tal vez una monedita de plata os hará cambiar de modo de pensar.

El viejo alargó la mano.

—La puerta no está cerrada del todo—dijo,—soy un poco sordo, entrad si queréis.

Embolsóse la moneda, y empuñando la laya, se puso otra vez á trabajar en su huerto. Valentín

empujó la puerta, por más que yo traté de impedirselo.

—Sabed, amigo mío, que no me gusta penetrar en aquellos sitios en que está prohibida la entrada—le dije.

—A mí me sucede lo mismo; pero qué queréis, no puedo resistir al deseo que tengo de visitar este hermoso parque, y de admirar sus árboles centenarios. Nada hay sagrado para un paseante curioso que tiene pretensiones de artista, y además, ya que me costó el dinero, no quiero desperdiciar esta ocasión.

Cruzamos el umbral de la puerta y nos internamos en una ancha avenida sombreada por magníficos y corpulentos árboles. El espíritu más bien equilibrado no habría podido por menos de cometer el pecado de la envidia al ver aquellas praderas extensísimas onduladas, verdes y recorridas por centenares de carneros. Aunque nos hallábamos aún á grande distancia del castillo, pudimos ver que éste tenía cerradas todas las ventanas.

—Demos una vuelta por el parque, y marchémonos—dije.

—No, Felipe; ya que estamos dentro, tengo grandes deseos de visitar este castillo y recorrerlo, á ser posible.

El palacio, que era muy antiguo, debió construirse por partes y en épocas distintas, á juzgar por su arquitectura. En el centro véase un edificio sólido y no muy alto, con gran fachada; á uno de los lados, al derecho, una elevada torre que dominaba todos los alrededores, y el resto era más moderno, y según parecía, lo habían ido añadiendo á medida que lo exigieron las necesidades de los dueños. A excepción del parque, cuyas vastas praderas se utilizaban para pastos, todo parecía hallarse abandonado, sin embargo, de que al cabo descubrí una pequeña espiral de hu-

mo que salía de una de las chimeneas del castillo.

—¿Presumís á quién puede pertenecer esta posesión?—preguntó Valentín.

—¿Cómo demonios queréis que lo sepa? Tal vez forma parte de alguna herencia que esté en pleito; lo que sí es seguro es que hace muchísimos años que en esos magníficos jarrones de mármol de la terraza no han puesto flores.

En el mismo momento en que cambiábamos estas palabras, se presentó una mujer de una edad regular, vestida con un traje obscuro, y nos salió al encuentro.

—Ahora sabremos, amigo mío, quién es el afortunado ó desgraciado propietario de este castillo; uno de los genios familiares de este sitio se nos apareció, y nos sale al encuentro.

—Sí; pero será sin duda para invitarnos á que nos marchemos, cuanto antes mejor. Sabé Dios por quiénes va á tomarnos esa mujer cuando vea vuestro extraño aspecto, y las sortijas que brillan en vuestros dedos.

—No tengáis miedo de nada, querido, porque llevo en el bolsillo un trozo de cuerda de ahorcado.

Con su acostumbrada gracia, excusóse Valentín, sombrero en mano, por nuestra intrusión en aquellos lugares. Habíamos pasado por allí y la puerta estaba abierta, las praderas eran hermosas, como los árboles, y ya sabéis lo que sucede siempre: la ocasión hace al ladrón.

Al ver todas las persianas corridas, habíamos pensado que el propietario debía estar ausente y que, sin cometer ninguna indiscreción, podíamos estudiar la arquitectura de aquel antiguo edificio. Si hubiésemos podido prever que íbamos á molestar á una de las castellanas, no nos habríamos permitido llegar allí. En mi fuero interno reía-

me de todo aquello, porque, ¡palabra de honor! nunca se había visto á las castellanas acudir al encuentro de los forasteros para echarlos de sus parques. Esto aparte de que era grotesco suponer que una persona, de aspecto honrado y franco, sí, pero vulgar, pudiese ser la dueña y señora de todo aquello. A Valentín le constaba esto mismo; pero sabía también que un aparente error no podía por menos de halagar á la persona objeto de él; ¿á qué criada no le agrada que la confundan con su señora? Son muchas las personas que se dejan pescar con el anzuelo de la vanidad, y este defecto, no es sólo peculiar á los que sirven, sino que está muy extendido. Recuerdo que un día oí contar á un camarero de café que había conseguido ganar al año quince libras más que sus compañeros, nada más que dando el título de coronel ó de capitán, según su edad, á los jóvenes oficiales que frecuentaban el establecimiento en que él servía. La recién llegada se mostró mucho más amable.

—Por más que este castillo sea de un particular, no hay ningún inconveniente en que os paseéis por el parque, si así lo deseáis; por desgracia no hay en él nada de notable.

—El castillo debe ser muy bueno, ¿no podríamos verlo?

—Es de todo punto imposible, pues hace muchos años que está cerrado, y la orden que tenemos de no dejar entrar á nadie, no puede ser más terminante y severa.

El atractivo que tiene siempre el fruto prohibido, acrecentó, naturalmente, nuestro deseo de entrar allí.

—Veamos, señora, si podemos entendernos—dije,—¿por qué no hacéis una excepción en nuestro obsequio? Somos amigos de lord Rothwell, al que conoceréis, aunque sea sólo de nombre.



Al oír aquel nombre el ama de gobierno, hizo una media reverencia.

—¿Sabéis, señores, si lord Rothwell ha regresado de sus viajes?

—Mañana nos espera para cazar en sus posesiones; ¿os decidís, al cabo, señora, á enseñarnos el castillo?

—Lo haría con muchísimo gusto; ¡pero son tan rigurosas las órdenes que recibí! Paseaos por el parque. ¡Oh! ¡Si hubieseis visto qué hermoso era antes!

Valentín volvió á insistir; pero en vano.

—Entonces, señora, será preciso que nos consolemos contemplando las bellezas exteriores, ¿á quién pertenece esta posesión?

—A sir Laurencio Estmere—respondió la buena mujer con acento digno.

Miré á Valentín, y vi que se había puesto muy pálido.

—¿Y sir Estmere no vive aquí?—pregunté.

—Hace muchos años que no ha venido.

—¡Cosa más extraña! Y sobre todo tratándose de una posesión tan hermosa; ¿es que su propietario tiene mucha afición á viajar?—añadí.—¿Es joven?

—Se debe aproximar su edad al medio siglo—contestó.

Valentín, que había recobrado su sangre fría, me cogió del brazo, diciéndome:

—Vamos á dar una vuelta por el parque, querido Felipe. Muchas gracias por todo, señora...

—Payne, ese es el apellido de mi marido.

—Mucho me agrada saber cómo se llaman las personas con las que tengo el gusto de hablar—dijo Valentín.

—Gracias, señora Payne; tal vez nos volveremos á ver luego.

—Así lo espero—respondió la buena mujer hala-

gada quizá con la esperanza de una buena gratificación.

No me dijo Valentín ni una palabra hasta que nos hallamos á cierta distancia de la señora Payne y ésta no podía oírnos. Entonces, con acento conmovido que demostraba la tristeza que le dominaba, díjome:

—Ahora comprendo el por qué del atractivo irresistible que estos lugares tenían para mí. Sabed, Felipe, que he debido nacer en una de esas habitaciones, pues la casualidad nos trajo al castillo de Estmere Court, al que hace veinticinco años que llegó mi madre, joven y hermosa, para dejarse arrastrar por la corriente de la vida que entonces se presentaba para ella con sus colores más alegres. Pues bien; esta es la casa que mi padre abandonó un día dominado por la duda y la sospecha que poco á poco convirtiéronse para él en intolerables suplicios. ¡Ah! ¡No hay cosa más cruel que ser un extraño en su propia casa! ¡Que no me sea posible, Dios mío, descubrir la verdad y devolver á mi madre la estimación y el cariño de su marido! ¡Que no pueda yo penetrar el misterio de su conducta! Habríamos podido encontrarnos aquí mi padre y yo, sin que sospechásemos los lazos que nos unían el uno al otro. Para que obrase del modo que lo hizo, es preciso creer que perdió la cabeza.

—¿Hicisteis alguna tentativa para encontrar á vuestro padre?

—¡Nunca! Hace dos años hice decidido propósito de llevar á cabo esas pesquisas, y antes de emprenderlas fui á conferenciar con lord Rothwell, del que no pude obtener ningún dato. No insistí más, porque lo que sabía acerca de mi padre me bastaba. Sois la única persona, Felipe, con la que puedo desahogarme, porque á vuestros ojos mi madre es honrada y digna de todos respetos. Lord

Rothwell no me ocultó que sir Laurencio Estmere no tiene más que odio y desprecio para aquella á quien cree fruto de los amores culpables de su esposa. Es una mentira infame inventada por el demonio y difundida por alguno de sus satélites, con objeto de aniquilar para siempre la paz y la dicha de dos ó tres almas. Mi madre me habló alguna vez de mi padre, del que dice que antes de que tan horrenda calumnia sembrase la duda y la turbación en su alma y en su corazón, era un hombre digno y muy bueno. Hoy vaga como una alma errante por la tierra, y deja á su esposa en el mayor abandono y, expuesta al desprecio de la sociedad.

—¿Desde aquella época tuvo vuestra madre directa ó indirectamente nuevas de su esposo? ¿La cuestión de interés no contribuyó á complicar el asunto?

—No, porque mi madre—contestó Valentín—habría preferido morir de hambre antes que recibir ni una corona del hombre que puso en duda su honra. Aparte de eso, su fortuna personal la libró de tener que sufrir esa humillación.

Si se puede juzgar la fortuna de las personas por la importancia de sus posesiones, en vista de la extensión de aquel soberbio parque debía suponerse que sir Laurencio era riquísimo. Inspiróme Valentín profunda compasión, y poniéndome en su lugar me dije que en el caso en que me hubiese visto tratado como extraño en mi propia casa por antiguos servidores de la familia, y como un paria por mi padre, habríame matado tanto desprecio.

—¡Y cuando pienso que esta hermosa posesión y todas las tierras de los alrededores—exclamó Valentín,—pertenece algún día á mi hermano! ¡A ese individuo al que no vi jamás, á ese animal sin entrañas que jamás pensó en escribir á su

madre por más que él no pueda abrigar la menor duda acerca de la legitimidad de su nacimiento!

Atravesamos el parque cuyos magníficos paseos estaban cubiertos de ramas muertas y hojarasca. El jardín estaba todo él lleno de hierbajos que invadían los macizos y platabandas; el musgo y los líquenes manchaban los zócalos de los jarrones de mármol sucios y sin flores; los saltos y juegos de surtidores no funcionaban en las fuentes, y era tanto el abandono y el descuido que reinaban en absoluto en toda la posesión, que hubiera llamado la atención á cualquiera que la visitara por curiosidad.

Figuráos, pues, cuál sería nuestra emoción al no ignorar como no ignorábamos las causas de aquel tan triste estado de cosas. Examinamos el castillo con mucha atención, deteniéndonos ante sus cuatro fachadas.

—A toda costa quiero visitar este castillo, vamos en busca de la señora Payne, y probaremos si la podemos sobornar—dijo Valentín riendo,—tiene cara de ser una buena mujer, y tal vez la convenzamos.

La señora Payne, que sin duda nos estaba acechando, se presentó casi en el mismo instante, y la hablamos de las bellezas del parque, suplicándola al mismo tiempo con mucha insistencia nos dejase ver el interior del castillo. Valentín, con mucha habilidad, puso por delante á lord Rothwell, persona á quien aquella parecía profesar gran respeto. Dióla también á entender que se mostraría generoso con ella, y que no tendría motivo de queja. La animación de la mirada de su interlocutora indicaba que comenzaba á ablandarse.

—Estoy muy apurada—dijo,—pues mi marido se fué al mercado, y si supiese que os dejé entrar

*Sin madre—8*

en el castillo, se incomodaría mucho y me regañaría.

—No queremos ver más que algunas habitaciones.

—Pues no tiene nada de particular, porque los muebles están cubiertos con fundas, los objetos de arte guardados bajo llave; las alfombras recogidas y las porcelanas en los armarios. Hasta temo mucho que ni siquiera vamos á poder abrir las puertas.

—Ya nos cuidaremos nosotros de hacerlo, no os apuréis por ello; vamos, echad á andar, señora Payne, y os prometo que cuando llegaré á Londres os enviaré un buen corte de vestido de seda, y es más, si vuestro marido no ha vuelto del mercado cuando acabemos de ver el castillo, me permitiréis que os dé un beso antes de separarnos—dijo Valentín.

—¡Jamás! ¡Jamás!—respondió la señora Payne riéndose á carcajadas.—Hace muchos años que no me han dicho una cosa semejante. En verdad que sois el hombre más tenaz que he conocido nunca.

—Eso mismo dice todo el mundo; pero ya sabéis que el éxito es de los audaces. Demos la vuelta al castillo, entremos por una puertecilla de escape, y enseñadnos el camino. Parece, señora Payne, que somos antiguos amigos. Cuando lo hayamos visto todo, ¿tendréis la amabilidad de hacernos una taza de

La doble oferta de un corte de vestido y de un beso además, como gratificación, produjo el efecto apetecido; ¡sésamo, ábrete! La conquista estaba hecha. Nuestro guía femenino atravesó un patio, luego varias dependencias destinadas á la servidumbre, y entramos en el castillo por una puerta de hierro. Por ésta entró Valentín Estmere en la vivienda de sus mayores, ó al menos, en la cocina del castillo. ¡Qué triste llegada para

un hijo de la casa! Seguimos al principio un corredor tan largo que parecía interminable. Las llaves rechinaban al dar la vuelta en las cerraduras, y su ruido repercutía en aquellos abandonados lugares el eco de nuestros pasos, y al cabo llegamos al espacioso vestíbulo. Sin dejar de seguir á la señora Payne, Valentín me dijo en voz muy baja al oído:

—¿Creéis que este castillo pertenece desde hace mucho tiempo á mi familia? Decid á la señora Payne que estoy fatigado, y que necesito descansar un poco, y mientras tanto, hacedla hablar todo lo que os sea posible. ¿No os parece que es el dedo del destino el que nos trajo aquí?

Era el vestíbulo una habitación muy espaciosa, cuyo suelo estaba embaldosado con grandes losas cuadradas de mármol blanco y negro. Tenía el techo cubierto de magnífico artesonado de encina esculpida. Los elevados siales de alto respaldo cubiertos con sus fundas de tela blanca, parecían otros tantos espectros sentados en derredor de gigantesca mesa.

En uno de los extremos del vestíbulo empezaba la escalera, de aspecto verdaderamente regio. Una vez convertida la intrusión en hecho consumado, la señora Payne desempeñó á conciencia su papel de cicerone.

—Este es, señores, el gran salón—dijo enfáticamente, penetrando resueltamente en una habitación oscura como boca de lobo.

Oímos el ruido que hacía al querer correr las barras de hierro, y después de una lucha bastante larga, consiguió abrir las ventanas ¡y se hizo luz! En el salón, que era de grandes dimensiones, y de techo muy elevado, estaba también todo el mobiliario oculto bajo las fundas, y la grande araña envuelta en gasa, parecía una gigantesca cebolla colgada en el techo. La alfombra arro-

llada en un rincón, semejábase á un enorme cilindro. Había tenido razón la señora Payne, al asegurarnos que el interior del castillo de Estmere Court no tenía nada de particular. Deseosa nuestra guía de que juzgásemos el conjunto por una de sus partes, levantó en nuestro obsequio las fundas que cubrían los muebles, de dos antiguos gabinetes, de ébano y marfil.

En todas partes percibíase ese olor característico de las habitaciones que no se ventilan, lo cual no tenía nada de extraño, pues hacía veinte años que nadie vivía allí. El salón, el comedor, la biblioteca, tenían comunicación entre sí, y se parecían unos y otros por su magnificencia. En la biblioteca, gracias á la amabilidad de la señora Payne, que levantó las cortinas, vi que los estantes estaban llenos de buenos y escogidos libros, encuadernados con lujo. De esta habitación pasamos á una galería llena de cuadros y de retratos de la familia; unos representaban hombres de tez atezada, otros mujeres de tez clara, sonrosada, todos curiosos y cada uno de ellos ofreciendo, en su género, un interés especial. Allí nos detuvimos mucho rato escuchando el detallado relato de la señora Payne. Tomábame yo, que no poseía ni el menor dato acerca de mi familia, grande interés al escuchar la historia de los antepasados de la de mi amigo; pero cuando un padre niega la legitimidad de un hijo suyo, éste no puede experimentar más que indiferencia hacia el pasado. Valentín iba y venía de una parte á otra, y no hablaba; pero refase á veces, sin embargo, al oír las observaciones artísticas de la señora Payne; su risa tenía mucho de forzada.

—¿No hay por ahí ningún retrato de sir Laurencio Estmere?—preguntó.

—Entre estos, no.

—En todo caso, es indudable que debe haber al-

gún en la casa. Me agradaría muchísimo verlo.

El tono autoritario con que Valentín dijo estas palabras, pareció desconcertar algo á la señora Payne.

—En efecto, señor; hay un cuadro que representa á sir Laurencio y á lady Estmere en la época de su casamiento. Ese cuadro lo pintó el célebre Millais.

—Quiero verlo.

—Es imposible.

—Escuchad con atención lo que voy á decirós, señora Payne—dijo Valentín.—Tan cierto como os lo digo, os daré cincuenta guineas si me enseñáis ese cuadro; ¿dudáis de mi palabra? Dadme vuestro portamonedas, Felipe.

—Se lo dí, sacó de él treinta libras y veinte del suyo, y enseñó á la señora Payne las cincuenta monedas de oro.

—Todo este dinero es vuestro, señora, si queréis ganarlo; á la verdad es una cantidad muy grande por tan poca cosa; pero no importa.

La señora Payne se puso muy encendida, porque para ella era aquella una cantidad enorme.

—Me pedís un imposible, señor—respondió.

—¡Vamos! ¡Decidíos! Cinco minutos bastan para que yo vea ese cuadro.

—Una vez más repito que es absolutamente imposible.

—¿En dónde está el cuadro?

—En el mismo gabinete en que está la caja de caudales.

—¿Y cómo demonio se les ocurrió la idea de meterlo allí?

—En el momento en que sir Laurencio se disponía á marcharse, ordenó que se descolgase el cuadro. Al principio quería que se quemase, pero después cambió de idea, y lo mandó guardar en ese cuarto.

—¿Y quién tiene la llave?

—Supongo que la tendrá el mismo sir Laurencio; pero no lo sé á punto fijo. ¿A qué se debe que tengáis tanto interés en ver ese cuadro?

—No me hagáis esa pregunta, querida señora Payne, tal vez algún día lleguéis á saberlo.

—Si tanta curiosidad la tenéis también para ver un retrato de lady Estmere, puedo enseñaros uno. Voy á buscar una acuarela en que está con sus dos hijos.

La señora Payne nos abandonó por un momento, y al poco tiempo se presentó llevando un cuadro en la mano.

—Es muy probable—dijo, quitándole el polvo,— que se le haya olvidado á sir Laurencio.

No era más que un apunte; pero hecho por la mano de un maestro, por Millais probablemente. En ese retrato, lady Estmere representaba unos veinticinco años; su cabello vaporoso, tenía un matiz rubio muy claro, y su fisonomía radiante de alegría. Un loco únicamente habría sido capaz de dudar de aquella mirada tan cándida y pura. Tenía á uno de sus hijos sobre las rodillas, y al otro en pie á su lado. Una sonrisa impregnada de amargura hizo que el expresivo rostro de Valentín cambiase de expresión cuando me señaló con el dedo, cubierto de anillos, uno de los niños, que era él. Durante largo rato contemplamos ambos el cuadro, sin decir una palabra. Lo que nosotros hubiéramos querido ver habría sido el retrato de sir Laurencio. A la señora Payne la sorprendió algo el poco interés que al parecer nos inspiraba el retrato de lady Estmere. Se lo devolvimos, y lo colocó encima de un mueble, exclamando:

—¡Ah! ¡Eran en verdad unos niños muy hermosos! ¡Cuántas veces me he preguntado si alguna vez volveré á verlos!

—¿Hace muchos años que estáis en esta casa, señora Payne?

—Podréis juzgar vosotros mismos, señores, cuando os diga que no había aún cumplido los catorce años cuando entré en ella.

—Haced lo posible para lograr que hable—me dijo Valentín en voz baja.—Debe estar enterada de todo, y yo no me hallo en estado de poderla preguntar nada.

—¿Queréis ver las habitaciones de arriba y además la torre? Ya que hemos entrado hasta aquí, no dejaremos nada por ver.

—No tengo gran empeño; pero á mi amigo no le sucede lo mismo—contestó Valentín.—Os esperaré aquí, porque estoy muy cansado.

El rostro de la señora Payne reveló como una sombra de inquietud.

—Podéis estar completamente tranquila, que no me llevaré nada—añadió Valentín.—¿Vais, Felipe, á continuar visitando el castillo?

—Con mucho gusto, si es que la señora Payne no tiene ningún inconveniente en dejaros solo aquí durante unos cuantos minutos.

—Así podré examinar con toda calma esos dos cuadros de la escuela holandesa. Es necesario que sepáis, señora Payne, que mi profesión es la de artista.

—Eso mismo me había yo figurado.

Las sortijas que brillaban en los dedos de Valentín y su traje un tanto excéntrico, correspondían á la idea que la buena mujer tenía formada de un pintor. A los pocos minutos de ocurrido esto, la señora Payne y yo subíamos por la escalera que conducía á los dormitorios.

Las habitaciones del piso alto de Estmere Court, tenían poco digno de llamar la atención, como no fuese las hermosas vistas que desde ellas se disfrutaba, pues dominaban el parque y gran parte de los alrededores. No me entretuve visitándolas, y lo que procuré fué obtener ciertos datos de la señora Payne. Por la primera vez en mi vida, representé el papel de juez de instrucción, y empecé un interrogatorio.

—De modo que, según nos manifestasteis antes, sir Laurencio Estmere se separó de su esposa— dije.

—Sí, señor, es cierto.

—En la época en que hicieron este retrato que nos enseñasteis, lady Estmere debía ser muy hermosa; ¿la tratasteis ó al menos la visteis alguna vez?

—Sí, porque formaba parte de la servidumbre de sir Laurencio cuando éste se casó.

—¿Y de parte de quién estaba la razón?

Mordióse los labios, y me respondió:

—¿Sabéis que para ser un desconocido sois excesivamente curioso? No está bien que antiguos servidores de una casa respetable se ocupen de los asuntos de sus amos.

—Nada más cierto que lo que decís; pero el retrato de lady Estmere y de sus hijos me inspira un interés tanto más grande, cuanto que, con

mucha frecuencia, oí hablar de ellos á lord Rothwell.

—En ese caso, sería mucho mejor que os dirigieseis á su señoría, que podría enteraros mejor que yo. ¿Queréis que subamos á ver la torre, ó que bajemos á reunirnos con vuestro amigo?

—Pues volviendo al asunto de que estábamos hablando, es probable que lord Rothwell no sepa tanto como vos, y francamente, tengo ganas de conocer vuestra opinión.

—¡Santo Dios! ¿Y por qué os interesa tanto este asunto? Por aquí está la bajada, señor.

—¿Teníais mucho cariño á lady Estmere?

—Era la mejor de las señoras.

—Para justificar mi curiosidad, os diré que soy amigo suyo, y que hace muy poco tuve ocasión de verla en Londres.

Írómeme fijamente la señora Payne, y replicó:

—Todo puede ser; ¿y cómo sigue lady Estmere?

—Como es natural, ha cambiado mucho desde que no la veis; pero como siempre, es hermosa, y ahora tiene el cabello blanco como la nieve.

—¡Pobre y querida señora! ¿Cuándo volveré á verla? Cuando la visitéis, no dejéis de ofrecerle mis respetos; decidla que de parte de Ana Jones, que es el nombre con que me conoció. Confío, en que se acordará de mí.

—Os prometo que seré fiel portador de vuestro mensaje, y os ruego que me habléis con más detalles de sir Laurencio y de su esposa. Ese joven que me aguarda abajo, es su hijo Valentín; como veis, no obramos impulsados por frívola curiosidad.

—¡Misericordia divina! ¡El señor Valentín Estmere! Ahora comprendo por qué tenía tanto empeño en ver el retrato de sir Laurencio; ¡pobre joven! ¡Pobre lady Estmere! Si obró mal y cometió algún yerro, bien caro lo pagó.

—Pero, ¿cometió esos yerros? Debe haber sido víctima de un error fatal.

La señora Payne inclinó tristemente la cabeza.

—¡Por compasión, decídmelo todo! Estuvisteis á su lado en la época de su juventud, y debéis saber á qué ateneros.

—La prudencia me obliga á callarme.

—¡Os conjuro á que habléis! ¡Os lo suplico en nombre de su hijo!

—No puedo decidirme á hacerlo, señor.

—Es de desear que se puedan oponer hechos precisos á pérdidas murmuraciones. ¿Qué lenguas de víbora fueron las que infiltraron su veneno en el ánimo de sir Laurencio?

—Tenía demasiado talento para dejarse arrastrar por las ideas de otro... como pudo ella hacer... pero desde el momento en que sir Laurencio y yo lo vimos...

—¿Queréis decirme con eso que se figuró ver que era realidad lo que él imaginaba?

—No, no; os digo que positivamente vió, lo mismo que lo vi yo misma; de manera que es de todo punto inadmisibile que hayamos sido engañados los dos por una doble alucinación.

Estaba tan emocionada la señora Payne, que tuve que pedirla que se sentase.

—Me dijisteis mucho; pero aun no todo lo suficiente—la dije.—Tranquilizaos y contadme de qué manera pasaron las cosas.

—Accedo á hacerlo, mas con la condición de que juzgaréis á lady Estmere con indulgencia. No debía haber premeditación por su parte, y según decían, los desventurados se habían amado antes, ¡y quién sabe si se amaban aún! Sir Laurencio, el marido, empezó á mostrarse receloso.

Empezó entonces la señora Payne una serie de largas digresiones, y tuve que esperar con paciencia á que reanudase el hilo de su historia.

Indudablemente, á los ojos de aquella mujer era culpable lady Estmere. Por un momento se quebrantó mi fe en ella, pero el recuerdo de aquel rostro de noble expresión y franca mirada, de frente tan pura, hízome recobrar la confianza en su virtud sin tacha.

—¡Ah! ¡Qué catástrofe aquélla, señor! Fué peor que el infierno. Hasta en la hora de la muerte recordaré la expresión que tomó el rostro de sir Estmere, cuando aquella sospecha fatal hizo mella en su espíritu. Para hacerme comprender, es preciso que entre en algunos detalles. Vivíamos entonces en Douvreshouse, hermosa villa de propiedad de sir Laurencio, situada á unos dieciocho kilómetros de Estmere Court. Comparada con el castillo, la villa no era más que una casita, á pesar de lo que, como sir Laurencio y su esposa se amaban tanto, preferían vivir allí en donde estaban solos la mayor parte del tiempo. Alguna que otra vez no faltaban visitantes. Se decía que el aire de Douvreshouse era más sano que el de Estmere Court, y por esto sin duda pasaban en la villa más largas temporadas que en el castillo. Por esa época, el hijo primogénito de sir Laurencio tenía unos tres años, y el pequeño, el señor Valentín, unos seis meses. A mi ama, lo mismo que á sus hijos, de los que era yo una de las niñas, profesábales gran cariño. Uno de los primos de milady hacía frecuentes visitas, ya al castillo, ya á la villa. Era un apuesto oficial del que decían que había estado para casarse con lady Estmere.

—¡Apostaría que era el señor Chesham!

—Sí, señor; el mismo; hombre muy simpático cuando quería engañar, pero en el fondo una mala persona, y todos lo teníamos por entonces en muy mal concepto. Mostrábase meloso y obsequioso con sir Laurencio y con su esposa; pero á hurtadillas

dirigiales miradas hipócritas y malignas, siendo la verdad que supo hacerse el indispensable y que se le veía de continuo en casa.

Una vez, mientras el capitán se hallaba en Douvreshouse, á sir Laurencio le enviaron á buscar desde Estmere Court, en donde le esperaban para la resolución de un asunto. Se marchó por la mañana para volver al día siguiente. En el momento en que iba á montar á caballo, le llevamos los niños para que se despidiese de ellos. Besó con mucha ternura á sus hijos y á su mujer, y en aquel instante parecía el más dichoso de los hombres.

Es preciso que os diga, señor, otra cosa. Ya sabéis lo que es la juventud, y entonces yo tenía por novio á un joven que fué con quien me casé hace veinte años. Vivía mi novio en una granja no muy grande, cercana á Douvreshouse y propiedad también de sir Estmere, y aquella noche precisamente habíale yo citado para que á las diez y media fuese á esperarme al jardín. Cuando me separé de los niños, estos dormían tranquilamente, y lady Estmere se había retirado á sus habitaciones situadas en el centro de la casa. El tocador de sir Laurencio tenía comunicación con ella. Encontré á Payne que me estaba esperando cerca de las cuadras situadas á alguna distancia del cuerpo principal del edificio, y estuvimos hablando como cosa de media hora. Para volverse á su casa, tomó el camino más corto, atravesando el jardín. Al acercarme á la casa oí ruido de pasos, y como temía que fuese el señor Chesham, me oculté tras de unos arbustos. No era el capitán, sino sir Laurencio, que volvía muchísimo antes de la hora á que había dicho volvería. Al pasar dejó el caballo en la cuadra y se dirigía á pie hacia la casa. Gracias á la claridad de la luna pude reconocerle fácilmente. Deseando saber qué distancia me separaba de la casa, dirigí mis

miradas hacia aquella parte para saber si podría llegar antes que sir Laurencio; entonces ví luz en el cuarto tocador de éste, y las persianas abiertas de par en par, permitiéndome ver con toda claridad á lady Estmere y al capitán Chesham estrechamente abrazados. ¡Si no los hubiese visto, hubiera jurado por Dios santo que la cosa no era posible!

Al decir esto sollozaba la señora Payne, y yo me quedé silencioso, tan grande era el trastorno que me produjo lo que oí. Cuando se repuso un poco, siguió diciendo:

—Lady Estmere tenía la cabeza apoyada en el hombro del capitán; estaba vuelta de espaldas y con los brazos echados alrededor del cuello de su amante, que la besaba con pasión en la frente. Habría querido gritar para avisarles la llegada de sir Laurencio; pero la emoción ahogó mi voz, y era además demasiado tarde, porque veía lo mismo que yo. En el primer momento quedóse como aniquilado; luego de pronto centelleó su mirada; pero no se movió. Si el infame Chesham hubiese mirado á aquella parte en que estábamos nosotros, viera á sir Laurencio, cuya silueta se engrandecía gracias á la luz de la luna. Al cabo, lady Estmere se soltó de los brazos del capitán, y la vi llevarse la luz, quedando de nuevo á obscuras la habitación; pero fuera había tanta claridad como en pleno día. Calló; entonces recordé lo que Claudina me había dicho: «La querréis y la respetaréis á pesar de cuanto malo oigáis decir de ella.» Ansiando saber más, pregunté:

—¿Y qué fué lo que hizo entonces Laurencio?

—De pronto pareció galvanizado; exhaló un suspiro y dió un salto, y tuve mucho miedo de que aquella noche no terminara todo con un asesinato. No obstante, mi amo consiguió dominarse y se puso á pasear por delante de la casa.



—¿Y después?

—Se abrió la puerta y salió el capitán con el cigarro en la boca. Creía, iba á decir esperaba, que sir Laurencio se arrojaría sobre él para matarlo; pero se limitó á salir al encuentro de su rival mirándole cara á cara. Esto me hizo suponer que las personas de vuestra clase son mucho menos aficionadas que las de la nuestra á valerse de los puños. «—¡Cómo!—exclamó el capitán.—¿Ya estáis de regreso?—¡Calla! ¡miserable!—respondió sir Laurencio.» Aquella vez sí que creí que los momentos del capitán estaban contados; pero no fué así, porque las personas de buena educación parece que saben dominarse

Callóse la señora Payne, y yo dije:

—¡Continuad, por favor! ¿Qué fué lo que sucedió después?

—Adivinando el pensamiento de sir Laurencio, el capitán manifestó que estaba pronto á darle una satisfacción.—«Puedo atravesaros el corazón; pero eso no basta á mi venganza—dijo Chesham;—ya oiréis hablar de mí en el círculo.»

—Acordaos de que esa mujer me pertenecía antes de que la arrancaseis á mi ternura.—«Salid de aquí, ú os mato.»—Alejóse el capitán; ocho kilómetros le separaban de la villa más inmediata. Sir Laurencio echó á andar tras él amenazándole con el gesto; pero á los pocos momentos cayó rendido sobre un banco; se ahogaba. En mi vida he presenciado un dolor como aquél, ¡qué desesperación! Aterrada, huí de aquel sitio, y me metí en mi cuarto.

—¿Y era esto lo que podiais decirme, señora Payne?

—Creo que aquella noche no entró sir Laurencio en casa, y sí que lo hizo por la mañana. Mis compañeros me contaron que lady Estmere fué la primera que se presentó á darle los buenos días,

al poco rato subió á su habitación con el rostro trastornado y la mirada extraviada. Sir Laurencio Estmere, dió orden á la niñera de su hijo mayor para que recogiese todas las ropas de éste, y en efecto, padre é hijo marcháronse aquel mismo día. A las veinticuatro horas abandonó lady Estmere á Douvreshouse, con el pequeño, dirigiéndose, según dijo, á Londres. Desde ese día no he vuelto á ver á ningún miembro de la familia. Pagaron y despidieron á toda la servidumbre, cerraron todas las habitaciones y confiaron á mi suegro la custodia del castillo. Cuando se murió mi suegro, le reemplazó mi marido. Algún tiempo después, supe que sir Laurencio y el capitán se habían batido.

—Sí, y á consecuencia de ese desafío, el capitán Chesham quedó cojo para toda su vida—dije.—Lo merece, porque es un miserable.

Muy emocionado con el relato que acababa de oír, me preguntó qué era lo que podría contar á Valentín. No podía poner en duda la veracidad de la señora Payne, que prosiguió diciéndome:

—Ha sido preciso que me revelaseis que vuestro amigo era el señor Valentín, para que yo me decidiese á hablar, pues no me agrada, podéis creerlo, hacerme eco de hablillas y rumores escandalosos.

—Esloy convencido de que es así, señora Payne—respondí.

—La marcha repentina de sir Laurencio á un lado y de milady á otro, dieron origen á muchas hablillas; pero supe callarme. ¡Pobre lady Estmere! Si la veis, señor, no dejéis de decirle cuánto me acuerdo de ella.

—¿Y cómo explicáis esa falta, ese olvido de los deberes más sagrados? Hace poco me hablasteis de ella como de una mujer que tenía todas las virtudes.

—Toda mi vida habríame negado á creer que era culpable; pero no puedo negar la evidencia.

—Creo que desde entonces lady Estmere no ha vuelto á dirigir la palabra á Chesham.

—Estoy segura, señor, de que así lo habrá hecho. Ese canalla la indujo á la tentación, no porque la amase, sino por espíritu de venganza.

—¿De venganza?

—Sí; había habido entre ellos tratos para casarse, y según dicen, le quitó todas sus esperanzas mucho antes de conocer á sir Estmere, y el infame quiso vengarse perdiéndola. Os repito, señor, que ese hombre es un engendro de Satanás. Sabiendo que sir Estmere iba á volver de un momento á otro, se colocó, con deliberada intención, cerca de la ventana con lady Estmere.

—Decíme de qué manera pudo prever el regreso inesperado de sir Laurencio, ¿era este un marido celoso? ¿Tenía ya algún comienzo de duda que le roía el corazón?

—No por cierto, pues hasta que llegó aquella noche maldita, su mujer le inspiró una confianza absoluta. Algunos días después, mi marido me contó un detalle que después de estos acontecimientos, me preocupó mucho. Al poco tiempo de haber salido de Douvreshouse sir Laurencio, encontró en el camino al padre de Jones, y habló con él un momento acerca del estado de la cosecha, y en seguida le pidió que si volvía á Douvreshouse viese á lady Estmere y la dijese de su parte que había cambiado de idea, y que pensase regresar aquella misma noche entre diez y once. Poco después, mi suegro, que era hombre de edad avanzada, encontró al capitán, y para ahorrarse la caminata hasta la villa, le pidió que se encargase de dar el recado, cosa á que Chesham accedió; lo prometió, sí; pero se guardó muy mucho de decir á nadie ni una palabra. Si lady Estmere se

hubiese figurado que su marido cambiara de idea, á buen seguro que no habría estado en la ventana acompañada de Chesham, y precisamente á la hora que aquél debía regresar. En todo ello hay que reconocer que el capitán obró con una premeditación de las más infernales.

—Sólo un canalla, un miserable de la peor especie, es capaz de una traición semejante—dije.

—El tal Chesham, es un infame, un hombre sin alma, y podría contaros de él muchas otras cosas; mas, ¿para qué?—añadió la señora Payne.

—Es una lástima que sir Laurencio Estmere no se haya podido enterar de ese detalle.

—Tengo la convicción de que eso sólo habría contribuído á agravar la situación, aparte de que se marchó sin decir á nadie á dónde se dirigía.

Aquel detalle sirvióme como de consuelo, porque en él vi una nueva prueba de la infamia del miserable. Sin poder á la sazón explicarme cómo había podido lady Estmere, de una manera inconsciente, representar un papel tan deplorable, me negué á creer en su culpabilidad. Me prometí poner en claro aquel misterio, y lograrlo á cualquier precio por el cariño que me inspiraban Valentin y su madre.

¡Claudina quedaría tan agradecida, si yo conseguía probar la inocencia de su tía! Estas fueron las reflexiones que se me ocurrieron cuando bajaba la escalera del castillo, detrás de la señora Payne.

## XIV

Valentín nos estaba aguardando en la galería de los retratos, en donde, por vez primera, había trabado conocimiento con todos sus antepasados. Miróme con aire interrogador. Mi rostro no tenía una expresión tranquilizadora; pero fingiendo alegría, me dijo:

—Estaba preguntándome, amigo mío, si habríais huído con la señora Payne. La verdad es que tuvisteis tiempo más que sobrado para visitar todos los rincones y rinconcitos del castillo.

Sonrió la señora Payne, y se quedó mirando á Valentín.

—Pues bien, Felipe—siguió diciendo aquél—es preciso que nos marchemos. Adiós, señora Payne, y gracias por todo.

Al decir estas palabras, quiso hacerla tomar un billete de banco, que ella le devolvió.

—Entonces, ¿me permitiréis que como recuerdo de esta visita os mande el corte de vestido?

—Es que me prometisteis otra cosa, señor Valentín—contestóle.

—¡Es verdad!—dijo Valentín riendo con toda su alma.—¿Será posible que una mujer haya tenido que recordarme semejante promesa?

—¡Ah! ¡Cuántas veces os besé cuando fui vuestra niñera, señor Valentín!—exclamó la buena mujer, sin poder dominar su emoción.

—Por lo que voy oyendo, me entero de que mi amigo os dijo quién soy. Espero, pues, que, gracias á vos, sabré cosas que, á mi vez, seré muy dichoso en saberlas.

—Mas ¡ay! temo, señor Valentín, que no sea así. No conviene, sin embargo, dejarse arrastrar por la desesperación, porque muy pronto puede sir Laurencio tener pesar por lo ocurrido y llamaros á su lado.

—Aun cuando sir Laurencio Estmere me diese á Estmere Court con todas sus dependencias, no consentiría poner los pies aquí antes de que mi madre pueda volver con la cabeza muy alta.

Expresóse Valentín con una firmeza tan grande, que la buena señora Payne quedóse desconcertada. Comprendiendo que mi amigo debía estar impaciente, abrevié todo lo posible la despedida. A los pocos momentos nos hallábamos en la carretera.

—Ahora, amigo mío, decidme todo cuanto sepáis. ¿Son buenas ó malas las noticias que tenéis?—interrogó Valentín.

—Malas; tanto es así, que preferiría no deciros ni una palabra acerca de ellas—contesté.

—Decidme, Felipe, cuanto sepáis; os lo ruego, no me ocultéis nada. Para obrar como lo hizo, debía tener mi padre motivos muy graves, sospechas imaginarias, con seguridad; pero es preciso conocer su origen.

Contéle minuciosamente cuanto me había dicho la señora Payne, y me quedé satisfecho de la calma con que me escuchó.

La fe de Valentín en su madre era inquebrantable. Riéndose de una manera despreciativa, me dijo:

—¡Imaginaos á mi madre, á lady Estmere, en pie, al lado de una ventana abierta, dejándose abrazar y besar por el capitán Chesham! ¡Eso no

sólo es absurdo, Felipe, sino que además es repulsivo!

—Se dice que antaño existió entre ellos proyecto de casamiento. En su juventud, quizá el capitán tuvo un aspecto más seductor—dije á manera de observación.

—No, Felipe, no. Mi madre nunca ha sospechado por qué la abandonó mi padre.

—No lo sé; pero con seguridad que no fué á mi madre—contestó Valentín con esfuerzo, porque le ahogaba la emoción.—¿Creéis, si ó no, en su inocencia?

—Tengo la íntima convicción de que vuestra madre es la virtud personificada—respondí, tendiéndole mi mano.

—¿A quién, pues, pudieron ver aquella noche, tanto sir Laurencio como la señora Payne?—pregunté.

—La escena que representó ese miserable es, con seguridad, una venganza. Un día ú otro le obligaré yo á que diga la verdad—dijo con cólera mi amigo.

Valentín deducía, como se ve, las mismas consecuencias que la señora Payne, ignorando aún el último detalle del relato de aquélla. Pensé que lo mejor era no decirle nada hasta el día en que pudiera pedir consejo á lord Rothwell. Valentín no tenía medios para captarse las simpatías del capitán, porque un puñetazo dado en medio del rostro predispone poco á la confianza. En cuanto á mí, proponíame, tan pronto como regresase á Londres, buscar los medios de intimar con Chesham, para arreglarme de manera que algún día pudiese arrancarle su secreto. Con mucha frecuencia hábale oído en el círculo alabarse por sus triunfos en el amor. Vivir en la intimidad con semejante canalla, era pagar muy caro el descubrimiento de la verdad. A pesar de todo, tenía bas-

tante tiempo por delante para poder reflexionar puesto que mi estancia en Mirfield debía prolongarse muchas semanas. Antes de regresar á Londres, habría tomado una decisión. Decidimos pasar la noche en la primera posada que encontrásemos en el camino, pues nos hallábamos aún á unos veinticuatro kilómetros de distancia del castillo de lord Rothwell. Alquilamos un carruaje de esos á que muchos en el país llaman un palache. Lord Rothwell nos recibió con mucho cariño, rogándonos le dispensásemos la falta de comodidades de su casa de solterón.

—Hace lo menos dos años que no puse los pies aquí, y Mirfield se hallaba en un estado deplorable—nos dijo.—Hasta este año he tenido arrendada la casa á unos desconocidos; pero como no quería inquilinos en mi casa, ésta quedaba cerrada y desierta.

¿No era una cosa extraña que los dos más hermosos y ricos castillos del condado estuviesen abandonados á causa de la misma mujer? Porque no era posible dudar que los viajes eran el medio de curación á que apelara lord Rothwell como paliativo para olvidar la desgraciada pasión que le inspiraba lady Estmere. Fuese cual quisiese el estado de abandono en que se hallaba el castillo de Mirfield, había en él, sin embargo, habitaciones más que suficientes para nosotros dos y para los demás convidados que se fueron presentando por la tarde. ¡Eran antiguos amigos nuestros! Los señores Vigor y Stanton. Al primero lo había yo presentado hacía algún tiempo á lord Rothwell, que tardó muy poco en contarle en el número de sus buenos amigos. Desde el día en que ocurrió el episodio del yate, no nos habíamos vuelto á ver con Stanton. Por una de esas casualidades tan frecuentes en la vida, los dos convidados habían ocupado en Londres asientos en el mismo

vagón, y el alegre relato de los incidentes de su viaje nos divirtió de una manera extraordinaria durante la comida.

—Mi primer cuidado cuando entro en un vagón—dijo Stanton,—es defender mi soledad.

—Y yo lo mismo, ¡pardiez!—añadió Vigor.

—Cómodamente instalado en mi rincón, aguardaba con paciencia á que el tren se pusiese en marcha, cuando se presentó el señor y entró allí como en país conquistado, desarreglándome mi manta, estorbando mis movimientos, turbando mi tranquilidad.

Entretanto, el señor se caló los lentes, me miró de piés á cabeza, y exhalando un profundo suspiro, sacó del bolsillo un periódico, lo desdobló, poniéndoselo delante de la cara y entregándose á su lectura con un afán muy grande, como queriéndome decir que no tenía deseos de trabar conversación conmigo.

El intruso se mueve sin cesar en su asiento; saca de un cartapacio un paquete de pruebas de imprenta, las corrige con un lápiz azul, las mete en un gran sobre y llama á un mozo de la estación y se lo da ordenándole que lo eche al correo. Hecho todo esto, extiende sus largas piernas, se mete las manos en los bolsillos, y en alta voz exclama: «¡*Laus Deo*, que no tengo nada que hacer en un mes!»

Mientras tanto, el otro viajero se encoge de hombros, y yo estudio su larga fisonomía, y tomo apuntes mentales para el plan de la novela que pienso publicar muy pronto.

—¿Y cuánto tiempo duró ese estado de cosas tan divertido?—preguntó lord Rothwell.

—Un siglo por lo que hace al tiempo; centenas de kilómetros por lo que se refiere á la distancia. No pudiendo soportar que se diese tanto

tono, me propuse molestar con deliberada intención á mi compañero de viaje.

—Cuantas veces llegábamos á un empalme, acechaba los movimientos del intruso y le seguía como su sombra. Si afecta ignorar mi presencia, al menos no tendrá más remedio que aguantarla—me dije.

—Es verdad, y llegué á figurarme que erais el noticiero de algún periódico, y que estabais encargado de dar cuenta de un crimen.

—Pues por mi parte, mientras no vi el estuche de vuestra escopeta, os tomé por un comisionista presumido, al que no le agradaba viajar en segunda.

—¿Pero cómo concluyó todo eso?

—Nos faltaba aún recorrer unos cincuenta kilómetros, cuando vi con pena que estaba fumando un último cigarro, y prolongué todo lo que pude su duración, llegando hasta el extremo de quemarme los labios; después no tuve más remedio que conformarme con mi mala suerte—dijo Stanton.

—Mas yo, como las vírgenes prudentes, tenía aceite en mi lámpara—indicó Vigor.

—En efecto, el señor lo tenía, y cuando yo arrojé la colilla de mi último Londres, sacó una petaca bien provista de ellos. Y la mirada de este señor fué tan elocuente, que no pude por menos de ofrecerle mi petaca.

—Cedí á la tentación—dijo Stanton;—pero hubiera preferido más pagar una guinea por un cigarro que entrar en conversación con mi bienhechor.

—Cuando se da una limosna á un mendigo, no se admite que su agradecimiento se convierta en familiaridad. Al cabo adiviné á dónde iba, y me hubiera gustado que vierais su cara cuando me vió tomar asiento en vuestro dogcart. No tengo

para qué ocultar que la sorpresa fué muy desagradable; mas, á mal tiempo, buena cara.

—Después de mirarnos lo mismo que el perro y el gato—añadió Vigor,—al cabo nos acercamos, y como teníamos amigos que lo eran de los dos, acabamos por serlo nosotros. Poco después nos repartíamos como buenos hermanos mi último cigarro. Es natural que un dogcart acorte las distancias. Ahora somos los mejores amigos del mundo.

Lord Rothwell estaba de muy buen humor. En Mirfield encontré una carta de Claudina.

Un año ó dos pronto se pasan, y mi padre, pensé, volvería al cabo y tomaría gran cariño á su nuera.

Luego llegó la hora de acostarse, y también la de pensar y acordarme de mi hermosa prometida.

## XV

Al día siguiente era el 1.º de Septiembre. La apertura de la caza fué de las más brillantes, y todos me cumplimentaron por mi puntería y destreza. Vigor, que había ido sin llevarse escopeta, no dejó por eso de tener su parte en el éxito de la jornada. En cuanto á Valentín, no era un cazador fanático y cualquier cosa, un sitio del que se gozase de buena vista, un bosquecillo de árboles bastaban para distraerle, y su poca habilidad cinagética le expuso á las bromas y burlas de todos. Al llegar la hora del almuerzo, me senté al lado de Vigor, y Valentín se alejó de nosotros,

yéndose en busca de sitios pintorescos, mientras que lord Rothwell y Stanton parecían dispuestos á dar buena cuenta del cesto de las provisiones. Hablando de varias cosas y del Juvenil Club, entre ellas, contóme Vigor lo que se decía, y los rumores que circulaban acerca de Valentín.

—¿De dónde salen esos rumores que corren á su alrededor?—pregunté.

—Se dice que Valentín es hijo del capitán Chesham, y hasta se bromea haciendo notar la semejanza que dicen hay entre ellos. Por más que los dos son rubios, á mí paréceme que no hay nada de semejanza, al contrario, que son muy distintos ¡qué pena y qué disgusto para Valentín!

—Es preciso tratar con desprecio á los calumniadores—observé.—Es fácil de decir; pero difícil de hacer lo que me aconsejáis, porque todo el mundo sabe que sir Laurencio y lady Estmere están separados, y que la cojera del capitán Chesham la causó un balazo que le pegó el baronet al poco tiempo de separarse de su esposa. El público deduce de esta serie de hechos que Valentín no lleva el apellido de su verdadero padre.

—¿En dónde está ahora Chesham?—pregunté.

—Se marchó al continente hará unos quince días, y los jugadores están que trinan, y se quejan de la manera cómo los trató. Chesham tuvo sus razones particulares para calumniar á lady Estmere.

—¡Ah! ¡Ninguna persona honrada es capaz de hacer eso!—repliqué.

—Es muy cierto; pero Chesham lo hace. Es hombre indigno, y juró perseguir y atormentar á sir Laurencio Estmere. Se le había metido en la cabeza la idea de trabar gran amistad con Valentín, al que encontró en el Juvenil Club; pero nuestro amigo no se prestó á ello.

—¿Y qué hizo Valentín?—pregunté.

—Le asestó un puñetazo tan fuerte, que el ca-

para qué ocultar que la sorpresa fué muy desagradable; mas, á mal tiempo, buena cara.

—Después de mirarnos lo mismo que el perro y el gato—añadió Vigor,—al cabo nos acercamos, y como teníamos amigos que lo eran de los dos, acabamos por serlo nosotros. Poco después nos repartíamos como buenos hermanos mi último cigarro. Es natural que un dogcart acorte las distancias. Ahora somos los mejores amigos del mundo.

Lord Rothwell estaba de muy buen humor. En Mirfield encontré una carta de Claudina.

Un año ó dos pronto se pasan, y mi padre, pensé, volvería al cabo y tomaría gran cariño á su nuera.

Luego llegó la hora de acostarse, y también la de pensar y acordarme de mi hermosa prometida.

## XV

Al día siguiente era el 1.º de Septiembre. La apertura de la caza fué de las más brillantes, y todos me cumplimentaron por mi puntería y destreza. Vigor, que había ido sin llevarse escopeta, no dejó por eso de tener su parte en el éxito de la jornada. En cuanto á Valentín, no era un cazador fanático y cualquier cosa, un sitio del que se gozase de buena vista, un bosquecillo de árboles bastaban para distraerle, y su poca habilidad cinagética le expuso á las bromas y burlas de todos. Al llegar la hora del almuerzo, me senté al lado de Vigor, y Valentín se alejó de nosotros,

yéndose en busca de sitios pintorescos, mientras que lord Rothwell y Stanton parecían dispuestos á dar buena cuenta del cesto de las provisiones. Hablando de varias cosas y del Juvenil Club, entre ellas, contóme Vigor lo que se decía, y los rumores que circulaban acerca de Valentín.

—¿De dónde salen esos rumores que corren á su alrededor?—pregunté.

—Se dice que Valentín es hijo del capitán Chesham, y hasta se bromea haciendo notar la semejanza que dicen hay entre ellos. Por más que los dos son rubios, á mí paréceme que no hay nada de semejanza, al contrario, que son muy distintos ¡qué pena y qué disgusto para Valentín!

—Es preciso tratar con desprecio á los calumniadores—observé.—Es fácil de decir; pero difícil de hacer lo que me aconsejáis, porque todo el mundo sabe que sir Laurencio y lady Estmere están separados, y que la cojera del capitán Chesham la causó un balazo que le pegó el baronet al poco tiempo de separarse de su esposa. El público deduce de esta serie de hechos que Valentín no lleva el apellido de su verdadero padre.

—¿En dónde está ahora Chesham?—pregunté.

—Se marchó al continente hará unos quince días, y los jugadores están que trinan, y se quejan de la manera cómo los trató. Chesham tuvo sus razones particulares para calumniar á lady Estmere.

—¡Ah! ¡Ninguna persona honrada es capaz de hacer eso!—repliqué.

—Es muy cierto; pero Chesham lo hace. Es hombre indigno, y juró perseguir y atormentar á sir Laurencio Estmere. Se le había metido en la cabeza la idea de trabar gran amistad con Valentín, al que encontró en el Juvenil Club; pero nuestro amigo no se prestó á ello.

—¿Y qué hizo Valentín?—pregunté.

—Le asestó un puñetazo tan fuerte, que el ca-

pitán cayó al suelo, hiriéndose al caer con la esquina de un mueble. Como sabéis, Valentín es muy nervioso—me dijo Vigor.

—Muy grande debió ser el ultraje para que se decidiese á poner su mano sobre un hombre que, más ó menos, está impedido.

—Sí, y creo que cuanto menos se hable de ese asunto, mejor será para todos.

Nos echamos la escopeta al hombro y seguimos cazando. Las palabras de Vigor me inquietaron mucho, porque me convencieron de que Chesham seguía su venganza; ¿podía haber algo más cruel para Valentín que el saber que su madre era objeto de una calumnia semejante? Reflexionando mucho acerca de ello, me pareció que aquella mala acción era un indicio comprobatorio del complot del que lady Estmere había sido la víctima inocente. Tanto como Valentín, tenía yo ardientes deseos de adquirir la certidumbre de ello, y se me figuraba que el tiempo pasaba poco aprisa, y que el capitán Chesham tardaría mucho en regresar, pues hasta que se hallase en Londres no podía yo averiguar nada. Aproveché la primera coyuntura favorable que se me presentó para contar á lord Rothwell de qué manera la casualidad nos había hecho ir á Estmere Court. Le dije además todo lo que me había contado la señora Payne.

Escuchóme sin interrumpirme y sin apartar de mi rostro su franca y honrada mirada.

—Me habéis revelado cosas, amigo mío, que ni aun el mismo sir Laurencio me dijo nunca. Aquí abajo, las cosas se arreglan y desarreglan sucesivamente; ¿creéis en la mano del Destino? Pues esa fué la que impulsó á Valentín á ir á Estmere Court.

—Sabía probablemente que ese castillo se en-

cuentra en las cercanías; pero nada pudo hacerle sospechar que era el de sus padres.

—De manera que visitasteis toda la posesión y supisteis de boca de un testigo ocular el origen de las desventuras de sir Laurencio y de lady Estmere; ¿visteis los retratos de la familia?—me preguntó Rothwell.

—Vi toda una colección de antepasados; pero en vano buscamos la imagen del castellano actual; sin embargo, el ama de gobierno nos manifestó que existe un retrato suyo pintado por Milais; por desgracia estaba guardado bajo llave; Valentín llegó á ofrecer cincuenta libras á aquella mujer para que nos permitiese verlo; ¿os parece que será imposible proporcionar esa llave?

—¡Imposible de todo punto! Y bien miradas las cosas, vale más que padre ó hijo sigan siendo desconocidos el uno para el otro, sobre todo, mientras el misterio no se ponga en claro.

Comuniqué á lord Rothwell mucho más de lo que había dicho á Valentín, porque le expliqué cómo y por qué se había enterado el capitán Chesham del regreso de sir Laurencio, y la sobreexcitación que se apoderó de mi oyente me sorprendió.

—¡Es el Destino! ¡El Destino!—exclamó, y su fisonomía revelaba la satisfacción.—Sí, sí—añadió, —esa mujer es la virtud personificada, y al cabo logrará reconquistar, si no la estimación de la sociedad, la de su marido al menos, la que á sus ojos es preferible y vale cien veces más.

—Ahora hay que trabajar para mostrar á la luz del día las odiosas maquinaciones del capitán Chesham. Me he vuelto supersticioso, amigo mío, y apostaría cualquier cosa á que sois vos el destinado á descubrir la verdad.

—Pues bien: si por ejemplo, para desempeñar mejor mi papel, finjo hacerme muy amigo suyo



con el objeto de llegar de una manera subrepticia á mi propósito, ¿el fin justificará los medios?—pregunté.

—Todo cuanto hagáis, fuera del crimen, será perdonable, querido Felipe, desde el momento en que se trata de arrancar un secreto á ese canalla, haceos su amigo, participad de sus placeres, pagad cuando sea preciso, y si perdéis, yo os daré lo que necesitéis. Haced lo imaginable por captaros sus simpatías y confianza para que llegue á haceros su confidente. Todo, absolutamente todo, está permitido en atención al objeto que os proponéis. Os lo repito, Felipe, en todo esto veo el dedo del destino. Ahora, amigo mío, quiero que leáis una carta de lady Estmere, carta que me escribió acompañada del ruego de que se la entregue á sus hijos en el caso de que muriese antes que yo.

He aquí lo que decía la carta:

«Querido amigo: Llegará un día en que tal vez mis hijos se dirijan á vos por haber sido mi mejor amigo, suplicándoos que les digáis algo acerca del pasado. Es muy natural que quieran saber sobre quién debe recaer la responsabilidad de nuestras desgracias, y considero como un deber deciros por escrito aquello mismo que de palabra os confié en nuestra última entrevista. No tengo nada que decir fuera de la escena que sucedió á nuestra separación. Hasta la mañana fatal en que mi marido abandonó á Douvreshouse para ir á pasar veinticuatro horas en Estmere Court, en nuestro matrimonio no había habido disgustos. Aquella ausencia, por muy corta que fuese, me pareció muy penosa. Al día siguiente, al regreso de Laurencio, me llamó la atención su rostro trastornado. Me dijo que lo sabía todo, y que no podía

tener ninguna duda acerca de mi infidelidad. En vano le rogué, le imploré para que se explicase, pues permaneció sordo á mis ruegos, no respondiéndome más que con crueles burlas, insultos y reproches. De rodillas, y en nombre de nuestro amor, en nombre de nuestros hijos, le pedí repetidas veces me dijese en qué le había ofendido, y permaneció silencioso, sonriendo despreciativamente; ¿cómo era posible que un amor tan grande como el suyo hubiese podido trocarse en odio en el transcurso de pocas horas? El orgullo y la indignación diéronme fuerzas para decirle:—Cuando un marido está persuadido de la infidelidad de su mujer, no le queda más que un recurso: ¡abandonarla! Decidme qué es lo que pensáis hacer.—Con mucha frialdad me respondió:—Dentro de algunas horas habré abandonado á Douvreshouse; mi apoderado recibirá instrucciones y os las comunicará.—¿Y nuestros hijos?—pregunté.—El mayor—me respondió con cruel sonrisa,—el que por dicha se me parece tanto, me lo llevaré, en cuanto al más pequeño, no le reconozco por tal hijo, y os lo dejo. No daremos ningún escándalo; pero en adelante, viviremos separados. Dichas estas palabras, mi marido me dejó, y desde aquel día no nos hemos vuelto á ver más. Al día siguiente marchó, llevándose nuestro primer hijo. No puedo decir más, y sin rebajarme á aseguraros que jamás falté á mis deberes; no pido, no, siquiera que el tiempo justifique á los ojos de Laurencio mi inocencia; ¡que no sepa jamás que siempre ha sido y será el objeto de todos mis pensamientos, porque los dolores, las penas por que pasé, no son nada comparados con esta otra prueba, inferir á una mujer que no la merecía la más cruel de las ofensas! ¡Hacerla sufrir el peor de los suplicios! Agradeciéndoos en el alma vuestra

simpatía afectuosa, terminé haciéndoos presente la expresión de mi consideración más distinguida.

MARGARITA ESTMERE.

Saqué una copia de la carta y devolví el original á lord Rothwell, y á no recordar el incidente final que me había contado la señora Payne, habría creído que sir Laurencio perdió la razón. Mientras yo permanecí en Mirfield, no volvimos á ocuparnos de este penoso asunto. El tiempo era espléndido, la caza abundante, y lord Rothwell, el más amable de los dueños de casa. Valentín abandonó la escopeta por el lápiz, é hizo algunos estudios y apuntes muy interesantes. Le animé con mis elogios, y Vigor le estimuló con sus críticas. Stanton se mostró á la vez bromista y severo. Alabanza, broma ó crítica, sirvió para que Valentín emprendiese el buen camino, y si alguno de nosotros nos permitíamos decirle algo, bromeando acerca de su traje excéntrico ó de sus sortijas, él era el primero que se hacía eco de nuestras risas. A pesar de los encantos que tenía la estancia en Mirfield, hombre alguno se consideró más dichoso que yo cuando pude regresar á Londres, porque en su última carta decíame Claudina que estaba muy alegre, porque muy pronto íbamos á volver á vernos, repitiéndome al mismo tiempo que sus sentimientos eran los mismos. Por su parte, Valentín tenía el propósito de empezar un gran cuadro. Arreglamos y cerramos nuestras maletas, pusimos las fundas á nuestras escopetas, y emprendimos el regreso á Londres, fortificados por el aire puro del campo, atezados por el sol, y bien preparados para gozar de los placeres de la vida, y animosos para soportar sus rudas pruebas.

VI

Pasaré un período de dieciocho meses que siguieron á esa época, y en los cuales, en rigor, no ofrecen nada de saliente ni interesante. Aun contra la voluntad del irascible general Gore, Claudina y yo seguíamos siendo novios, estando ella cada vez más hermosa y yo más enamorado; si bien, por más que había llegado hacia tiempo á su mayor edad, aún no había fijado la fecha de su enlace. Con exactitud verdaderamente militar, dióla su tutor las cuentas de la tutela el día mismo en que Claudina llegó á su mayor edad; dejándola, en adelante, en completa libertad para administrar su fortuna y disponer de su mano. Como postrer consejo, le dijo que no se fiase de los aventureros en general y los que andan á caza de dotes en particular. Suplicó, y para ello le recordó á su padre que devolviese su palabra á un tal Norris. Escuchóle Claudina con mucho respeto, dándole las gracias por las muchísimas pruebas de cariño que de él había recibido durante tantos años, y manifestó que sentía mucho no participar de las ideas de su tutor respecto al señor Norris, y que por tanto, algún día llevaría adelante su proyectado enlace. Hizo el general mil lúgubres profecías, y así terminó la conversación, diciendo que él se lavaba las manos.

Claudina vivía desde entonces con una tía, y se asombraba cada vez más por sus continuos aplazamientos; ¡qué! ¿no tenía ella bastante capital para los dos? Pero estaba yo muy decidido

¿a no vivir á costa de mi mujer, y por muy penoso que fuese mi sacrificio, había resuelto esperar el regreso de mi padre. Desde el momento en que podía ver á Claudina siempre que se me antojase, era necesario que me mostrase razonable. ¿En dónde se hallaba mi padre? Hacía dos años que había emprendido un viaje, y desde entonces sólo recibí dos lacónicas cartas, procedentes del otro extremo del mundo; asegurábame en ellas que se encontraba mucho mejor física y moralmente; pero no indicaba nada preciso acerca de la época de su regreso.

Como no respondía á ninguna de mis cartas, díjeme que era trabajo perdido el escribirle, y dejé de hacerlo. Había tenido muchas ocasiones entonces de encontrar al capitán Chesham en el Juvenil Club, y luego se marchó al continente, á donde, por un momento, pensé seguirle. Lord Rothwell, dominado otra vez por la manía de los viajes, se marchó otra vez de Inglaterra.

Le acompañé hasta Southampton, y allí, al despedirnos, se comprometió á estar de regreso para la apertura de la caza, citándonos en Mirfield. Por lo que hacía Valentín, habíase vuelto más serio, sin perder nada de su amabilidad, siendo irresistible como siempre el encanto de su conversación y modales. En la exposición de pinturas que se celebró por aquella época, obtuvo un verdadero éxito, y sus obras consiguieron honores y plácemes. Decididamente, la fortuna henchía sus velas. Veamos ahora el reverso de la medalla. Valentín no ignoraba los rumores que circulaban acerca de su nacimiento; pero ¿qué hacer? Pedir una satisfacción á Chesham, era muy peligroso, porque se corría el riesgo de arrastrar por el lodo el buen nombre de lady Estmere. Era, pues, preferible no decir nada. La única persona con quien Valentín podía desahogar sus penas,

era yo. Chesham, mientras tanto, le perseguía con su odio.

En esa época fué cuando Valentín se enamoró de una encantadora joven, y él, que con tanta facilidad rompiera el compromiso contraído con su prima, llegó á ser tan esclavo como yo del maligno y diminuto dios. El padre de la joven tenía escaso peculio, pero en cambio, orgullo excesivo, y al cabo de algunas semanas anunció á Valentín que quedaban rotas toda clase de relaciones. Pidió explicaciones, y supo que los rumores que corrían acerca de su nacimiento, habían sido el origen de aquella ruptura. Valentín me tomó por confidente de sus penas. La negativa de sir Morbey sólo podía atribuirse á alguna nueva infamia de Chesham. Una carta que éste tuvo el atrevimiento de enviar á Valentín, confirmó la sospecha. «Un hijo que pega á su padre, no puede casarse sin pedirle su consentimiento.» En el momento en que Valentín me enseñaba esta carta, centelleaban sus ojos con un fulgor extraño, y en seguida procedió á buscar al capitán, que se había ausentado ya de Inglaterra.

—El mejor medio de obligarle á callarse, es meterle una bala en los sesos—me dijo Valentín.

Hice grandes esfuerzos para calmarle, hablándole de lady Estmere, á la que no quiso contar por qué causa se había deshecho su proyectado casamiento; pero á mí sí me confió sus penas. Pronto, sin embargo, su natural alegría recobró su predominio; tal vez sucedió esto porque, como decía Claudina, las penas hacen menos mella en las naturalezas frívolas. Desde que ocurrieron todos estos sucesos, habían transcurrido dieciocho meses, y llegamos al de Junio. Hacía un calor muy fuerte, y el asfalto de las aceras de las calles de Londres se pegaba á los pies. El solo aspecto

de las piedras y del macadám daba *spleen*, y tanto Valentín como yo ansiábamos poder aspirar á pleno pulmón la ruda y sana brisa de las costas.

—Estoy decidido—me dijo,—á no pasar más tiempo ahogándome aquí. La estación de moda hace mucho que concluyó, y mañana mismo me marcho á la orilla del mar.

Lo mismo que Valentín, estaba yo harto del humo de Londres, y mi imaginación me impulsaba hacia un retiro fresco y poético, en el que tantas veces viera bajo mis pies, deshaciéndose en blanca espuma, que semejaba larga sarta de perlas al extenderse sobre la arena, y los guijarros de la orilla. Desde luego quedó convenido nuestro viaje y en la forma en que debía hacerse. Valentín deseaba ante todo dirigirse á un país pintoresco.

—Pues para eso es preciso marcharse á Cornwall ó al Devonshire—dije.

—Se me ocurre una idea... una inspiración. Vamos á Torwood—replicóme Valentín,—en donde antaño cultivasteis la poesía hablando con las aves marinas.

—¡Cómo os vais á aburrir allí!

—¡Yo! En mi vida me aburrí en ninguna parte. Telegrafiad avisando que vamos allá.

El natural deseo de ver mis lares y penates, me hizo acceder á los deseos manifestados por Valentín, y así pasamos en Torwood quince días muy agradables. Encontré allí los mismos criados, las mismas familias de pescadores en las cabañas construidas en lo alto del acantilado y en mi cuarto, en el mismo sitio en que los dejara, los objetos de mi pertenencia. No era, sin embargo, la casa paterna la misma para mí, ¡qué pesar más grande experimenté al encontrarla desierta! ¡Qué vacío más grande en la mesa en donde el puesto de mi padre, no estaba ocupado como antes! ¡Qué

privación más grande la de no poderle oír tocar el piano! Sin él, encontrábame triste y como desorientado en la soledad de Torwood. A pesar de tan tristes impresiones, el tiempo seguía su curso sin detenerse, y mientras Valentín se dedicaba á la pintura, yo no abandonaba los remos y los aparejos de pesca. De mi bote no quedaban restos, y había alquilado uno más grande en Hefracombe, porque tenía empeño en demostrar á mis antiguos amigos los pescadores que no obstante la larga permanencia del capitán Felipe en Londres, éste era tan hábil como antes en el manejo de la barra del timón ó de los remos.

A las cuarenta y ocho horas de hallarse en Torwood, ya conocía Valentín á todo el mundo, y hablaba largo y tendido con todos, sobre todo con el ama de gobierno señora Lee. Este le hizo el relato prolijo de las proezas de mi infancia. A los pocos días de llevar esta vida reposada y tranquila fué preciso pensar en regresar á Londres; pero antes quiso Valentín tomar algunos apuntes acerca de la costa, y yo por mi parte di el último paseo por el mar. Atravesé á pie la landa al regresar para ir en busca de mi amigo, y de pronto, vi un individuo que seguía el camino de los acantilados, y me pregunté quién podía habérselo extraviado en aquellos parajes. Lléveme la mano á los ojos, colocándola como pantalla, y me detuve, miré fijamente hacia adelante; no, no soñaba, no era posible que me equivocase... ¡era él! Eché á correr con todas mis fuerzas y sin mirar en dónde ponía los pies. Conmovido, lleno de alegría, me arrojé en brazos de mi padre, dándole la bienvenida. Las lágrimas empañaban mis ojos, y la emoción ahogaba mi voz.

## XVII

Deshaciéndonos el uno del otro del largo abrazo que nos unió, procuramos darnos cuenta del cambio que durante dos años había sufrido nuestras personas. Me parecía estar más fuerte y menos encorvado, y si bien su rostro habíase bronceado, sus rasgos de perfecta regularidad conservaban su expresión de dulzura y firmeza. Fijó en mí su mirada melancólica. Su larga barba cuidada siempre con esmero y lo correcto de su traje, no permitieron abrigar la duda de que hubiese dejado, en cuantos países había visitado, la reputación de un perfecto gentlemán. Hecho un rápido examen, me pregunté una cosa: si estaría él satisfecho de mí.

—Os habéis convertido en un hombre hecho y derecho, y doy gracias á Dios, hijo mío, que me permitió veros hoy—me dijo.

—Ha sido, en efecto, una venturosa casualidad, porque, á tardar un día más, no me encontráis aquí; ¿cuándo regresasteis?—pregunté.

—Ayer. Fuí primero á Londres, y habiendo sabido que estabais en Torwood, vine sin perder tiempo.

En medio de mi alegría, me olvidé de Valentín.

—¿En dónde está vuestro equipaje, padre mío?

—Lo más pesado de él quedó en Londres: el saco de noche en la granja inmediata en donde me apeé del ómnibus.

—Entonces habéis atravesado la landa á pie.

—Sí; y hubiera podido llegar antes á no haberme entretenido un rato charlando con un pintor joven, de tan buena presencia como agradable conversación.

Aquel pintor no podía ser más que Valentín, ¡qué contraste entre aquellas dos naturalezas! Una grave, formalista; la otra exuberante, alegre.

—En estos sitios—siguió diciendo mi padre,—un artista es una «rara avis», y el canto de la que acabo de encontrar era de las más agradables de oír. En menos de un cuarto de hora me expresó sus teorías sobre la música, la pintura y la literatura, y habló de los trajes del Norte del Devonshire.

—¿Le preguntasteis cómo se llamaba?

—No, y ahora lo siento, porque ese joven se captó mis simpatías. ¡Gracias sean dadas á Dios que al fin me veo en mi casa!—exclamó mi padre.—¡Qué dicha más grande, Felipe!

Cruzamos la verja, y la inesperada llegada de mi padre sorprendió á todos los criados, á los que dirigió algunas palabras cariñosas muy bien dichas, después de lo cual se dirigió á sus habitaciones. No quise decirle que el artista en cuestión era mi huésped y amigo, porque de antemano me representaba á Valentín entrando sin miramiento alguno y armado con su caja de colores, caballete y quitasol, para pedir á voz en grito que le diesen de comer y de beber. La buena impresión que su aspecto había producido en mi padre, me pareció la mejor garantía de la buena acogida que le esperaba. Al entrar en la biblioteca, sentóse mi padre en un gran sillón y yo lo hice á su lado. Cogióme la mano, y estrechándola entre las suyas, me dijo:

—¿Estáis realmente contento, hijo mío, al verme?...

Mi corazón se desbordaba, y mi padre añadió:

—Vamos, Felipe, decidme cuanto os pasó durante mi ausencia. Decidme, estuve allí ó aquí, y me sucedió esto ó lo otro. Hablad vos primero, que os escucho.

Acostumbrado á obedecerle, empecé á hablar.

—Gracias á vuestra libertad, padre mío, mi vida fué fácil y agradable; aunque no haya quizá aprendido mucho; pero debo ¡ay! confesar también, implorando vuestro perdón, que cometí algunas locuras, las que lamento.

—De eso ya hablaremos otro día, hijo mío, pues ahora sólo debemos ocuparnos de las cosas agradables.

—Entonces empezaré por la más agradable de todas: tengo dada palabra de casamiento.

—Se hace muy mal, Felipe, podéis creerme, exponiéndose tan joven al más peligroso de los azares.

—No dudo que aprobaréis lo que hice, cuando conozcáis á la que elegí.

—Tampoco yo dudo que la elección sea excelente; ¿cómo se llama esa joven?

Antes de responder saqué del bolsillo con mucha viveza el retrato de Claudina y se lo entregué á mi padre, que sin dejar de mirarlo, me dijo:

—Es muy hermosa, lo que no me asombra; ¿cómo se llama?

—Es la señorita Neville.

—Sin duda será un apellido respetable; ¡pero hay por ahí tantos Neville! ¿Está bien emparentada?

Hablando así seguía mirando con atención el retrato de su futura nuera.

—Es huérfana—dije;—su padre, el coronel Neville, hace muchos años que murió.

—¿Y en dónde la conocisteis?

—En casa de su tía, que es lady Estmere

Estremeciósese mi padre al oír este título y ape-

llido, y el retrato de Claudina se le cayó de la mano.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que he oído, Felipe? ¿Será posible que lady Estmere sea amiga vuestra, Felipe?

El tono despreciativo con que pronunció estas palabras, me hizo daño al corazón. ¡Indudablemente creía también, como los demás, en la culpabilidad de la madre de Valentín!

No permitiéndome la emoción pronunciar una sola palabra, hice un signo afirmativo.

—¿Ignoráis quién es lady Estmere? ¿No sabéis que su marido la abandonó á consecuencia de un hecho muy escandaloso?

—Sí, lo oí decir; pero nadie está obligado á dar fe á todo lo que se oye. Sir Laurencio debió haber perdido la razón para obrar de la manera que lo hizo. ¡Ah! Si conociéseis á fondo su esposa, como yo la conozco, os inspiraría el más profundo respeto. Algún día se pondrá todo en claro, y se sabrá que ha sido víctima de una calumnia infame. Tendría á honra poderlo probar. El desventurado marido que de esa manera se dejó engañar por las apariencias, es más digno de lástima que de vituperio.

En el rostro de mi padre no se reveló ni pena ni cólera, sino un gran desprecio. Se levantó y se acercó á la ventana. No puedo comprender cómo la verdad no se abrió en aquel instante camino en mi espíritu; ¡con mucha facilidad se dice después de realizado un acontecimiento, que había podido prevenirse! Cogiendo á mi padre, le dije:

—No podemos ni debemos disputar el día de vuestra llegada que lady Estmere haya sido infiel ó no; la señorita Neville no tiene nada que ver, y no puede ser responsable de la conducta de su tía.

—Sois mayor de edad, hijo mío, y por tanto, dueño de vuestras acciones; pero yo no consentiré jamás que se celebre vuestro casamiento con la sobrina de lady Estmere, que fué la que llenó la fama de su marido de oprobio y deshonra.

Contuve mi indignación y me limité á decir con triste acento:

—Más adelante volveremos á ocuparnos de este asunto.

—¡No! ¡Nunca! ¡Jamás!—repitió mi padre reclinándose otra vez en su sillón.

Quedéme al lado de la ventana acordándome de lady Estmere, de Claudina y de lord Rothwell.

Chocábame mucho que mi padre tuviese la debilidad de dar crédito á los infamantes rumores que circulaban acerca de la desventurada mujer. ¿Qué podía yo hacer en semejantes circunstancias? ¿De qué manera daría cuenta á mi futura de los detalles de mi primera entrevista con mi padre? ¿Y cómo escribiría á Claudina tan penosa noticia? Al poco rato me apercibí de que alguien se acercaba á la casa por el camino de los acantilados, y el estribillo de alegre canción, llevada por el viento, llegó á mis oídos. Antes de que pasasen muchos minutos, Valentín iba á presentarse allí, y era necesario á toda costa poner á mi padre al corriente de la situación. Apelando á todo mi valor, le dije:

—¿Os acordáis, padre mío, del artista al que encontrasteis al atravesar la landa? Debí haberos dicho desde el principio que era amigo mío y huésped nuestro, y que es además el hijo de lady Estmere.

Mi padre se inmutó y sus labios temblaron á impulsos de la emoción. En cuanto pudo hablar me respondió:

—Deseo que no le permitáis entrar aquí.

—Tened presente—repliqué,—que debe marcharse mañana.

—Pues bien, no saldré de mi cuarto hasta que se haya ido.

Se puso en pie al decir estas palabras, y al llegar á la puerta, añadió:

—¿Decís que ese individuo es amigo vuestro?

—Mi mejor amigo.

—Cuando me marché de Inglaterra estaba tan orgulloso de vos como un padre puede estarlo de su hijo, y á mi regreso averiguo que estáis comprometido para casaros con una joven que pertenece á una familia que tiene tacha, y que vuestro amigo más estimado ¡es un bastardo!

Dicho esto, abandonó mi padre la biblioteca, mientras yo me preguntaba si no se habían trastornado sus facultades mentales. ¿Eran los Norris personas de clase tan elevada y de intacta reputación? Salí al encuentro de Valentín, al que encontré sentado en el banco del jardín teniendo á su lado los útiles de pintor.

—¡Y bien! ¿Qué hay de nuevo, Felipe? ¿El viajero está ya de regreso?—me preguntó.

—Sí, llegó sin decir siquiera allá voy—respondí.

—Pues entonces os apuesto á que era él al que encontré en el camino dirigiéndome á Torwood. ¡Qué hombre más amable! ¡Y qué bien conservado está! Mucho celebro que esté de vuelta. Como es natural, ya le habréis hablado de su futura nuera, pues su llegada no puede menos de apresurar la realización de vuestros deseos. ¡Con tal que este acontecimiento no trastorne á la señora Lee y la haga olvidar la cocina! Porque á la verdad, estoy muriéndome de necesidad.

Entramos en casa, y nos dirigimos en seguida al comedor, en donde estaba servido el almuerzo. Valentín buscó con la mirada al amo de la casa.

—¿No vendrá, Felipe, vuestro padre á reunir-

se con nosotros? Se me hace tarde para trabar con él más íntima amistad.

—Se marchó á descansar.

—Pues se me figuró, cuando le encontré hace poco, que no estaba cansado. Después de todo, quizá será preferible que no asista al almuerzo, porque puede que se escandalizase al ver mi apetito.

Advirtió que yo apenas tocaba los platos preparados por la señora Lee, y me dijo:

—¡Qué! ¿Es la alegría lo que os quita así la gana de comer?

—No, amigo mío, no es la alegría, sino todo lo contrario, pues experimento la más grande de las contrariedades. Me hallo en un estado tal, que apenas puedo coordinar mis ideas.

—¿Y con quién desahogar vuestro quebranto mejor que conmigo?

—Sabed, Valentín, puesto que es preciso que os lo diga, que mi padre no quiere veros.

—¡Bah! Lo siento mucho.

—Y yo también.

—Pero no quiero saber nada, Felipe, porque estoy resuelto á marcharme inmediatamente á Torwood.

—¡Cómo! ¿Es posible? ¡Hoy no marcharéis!

—Sí, por cierto. Voy á cambiar de traje, porque no puedo presentarme ante el mundo civilizado con este atavío. Os suplico que me enviéis mi equipaje y mis cuadros, teniendo en cuenta que estos últimos aún no están secos.

Por más que el insulto recibido debió encolezarle, supo Valentín contenerse y permanecer silencioso. En aquellas circunstancias, su conducta probó que aquella naturaleza frívola en apariencia, era en el fondo más grave de lo que aparentaba. Se separó de mí para ir á hacer sus preparativos de viaje, y no tuve valor para acompañarle,

Volvió al poco rato; estaba muy pálido, pero sonriente, y me dijo con tono afectuoso:

—Creo inútil manifestaros, amigo mío, que de ninguna manera os hago responsable de las ideas, ó mejor, de los prejuicios de vuestro padre. No quiero marcharme sin despedirme de la señora Lee. Dad órdenes para que le digan que venga.

Al enterarse el ama de gobierno de la marcha precipitada de nuestro huésped, exclamó:

—¡Qué desgracia que el señor Valentín tenga que marcharse precisamente el día en que llegó el amor!

—Sí, por desgracia—contestó Valentín.—Bien de héis saber, señora Lee, que los negocios son siempre los negocios. Suponed que el príncipe de Gales me envió á buscar para que le haga el retrato.

—Es natural, señor Valentín.

—Adiós, señora Lee, y gracias por vuestros cuidados, y sobre todo, no os olvidéis de mandarme á Londres la receta de esos guisos exquisitos que me disteis á probar aquí.

Al salir de Torwood conservaba su acostumbrado aspecto sonriente; pero yo sabía muy bien que como suele decirse vulgarmente, la procesión andaba por dentro. Acompañé á mi amigo hasta la estación más próxima, y por el camino cambiamos muy pocas palabras. En la granja tomamos un coche, y le acompañé hasta Minelsead, y en el momento en que íbamos á separarnos, le dije:

—Confío en que este contratiempo no enfriará en lo más mínimo nuestra amistad, ¿no es cierto?

—Nuestra amistad no sufrirá nada por esa causa; pero en cuanto á nuestras relaciones, es otra cosa. Dicho se está que habréis enterado á vuestro padre del proyectado enlace con Claudina.

—Sí.

—¿Y bien?



—Que no quiere darme su consentimiento.

—Y sin duda lo hará por idéntica razón á la que tiene para no verme—dijo Valentín.

—Por favor os ruego que no insistáis más. Quiero creer que todo esto se pondrá en claro algún día.

—Ese día ¡ay! hace veinte años que lo está esperando una pobre mujer á la que vos y yo conocemos... ¡Adiós, Felipe! En Londres nos veremos. ¡Ah! ¿Por qué no he de poder yo pedir hoy mismo satisfacción á sir Laurencio Estmere de las afrentas que por su culpa recibo?

Dadas aquellas circunstancias, parecióme que era preferible que padre é hijo no se encontrasen nunca.

Por la tarde, cuando volví á Torwood, mi padre no me habló ni de Valentín ni de mis proyectos de casamiento. Permanecí durante muchas horas á su lado escuchando su relato, que fué tan instructivo como interesante. Le dije antes de separarnos:

—Tengo, padre mío, que confesaros una verdadera locura que cometí.

—Deseo no enterarme hoy de nada más.

—En pocas palabras os diré de lo que se trata: jugué y perdí una cantidad de mucha consideración.

—Confío en que eso os habrá servido de escarmiento y curado de tan funesta pasión—respondió mi padre conservando su imperturbable sangre fría.—El señor Grace ha debido daros lo necesario para pagar la deuda.

—Sí; pero á pesar de eso, quiero deciros que la cifra de la pérdida se eleva á ¡tres mil libras! ¿Me lo perdonaréis alguna vez?

—Ese pecadillo, mi querido Felipe—díjome mi padre poniéndose en pie,—no es nada comparado con vuestro proyecto de matrimonio con miss Ne-

ville. No hablemos más de ese asunto, y buenas noches.

Cuando fui á acostarme, me pregunté si mi padre era millonario.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XVIII

Permanecí dos días en Torwood sin tratar con mi padre de la cuestión matrimonial, tema que no podía por menos de ser el prólogo de una seria crisis de mi existencia. Sin negar la autoridad paterna, es necesario, sin embargo, convenir en que debe tener ciertos límites, y que hay ciertas circunstancias en las que el hombre tiene el perfecto derecho de restringirla. La oposición de mi padre no se justificaba con nada, porque en el fondo era absurdo querer hacer responsable á la sobrina de las faltas de la tía. No negaba, no, que Claudina fuese tan hermosa como buena, sino que decía que su parentesco con lady Estmere era para él un obstáculo insuperable. Me pregunté con verdadera ansiedad cuál iba á ser el resultado de la entrevista que para tratar del asunto debíamos celebrar. Con gran pesar observé que mi padre estaba tan concentrado y ensimismado como antes de emprender el viaje, que no había modificado en lo más mínimo su manera de ser.

Al día siguiente de su llegada se entregó á la lectura de sus autores favoritos, lo mismo que hacía antes. Aun admitiendo que Valentín no con-

tase á su madre y á Claudina de un modo defallado lo ocurrido en Torwood, no podía haberlas ocultado el regreso de mi padre. ¡Qué decepción para las dos al no verle presentarse en mi compañía! Pasé desvelado gran parte de la noche, y cuanto más medité acerca de mi situación, más me convencí, con gran pena de mi parte, que llegaría un momento en que tendría que optar entre mi padre y Claudina. Si en la apariencia no había cambiado nada entre mi padre y yo, era indudable que un sentimiento indefinible, penoso, paralizaba nuestras efusiones.

Por más que él no parecía dispuesto á ocuparse de ese asunto, volví á la carga en cuanto encontré una coyuntura favorable. Hacía una tarde magnífica; el sol, en su ocaso, lanzaba rojos resplandores. Después de pasearnos un rato por delante de la casa, subimos á la torre. Recordé entonces mi emoción el día en que, pasando embarcado por allí para dirigirme á Londres, había visto á mi padre que me seguía con la mirada. Me acordé de las lágrimas que entonces había derramado al pensar en la soledad en que se quedaba al marcharme yo. Andando el tiempo, llegué á ser un hombre, y me veía en la triste imperiosa necesidad de desobedecer los consejos y órdenes paternos. Por más que yo no dijese nada, comprendió mi padre cuál era mi situación de ánimo, porque dejó sin respuesta dos ó tres observaciones que me hizo acerca del sol poniente. Al cabo me decidí, y tomé la palabra en los términos siguientes:

—Espero, padre mío, que habréis reflexionado acerca del grave asunto del que os hablé el día de vuestra llegada.

—No he dejado de pensar en ello ni un solo instante—me respondió con acento melancólico.

—Confío en que se habrá desvanecido la primera impresión; dejando á un lado la cuestión

mi dicha, ¿qué más se la puede exigir á una mujer? Claudina es hermosa, bien nacida y además rica.

—Mis reflexiones son las mismas, y mi resolución irrevocable, hijo mío.

—De manera que, según eso, ¿os negáis á dar vuestro consentimiento para mi matrimonio?

—En absoluto. Sin embargo, como sois el dueño de vuestro destino, no puedo impedir el que, si os empeñáis, os caséis con la señorita Neville.

—La pensión que me pasáis es el único recurso con que cuento para vivir, y no soy de aquellos que desean sostenerse á expensas de la mujer, por lo tanto, tendré que esperar á que me halle en el caso de ganar para vivir.

—Estoy muy por encima de la cuestión de dinero; que os caséis ó no con la señorita Neville, podéis contar como cosa segura con esa pensión, pero no olvidéis que desde el día en que os caséis, seremos como dos extraños. Tal será la consecuencia de vuestra decisión.

Mis ojos se empañaron, y me saltaron algunas lágrimas, porque profesaba gran cariño y respeto á mi padre, y comprendí que no podía ser feliz privándome de aquel tesoro. Puesto en el duro trance de elegir entre este sentimiento y mi amor á Claudina, ¿qué podía hacer? Mi padre no era hombre que se volviese atrás una vez resuelta una cosa. Al oírle, dijérase que éramos víctimas de las circunstancias y no de su orgullo. Cogíome del brazo y añadió:

—Creedme, Felipe, no hablemos más de este asunto, y nada se cambie entre nosotros hasta el día en que me escribáis que la señorita Neville es vuestra esposa. He experimentado durante mi vida, amargas, crueles decepciones, ésta será una más. Se va haciendo de noche, bajemos á casa.

Prolongué mi estancia en Torwood con el objeto de saber si mi padre continuaría ó no llevándome

una vida de descanso, ó si consentiría en desempeñar un papel más brillante en el teatro del mundo, y habiéndole interrogado acerca de ese extremo, me respondió:

—Mi intención fué la de irme á vivir á Londres; pero ahora cambiaron por completo mis propósitos.

—Por culpa mía, sin duda—indiqué.

—Estoy decidido á permanecer aquí.

Por más que me lastimó mucho lo que daba á entender esa respuesta, me dominé y callé. Mi padre no se mostró, á consecuencia de esa entrevista, menos generoso y bueno para mí que en lo pasado; es más, me enseñó como prueba de sus buenas disposiciones para conmigo, la copia de una carta que había escrito al señor Grace y con la que, en realidad, me abría un crédito ilimitado. Marchéme al fin á Londres, y mi primera visita fué para Valentín, al que encontré en su estudio entregado con gran ardor á la preparación de un nuevo cuadro. Me recibió de la manera más cordial y como si no recordase la ofensa que le había inferido mi padre.

—Al cabo abandonasteis á mi buena amiga la señora Lee—me dijo;—¿cómo sigue vuestro padre?

—Siempre lo mismo, ¿y vuestra madre, qué dice?

—Como es natural, está muy afectada y desea que vayáis á verla—me respondió Valentín.

—Esa es mi intención—dije.—¿Y Claudina? ¿La dijisteis algo acerca de la oposición de mi padre á nuestros proyectos?

—Dejé ese triste encargo para mi madre.

Fuíme inmediatamente á visitar á lady Estmere.

—Al cabo regresó vuestro padre—me dijo.

—Sí—contesté;—pero su venida, ¿á qué negarlo? me produjo más pena que alegría.

—¡Las esperanzas de alegría cumplen tan pocas veces lo que ofrecen!

—¡Es mi padre un hombre de carácter tan extraño! La vida solitaria que llevó durante tantos años, contribuyó tal vez á trastornarle algo el cerebro; de otro modo, no puedo explicarme su oposición á mi casamiento con Claudina, porque es insensata.

—¿Cómo es posible que habléis de vuestro padre de una manera tan poco respetuosa?

—¡Querer que yo renuncie á Claudina, es condenarme á que me vuelva loco!—exclamé.

—Confiemos en que el tiempo modificará el modo de pensar de vuestro padre. En un caso semejante al vuestro, la desobediencia á los consejos paternales es muy grave.

—Sí; pero el hijo tiene derechos cual puede tenerlos el padre, y sería demasiado exigir el que se sacrificase la dicha de uno al capricho del otro.—¿No sois vos de esta opinión?—pregunté á Valentín.

—Sabéis vos mejor que nadie lo que debéis hacer y tomaros todo el tiempo necesario para reflexionar; pero tened en cuenta, amigo mío, que Dios no bendice aquellas uniones que los padres no aprueban. Sé que algunos llamarían á esto un prejuicio ó preocupación; pero yo no soy de esos—contestó Valentín.

Antes de que tuviera tiempo de contestar, entró Claudina en la habitación, y la estreché contra mi corazón; no tengo para qué repetir las muestras de afecto que nos dimos, y no diré más sino que estaba más resuelto que nunca á no perder un tesoro como aquél, aunque fuese á costa del cariño de mi padre. Después de cambiar un beso, nos sentamos en un sofá, y Claudina me dijo:

—¿Cuál es vuestra desgracia, Felipe? Parece que sufrís; habladme con entera franqueza.

—Tengo que daros una mala noticia—respondí.

—Tenía el presentimiento de ello. ¿Cuál fué la respuesta de vuestro padre?

—Ha dicho... ¡Dios me lo perdone! debe tener el cerebro trastornado.

—Y bien, ¡qué! ¿no aprueba vuestra elección?

—Lo que decía, os repito que mi padre debe estar loco—dije.

—¿Y cuáles son las objeciones que hace? Perteneczo á una familia muy digna, tengo una buena dote, y además, me queréis. Tengo más derecho que lady Estmere y que Valentín á saber de lo que se trata.

Con voz que la emoción no dejaba que se articulase claramente, respondí:

—Mi padre está muy enterado de la historia de lady Estmere.

—Decid más bien la fábula inventada por los calumniadores y aceptada por los crédulos. Los espíritus débiles son los que escuchan las calumnias, y por costumbre, al fin las dan fe. En vano pretenderéis que vuestro padre es de carácter elevado, porque no querré creerlo, lo dudaré.

—¿Olvidáis, Claudina, que estáis hablando de mi padre?

—Perdonad, no sé lo que me digo—contestóme sollozando.

Al mismo tiempo que procuraba consolarla, recordaba el cariño de que mi padre me diera tantas pruebas durante mi infancia, y me dije, una vez casado, tendría que renunciar á aquella afeción. No me quedaba más esperanza que una: la de que los encantos de Claudina serían más poderosos que mis argumentos. La rogué que fijase la fecha de la ceremonia para el fin de otoño, y me respondió con mucha dulzura:

—De antemano apruebo vuestra resolución; pero será preciso, porque al mismo tiempo que os profeso gran amor, tengo bastante altivez para que elijáis, mi querido Felipe, entre vuestro padre y yo, entre sus dones y los míos.

—No puedo ocultaros, Claudina, que me repugnaría mucho vivir á expensas de mi mujer.

—¿Y aceptáis las liberalidades de un padre que se muestra tan injusto con vuestra prometida? Mal empleáis vuestro orgullo, y si tantos escrúpulos tenéis por lo que se refiere á mi fortuna, tomaos algún tiempo para reflexionar, y esperemos un año ó dos. De este modo no tendremos necesidad de depender de la liberalidad de vuestro padre.

—Hay, sin embargo, algo que podría abreviar esa prueba. Si yo consiguiese, por ejemplo, probar la inocencia de lady Estmere y lograr que su marido, arrepentido, se arrojase á sus pies, entonces las objeciones que hace mi padre á ese casamiento, desaparecerían.

¿No era muy extraño que de tal modo estuviese unida mi suerte á lady Estmere? Necesitaba, á toda costa, encontrar la prueba de la intriga tramada por el capitán Chesham. No se equivocó lord Rothwell al decirme que yo era designado para lograrlo. Poco después de ocurrir todo aquello, recibí una carta de mi noble amigo, invitándome á que fuese á verle con la mayor premura. Veinticuatro horas después, hallándome en el Juvenil Club, of al capitán Chesham hablar, como pudiera hacerlo el diablo en persona, contra todo aquello que las gentes respetan y veneran. ¡Decididamente, lord Rothwell tenía razón al asegurar que yo sería el instrumento del Destino!

## XIX

Al día siguiente fuíme á ver á lord Rothwell, al que encontré fumando un cigarro, paseándose por delante de su casa y examinando con curiosidad á los transeúntes, que por su parte debían preguntarse quién era aquel individuo de raído y descuidado traje, que tenía, sin embargo de esto, un aire muy distinguido. En cuanto á mí, pensé que podría desahogarme con él mejor que con Valentín ó su madre.

—¡Hola, capitán Felipe!—me dijo con acento amistoso.—Vamos á mis habitaciones, y allí podremos hablar con entera libertad.

Me precedió é hizo entrar en una habitación en la que había mandado colocar dos grandes mesas, indispensables para su trabajo y ya llenas de libros, mapas y cuartillas. Al verlo, dijo sonriendo:

—Sea cual fuere el lugar en que habitéis, se ve en vos al hombre estudioso.

—Es cierto; el propietario del hotel me permitió instalarme á mis anchas, y todo eso es, sin duda, porque soy un lord. Es una ventaja muy grande la de poseer un título. Se suele hablar de las obligaciones que impone, y se hace mal, porque si hay una persona que pueda vivir á su antojo, es un lord.

—Apuesto, Felipe, á que algunas veces os da vergüenza mi traje.

Era evidente que lord Rothwell exageraba; s

para estar con más comodidad llevaba un traje muy usado y prefería una silla de paja á un sillón de terciopelo, no por eso dejaba de ser siempre el gran señor de modales corteses y caballerosos. Como no había tenido aún tiempo de verlos, me preguntó por lady Estmere y por Valentín, poniéndose muy contento al enterarse de los triunfos de éste como pintor, y por el contrario, le apenó mucho la noticia de la ruptura de las relaciones con la señorita Morbery. Preguntóme en seguida por mis propios asuntos, y le dije en qué tremenda alternativa me hallaba. A medida que yo iba contándole, obscurecíase su frente.

—¡Por desgracia se realizó todo lo que yo os dije!—exclamó.

—¿Y cómo era posible que entonces participase de vuestras inquietudes, si aún hoy me parecen inexplicables?

—Fué un presentimiento, ó el resultado de mi grande experiencia. En todo caso no debéis desobedecer á vuestro padre.

—Más tarde ó más pronto, me casaré con Claudina.

—Obraréis muy acertadamente esperando; ¿sabéis si vuestro padre piensa volver pronto á Londres?

—Lo dudo mucho; ¿me permitiréis, lord Rothwell que os pida un favor que yo os apreciaré mucho?

—Estoy dispuesto á hacer cuanto esté á mi alcance para complacer al hijo de vuestro padre.

—¿Al hijo de mi padre?—repetí con asombro.

—Mi padre es poco menos que un desconocido para vos, al que sólo visteis una vez, y por cierto que desde entonces han pasado muchos años.

—Al hablar del hijo de vuestro padre, se trata de vos, Felipe.

—No sé si debo pedirlo ó no, tengo miedo

de pecar de indiscreto. Quisiera pedirlos que fuéis á Torwood, que viéis á mi padre y habláseis con él diciéndole lo que son, tanto Claudina como lady Estmere. Los argumentos de un hombre como vos no pueden por menos de tener más fuerza que los míos.

—Mejor que nadie podéis servir de intermediario, haciéndole olvidar tan funesta resolución.

Quedóse silencioso lord Rothwell durante un momento, sin que al parecer encontrase indiscreta mi petición, y al poco rato me contestó del modo siguiente:

—Por más que tenga mediana confianza en el éxito de mi misión, mañana mismo marcharé á cumplirla.

—No sé de qué manera expresaros mi agradecimiento—díjeme muy emocionado.

—Queda decidido, mejor aún, que me marche esta noche. No me gusta tener nada por hacer ni que me preocupe.

—¿Queréis que os acompañe?

—No, es preferible que vaya solo.

—Confiemos en que mi padre querrá recibirlos—dije recordando la afrenta hecha á Valentín.

—El señor Norris es un hombre demasiado bien educado para faltar á los deberes que la cortesía le impone para conmigo. En el caso de que me cerrase la puerta, volvería inmediatamente aquí.

Aquella misma tarde, al anoecer, emprendió lord Rothwell el viaje á Torwood. ¡Con cuánta impaciencia esperé su regreso! Nadie mejor que él para hacerse cargo de las exigencias que impone el honor y para defender mi causa. Todas las mañanas iba á informarme si estaba de regreso. No tuve ninguna carta, de manera que hasta su llegada no supe nada del fracaso de mi misión; ¡había estado ocho días en Torwood

—¿Mi causa está perdida sin apelación?—le pregunté.

—Vuestro padre es inexorable.

—Si mi padre tiene una voluntad de hierro, la mía no ha de ser menos resistente; y antes se romperá que ceder.

—No pone en duda que algún día os casaréis con Claudina.

—Decidme, por favor, ¿de qué procede esa oposición á que se realicen mis deseos?

—¿Para qué, Felipe, he de repetir sus palabras? Si lo hiciese no conseguiría más que aumentar vuestra pena. Os aconsejo, sin embargo, reflexionéis mucho antes de llevar más adelante las cosas.

—Todo cuanto tenía que pensar, ya lo está. Confío en que al menos mi padre os habrá dispensado una buena acogida.

—Me recibió con exquisita cortesía, y nuestra discusión versó acerca de vuestro casamiento con Claudina. Mi larga permanencia en Torwood es la mejor prueba de la amabilidad con que me trató vuestro padre.

—¿Os pareció muy interesante la conversación de mi padre?—le pregunté.

—Muchísimo; pero qué lástima que tanto talento é ilustración estén arrinconados allí. En cuanto á mí, despilfarro el tiempo, mas al menos vivo.

—Siendo tan amigo como lo sois de lady Estmere, la compañía y conversación de un enemigo os debió ser muy penosa.

—Es preciso contemporizar con todo el mundo. El cariño que os profesa vuestro padre, no podía menos de influir en mí, y contribuir á que me fuese simpático.

—¿Si jamás dudé de su cariño!—exclamé.

—Y no os equivocáis, Felipe, porque os quiere como jamás padre alguno quiso á su hijo. Por más

que esté muy lejos de aprobar su conducta para con vos, no puedo menos de aconsejaros que reflexionéis y esperéis. Ante todo, es preciso averiguar la verdad, y saber las razones por las que sir Laurencio abandonó á su esposa. Para lograr ese objeto, no economicéis ni tiempo ni dinero. Id y obrad.

—No tengo, por desgracia, ninguna esperanza, de salir con bien.

—¡No se trata de la suerte, sino del destino!

Me llamó la atención el tono con que lord Rothwell pronunció estas palabras, por más que había mucho tiempo que sabía que era fatalista. A los quince días de ocurrir esto, observé que los conocidos que encontraba en mi camino, se encogían de hombros, diciendo que iba derecho á la ruina, tan indudable como la de muchos otros jóvenes á los que había arruinado aquel jugador de fortuna, llamado el capitán Chesham.

## XX

Con mucha frecuencia he deplorado no poder borrar de mi memoria el recuerdo de los dos meses que siguieron á esos sucesos. Me pregunté también si la sociedad entre la que viví entonces contribuyó mucho á hacer que me volviese pesimista. No queriendo caer en el lodazal, no pude, empero, evitar que me manchasen sus salpicaduras. Se trata del capitán Chesham, y jamás ví lodo más negro, y para conseguir mi objeto era necesario de buena ó mala voluntad su trato. Acór-

dábame sin cesar del refrán: «dime con quién andas...»

Pero á toda costa proponíame conseguir mi objeto. Desayunábame, comía, cenaba, jugaba con el capitán, y, en una palabra, seguía á todas partes como si fuese su concha. Esta intimidad llamó al cabo la atención á mis amigos, y fué Vigor el primero que me pidió explicaciones.

—Es preciso, Felipe—me dijo,—que no ignoréis que vuestra amistad con ese canalla es inadmisibile y chocante.

—Sí, ya veo que no os agrada.

—No, por cierto. Hay personas con las cuales los hombres y mujeres que se respetan no deben tratarse, y sí evitar su contacto como se hace con el de la serpiente.

—Supongo que no ignoraréis que ésta es un reptil que tiene el don de la fascinación.

—Sí; pero únicamente sobre las naturalezas bajas y viles. Si os preocupase algo el «se dice» de la opinión, no llamaríais amigo vuestro á ese hombre.

—¡Alto! Nunca podrá decir nadie que yo le haya llamado así.

—A todas partes vais acompañando al capitán Chesham, y no sólo escucháis las palabras infamantes que dice respecto á las mujeres, sino que á veces hasta las repetís.

—¡Vamos! ¿Y qué tiene eso de particular? ¿No le escucháis vos también?

—Convengo en ello. Hablando francamente, lo que creo es que tratáis de recuperar vuestro dinero.

—Es muy natural el querer recoger algo de lo perdido—contesté muy alegre al ver que me facilitaban aquella salida.

—Pero os arruinará, Felipe; estad seguro de que camináis á vuestra ruina; ¿cómo explicarme que un joven de vuestro mérito y condiciones se deje

que esté muy lejos de aprobar su conducta para con vos, no puedo menos de aconsejaros que reflexionéis y esperéis. Ante todo, es preciso averiguar la verdad, y saber las razones por las que sir Laurencio abandonó á su esposa. Para lograr ese objeto, no economicéis ni tiempo ni dinero. Id y obrad.

—No tengo, por desgracia, ninguna esperanza, de salir con bien.

—¡No se trata de la suerte, sino del destino!

Me llamó la atención el tono con que lord Rothwell pronunció estas palabras, por más que había mucho tiempo que sabía que era fatalista. A los quince días de ocurrir esto, observé que los conocidos que encontraba en mi camino, se encogían de hombros, diciendo que iba derecho á la ruina, tan indudable como la de muchos otros jóvenes á los que había arruinado aquel jugador de fortuna, llamado el capitán Chesham.

## XX

Con mucha frecuencia he deplorado no poder borrar de mi memoria el recuerdo de los dos meses que siguieron á esos sucesos. Me pregunté también si la sociedad entre la que viví entonces contribuyó mucho á hacer que me volviese pesimista. No queriendo caer en el lodazal, no pude, empero, evitar que me manchasen sus salpicaduras. Se trata del capitán Chesham, y jamás ví lodo más negro, y para conseguir mi objeto era necesario de buena ó mala voluntad su trato. Acór-

dábame sin cesar del refrán: «dime con quién andas...»

Pero á toda costa proponíame conseguir mi objeto. Desayunábame, comía, cenaba, jugaba con el capitán, y, en una palabra, seguíale á todas partes como si fuese su concha. Esta intimidad llamó al cabo la atención á mis amigos, y fué Vigor el primero que me pidió explicaciones.

—Es preciso, Felipe—me dijo,—que no ignoréis que vuestra amistad con ese canalla es inadmisibile y chocante.

—Sí, ya veo que no os agrada.

—No, por cierto. Hay personas con las cuales los hombres y mujeres que se respetan no deben tratarse, y sí evitar su contacto como se hace con el de la serpiente.

—Supongo que no ignoraréis que ésta es un reptil que tiene el don de la fascinación.

—Sí; pero únicamente sobre las naturalezas bajas y viles. Si os preocupase algo el «se dice» de la opinión, no llamaríais amigo vuestro á ese hombre.

—¡Alto! Nunca podrá decir nadie que yo le haya llamado así.

—A todas partes vais acompañando al capitán Chesham, y no sólo escucháis las palabras infamantes que dice respecto á las mujeres, sino que á veces hasta las repetís.

—¡Vamos! ¿Y qué tiene eso de particular? ¿No le escucháis vos también?

—Convengo en ello. Hablando francamente, lo que creo es que tratáis de recuperar vuestro dinero.

—Es muy natural el querer recoger algo de lo perdido—contesté muy alegre al ver que me facilitaban aquella salida.

—Pero os arruinará, Felipe; estad seguro de que camináis á vuestra ruina; ¿cómo explicarme que un joven de vuestro mérito y condiciones se deje



fundir por un miserable de esa calaña? Eso es bueno para esos seres sin seso que secundan á las mariposas que van á quemarse á la luz.

—Desde el momento en que vos le habláis, ¿por qué no he de poder yo hacer otro tanto?

—Os repito, amigo mío, que es un miserable de la peor especie. Hay una gran diferencia entre hablar á uno y ser su amigo. ¿Qué dice á esto Valentín?

—No tiene facultades para elegir mis amigos.

—Sin ser la razón personificada, es más circunspecto que vos. Hablaré á Rothwell, que aborrece á Chesham y á vos os quiere como á un hijo.

Vigor no podía ni remotamente sospechar que quien me aconsejaba que obrase de aquella manera, era lord Rothwell, que me consideraba como el vengador de lady Estmere. Mi noble amigo puso su bolsa á mi disposición, y Chesham, por su parte, viendo que siempre estaba dispuesto á jugar con él, me buscaba con afán. Habiéndome ganado muchos billetes de banco por valor de algunos centenares de libras esterlinas, imaginó que había encontrado la gallina de los huevos de oro, no sospechando que al cabo sería él el desplumado. Tienen mucha razón al decir que la fortuna es caprichosa. Desde el día que lo mismo me importaba ganar que perder, favorecióme la suerte. A decir verdad, el juego no empezaba para mí hasta que la partida estaba terminada, y era un juego muy repulsivo y en el que, para ganar la confianza de un miserable, tenía que participar de sus debilidades y hasta de sus vicios. A consecuencia de esto, tenía que escuchar con atención el relato de sus proezas, diciéndome aparte que el narrador era el más miserable de los hombres. Dotado de una naturaleza perversa por depravada constitución, no creía ni en Dios, ni en

el demonio, ni en la virtud de las mujeres, ni en el honor de los hombres, y contaba con tanto orgullo la historia de sus conquistas galantes, como lord Rothwell sus proezas de cazador ó sus aventuras de viajero. ¿Cómo era posible que un sér tan vil y tan bajo hubiese podido ser amado por lady Estmere? ¿Cómo creer que tanto ésta como su marido le habían dado el título de amigo?

Lo más extraordinario del caso era que el capitán hubiese podido excitar los celos del marido, hasta el extremo de decidirle á abandonar á su esposa. Renuncio á describir la clase de vida que llevaba al lado de semejante miserable, y por dicha para mí, Valentín estaba demasiado preocupado con su cuadro, y lady Estmere se había marchado de Londres en compañía de Claudina. De no ser así, ¿cómo era posible que después de presenciar tanto desorden y orgías sin fin, hubiese podido soportar la pura mirada de mi prometida? Sin perdonarme el relato de ni una sola de sus aventuras, jamás mezcló en ellas el capitán el nombre de lady Estmere, nombre que yo, valiéndome de medios indirectos, intenté hacerle pronunciar. Tal vez mi amistad con Valentín era lo que detenía al capitán en sus expansiones. Cuando se le ocurría hablar de otra cosa que no fuese sus placeres, su conversación no dejaba de ser interesante, original y hasta ingeniosa. Había viajado mucho, y le pasaba aquello de que quien mucho ha visto, mucho tiene que contar.

—Estoy persuadido, capitán, de que jamás habréis tenido la debilidad de amar á ninguna mujer —dijele un día.

—Sí, por cierto; es más, deseaba con toda mi alma casarme con la que amaba; pero tenía un rival que fué el preferido.

—¿Y fué feliz?

—Hace más de veinte años que esa mujer se separó de su marido.

—Vamos, capitán, decidme cómo se llamaba— le dije llenando el vaso de Chesham. Hasta entonces, el vino no había conseguido desatar su lengua; pero como la atmósfera estaba pesada y él había bebido más que de costumbre, empezó á trastornarse su cerebro.

—Básteos saber que esa mujer, hasta entonces universalmente respetada, cayó de su pedestal, y todo el mundo la desprecia; ¡ah! ¡Yo sí que puedo decir que la venganza es dulce! Sin pronunciar una palabra más, se llevó la mano á la cabeza.

—¿Sufrió?—interrogué.

—Por mi barba, que me parece que sufro más cuando hablo de esa mujer. El ganso de su marido creyó vengarse de mí con la herida que me hizo; ¡qué animal!

—¡Sir Laurencio Estmere!—exclamé.—Supongo que vos tiraríais al aire.

—No por cierto; le apunté al corazón; pero me falló el tiro—respondió el capitán.

—¿Y cómo pudo averiguar que amabais á su mujer?

—Esta ginebra va á acabar por subírseme á la cabeza; no me canséis más—me dijo.

De los labios de Chesham acababa de oír que lady Estmere había sido víctima de un complot infernal, y juré redoblar mis esfuerzos para averiguar más. Acudió á mi memoria el recuerdo del relato de la señora Payne. A pesar de la adhesión de ésta á su señora, confesaba haber visto toda la escena lo mismo que sir Laurencio, y con la cabeza apoyada en el hombro del capitán. Las palabras de este miserable probaban, sin género de duda, que había tenido noticia fidedigna del anticipado regreso de sir Laurencio. Para llevar á cabo su obra de venganza, debió contar

el capitán con una cómplice, á la cual hiciera representar el papel de lady Estmere, y no podía ser más que la doncella. ¿Qué habría sido de ésta? En el caso de que no me fuese fácil obtener ningún nuevo dato de Chesham, estaba resuelto á marcharme al Dersbyshire, para que la señora Payne me dijese los nombres de todos los criados que en aquella época estaban en casa de sir Laurencio Estmere, y buscarlos é interrogarlos uno por uno. El mes de Agosto estaba finalizando, y rechacé una porción de convites para quedarme con Chesham, al que su cojera impedía participar de los placeres de la caza.

En esa época fué cuando Valentín me encontró en Picadilly, dando el brazo al capitán, y pasó por nuestro lado sin saludarnos. Chesham dedujo que estábamos reñidos, de lo que me felicité.

—¿Cómo! ¿Vuestro amigo Estmere no os quiso reconocer?

—Ya no somos tan amigos como antes—le respondí.

—¿Os acordáis de qué manera me trató un día en vuestra casa?

—Sí.

—¡Miserable! Ni en la calle ni en el paseo se puede estar; ¿queréis que vayamos al círculo á jugar una partida de «carté»?

Así lo hicimos, y encontramos desiertos los salones.

—Roma no está en Roma—me dijo el capitán, echándose á reír.—Es de creer que nos hemos quedado solos en Londres. Por lo que á mí hace, pronto pienso abandonarlo, porque quiero marcharme muy pronto á Mónaco.

—Pues bien; hacedme una seña y marcharé con vos.

—Por lo general, evito la compañía de la gente joven; pero hago una excepción en vuestro favor,

Hace mucho tiempo que no he dicho tanto á nadie, sea quien quiera que sea.

Chesham parecía profesarme realmente verdadera amistad, y llegó un día hasta el extremo de decirme que era una locura que me obstinase en jugar con él; y cuál no sería mi asombro una mañana, sabiendo que no tenía nada de generoso, al recibir de su parte una caja de cigarros. Aquella misma noche me ganó cincuenta libras, que le pagué en el acto, entregándole un billete de banco de esa cantidad, y dejámos de jugar. Al poco rato preguntó á un camarero del círculo si tenía alguna carta; aquél fué á verlo, y volvió con una cuya letra fina y pequeña revelaba una mano femenina. Al leerla rápidamente, no pudo contener algunas exclamaciones de impaciencia, signo revelador de su contrariedad.

—¿Recibisteis alguna mala noticia?—le pregunté.

—Nada de eso, se trata únicamente de una petición de dinero. La peor de las locuras que uno comete, es que, á la corta ó á la larga, acaban por pagarse caras. Hasta en aquellos casos que casi las olvidasteis, vienen á recordáros las implacablemente.

—Yo creía que á vos no os costaban nada las locuras—dije.

—Algunas veces; pero lo que es ésta, ¡por mi nombre! la he pagado bien cara.

Púsose en seguida á escribir una carta en la que incluyó el billete de cincuenta libras que yo le había entregado. Lo metió todo dentro de un sobre, le puso un sello y lo guardó en el bolsillo. No intenté leer el nombre de la persona á quien estaba destinada.

—Me voy al Tattersall, para enterarme qué caballo es el favorito en las próximas carreras. ¿Queréis venir conmigo?

—Hoy no puedo acompañaros, porque tengo que hacer, capitán.

La verdad era que no tenía ningún deseo de que me volviesen á ver á su lado y dándole el brazo. Se me hacía tarde además para ir en busca de Valentín, y decirle que no debía fiarse de las apariencias. Háblame quedado pensativo preguntándome en dónde podría encontrarse á aquellas horas, cuando se me acercó uno de los criados del círculo con una carta escondida en la mano, y me preguntó si yo había perdido aquel papel. Una sola mirada me bastó para leer estas palabras: «Enviadme en seguida dinero, y si no lo hacéis, L. E. lo sabrá todo. Os lo juro.» Tal era el contenido de la carta que Chesham había recibido hacía poco. Las averiguaciones que yo pensaba empezar estaban allí claramente indicadas; mi primer impulso fué el de guardar la carta; pero renuncié á esta idea ocurriéndome la de que el capitán podría reclamarla, aparte de que me la sabía de memoria. Se la devolví al criado, diciéndole:

—Esta carta debe ser del capitán Chesham.

Marchéme á mi casa, y una vez en ella, entreguéme á largas meditaciones dando vuelta en mi imaginación al contenido de la lacónica carta. ¡A Dios gracias, que muy pronto dejaría de representar un papel que me repugnaba mucho! La casualidad acababa de entregarme la clave del enigma, y las iniciales L. E. no podían dejarme la menor duda. De lo que se trataba á la sazón era de descubrir el autor de la carta. Grandes fueron la sorpresa y la alegría que experimenté en aquel instante al ver entrar en mi cuarto á Valentín, y olvidé que hacía pocas horas me había negado el saludo. Al entrar no me tendió la mano.

—¡Cómo! ¿Os negáis, Valentín á darme un apretón de mano?

—Si es que gozáis aún de vuestra cabal razón, no os sorprenderá mi conducta. ¿No habéis olvidado por completo los deberes de la amistad, no sólo por lo que á mí hace, sino también, y eso es lo peor, respecto á mi madre y vuestra prometida?

—Estáis en un error, Valentín.

—El que se llame amigo de ese hombre no puede serlo mío. Al verle á vuestro lado y apoyándose en vuestro brazo, no podía dar crédito á mis ojos.

—¿Y queréis, Valentín, sacrificar la amistad que nos une por una cosa semejante?—le pregunté.

—Sí, Felipe, á menos que no me déis algunas explicaciones.

—¿Y si no puedo explicarme?

—Entonces habrá ruptura de nuestras relaciones.

—Creo que tanto vuestra madre como Claudina me tratarán con menos rigor.

—Mi madre seguirá mi ejemplo; en cuanto á Claudina, hará lo que crea más conveniente.

—En nombre de vuestra antigua amistad os pido por favor, Valentín, que aplacéis vuestra decisión hasta nuestra próxima entrevista.

—Eso es mucho pedir; ¿cuánto tiempo pensáis estar ausente, Felipe?

—Unos dos meses.

Al oír esta contestación me tendió la mano y nos separamos. Quizá era esto lo más preferible. En cuanto Valentín me dejó solo, púseme otra vez á reflexionar acerca de los pasos y diligencias que habría de hacer. La víspera había estado en casa de mi banquero, al que pedí novecientas cincuenta libras que me entregó en billetes, es decir, nueve de á cien libras y uno de cincuenta. Este último fué el que entregué á Chesham para pagarle su ganancia en el juego. Estos billetes,

que acababan de ponerse otra vez en circulación, eran de una serie nueva numerada, lo que ofrecía un medio inesperado para descubrir la verdad. Encargué á un agente muy diestro que averiguase el paradero del último billete, y pudo saber que éste, antes de volver al Banco de Inglaterra, pasó por casa de un banquero que lo había recibido de un negociante, al que se lo mandara un tendero de la ciudad de Surbury, pequeña población sin importancia, una de las parroquianas del tendero, la señora Mertón, cuya firma figuraba en un papel adosado al billete, y se lo había dado en pago de una cuenta al día siguiente del en que el capitán metió en un sobre el billete de cincuenta libras que acababa de ganarme. Decí marchar inmediatamente á Surbury, y por providencial casualidad de esas que se ven pocas aquí abajo, la partida de juego que yo había perdido iba á costar muy cara á mi adversario.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. LOS MONTERREY, MÉXICO

XXI

Sólo una razón de las más importantes pudo decidirme á emprender el viaje á Surbury, porque la monótona permanencia en esas pequeñas poblaciones de los condados me hizo siempre muy poca gracia. Sin querer decir nada ofensivo para los habitantes de aquella localidad, manifestaré que habría preferido vivir en el desierto más bien que en un lugar parecido. Aquella modesta población

*Sin madre—12*

de origen antiquísimo y alejada de toda vía férrea, parecía condenada á no poder disfrutar de los beneficios de la civilización. Surbury tiene, sin embargo, pretensiones de ser, dentro de dos mil años quizá, una ciudad muy importante gracias al aumento progresivo de su población. Hoy la catedral parece demasiado grande dado el escaso número de fieles que la frecuentan, y se puede comparar á esas grandes carrozas de lujo que están en desuso; pero que no por eso dejan de ser restos que prueban la alta posición de las familias que conservan esos vestigios del pasado. Además de esa catedral, hay allí un gran número de capillas particulares y las ruinas de un antiguo castillo. A todo esto se pueden añadir unas dos fábricas de paños y un cierto número de casas acomodadas. En su mayoría, los habitantes de Surbury son comerciantes retirados de los negocios, y que tienen poco dinero y muchos hijos. Una vez terminada la educación de éstos, una mañana se sacuden el polvo de los zapatos y abandonan el país para no volver más á él.

Es célebre Surbury por un instituto ó colegio fundado por un filántropo tan rico como generoso. Por la población, y con muy poco gasto, pueden los jóvenes aprovechar los elementos de enseñanza que posee el establecimiento. La sociedad de la población comprende de una parte el alto clero, y de la otra los negociantes y comerciantes más modestos. Entre estos existe una gran rivalidad, y no se puede tratar del mismo modo al carnicero que al farmacéutico ó al bisuterero.

En esa antigua población estaba encerrada la última probabilidad que yo tenía para descubrir los negros hilos de la trama indicada por Chesham. El 1.º de Septiembre marché á Surbury, y al llegar me hospedé en el Hotel de la Mitra. En este sitio esperaba sacar algún partido de las con-

versaciones que oiría probablemente de sobremesa. Sabía que la señora Mertón vivía en la Villa de las Acacias, situada en las afueras de la ciudad, y hacia aquel paraje encaminé mis pasos. En casi todas las casas, en su mayoría muy pequeñas, había un rótulo con la indicación de que se alquilaban, y la que se hallaba precisamente enfrente de la señora Mertón, estaba desalquilada. Fuíme en seguida á visitar al agente de negocios encargado de aquellos arrendamientos, y antes de medio día quedó corriente el mío. Pagué por anticipado tres meses, hecho que sin duda influyó más en mi favor que cuantos informes hubiese podido dar de mí el mismo deán. En el momento en que firmé el contrato de arrendamiento, me objetaron que ni siquiera había visitado la casa, por lo que el agente me tomó por un tipo muy excéntrico y raro. Que lo fuese ó no, no podía pasarme sin criada, y tomé una de edad madura, cuyo exterior poco agradable era lo más á propósito para arrostrar todas las maledicencias.

Fuíme á Londres en busca de algunos libros, y volví para instalarme en Surbury. De mis relaciones con mi vecina de enfrente, la señora Mertón, dependía la duración de mi estancia en aquella población. Por más que en mi casa había una habitación espaciosa que tenía hermosas vistas al campo, escogí, sin embargo, otra cuya ventana donaba el camino. Mandé poner en ella cortinillas para ver sin ser visto. Coloquéme al lado de la ventana, y nadie podía sospechar que mi única ocupación era la de vigilar la casa de la señora Mertón.

La profecía de lord Rothwell «es la voluntad del destino,» acudía sin cesar á mi memoria, y me inspiraba ánimo y esperanza para el éxito de mi empresa.

Dije á mi criada que teniendo que escribir una

obra, había resuelto marcharme á Surbury en busca de calma absoluta; de esta manera conseguía que la noticia corriese de boca en boca. Por lo general, todo aquel que escribe una obra literaria, excita algún interés, ya se trate de historia ó filosofía, de ciencia ó de ficción, de una guía ó hasta de un libro de cocina, y todo el mundo se figura que un autor es un personaje de costumbres más ó menos excéntricas, cuando en realidad las de muchos grandes escritores son tan regulares como el movimiento de un cronómetro. Gracias á ese subterfugio, pude librarme de las investigaciones de los curiosos. Después de todo, no me apartaba tanto de la verdad, porque, como ya lo he dicho anteriormente, pensaba escribir un día ú otro la historia de mi vida.

La misma mañana en que llegué, me instalé en mi puesto de observación, y vi sucesivamente salir de la villa de las Acacias, un muchacho de unos quince años, que se alejó deprisa y silbando alegremente, y luego una joven alta y delgada, que llevaba en la mano un rollo de papel de música. Como era demasiado joven para profesora, supuse que iba á tomar lecciones. A cada campanillazo de los proveedores ambulantes, abriase y cerrábase la puerta muchas veces, y ví pasar al carnicero, panadero, verdulero, etc. Empezaba ya á cansarme y á perder la paciencia, cuando se asomó á la ventana una mujer de mediana edad, que era probablemente la señora Mertón. Mientras regaba los tiestos, pude, con ayuda de unos gemelos, examinar con detención el aspecto exterior de mi vecina, que tenía los ojos oscuros y negro el cabello. Su rostro, aunque pálido y demacrado, conservaba aún huellas de pasada belleza. Su traje era muy sencillo, pero de buen gusto. Su edad frisaba entre los cuarenta y cinco y cincuenta años. Estaba apoyada en el antepe-

cho de la ventana, y tenía fija la mirada en el extremo de la calle. De pronto animóse su fisonomía, y una sonrisa amable iluminóle, por así decirlo; había visto que volvían juntos los dos jóvenes de que antes hablé. La señora Mertón bajó en persona á abrir la puerta, y la acogida cariñosa que dispensó á los recién llegados me probó que era su madre. Conocía á la sazón el físico de mi vecina; pero importábame mucho más su pasado. La única persona que podía facilitarme esos datos, era la vieja que había tomado como criada. Por ésta supe que el señor Belb, mi vecino de la derecha, gozaba de muy poca salud y que le quedaba muy poco tiempo de vida; que el de la izquierda, era un rector cuya posición pecuniaria era poco satisfactoria. En cambio, un poco más lejos, vivía un coronel muy rico, y yo me pregunté qué había ido á hacer á aquella galera. Por último, contóme la vieja que mi vecina de enfrente era la señora Mertón, que tenía dos hijos, y que se había ido á vivir á Surbury para disfrutar de las ventajas del establecimiento de enseñanza. Por más que no llevase la blanca toca de tul de reglamento, todo el mundo suponía que era viuda. Al parecer, se hallaba en una posición desahogada, y su criada no se quejaba de la ta-cañería de su ama.

—Es una mujer muy pacífica—me dijo,—y que no recibe ninguna visita, excepción hecha de uno ó dos amigos de su hijo. La hija estudia para profesora de piano, y es muy poco probable que sus padres hayan ocupado en la sociedad una posición muy elevada.

Permanecí bastante tiempo sin averiguar nada más, preguntándome qué podía hacer para saber cuáles eran los antecedentes de la señora Mertón. Me acordé entonces del ama de gobierno de Estmere Court, y me decidí á marchar al Desbyshire

con el objeto de hacer que la señora Payne me acompañase á Surbury. En el caso de que la señora Mertón hubiese estado, en otra época, al servicio de lady Estmere, la señora Payne la reconocería sin dificultad.

Al día siguiente puse en práctica mi proyecto. Estmere Court estaba tan desierto como en la época en que lo habíamos visitado con Valentín. Ni sir Laurencio ni su hijo primogénito se habían presentado allí, y me pregunté si este último personaje existiría en realidad, porque no podía creer que existiese un hijo que tuviese tan pocos deseos de conocer á su madre. Aquella indiferencia filial se me hizo repulsiva. Tampoco podía admitir que permitiesen que un castillo tan hermoso fuese convirtiéndose poco á poco en una ruina. Si la permanencia en él evocaba en sir Laurencio penosos recuerdos, no por eso su hijo no debía cuidar de la conservación de la posesión. Únicamente la muerte de ese misterioso personaje era lo que podía explicar aquel estado de cosas. Sir Laurencio, hombre frío y sin corazón, habíase creído, á la cuenta, dispensado de informar á su esposa de la muerte del hijo mayor. Era muy verosímil que Valentín, más adelante, heredase el título y las propiedades de la familia, y sin embargo, no ambicionaba nada de esto mientras que sir Laurencio dudase de la legitimidad de su nacimiento. Al verme, púsose muy alegre la señora Payne, y me pidió con afectuoso respeto noticias de lady Estmere y de su hijo Valentín.

—Figuraos, señor, que al señor Valentín no se le olvidó su oferta, y me mandó el corte del vestido; pero aún no me lo he hecho, porque me pareció que era demasiado bueno—me dijo.

—Guardadlo, señora Payne, para el día en que sir Laurencio y su esposa regresen á Estmere Court,

—Si es que hay que esperar hasta ese día, lo mejor que puedo hacer es dárselo á una sobrina mía que se va á casar muy pronto, el mes que viene. Lo que me dijisteis no lo hicisteis hablando con formalidad, ¿no es verdad?

—Sí, por cierto. Acabo de recorrer doscientos kilómetros con el objeto de pedirlos que vengáis conmigo á Surbury, en donde es muy necesaria vuestra presencia para poner en claro un hecho que tiene grande importancia y está relacionado con lady Estmere.

—Con tal de ser útil á milady, que tan buena fué conmigo, sería yo capaz de recorrer, no digo doscientos kilómetros, sino dos mil. Cuando me acuerdo de ella se me llenan los ojos de lágrimas.

—Está bien, señora Payne, cuento con vos mañana á primera hora. Esta noche me limitaré á deciros que creo que estoy sobre la pista de las maquinaciones infernales del capitán Chesham. Confío en que vuestro esposo no se opondrá á mi petición.

—¿Cuánto tiempo durará mi ausencia?

—Dos ó tres días.

—Desde el momento, señor, en que mi esposa puede ser útil para la realización de vuestros proyectos, la dejo en completa libertad para que se marche—dijo Jonnes con su bondad acostumbrada.

En las cercanías no había ninguna posada, y la señora Payne me indicó la conveniencia de que pasase la noche en el castillo. No me agradaba mucho la idea de pasar una noche bajo el techo de sir Laurencio Estmere; pero el mayordomo y su esposa estaban en buena posición, y esto les permitía albergar á un amigo y acallé mis escrúpulos, diciéndome que me daban hospedaje aquellas buenas gentes y no su amo. Pasé la tarde visitando el castillo y contemplando los retratos de los antepasados de Valentín; ¡qué contraste

más grande entre nosotros dos, porque yo no tenía ni memoria de ascendientes! Como no sabía nada de mi madre, acabé por convencerme de que era de humilde progenie; pero, ¿por qué mi padre no habló tampoco de la suya? Dejando aparte la cuestión de fortuna, sus modales y educación probaban que pertenecía á elevada familia. Ansiando poder decir á Claudina que yo también estaba bien emparentado, resolví pedir explicaciones á mi padre acerca de este asunto.

Cuando me cansé de admirar los cuadros de la galería, fuime á dar un paseo con el señor Payne, el que me dijo que la fortuna de su amo se elevaba á cuarenta mil guineas, y que debía haberse aumentado desde que vivía en el extranjero. Eran muchas las personas que habían manifestado deseos de alquilar el castillo de Estmere Court, y la posesión de Douvreshouse; pero el propietario se había opuesto tenazmente, según decían, porque no trataba más que con su apoderado. Al día siguiente, el señor Payne nos acompañó á su mujer y á mí hasta la estación inmediata. Los dos estaban tan tristes al separarse, como si se tratase de emprender un viaje á la Australia. A pesar de mis promesas de velar por el bienestar de la señora Payne, su marido la obligó á llevarse tantas provisiones como si fuese al Ecuador. Después de muchas recomendaciones y despedidas, púsose en marcha el tren, y llegamos á Surlbury á la caída de la tarde, circunstancia de la que me felicité, porque me libró de las hablillas de los vecinos. Al día siguiente, hice que la señora Payne almorzase conmigo en mi mesa. No me dirigió ninguna pregunta, y colocando un sillón al lado de la ventana la pregunté:

—¿Tenéis buena vista?

—En mi familia nadie gasta gafas antes de los sesenta años.

—Y á vos, señora Payne, os faltan muchos para llegar á esa edad. He aquí el servicio que me vais á prestar. Mirad hacia la casa de enfrente, y cuando veáis salir á una señora ó asomarse á la ventana, haced lo posible por acordaros de si la visteis alguna vez.

—Antes sería necesario saber si la conozco.

—Esa es precisamente la cuestión. En todo caso iace más de veinte años que no la veis.

—¡Veinte años! Es mucho más tiempo del que se necesita para volver desconocida á una persona.

—Estoy viendo que hay excepciones de la regla, señora Payne.

Sonrióse al oír esas palabras, porque á cualquier edad que sea la mujer, recibe siempre con agrado un cumplido. Instalóse la señora Payne al lado de la ventana con la mirada fija en la casa de enfrente. Cansada de esperar, púsose á mirar alrededor de la habitación, y la pregunté:

—¿Qué es lo que buscáis?

—No busco nada, señor; pero veo polvo en todas partes, y vuestra criada tiene todo el aspecto de una vieja descuidada.

—Hacedme el favor ahora de no ocuparos más que de la ventana de enfrente, y de no apartar los ojos de allí.

En el mismo instante abrió la ventana la señora Mertón y se puso á regar un geráneo.

—Sobre todo no os asoméis—dije yo, y con ansia pregunté:—¿conocéis á esa señora?

—Sí, la reconozco; pero no puedo decir dónde ni cuándo la he visto.

En esto la señora Mertón se volvió, quedando de manera que se la veía de perfil.

—¡Ah!—exclamó la señora Payne exhalando un suspiro.—Bien tenía yo razón al asegurar que veinte años no cambian por completo.

—¿Y quién es? No me digáis su nombre si no



creéis estar absolutamente segura de lo que neces, pues se trata de una cosa sobremanera grave.

—¡Qué estúpida fui no reconociéndola antes!

—¡Por favor, decidme quién es!

—Pues María William, la que fué doncella de lady Estmere.

Desde el momento en que tenía la seguridad de que la señora Mertón y María William eran una misma persona, no necesitaba para nada los servicios de la señora Payne, y ésta podía marcharse, porque si la señora Mertón le veía, podía reconocer fácilmente en ella á su antigua compañera de servidumbre en casa de lady Estmere. Durante el resto del día conservé como prisionera á la señora Payne, que para pasar el tiempo, se entretuvo en hacer observaciones y dar consejos á mi criada. Esta, por su parte, se me presentó diciéndome que si aquella señora debía continuar en la casa, que ella se marchaba. Al día siguiente, á primera hora, y en la estación más inmediata á Surbury, tomó la señora Payne el tren que debía llevarla á Estmere Court, y habiéndola recomendado mucho al jefe del tren, me quedé muy tranquilo acerca de su suerte. A la sazón, lo que necesitaba era buscar un medio para arrancar una confesión á la señora Mertón. Me dije que tratándose de cierta mujer, el dinero debía ser todopoderoso. No quería, sin embargo, apelar á su codicia hasta después de haber excitado en ella

el terror á los remordimientos. Con objeto de tratar á la madre, trabé un día conversación con el hijo, y nada fué más fácil que hacerme su amigo, bien dándole consejos acerca del juego del croquet, ó bien poniendo á su disposición los libros de mi biblioteca. En cuanto estuve en relaciones con el hijo, me permití saludar á la madre. Una mañana me llamó la atención el aire melancólico de mi amiguito, y habiéndole preguntado qué tenía, respondiome:

—Mi madre acaba de dirigirme una reprimenda porque quería que repasase el griego y el latín durante las vacaciones, y me habló de buscar un profesor.

—Y tiene muchísima razón.

—¿Creéis que sea agradable estar encerrado en casa cuando hace buen tiempo?

—Vuestra madre tiene ambición por vos, y quisiera que figuraseis á la cabeza de la clase.

—La verdad es que nuestra situación es muy precaria. Mi madre dice que si no salgo bien y con lucimiento de los exámenes, que no tendrá más recurso que ponerme de mozo de cordel en una esquina.

—¿Y si yo me encargase de repasaros esas lecciones?

—¡Vos, señor Norris! Los honorarios que podríamos ofrecer son excesivamente modestos para un hombre como vos.

—En esto estáis equivocado por completo, y ahora mismo vamos á hablar á vuestra madre.

Hízome Carlos Mertón entrar en su casa, y después de acompañarme al salón, se fué en busca de su madre, que no se hizo esperar mucho; su acogida revelaba cierta cortedad.

—Supongo, señora—le dije,—que vuestro hijo os habrá enterado del objeto de mi visita,

creéis estar absolutamente segura de lo que necesitáis, pues se trata de una cosa sobremañera grave.

—¡Qué estúpida fui no reconociéndola antes!

—¡Por favor, decidme quién es!

—Pues María William, la que fué doncella de lady Estmere.

Desde el momento en que tenía la seguridad de que la señora Mertón y María William eran una misma persona, no necesitaba para nada los servicios de la señora Payne, y ésta podía marcharse, porque si la señora Mertón le veía, podía reconocer fácilmente en ella á su antigua compañera de servidumbre en casa de lady Estmere. Durante el resto del día conservé como prisionera á la señora Payne, que para pasar el tiempo, se entretenió en hacer observaciones y dar consejos á mi criada. Esta, por su parte, se me presentó diciéndome que si aquella señora debía continuar en la casa, que ella se marchaba. Al día siguiente, á primera hora, y en la estación más inmediata á Surbury, tomó la señora Payne el tren que debía llevarla á Estmere Court, y habiéndola recomendado mucho al jefe del tren, me quedé muy tranquilo acerca de su suerte. A la sazón, lo que necesitaba era buscar un medio para arrancar una confesión á la señora Mertón. Me dije que tratándose de cierta mujer, el dinero debía ser todopoderoso. No quería, sin embargo, apelar á su codicia hasta después de haber excitado en ella

el terror á los remordimientos. Con objeto de tratar á la madre, trabé un día conversación con el hijo, y nada fué más fácil que hacerme su amigo, bien dándole consejos acerca del juego del croquet, ó bien poniendo á su disposición los libros de mi biblioteca. En cuanto estuve en relaciones con el hijo, me permití saludar á la madre. Una mañana me llamó la atención el aire melancólico de mi amiguito, y habiéndole preguntado qué tenía, respondiome:

—Mi madre acaba de dirigirme una reprimenda porque quería que repasase el griego y el latín durante las vacaciones, y me habló de buscar un profesor.

—Y tiene muchísima razón.

—¿Creéis que sea agradable estar encerrado en casa cuando hace buen tiempo?

—Vuestra madre tiene ambición por vos, y quisiera que figuraseis á la cabeza de la clase.

—La verdad es que nuestra situación es muy precaria. Mi madre dice que si no salgo bien y con lucimiento de los exámenes, que no tendrá más recurso que ponerme de mozo de cordel en una esquina.

—¿Y si yo me encargase de repasaros esas lecciones?

—¡Vos, señor Norris! Los honorarios que podríamos ofrecer son excesivamente modestos para un hombre como vos.

—En esto estáis equivocado por completo, y ahora mismo vamos á hablar á vuestra madre.

Hízome Carlos Mertón entrar en su casa, y después de acompañarme al salón, se fué en busca de su madre, que no se hizo esperar mucho; su acogida revelaba cierta cortedad.

—Supongo, señora—le dije,—que vuestro hijo os habrá enterado del objeto de mi visita,

—Sí; me dijo algunas palabras; mas confieso que no entendí gran cosa.

—He sabido por él que buscabais un profesor, y vengo á ofrecer mis servicios.

—¿Es cierto que no sois del país?

—No soy de aquí, es cierto; pero no obsta para que conozca á fondo el griego y el latín.

—Tened presente, señor, que mis recursos sólo me permiten ofrecer una módica retribución.

—El dinero es lo que menos me importa, señora; vuestro hijo me inspira mucho interés, y desde hoy, si lo permitis, me consideraré como su profesor.

Dióme las gracias, y al día siguiente empecé á ejercer mis funciones. Una vez roto el hielo, no debía serme muy difícil ir haciendo más amplio conocimiento con mi vecina, y en efecto, á los ocho días convidáronme á tomar el té en casa de la señora Mertón. Indudablemente sus modales carecían de nativa distinción, por más que tuviese cierto barniz que ayudaba á disimular mucho. Un amor maternal apasionado es lo que constituía el lado simpático de su naturaleza, y esto, naturalmente, contribuyó á que las pruebas de simpatía que yo daba á su hijo, fuesen muy agradables. Dotada de un carácter vanidoso y arrebatado, me pareció que su única preocupación era la de ocultar su humilde origen. Pronto supe por ella misma que su marido, antiguo abogado, había muerto dejando dos hijos y muy poco dinero para educarlos. No tenía á mi alcance ningún medio para asegurarme de la veracidad de esa historia, y por su parte parecía muy deseosa de saber quién era yo. Sus repetidas preguntas hicieronme caer en la cuenta de que me creía atraído á su casa por la belleza de su hija. Esta, joven y linda personilla, dotada de una voz excelente y tocaba además bastante bien el piano. no des-

cía, sin embargo, nada á mi corazón, que, según se sabe, pertenecía á otra. Convencida la señora Mertón del error que cometía atribuyéndome semejantes proyectos matrimoniales, se figuró en seguida que yo estaba dominado por sus propios encantos. Y lo creyó sin duda, porque á pesar de no hallarse en la primera juventud, era aún hermosa. Sus ilusiones, empero, fueron de corta duración, y al cabo se convenció de que el único móvil que guiaba mis acciones era la simpatía que me había inspirado su hijo. Haciendo esfuerzos para probarme que en su juventud primera se había tratado con personas de elevada posición, citaba sin cesar nombres y títulos de la aristocracia, nombres que, sin duda, conservaba en la memoria como recuerdo de la época en que había estado sirviendo á lady Estmere. Un día me dijo la señora Mertón:

—¿Conoceréis en Londres á mucha gente?

—Sí, señora—contesté.

—¿No habéis tenido ocasión de ver á la familia Estmere?

Por mucho que me chocase la pregunta, no dejé de contestar:

—Sí, conozco á lady Estmere y á su hijo Valentin.

—Precisamente es de ellos de quienes quería yo hablaros. ¿Sigue siendo tan hermosa lady Estmere?

—Sí, por más que tiene el pelo blanco como la nieve.

—Tuve ocasión de conocerla antes de que se casase. ¿Es dichosa?

—¡Dichosa! ¿Y cómo es posible que lo sea, si hace veinte años que la abandonó su marido?

—¡Bah! Ya sabemos que las grandes señoras se consuelan fácilmente de penas como esa.

—Como no soy gran señora, me guardo mi opinión respecto á ese asunto—dije.

—¿Y á lord Estmere, le conocéis?

—Desde el día en que se separó de su esposa, nadie, á punto fijo, puede decir lo que ha sido de él. Se cree que vive en el extranjero.

—¡Veinte años! ¿Sabéis que es un período muy largo?

—Sobre todo cuando, como sucede á lady Estmere, se es víctima de las más negras é infamantes calumnias. A esto se añaden las cavilaciones porque la debe hacer pasar el pensar en el porvenir de su hijo, al que quiere tanto como vos podéis querer al vuestro. No conocí á lady Estmere hasta después de sucederle todas estas desgracias, y si en realidad es inocente de la falta de que le acusan, ¡cuán grandes deben ser los remordimientos de los que contribuyeron á que la acusasen!

—Nadie puede sostener, señor, que lady Estmere sea una mujer honrada.

—Pues á mí me inspira el más profundo respeto; ¿estáis enterada de su pasado?

—¿Y cómo no estarlo? ¡Se ha hablado y dicho tanto acerca de ella!

Poco después, y pretextando que tenía jaqueca, se retiró. Para mí, era indudable que evitaba desde entonces mi presencia, aparte de que, después de la apertura del curso, mis visitas no tenían ya razón de ser. Desde aquel día, la señora Mertón se quejó continuamente del mal estado de su salud, y de que sufría insomnios y pesadillas que no la dejaban descansar. Siempre que me asomaba á mi ventana, cualquiera que fuese la hora á que lo hiciese, veía luz en la suya; y una noche, en el momento en que iba á acostarme y no estaba cerrada aún mi ventana, vi, á través de la persiana, lo que pasaba en la casa de enfrente. Un resplandor extraño iluminó de pronto la habita-

ción de la señora Mertón, y esta, rodeada llamas, lanzaba penetrantes gritos. Salir de mi casa, atravesar á la carrera la calle y llamar á su puerta, fué para mí cuestión de un abrir y cerrar de ojos. Llamé; pero nadie me abrió. Al fin, Carlos bajó de cuatro en cuatro los escalones, diciendo de una manera incoherente:

—¡Socorro! ¡Mi madre! ¡mi madre!.

Fuíme corriendo en busca de un médico, y cuando entré en el cuarto de la señora Mertón, me quedé horrorizado ante el cuadro que contemplé. La señora Mertón se revolcaba por el suelo y tenía los brazos, manos y ropas medio abrasados. Su hija, de rodillas á su lado, parecía paralizada por el terror. La levanté del suelo, y la coloqué en su cama, siendo presa de horribles convulsiones. El médico llegó en esto, y empleó todos los recursos de la ciencia para calmar los dolores de aquella desdichada. Al marcharse, prometió que volvería á las pocas horas, y llevándome aparte, me dijo:

—El estado de la señora Mertón es muy grave.

—¿Está en peligro de muerte?

—No puedo decirlo aún; ¿por qué no habrá tenido la suficiente presencia de espíritu para envolverse en una manta? Mañana examinaré con más detención su estado, y diagnosticaré con más seguridad.

Muy duro tenía que tener el corazón quien no se conmoviese ante semejante desgracia, aun cuando la víctima sea el mayor enemigo. Además, no era sola la razón de humanidad la que me hacía desear la curación de la señora Mertón; pero ¡ay! la enferma iba de mal en peor. Todas las mañanas fuí á saber noticias suyas y á ponerme á las órdenes de sus hijos. No tenía más idea que una: la de volverla á ver. El miedo á la muerte podría quizá obligarla á que me hiciese alguna confe-

sión; ¡unas cuantas palabras de aquella mujer, podían cambiar tantos destinos! Una mañana me manifestó Carlos que su madre estaba mucho más tranquila, y que él se figuraba que estaba mejor. El médico, por el contrario, díjome que había perdido toda esperanza. La debilidad había aumentado de tal manera, que sólo quedaban á la enferma unas cuantas horas de vida.

—¿Y cómo puede ser eso, si Carlos me dijo hace un momento que su madre seguía mejor?—le respondí.

—Para mí, esa mejoría es señal de que la muerte está muy próxima.

—¿Podrá recibirme la señora Mertón?

—No veo ningún inconveniente.

—¿Tiene conciencia de su estado?

—Debe tenerla, puesto que me pidió que no la ocultase la verdad.

En este instante se acercó Carlos á mí, y muy conmovido, me dijo:

—Mi madre os ruega que vayáis á verla.

—Está bien, amigo mío; acompañadme á su lado.

Estaba convencido de que no saldría de la villa de las Acacias sin saber lo que tanto me interesaba.

## XXIII

Dijérase que la señora Mertón estaba muerta, al ver su rostro lívido, desencajado, las mejillas caídas y salientes los pómulos, y sobre todo, su absoluta inmovilidad. La mirada, sin embargo, atestiguaba que la vida no había aún desaparecido en ella. Inclinandome sobre el lecho, pude oír cómo me decía:

—El interés de que tantas pruebas disteis á mi hijo, me da ánimo, señor Norris, para pedir os un favor. Comprendo que voy á morir, y mis hijos van á quedar sin ningún recurso, pues es el único con que hoy contamos, es una renta vitalicia que se extinguirá conmigo. Si hubiese podido vivir cinco años más, habría terminado su educación, y se podrían ganar la vida.

—Quizá tengáis algún amigo que haga algo en su obsequio.

—Hay una persona de la que yo espero un servicio, con tal que vos os encarguéis de pedirselo.

—Pues bien, podéis contar conmigo.

—Conviene que sepáis de antemano que no se trata de uno de mis amigos. Le diréis que os entregué una carta encerrada en un sobre, y que en el caso en que él se niegue á depositar en

*Sin madre—13*

podér de una persona de confianza la cantidad necesaria para hacer frente á las necesidades de mis hijos, vais á romper el sobre y enviar la carta á la persona á que está destinada. Creo que cederá ante esa amenaza, y hará lo que le pido.

—Después de pensarlo mejor, me niego á hacerlo, señora.

—¡Por compasión! ¡No olvidéis que los ruegos de los moribundos son sagrados!

Acercábase el momento decisivo; repliqué:

—Siento mucho teneroslo que decir, señora Mertón; pero esa petición pruébame una vez más vuestro espíritu de intriga y de astucia. Queréis emplearme como instrumento para arrancar al capitán Chesham una cantidad considerable, y en seguida moriros tranquilamente. Pues bien, yo os digo que, tarde ó temprano, la justicia recobra sus derechos, y os conmino, señora Mertón ó María William, á que en este momento supremo digáis la verdad.

Al oír estas palabras, abrió la enferma desmesuradamente los ojos. Seguí diciéndola:

—¿Cómo es posible que el recuerdo de vuestro infame cómplice esté aún presente en vuestro espíritu? El pensamiento de la eternidad debía provocar en vos el deseo de atraeros la misericordia divina, justificando, mientras aún tenéis tiempo para ello, á aquella á la que de tan odiosa manera calumniasteis.

—¡Dios mío! ¿Quién sois? ¿Cómo podéis saber cuál es mi nombre? ¿Será posible? ¿Sois el hijo mayor de Estimere?

—No, pero soy un amigo suyo.

—¡Dios mío! ¡Qué va á ser de mis hijos, de mis pobres hijos!

—Escuchad lo que voy á deciros, señora Mertón, ó mejor dicho, María William. Soy rico, muy

rico, y os juro por mi honor que si me hacéis una confesión completa, socorreré á vuestros hijos de una manera más espléndida que pudiera hacerlo el capitán Chesham. Me encargaré de ellos hasta que sean mayores de edad.

—Hacedme el favor de coger de encima de ese armario una caja de cartón que hay allí—me dijo por toda respuesta.

Había sido precisamente queriendo alcanzar aquella caja cuando derribó el quinqué y se la incendiaron las ropas.

Saqué de la caja una carta que no tenía dirección, y dentro de la que había otra con esta: «Para entregar á lord Rothwell.» María William sabía lo que se hacía al escribir á tan alto y poderoso personaje.

—Fuisteis vos, señor—me dijo,—el que me inspiró la idea de escribir mi confesión.

—Exijo que sea entregada en presencia de dos testigos—contesté,—y ahora mismo voy en busca de Carlos y de su hermana.

—¡No! No quiero de ninguna manera que mis hijos aprendan á despreciar mi memoria. Si los vais á buscar y vienen, diré que todo es mentira.

—Entonces llamaré á dos desconocidos.

En vista de esto, fufme en busca del pastor de la parroquia y de un magistrado, y una vez reunidos en la habitación de la moribunda, era preciso leer sin perder tiempo la confesión de aquella, y esto fué lo que hice. El magistrado tomó en seguida la palabra, y encarándose con la señora Mertón, la dijo:

—¿Juráis que los hechos cuya relación acaba de leerse están conformes con la verdad?

—Lo juro. Vuestra promesa, señor, vuestra promesa.

—También yo juro que la cumpliré.

Cerráronse entonces para siempre sus ojos; el último acto de aquella mujer, culpable ó arrepentida, serviría al menos para rescatar sus culpas.

## XXIV.

Al abandonar la villa de las Acacias, me dirigí inmediatamente á mi casa, y á pesar de la impresión que me produjo la penosa escena de que fuera testigo, no pude por menos de decirme con satisfacción que en adelante el capitán Chesham estaba á merced mía. Todo parecía ponerse de manera que mi plan se iba á lograr por completo.

No teniendo intención de asistir á los funerales de la señora Mertón, me ocupé sin pérdida de tiempo en hacer mis preparativos de viaje. Me dirigí á un agente de negocios para consultarle acerca de la pensión que pensaba pasar á los hijos de la difunta, y se encargó de informarles de lo que yo pensaba hacer en su obsequio. Mostráronse muy agradecidos, y por más que hacía muy poco tiempo que me conocían, tratábanme como verdadero amigo. Por esto, sin duda, resolví hacer por ellos mucho más de lo que ofreciera á su madre, pues fuesen cuales quisiesen los pecados de aquélla, no debían recaer sobre sus hijos.

A mi regreso á Londres, mi primera visita fué para lord Rothwell, al que ya había enterado por carta del resultado de mis investigaciones. Al verme entrar lord Rothwell me dió una palmada en el hombro y me dijo con alegre acento:

—¡Bravo! ¡Bravo, joven! Lo que habéis hecho es digno de un maestro; ¡al fin la luz iluminó este tenebroso asunto! ¿No queda nada que poner en claro?

—No, nada absolutamente.

Dió algunos paseos por la habitación, murmurando entre dientes:

—¡Ah! ¡Laurencio! ¡Pobre Laurencio!

—¿De dónde procede esa simpatía tan grande que os inspira? El que es acusado injustamente, merece compasión; pero no es digno de ella el juez que dictó la sentencia.

—A pesar del respeto, la compasión y el cariño que me inspira lady Estmere, no es á ésta á quien más compadezco en los actuales momentos. Es á Laurencio Estmere, mi antiguo rival y mi mejor amigo. Obrasteis muy bien y con rara perspicacia, querido Felipe; pero, ¿quién es capaz de saber cuál es el resultado que producirán vuestras pesquisas? No fuisteis, hasta ahora, más que el instrumento del destino. Con seguridad que debéis estaros cayendo de necesidad, y supongo que antes de contarme vuestra odisea no tendréis inconveniente en sentaros á la mesa.

No quise aceptar su oferta, pues era mucha la prisa que tenía para contarle todos los incidentes de mi permanencia en Surbury. Escuchó mi relato sin interrumpirme, y habiéndole entregado la carta de la señora Mertón, me rogó, después de romper el sobre, que la leyese en alta voz. He aquí lo que decía:

«Milord: os escribo esta carta sin saber si llegará á vuestras manos, pues sólo os la enviaré en el caso de que respondan á mi petición con una negativa. No dudo que experimentaréis gran consuelo al saber de qué manera cayó sir Lau-

rencio en el lazo que se le tendió separándose de su esposa.

»Era yo joven, linda y orgullosa, y confiaba en que, gracias á los encantos de mi persona, podría algún día hacer fortuna. No faltó quien me predijese que acabaría mal, ¡qué me importaba! ¡Porque la verdad es que ambicioné hasta los amores que se venden! Entré á servir en casa de lady Estmere poco después de haber dado á luz á su segundo hijo. La casa era muy buena; pero demasiado tranquila para mis gustos; marido y mujer se idolatraban. Pronto me enteré de cuanto se decía acerca de ellos, y entonces supe que milady os había inspirado en otros tiempos una gran pasión, y que sólo por vuestra falta de fortuna á la sazón, os impidió solicitar su mano. Hacía muy poco tiempo, pues se había celebrado el enlace de milady cuando heredasteis una gran fortuna y un título. Supe también que en otros tiempos se trató del casamiento de la que después fué lady Estmere con uno de sus primos, con el capitán Chesham; pero sir Laurencio no tuvo nunca celos, y Chesham fué siempre bien recibido en la casa.

»Mi belleza tardó muy poco en causar gran impresión á Chesham, hombre de naturaleza baja y vil. Soñé que llegaría á ser su esposa sin hacerme la menor ilusión respecto á su carácter, pues sabía los nombres de las jóvenes, á las que había seducido. En pocas palabras, supo insinuar-se de tal modo en mi corazón, que al cabo consiguió que le diese algunas citas nocturnas. Nadie sospechó que entre nosotros existiesen semejantes relaciones. Pronto, sin embargo, me figuré que tenía una rival en milady, presumiendo al mismo tiempo que el odio se mezclaba á ese amor.

»El capitán Chesham, que no era hombre dado á soñar imposibles, habría querido poder obli-

garla á huir con él. Mis reproches le exasperaron de tal manera, que una vez creí que me iba á pegar, y exclamé: «Os odio, y no es posible dudar, es á ella y no á mí á quien queréis, por más que todo el mundo dice que soy más bonita que mi rival.» El entonces replicó: «Creedme, no tratéis nunca de compararos con lady Estmere, porque saldréis siempre perdiendo.»

»A los pocos días de ocurrir esto, me dijo milady, que tanto su marido como el capitán Chesham, habían admirado y alabado mucho un magnífico vestido que estrenara aquel día. Lo mismo que les pasa á todas las mujeres, la agradaba que hiciesen justicia á su buen gusto. Al día siguiente marchó Chesham á Londres, de donde volvió en seguida, y me dijo: «La modista de lady Estmere accedió á mi petición, y consintió en hacer otro vestido igual al de vuestra señora.» Un día de estos os lo pondréis y ya veremos cómo os está.» En cuanto estuve á solas en mi cuarto, me apresuré á probarme el traje. Poco tiempo después Chesham se volvió á Londres, y allí estubo más de dos meses sin dar señales de vida.

»Mientras tanto, y por esa época, sir Laurencio y su esposa se fueron á vivir á Douvreshouse, y me puse muy contenta al saber que estaban esperando al capitán Chesham, y yo confiaba en que después de todo lo sucedido se decidiría al cabo á llevarme á Londres; mas esperábame una nueva decepción. Sir Laurencio ibase con mucha frecuencia á Estmere Court, á donde le llamaban sus negocios, y generalmente permanecía ausente unas cuarenta y ocho horas, y cuando sucedía esto, milady y el capitán comían juntos. Un día, para comer con el capitán, púsose lady Estmere el traje de que ya hablé. Chesham debía marcharse al día siguiente á Douvreshouse y en cuanto milady me dijo que ya no me necesitaba, me fui á



mi cuarto, y apresuradamente me puse el otro vestido igual al suyo, porque el capitán me había manifestado deseos de vérmelo puesto durante la velada. Milady se retiró muy temprano á sus habitaciones, deseando sin duda engañar con el sueño la impaciencia con que aguardaba á su esposo. En cuanto estuve vestida, el capitán sacó de una caja una peluca rubia y me la puso diciendo:

—«Ahora sí que es notable la semejanza.» Hecho esto me obligó á acercarme á la ventana y empezó á darme besos en la frente. La luz de la lámpara, que estaba colocada á nuestra espalda, hacía que se destacasen con toda claridad nuestras siluetas; se lo hice notar y me respondió: —«¡Bah! á estas horas no pasa nadie por ahí abajo. Es inútil que os resistáis, quedaos en donde estáis, ¡por vida de... si os movéis ó intentáis huir, juro que os estrangulo!» Me rodeó el talle con los brazos, haciendo ver que me abrazaba apasionadamente. De pronto se estremeció; al parecer había visto á alguien. Entonces me dijo:—«Marchaos ahora y quitaos pronto ese traje, que os sentaba admirablemente. Dentro de pocos días os reuniréis conmigo en Londres.» Me entregó un billete de banco y algunas monedas de oro, y se alejó.

Al día siguiente supe por uno de los grooms que el capitán se había marchado de Douvreshouse, y que sir Laurencio regresara la víspera, cuando nadie le esperaba. Entonces fué cuando comprendí el papel infame que el capitán me había hecho desempeñar.

Desde ese día, sir Laurencio y su esposa dejaron de vivir bajo el mismo techo; despidieron la servidumbre y cerraron el castillo. Sir Laurencio se batió en desafío con Chesham, que en el primer encuentro recibió una herida en la cadera. Le cuidé noche y día; pero en vez de mostrarse

gracioso, habríame quizá abandonado, á no ser por el temor de que yo revelase su secreto.

»Ahora ignoro si sir Laurencio está vivo ó muerto. En el primer caso, no puede haber olvidado que yo estuve á su servicio, y con mayor motivo lady Estmere, debe acordarse también de mí.

MARIA WILLIAM, apellidada MERTON.

Después de leer esta carta, me pregunté cómo era posible que dos criaturas tan miserables como el capitán Chesham y María William, estuviesen formados del mismo barro que la mujer intachable y el hombre honrado, cuya dicha habían destruído para siempre. Tomando otra vez la palabra, me preguntó lord Rothwell:

—¿Qué os parece, Felipe, ese relato?

—Por muy repulsivo que sea, su sinceridad es indiscutible, y el más escéptico no tendría más remedio que darle crédito.

—¿Hasta mi pobre amigo sir Laurencio?

—Por favor, no llaméis amigo vuestro á ese hombre. Si hubiese tenido el menor deseo de conocer la verdad, ¡cuántas penas no ahorrara á su desgraciada esposa!

—¡Y él también se las hubiera evitado!—repliqué.

—Hay que tener presente que lady Estmere debía encontrar un consuelo relativo en el sentimiento de su inocencia. Deplorando el funesto error que la hizo tan desgraciada y víctima, ni un solo instante dejó de amar á su marido ausente.

—Para esto es necesario que, como vulgarmente se dice, sea más realista que el rey. Por más que los hechos relatados por María William sean de esos que no pueden contradecirse, desearía verlos confirmados por algún dato material. Para esto sería necesario saber el domicilio de la modista que confeccionó el vestido de lady Estmere.

—Será eso lo mismo que empeñarse en buscar un alfiler entre el heno—observó lord Rothwell.

—Sin embargo, no dudó que lo conseguiré; en cambio, cuento con vos para encontrar las huellas de sir Laurencio Estmere.

—Eso es poco menos que pedir un imposible.

—Ahora confío en que mi padre no se opondrá á mi casamiento con Claudina.

—¿Pensáis escribirle?

—Inmediatamente.

—Ante todo es necesario demostrar á sir Laurencio que hubo grave error en su conducta.

—¿Y por qué hay que hacerlo?

—Porque no tenéis el derecho de pensar en vuestros asuntos, mientras que las partes interesadas en ese otro negocio no sepan á qué atenerse.

Al entrar más tarde en el círculo, tuve la sorpresa de encontrar en la escalera al capitán.

—¡Ah! ¡Cuánto celebro encontraros! ¡Buenos días, Felipe!—me dijo tendiéndome la mano; pero en vez de estrechársela, me crucé de brazos.

—¿Qué mala hierba pisasteis hoy?—me preguntó al ver mi actitud.

—La que crece en Surbury—respondí.

—Me habláis por medio de enigmas—dijo estremeciéndose.

—Pues bien, para hablar con más claridad, os diré que vuestra cómplice murió. Antes de exhalar el último suspiro, me entregó María William su confesión escrita, en la que se prueba de la manera más evidente que la separación de sir Laurencio Estmere y de su esposa, es el resultado de uno de vuestros infamantes complots. He sabido ese relato tan comprometedor para vos, y en este momento se halla en poder de lord Rothwell.

—¿Y cómo se explica—preguntó,—que hayáis recibido la confesión de esa mujer?

—No tengo para qué daros ninguna explicación. Mi deseo, al tratarlo de conocer, era el de probar la inocencia de lady Estmere; lo he logrado, y en adelante no hay nada común entre nosotros.

—¡Alto ahí!—dijo procurando impedirme el paso.—¡He creído en vuestra amistad, y ahora resulta que sois un traidor!

—Cuando se trata de desenmascarar á un traidor, la traición es cosa permitida.

—Escuchadme, Felipe. En mi juventud amé con loca pasión á una mujer que me rechazó sin piedad y ya sabéis cómo me vengué. Más tarde, aquél á quien creí amigo íntimo, me engañó; podéis estar seguro de que no me he de mostrar menos rencoroso con uno que con otro.

—Acabemos de una vez, no quiero hablaros más, dejadme pasar.

—No es aquí donde quiero abofetearos, será delante de testigos.

—Estoy á vuestras órdenes, capitán, y de antemano quedan aceptadas todas vuestras condiciones.

—Mañana marchó á Mónaco; pero será en el territorio francés en donde nos batiremos. Os escribiré.

Dicho esto, bajó renqueando la escalera, y al entrar en los salones del círculo, me dije que mis días estaban contados; la rencorosa mirada que me dirigió Chesham al separarse de mí, probaba que haría lo posible, por matarme. Al volver á mi casa escribí una larga carta á Claudina.

Hace mucho tiempo que no la nombro, por la razón de que este relato no es el de nuestros amores. Nos escribíamos todos los días, y creí que no era indispensable darla todos los detalles de mi permanencia en Surbury. Claudina hallábase á la sazón en Chestenkam, en casa de su tutor, el terrible general, que estaba muy contento con la presencia de su pupila, con la condición de que no le hiciese soportar la de su futuro. No entré en ningún detalle en mi carta de ese día á Claudina, y únicamente en una postdata la dije: «Enviadme por telegrama las señas de la modista que servía á lady Estmere hace veinte años.» Al día siguiente recibí esta respuesta: «La misma de ahora, señora Bianchi, Regent Street.» Rogué á lord Rothwell que me acompañase á las desconocidas regiones que debía yo explorar. Al llegar á casa de la modista, experimentamos una cortedad extraordinaria al ver nuestras imágenes reflejadas en las grandes puertas-espejos que daban acceso á sus salones. Pedí á lord Rothwell que usase de la palabra, pues su edad no podía dejar de inspirar respeto y confianza. Nos preguntaron si nos habían señalado hora para recibirnos, y yo indiqué á lord Rothwell que mandase pasar su tarjeta á la señora Bianchi. Nos hallábamos tan á disgusto en aquel elegante establecimiento, como peces fuera del agua. Dos ó tres señoras atravesaron

el salón en que esperábamos, y sus miradas de asombro nos confundieron. Al cabo, se presentó la señora Bianchi, y prevenían en su favor su aire inteligente y su rico y sencillísimo tocado. Indudablemente, á sus ojos, la posición de modista á la moda no carecía de cierto prestigio. Un lord ó una lady, son alguien por su título; una modista, lo es por su talento. Lord Rothwell la manifestó el objeto que nos llevaba allí, y la señora Bianchi mandó que la llevasen un libro registro, que examinó rápidamente. Habiendo encontrado el asiento que buscaba, puso el dedo encima y nos dijo:

—He aquí lo que deseáis: «Traje de verano; pagado por adelantado.» Recuerdo, en efecto, señores, que un desconocido me visitó para encargarme para su esposa un traje completamente igual al de lady Estmere. Le respondí que una casa como la mía, que se respeta, no repite jamás sus modelos. Y me manifestó que podía hacer una excepción, porque aquél debía enviarse al continente. En vista de esto, y no pudiendo hacer ninguna objeción, me comprometí á lo que deseaba.

—¿Y no sabéis cómo se llamaba el que hizo el encargo?

—No, señor, y no me ocupé de preguntarlo al ver que pagaba por adelantado. Saludamos á la señora Bianchi, y nos fuimos.

—¡He ahí una cosa á la que un hombre de carácter no se sometería con gusto dos veces seguidas!—exclamó lord Rothwell cuando salimos del templo de la moda.—Vamos á otra cosa; ¿escribisteis á vuestro padre, Felipe?—me preguntó.

—No, porque convinimos en que esperaría.

—Debéis estar muy impaciente, deseando comunicarle el resultado de vuestras pesquisas, ¿verdad?

—Sí, y cuanto antes, mejor.

—¿Se halla ahora en el Devonshire?

—Ayer precisamente recibí una carta suya, fechada en Torwood.

—Pues bien; si queréis seguir mi consejo, mañana emprenderemos el viaje para ir á verle.

—¡Cómo! ¿Pensáis acompañarme?

—Estoy, en verdad, decidido. Mi testimonio puede seros muy útil, Felipe, y por otra parte no quiero confiar á nadie el documento que me entregasteis.

Emprendimos el viaje al día siguiente, de madrugada, y llegamos á nuestro destino al anocheecer. Habiéndome parecido que lord Rothwell estaba muy taciturno durante el viaje, me permití decirselo.

—Tenéis razón, amigo mío—me dijo,—pensaba en las dificultades del regreso.

—¡Cómo! ¿Será posible que hayáis olvidado la lancha del capitán Felipe?

—No se trata de eso, es que miro la cosa bajo otro punto de vista.

Al llegar cerca del castillo, vimos á mi padre que estaba en la biblioteca con un libro en la mano, y muy pensativo al parecer. Contemplando aquel rostro tan inteligente y melancólico, experimenté profunda emoción. En aquel momento se me figuró que Claudina sólo ocupaba el segundo lugar en mi corazón; esta impresión fué tan fugitiva, como la onda que arruga el agua. Habiendo oído sin duda nuestras voces, acercóse mi padre á la ventana, y preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—¡Soy yo, padre mío!

—¡Felipe! ¿Y no venís solo?

—No, me acompaña lord Rothwell, que quiso venir conmigo.

A pesar de su asombro, nos dió la bienvenida, y mientras la señora Lee preparaba la comida, su-

himos á nuestros cuartos á reparar el desorden del traje. Abrí la ventana, y el ruido de las olas que se estrellaban en la playa, despertó en mi memoria muchísimos recuerdos, dándome el aire salino fuerza y energía, y considerándome muy dichoso al verme en la casa en la que había pasado mi infancia. La satisfacción contribuyó á aguzar mi apetito. Habíame entregado mi padre la llave de la bodega para ir á buscar vinos finos, y al subir la escalera se me figuró oír que lord Rothwell y él sostenían una discusión muy animada.

—¡Os juro que me escucharéis, aun cuando para lograrlo tenga que estar aquí hasta el día del juicio!—decía el primero.

Semejante amenaza, y el tono con que fué pronunciada, no era el mejor camino para vencer la obstinación de mi padre. Después de comer, éste y su huésped fuéronse á fumar á la biblioteca; antes de separarnos, el segundo me dijo:

—No os dejaremos solo mucho rato, Felipe; pues yo vendré á buscaros. Si habéis rezado alguna vez, rezad porque esta noche concluya con bien.

Iba, pues, lord Rothwell á hablar por mí; pero por desgracia, no era su fuerte la diplomacia. Quedéme solo en el comedor, y me llamó la atención lo mucho que duraba su conversación: en seguida me acordé de Claudina, luego del capitán Chesham y de la eventualidad de matarle ó de que me matase. Tenía yo reputación de ser un buen tirador de pistola; pero no es lo mismo ir al blanco, que al terreno del duelo. Si Chesham me hería mortalmente, contaba que lord Rothwell me vengaría. El cansancio pudo más que mis fuerzas, y me quedé dormido en el comedor, cuya puerta quedara entreabierta. De pronto me despertó la voz de lord Rothwell, al que oí decir á mi padre:

—¿Me lo juráis por vuestro honor?

—¡Sí, os lo juro!

Vino lord Rothwell á buscarme, y su fisonomía revelaba intensa emoción.

—¡Dios mío!—exclamé.—¿Se ha negado á dar crédito á vuestras palabras?

—Hay circunstancias en las que, cueste lo que cueste, no hay más remedio que darse por vencido ante la evidencia.

—Es muy justo, tanto más, cuanto que Guillermo Norris, mi padre, es el honor personificado.

—Vuestro padre, sir Laurencio Estmere, ya no podrá dudar nunca de la inocencia de su esposa.

—No comprendo nada del significado de vuestras palabras, lord Rothwell.

—Os repito una vez más que sir Laurencio Estmere es vuestro padre. Si di una importancia tan grande al papel que debíais desempeñar en este asunto, es porque por una parte se trataba de lady Estmere, vuestra madre, y por la otra me pareció necesario convenceros de que sir Laurencio, vuestro padre, al que juzgábais con excesiva severidad, es más digno de lástima que de vituperio. En cuanto al interés de que os di repetidas pruebas desde el día en que os conocí, se funda en el amor que en pasados tiempos profesé á vuestra madre. Tratándoos y conociendoos cada día más á fondo, el interés transformó en simpatía, y la simpatía en durable y cordial amistad.

Una luz repentina iluminó mi espíritu, y no obstante mi fuerza física y moral, me desmayé.

## XXV

Frotóme lord Rothwell las sienes con vinagre, y al cabo recobré el sentido. Lo primero que hice fué echar á andar precipitadamente hacia la puerta. Cogiéndome del brazo, me detuvo, preguntándome:

—¿A dónde vais?

—En busca de mi madre.

—Calmaos, Felipe.

—¡Dios santo! ¿A qué tanto misterio? ¿Por qué haberme ocultado durante tanto tiempo el verdadero nombre de mi padre?

—Por muchas razones. Al día siguiente de bairse Chesham con sir Laurencio, éste se marchó á Londres, y durante doce años, nadie, á excepción hecha del señor Grace, supo á dónde había ido. No habréis olvidado las circunstancias inesperadas que me hicieron encontrar á vuestro padre y conocer al capitán Felipe. En vano quiso sir Laurencio hacerse el desconocido, porque una cicatriz que tenía en la mano no me dejaba la menor duda acerca de su identidad. Habiéndome manifestado el deseo de celebrar una entrevista reservada, durante la cual nadie había de interrumpirnos, le dije en ella que la irreprochable conducta de su esposa desde aquel día en que se habían separado, constituía una prueba fehaciente de cuán injustas eran las persecuciones de

que había sido víctima. Reproché también á vuestro padre la clase de vida que os imponía: «Un joven — me respondió, — no pierde nada por creer que su posición es más modesta de lo que efectivamente lo es.» Le indiqué que iba á decirselo todo á lady Estmere, y me respondió: «Si me dejan en paz aquí, no atentaré á la libertad de nadie; pero si me molestan, pediré el divorcio.» Confíando en que la casualidad acudiría cualquier día en nuestro auxilio, me comprometí á no revelar su secreto. ¿Quién hubiera podido prever que el capitán Felipe iba á ser el *Deus et machina* de este fatal enredo?

Apenas oí las palabras de Rothwell, no tenía más que un deseo: el de ir á abrazar á mi madre.

—En vuestro lugar — me dijo, — pensaría antes en mi padre.

—No quiero volverle á ver hasta que haya reparado todos sus yerros cometidos con la más buena de las mujeres.

—Sabéis mejor que nadie que hubo un error; ¿no le oísteis hace un momento darme su palabra de honor? Pues bien, amigo mío — añadió lord Rothwell bajando la voz, — me la daba de no atentar contra su vida hasta que yo volviese á su lado.

—¿Y tuvisteis valor para dejarle á solas un solo instante? — exclamé. — ¡Por favor, venid! Cuando sir Laurencio Estmere da una palabra, se puede contar con ella. Dejadme pasar delante.

Le encontramos en su despacho ante su mesa, teniendo en una mano un retrato y en la otra una pistola, que Rothwell le arrancó de la mano con un rápido ademán. Me arrojé á sus pies, y mi padre me estrechó con ternura entre sus brazos, diciéndome:

—No temáis nada, Felipe.

—¡Por favor, amadme como siempre lo hicís-

teis! Vuestro nombre es sir Laurencio Estmere.

—¿Se lo dijisteis todo á Rothwell?

—Absolutamente todo.

—Entonces no me queda más que hacer que pedir á mi hijo indulgencia y perdón.

—No tengo que perdonar nada, padre mío; pero mi madre, mi desgraciada madre... ¡Ah! ¡Qué engaño más cruel sufristeis!

De pronto se estremeció mi padre, colocó el retrato sobre su corazón, y murmuró con voz débil:

—Mis fuerzas están agotadas; hasta mañana, hijo mío, hasta mañana, amigo mío. Y á propósito: ¿en dónde está ese canalla de Chesham?

—¡En Mónaco! — respondí.

Lord Rothwell frunció el entrecejo, y yo me apercibí, aunque tarde, de que debía haberme arrancado la lengua antes de hablar.

—Buenas noches — repilió mi padre.

—Permitidme, amigo mío, que pase la noche á vuestro lado — le dijo lord Rothwell.

—De muy buena gana; por más que no haya necesidad de esa precaución.

Solicité de mi padre el mismo favor; pero se negó, diciéndome:

—No temáis nada, hijo mío; hace veinte años que mis manos no han tocado una navaja de afeitarse.

Retiréme á mi cuarto, y abriendo la ventana, apoyéme en el antepecho, sumido en mis reflexiones. En mi imaginación anticipaba el día en que sir Laurencio, su esposa y sus hijos, se encontrarían reunidos en Estmere Court, y en el que el vetusto castillo, durante tanto tiempo desierto, se llenaría de seres vivientes. A pesar de lo incierto que se presentaba el porvenir, creí que bien podía permitirme el pintarlo de color de rosa. Una ó dos veces, durante la noche, fuíme á escuchar á la

puerta del cuarto de mi padre, y no oyendo ningún ruido sospechoso, deduje que se había quedado dormido. Estaba dormido de cansancio, y me dormí, y no me desperté hasta las tres de la madrugada. A aquella hora soplaba una fresca brisa del Este, y ligeras nubes pasaban y repasaban delante de la luna, cuya luz plateada riellaba sobre la cresta de las olas movedizas. De pronto oí ruido en la playa; estaban botando al agua alguna embarcación. Poco después oí ruido acompasado de los remos al chocar en el agua y vi la gran vela blanca de la embarcación que rozaba el agua lo mismo que las alas de un ave marina de gran tamaño. A la mañana siguiente bajé al comedor á las ocho, en donde, al poco rato, se reunió conmigo lord Rothwell. Mi padre, de ordinario tan madrugador, no se había presentado aún. Apoderóse de mí vivísima inquietud, y la fisonomía de mi amigo me reveló que tampoco estaba tranquilo. Sin decirnos una palabra, salimos juntos del comedor y nos dirigimos al cuarto de mi padre; llamé á la puerta; no me respondió nadie; presintiendo una desgracia, empujé la puerta y entré el primero.

Una sola ojeada me bastó para convencerme de que aquella habitación no había sido teatro de ninguna catástrofe, pues hasta la cama estaba sin tocar. La señora Lee abrió el armario, y vió que faltaba alguna ropa y un saco de noche. Este hecho parecía indicar que al abandonar mi padre á Torwood, no lo hacía con intención de atentar á su vida. Estaba yo persuadido de que se había marchado á Londres, mientras que lord Rothwell sostenía que se dirigía á Mónaco. Poco después, averiguamos que mi padre había salido de Torwood á las tres de la madrugada, dirigiéndose á la estación de Minehead. Ni un instante vacilamos en reunirnos con él; pero no habiendo encon-

trado ni barco ni coche, nos vimos obligados á recorrer á pie aquel trayecto, de manera que mi padre nos llevaba una ventaja de veinticuatro horas. En cuanto llegamos á Londres, fuimos á visitar al señor Grace, del que no podíamos obtener más noticia que la de que su cliente había ido á verle para pedirle un talón de quinientas libras.

Al salir de casa del señor Grace, me dijo lord Rothwell:

—¿Qué demonio vamos á hacer nosotros en Mónaco?

—Impedir el desafío entre mi padre y Chesham, si es que llegamos á tiempo.

—Lo que es esta vez, será un duelo á muerte.

—En una época tan degenerada como la nuestra, generalmente no se es tan feroz. Si Chesham sale sano y salvo, yo le desafiaré á mi vez.

—Si por desgracia vuestro adversario os hiriere mortalmente, podéis contar conmigo para vengaros—respondió lord Rothwell.

Con tres hombres tan determinados, podía decirse que estaban contados los días de Chesham.

Llegamos por la tarde á Mónaco; dimos orden para que nos reservasen dos habitaciones en un hotel, y nos marchamos inmediatamente á Montecarlo. A la hora en que llegamos, la casa de juego estaba aún abierta, y teníamos la seguridad de encontrar en ella á Chesham y á mi padre,

Lord Rothwell, que no estaba al abrigo de las humanas debilidades, conocía á fondo todos los usos y costumbres de la localidad. Después de cumplir con las formalidades de costumbre, entré por vez primera en el gigantesco establecimiento del señor Blanc. Fuimos recorriendo todos los salones y examinando á los jugadores que rodeaban las mesas del treinta y cuarenta y de la ruleta, y no encontramos ni á Chesham ni á mi padre. Al poco rato se nos acercó un amigo de los dos, cuyo rostro radiante era el de un hombre dichoso.

—¡Qué! ¿Venís á probar fortuna?—nos preguntó.

—Esta noche no. Por ahora no hacemos más que mirar.

—He tenido una suerte extraña, inaudita, y mis bolsillos están llenos de billetes de banco y de monedas de oro. ¿Por qué no habéis llegado antes? Habríais visto á Chesham perder hasta el último penique.

—¡Será posible!

—No le queda ni una corona. Al principio jugó con una fortuna fabulosa; pero al poco rato llegó un individuo que se sentó enfrente de él y que, al parecer, le llevó la mala sombra. Estaba yo sentado al lado de Chesham para enterarme mejor de sus jugadas.

—¿Quién era ese individuo?—pregunté.

—Lo ignoro. Tenía muy buena presencia, y por su aire distinguido parece debía pertenecer á la alta sociedad. No sé por qué, se me figura que le he visto en alguna parte; pero no puedo decir en dónde. No se movió de su sitio, fijando sus miradas en Chesham, y jugando de vez en cuando. La influencia fatal del recién llegado sobre el jugador inveterado se afirmó bien pronto.

—¿Dirigió la palabra al capitán?

—No. Chesham perdió, no sólo lo que había ganado, sino además todo lo que llevaba encima.

—¿Cuánto tiempo hace que abandonó la sala de juego?

—Una media hora, y su mal augur se marchó al mismo tiempo.

Hablando de todo, nos dijo el afortunado jugador el nombre del hotel en que se había hospedado Chesham. Daban las once cuando salíamos del casino, y al pasar por delante de otra sala de juego, oímos el ruido que hacía el oro al chocar con la raqueta del grupier.

—Vamos, Felipe—me dijo lord Rothwell,—quisiera saber si sois ó no hombre de buena estrella. Tomad, entrad y jugad esos cuatro napoleones, y si no, mejor es que lo pongáis de vuestro bolsillo.

Obedecí, y en un momento gané cuarenta.

—Ahora jugadlo todo al rojo—me indicó.

—Como lo mismo daba ganar que perder, lo hice así, y gané ciento cincuenta napoleones.

—¡Animo! ¡Adelante!

Seguí jugando un rato, y me retiré del salón llevándome veinte mil francos, que decidí emplear en alhajas para Claudina.

—Está visto—dijo lord Rothwell,—que la suerte os favorece, y esto es un gran presagio.

Desde allí fuimos directamente al hotel en que se hospedaba Chesham, y nos dijeron que después de pagar la cuenta y decir que volvería muy pronto había tomado un carruaje, dirigiéndose á Niza. No era explicable semejante paseo á aquellas horas; pero un duelo también parecía insólito. Como lord Rothwell no participaba de esa opinión, á nuestra vez nos encaminamos á la carretera de Niza. La luz de la luna, que tenía á aquellas horas mucha intensidad, nos permitió dis-



tinguir con bastante claridad, como si fuese de día, las casas, árboles y vallas. En rigor, no había inconveniente en batirse en una noche tan clara. Recorrimos unos cinco kilómetros sin encontrar más que un carruaje desocupado. Interrogamos al cochero, que nos manifestó que acababa de dejar á un viajero que había tenido la extraña idea de continuar el viaje á pie. Después de pagar generosamente al nuestro, lord Rothwell me dijo:

—Han debido internarse en ese sendero; dirijámonos á la playa.

Con el objeto de poderlos vigilar mejor, subimos á lo alto del acantilado, y desde allí vimos dos hombres, uno de ellos de elevada estatura, el otro más bajo; este último se apoyaba en un bastón. No podíamos dudar, era mi padre y Chesham.

—¡A Dios gracias, hemos llegado á tiempo!—exclamé.—Yo seré el que se bata con el capitán, pues fuí el que le provoqué primero!

—Os prohibo que os mováis. No tenéis el derecho de disputar á vuestro padre el placer de vengarse.

—¡Dejadme, ó doy un grito que les indicará que están descubiertos!—dije; y en el mismo momento mi compañero me tapó la boca con la mano.

En aquel instante se inclinó mi padre y dejó una cosa blanca sobre la arena, y debió decir algo á Chesham, porque éste hizo un signo de asentimiento. Ni el uno ni el otro sospechaban que la casualidad les había proporcionado testigos.

Temblaba todo mi cuerpo á impulsos de la emoción que me dominaba, y á cada momento creía oír el estampido de la pistola de Chesham y ver caer á mi padre, rígido, muerto. Si semejante desgracia llegase á suceder, no perdonaría en la vida á lord Rothwell el haberme obligado á desempeñar un papel pasivo. Mi padre conservó una

calma imperturbable; le apuntó Chesham, se oyó la detonación, ¡bendito sea Dios! Su adversario estaba ileso. Por primera vez admiré la sangre fría de Chesham, que en aquel momento tan supremo estaba tan tranquilo como si no tuviese sobre su conciencia nada que reprocharse. Adelantó mi padre dos pasos, sonó el disparo, y Chesham cayó para no levantarse más. Hubiera querido ir en busca de mi padre; pero lord Rothwell me lo impidió, diciéndome:

—Perdonadme si os impongo mi voluntad; pero debéis tener presente que el derecho de vengarse y de castigar pertenecía á vuestro padre.

—¿Qué irá á hacer? ¿Qué va á ser de él?

—¿No oís galopar un caballo? Pues eso indica que vuestro padre había previsto que debía regresar.

Chesham, como hemos visto, no tenía tanta confianza en la suerte de las armas. Dejamos á la víctima en el sitio en que había caído mortalmente herida, y teniendo aún en la mano contraída, helada, una pistola. Recogió lord Rothwell la otra y la arrojó con toda su fuerza al mar, en cuyo fondo puede estar hasta la consumación de los siglos.

—Alejémonos de aquí, porque nuestra presencia puede despertar sospechas.

—¿Y qué hacer con el cadáver de ese miserable?

—El hijo de sir Laurencio Estmere no tiene para qué ocuparse de eso.

Regresamos á Mónaco, y temblé por mi padre, temiendo miedo de que le detuviesen acusándole de haber cometido un asesinato, en cuyo caso sería irremisiblemente condenado. El propietario de uno de los hoteles de segundo orden de Mónaco, nos contó que la tarde anterior un viajero ha-

hía alquilado un caballo, y que para hacer frente á cualquier eventualidad, depositó su valor en poder del propietario. Era una idea muy rara, mas, tratándose de ingleses, que son tan originales y excéntricos, no debía chocar nada. Con objeto de no despertar sospechas, lord Rothwell creyó que debíamos permanecer cuarenta y ocho horas más en Mónaco.

—Una vez ya que la suerte de vuestro padre no nos puede inspirar ningún temor, dejémosle que se mueva con entera libertad.

Para distraer mis cavilaciones, probé la suerte otra vez, y no me fué favorable, porque me aligeraron el bolsillo. Después de marcharnos nosotros, encontraron el cadáver de Chesham, y los hechos hablaron por sí solos. El cadáver de un jugador arruinado que tenía en la mano una pistola con sus iniciales, era un hallazgo que hacía poco favor al establecimiento del señor Blanc; así que se procuró echar tierra al asunto, y el entierro de Chesham se verificó sin que llamase la atención de nadie. Como no tenía herederos, al poco tiempo nadie se acordaba de él.

## XXVIII

Tenia por seguro lord Rothwell que el día de la reconciliación seguiría de cerca al de la venganza, y que en llegando á Londres sabríamos por conducto del señor Grace, que la reunión de mis padres era un hecho consumado. Habría desea-

do poder participar de esa esperanza, mas el estado mental de mi padre no dejaba de inspirarme serias inquietudes. Se había alejado sin detenerse á averiguar si su adversario estaba vivo ó muerto, y lord Rothwell me decía que en caso semejante habría obrado del mismo modo. El señor Grace no sabía ninguna noticia, y en su vista te legrafíé á lady Estmere como si desease saber noticias de su salud. Su contestación: «Sigo bien no ocurre ninguna novedad,» me probó que no había oído hablar de nada. Volvimos á casa del señor Grace, y mientras estábamos hablando con él, recibió un telegrama que decía lo siguiente: «Acaba de llegar á Douvreshouse sir Laurencio Estmere, parece enfermo y dominado por extraña excitación.» Inmediatamente nos pusimos en camino para reunirnos con él. Al enterarse de que yo era el hijo mayor de sir Laurencio, quedóse asombrada la señora Payne, que nos contó lo siguiente:

—En cuanto llegó á Estmere Court, se dirigió sir Laurencio precipitadamente á la habitación de lady Estmere, preguntando si ésta se hallaba allí.

Al oír mi respuesta negativa, me dijo que quería marchar á Douvreshouse, y mandó que le ensillasen un caballo. El mayordomo fué tras él, y me llevó á mí. El castellano daba órdenes y más órdenes, como si en la casa hubiese más de doce criados. Con la ayuda de una mujer de allí, preparé la comida. Mientras tanto, el señor Blac se fué á buscar al baronet al Parque, y cuando entró en el corredor le rogué que me dispensase por la pobre comida que tenía que servirle. Me mandó que pusiese un segundo cubierto para lady Estmere, que debía llegar de un momento á otro. Indudablemente, sir Laurencio pensaba pasar la noche en Douvreshouse, y tuve que

hía alquilado un caballo, y que para hacer frente á cualquier eventualidad, depositó su valor en poder del propietario. Era una idea muy rara, mas, tratándose de ingleses, que son tan originales y excéntricos, no debía chocar nada. Con objeto de no despertar sospechas, lord Rothwell creyó que debíamos permanecer cuarenta y ocho horas más en Mónaco.

—Una vez ya que la suerte de vuestro padre no nos puede inspirar ningún temor, dejémosle que se mueva con entera libertad.

Para distraer mis cavilaciones, probé la suerte otra vez, y no me fué favorable, porque me aligeraron el bolsillo. Después de marcharnos nosotros, encontraron el cadáver de Chesham, y los hechos hablaron por sí solos. El cadáver de un jugador arruinado que tenía en la mano una pistola con sus iniciales, era un hallazgo que hacía poco favor al establecimiento del señor Blanc; así que se procuró echar tierra al asunto, y el entierro de Chesham se verificó sin que llamase la atención de nadie. Como no tenía herederos, al poco tiempo nadie se acordaba de él.

## XXVIII

Tenia por seguro lord Rothwell que el día de la reconciliación seguiría de cerca al de la venganza, y que en llegando á Londres sabríamos por conducto del señor Grace, que la reunión de mis padres era un hecho consumado. Habría desea-

do poder participar de esa esperanza, mas el estado mental de mi padre no dejaba de inspirarme serias inquietudes. Se había alejado sin detenerse á averiguar si su adversario estaba vivo ó muerto, y lord Rothwell me decía que en caso semejante habría obrado del mismo modo. El señor Grace no sabía ninguna noticia, y en su vista te legrafíé á lady Estmere como si desease saber noticias de su salud. Su contestación: «Sigo bien no ocurre ninguna novedad,» me probó que no había oído hablar de nada. Volvimos á casa del señor Grace, y mientras estábamos hablando con él, recibió un telegrama que decía lo siguiente: «Acaba de llegar á Douvreshouse sir Laurencio Estmere, parece enfermo y dominado por extraña excitación.» Inmediatamente nos pusimos en camino para reunirnos con él. Al enterarse de que yo era el hijo mayor de sir Laurencio, quedóse asombrada la señora Payne, que nos contó lo siguiente:

—En cuanto llegó á Estmere Court, se dirigió sir Laurencio precipitadamente á la habitación de lady Estmere, preguntando si ésta se hallaba allí.

Al oír mi respuesta negativa, me dijo que quería marchar á Douvreshouse, y mandó que le ensillasen un caballo. El mayordomo fué tras él, y me llevó á mí. El castellano daba órdenes y más órdenes, como si en la casa hubiese más de doce criados. Con la ayuda de una mujer de allí, preparé la comida. Mientras tanto, el señor Blac se fué á buscar al baronet al Parque, y cuando entró en el corredor le rogué que me dispensase por la pobre comida que tenía que servirle. Me mandó que pusiese un segundo cubierto para lady Estmere, que debía llegar de un momento á otro. Indudablemente, sir Laurencio pensaba pasar la noche en Douvreshouse, y tuve que

dedicarme á arreglar su habitación. Entretanto, iba, venía, se asomaba á las ventanas, á la escalinata y miraba fijamente hacia el camino, ¡y lady Estmere sin aparecer! Durante la noche me pareció que oía hablar á sir Laurencio, y me atreví á entreabrir la puerta de su cuarto. Se paseaba y pronunciaba palabras incoherentes como hombre presa de delirio. Fué preciso acostarle y enviar en busca del médico. En este estado de cosas, dijo el señor Blanc que debía avisar al señor Grace, y le mandó un telegrama. El médico nos dijo que mi presencia y la de lord Rothwell, tal vez podría producir muy buen efecto sobre mi padre y servir de derivativo á sus tormentos. Sin pérdida de tiempo nos dirigimos al cuarto del enfermo, la mirada de éste tenía extraordinario fulgor, y su agitación era muy grande y de mal agüero. Antes que á nadie, dirigióse á lord Rothwell, diciéndole:

—¿Y mi mujer, Frank? ¿En dónde está?

—No se hará esperar, amigo mío.

—¿Por qué, Dios mío, habré estado tanto tiempo separado de ese ángel de candor y de bondad! ¡Margarita! ¡Esposa mía! ¡Ojalá lleguéis aún á tiempo!

—¿Me reconocéis, padre mío?—pregunté.

—Sois mi hijo mayor; pero es á mi esposa á la que quiero ver... Margarita, venid—dijo con acento de inefable ternura.—Por favor, hijo mío, os pido que vayáis inmediatamente en busca de vuestra madre.

—¿Quién sabe si vendrá?—murmuré.

—Vendrá, amigo mío, ó ha dejado de ser la mujer que yo conocí—me dijo lord Rothwell en voz baja.

—¿Qué estáis diciendo ahí en voz baja?—preguntó mi padre.—¿Dios mío! ¿Queréis robármela,

Frank? Porque sé que la amasteis, por más que nunca me lo dijisteis.

—Idos, Felipe; marchad en seguida á buscar á lady Estmere.

—¿Quién es Felipe? Mi hijo mayor se llama Laurencio. El menor es demasiado joven; es Laurencio el que debe encargarse de la misión.

—Tened calma y paciencia, amigo mío.

—Se me acaba ya. Margarita, venid por favor, ¡tened compasión de mí!

Habiéndome enterado mal de las horas de los trenes, no llegué á Dovertshire hasta el día siguiente á media noche. Por más que todos estaban descansando, no vacilé ni un solo momento, y llamé. Quitar las barras de hierro y descerrar los cerrojos fué cuestión de un momento. Un criado sacó la cabeza por el vano de la puerta y me preguntó qué deseaba á aquellas horas, y respondí que necesitaba ver en seguida á lady Estmere para darla una noticia de gran importancia. Cogió el criado mi tarjeta y me hizo pasar á la antesala, rogándome que esperase. Al poco rato se presentó mi madre, vistiendo una elegante bata de terciopelo gris. Llevaba el abundoso cabello blanco recogido en lo alto de la cabeza. La inquietud que experimentaba contribuía á que su fisonomía pareciese más interesante. Nunca se me figuró que fuese tan hermosa como lo parecía en aquel instante. Al fin iba á poderla decir que yo era su hijo primogénito. Al verme, exclamó:

—¿Felipe, y á estas horas!... ¿Qué sucede? ¿Valentín? ¿Claudina?

—Valentín y Claudina, querida Estmere, están sin novedad.

—Habiéndome tranquilizado respecto á ese punto, no hay nada que no pueda escuchar sin temor; pero, ¿por qué estáis tan agitado? ¿Qué tenéis que decirme?

—Sentaos—contesté, ocupando un sitio á su lado en el sofá y teniendo entre las mías una de sus manos.—Os traigo noticias que son á la vez buenas y malas, y es urgente que os enteréis de ellas en seguida. La persona que me envía os inspiró en otro tiempo gran pasión; después os ofendió gravemente, y hoy implora vuestro perdón.

—Hay afrentas que no se olvidan nunca.

—Enviado por sir Laurencio Estmere, soy portador de un mensaje de paz. Sabe que sospeché injustamente de vos, y que fué víctima de un infame.

—¡Ah! ¡De veras! ¿Conque sabe eso?—dijo mi madre con acento de indescriptible desprecio.—¿Y es á vos á quien envía? Había confiado en que si algún día Dios le iluminaba, fuese él mismo el que viniese en persona á solicitar su perdón. No puedo consentir que sir Laurencio encargue á un extraño semejante misión.

—Habiendo sido yo el que contribuí á reunir las pruebas de su error, me escogió como parlamentario. Sir Laurencio está plenamente convencido de vuestra inocencia. La confesión hecha por una de vuestras criadas en su lecho de muerte, no pueden dejar duda ninguna acerca de ese particular.

—Os agradezco muchísimo vuestro gran deseo, señor Norris; pero no acepto vuestra intervención. Sir Laurencio debió haber descubierto en persona todo eso que conseguisteis averiguar. Dejemos ese asunto, porque seguir discutiéndolo sería completamente inútil. Voy á dar órdenes necesarias para que os dispongan una habitación.

—Soy además portador de otras noticias no menos extraordinarias. Sabed, pues, que he visto á vuestro hijo Laurencio.

—Valentín es el único hijo que reconoce mi corazón,

—Hay otro que os amará tanto como Valentín. Hasta aquí la ternura filial le estuvo negada, porque ignoraba que existiese su madre, y sólo desde pocos días á esta parte no ignora que vive. Ese hijo lleva un nombre falso, que no es el suyo. ¡Dios mío! ¿No lo adivináis? Si sir Laurencio me envió á buscaros, es porque soy vuestro hijo. ¡Querredme y bendecidme, madre mía—dije, arrodillándome á sus pies.

Al oír mis últimas palabras, lady Estmere se desmayó. Quise ser el único en prestarle los cuidados necesarios, y humedecí su frente con agua fría. A los pocos minutos exhaló un profundo suspiro, y abrió los ojos. La alegría que se desbordaba en mi corazón, me impidió hablar, y casi llegué á olvidar á aquel cuya vida dependía de la resolución de mi madre.

—¡Por Dios santo, veníos en seguida conmigo á Douvreshouse! Venid al lado de mi padre, cuya vida está en peligro. En medio de su delirio habla sin cesar de vos, pidiendo noche y día á Margarita.

—¡Cielos! ¡Enfermo! ¡Ah! ¡Esto es demasiado! ¡Hablad, hijo mío, hablad!

—Al saber la verdad, mi padre no pudo soportar con resignación el pensamiento de haberos hecho sufrir tormentos que no merecíais, y se excitó tanto, que se le presentó una fiebre cerebral. El médico dice que el único medio de conjurar el peligro es vuestra presencia á su cabecera; ¿os negaréis, amada madre mía, á acompañarme á Douvreshouse?

Por toda respuesta me preguntó mi madre á qué hora podríamos emprender el viaje. Después de prodigarme sus caricias, me acompañó á mi cuarto, y en él se arrodilló para dar gracias á Dios por haberla devuelto un hijo y un marido, pidiendo al Altísimo protección para todos.

—¿Perdonasteis, madre mía?—la pregunté cuando se levantó.

—Sí, hijo mío; mi corazón encontró para vuestro padre los sentimientos que en otro tiempo le animaban.

A la mañana siguiente, mi madre fué la primera que me saludó, y después me presentó á sus amigos. Sus palabras revelaban su orgullo, satisfacción y alegría. Nos pusimos en camino de Douvreshouse, y durante el viaje, quise contarla detalladamente todo lo que sabía; pero, ¡oh maravillosa potencia del amor femenino! había perdonado y no quería ocuparse del pasado. Cuanto más nos acercábamos á Douvreshouse, más grande era la emoción que dominaba á mi madre; de sus ojos desprendíanse abundantes lágrimas. Al llegar á nuestro destino, apeóse con mucha ligereza del coche. En la escalinata la estaba esperando lord Rothwell, al que, al darle la mano, le dijo:

—Vuestras predicciones se cumplieron, mi fiel y antiguo amigo. Acompañadme al lado de mi marido.

La radiante fisonomía de lord Rothwell probóme que al cabo recogía el fruto de largos años de confianza y esperanza. Abrióse la puerta, y mi madre se acercó muy despacio al lecho que mi padre descansaba profundamente dormido. Besóle en la frente; abrió él los ojos, levantó la cabeza y exclamó, echando los brazos al cuello de su esposa.

—¡Margarita! ¡Amada de mi alma! ¡Qué crueles fueron para mí los años que pasé sin veros!

Arrodillóse mi madre á la cabecera del lecho, y apoyó su hermoso rostro al de su esposo, y lord Rothwell, cogiéndome del brazo, me hizo salir de la habitación, con voz que entrecortaba la emoción, me dijo

—Creo que en adelante sólo la muerte podrá separar á sir Laurencio de su esposa. A pesar de la incoherencia de las palabras de mi padre, el médico me tranquilizó.

—¿Habla de Chesham, ó de Mónaco?

—Diríase que algunos sucesos no hicieron mella en él, pues no conserva ningún recuerdo. Se cree que vino directamente desde Torwood á Douvreshouse.

—Más vale así—respondió.—¡Quiera Dios que su convalecencia sea el prólogo de una nueva fase de su vida!

Mi madre se reunió con nosotros, diciéndonos que mi padre descansaba y que nos deseaba pasásemos buena noche. Su rostro revelaba una dicha inefable. La prometí marcharme al día siguiente á primera hora en busca de Valentín. Dióme las gracias con un movimiento de cabeza, y luego volvióse al lado de mi padre, al que dijérase no quería abandonar ni un sólo instante.

Llegué á Mirfield á eso de las doce. Iba persuadido de antemano de que Valentín, lo mismo que los demás invitados de sir lord Rothwell, debían estar cazando. Los encontré, en efecto, reunidos en la orilla de un camino, alrededor de un cesto de provisiones. Vigor, dotado como siempre, de apetito de mozo de labranza, atacaba con furia á un monumental pastel de liebre. Al ver que me acercaba, Vigor, Stanton y Valentín se levantaron como un solo hombre, lanzando al aire alegres hurras. Estreché la mano de Valentín, al que la alegría de verme hizo olvidar sin duda nuestra última discusión.

—¡Ah! ¿Qué diablos trae aquí al valiente capitán Felipe?—dijo Vigor.

—Confío en que nos traeréis noticias de lord Rothwell, y que nos diréis si se marchó ó no á la Patagonia ó al Africa, ó si no os encargó que nos manifestaseis que éramos los amos de su casa.

—¡Qué! ¿No os mandó directamente noticias suyas?—pregunté.

—No; se marchó sin decir esta boca es mía apenas si se tomó algún tiempo para estrecharnos a mano; pero su mirada, cuando se separó de nosotros, tenía una expresión singular cuando se fijó en Valentín.

—Palabra de honor—dijo á su vez Stanton,—que no comprendo por qué Valentín puede inspirarle tantas simpatías.

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Muchas gracias!—respondió el aludido, echándose á reír.

—Pues la verdad es que me envió para que me llevase á Valentín.

—¡No lo permitiremos! Sentaos y participaréis de nuestro festín.

Se habló mucho y se rió mucho también, estando todos persuadidos de que yo iba para participar de los placeres de la caza. Al terminar el almuerzo, me preguntaron en dónde tenía la escopeta, y respondí que había ido, no á cazar, sino á ver á Valentín.

—Pues bien, ya veis que no le ocurre ninguna novedad, y que está tan hermoso y seductor como siempre. Las mujeres del país están todas enamoradas de él, y pasan el tiempo procurando conquistarle; y tanto es así, que el otro día á poco más pego un tiro á una muchacha que se había emboscado tras unas matas sólo por ver pasar á este Adonis. Tomé las plumas del sombrero de la hermosa por las de un faisán.

—¡Bromista! ¡Siempre igual!—exclamó Valentín.

Supliqué á éste que me acompañase hacia la casa, y le conté suficientemente cuanto había hecho desde que nos vimos por última vez. Al saber que yo regresaba de Mónaco, me dijo con acento de pesar:

—Dicho se está que entonces habréis jugado,

—Sí por cierto, sólo que en esta ocasión gané veinte mil francos.

—No puedo decir sino que tanto peor. Esa pasión por el juego es indigna de un hombre como vos, Felipe. Confío en que al menos no habréis estado en compañía de Chesham.

—No; fui en la de lord Rothwell.

—¡Nuestro amigo! ¿Y qué demonios fué á hacer á aquella galera?

—Tal vez á satisfacer un antojo, un capricho. Vimos á Chesham en una mesa de juego.

—¿Y qué cara ponía?

—La más lastimosa del mundo. A las cuarenta y ocho horas le encontraron muerto en la playa.

—¡Muerto! ¡Y antes de retractarse de sus infames calumnias! ¿Cómo es posible que hayáis permitido que ese canalla se llamase amigo vuestro?

—Por lo que á mí hace, jamás le llamé así; si frecuenté su trato, fué con intenciones que vos debísteis adivinar. Hoy vengo á deciros lo que sé, y á pedir que me devolváis vuestra amistad.

—Jamás dejé de profesársela, Felipe. Procuré, lo confieso, poner una sordina en mi corazón; pero la amistad no se manda ni se gobierna.

—¿Tenéis para mí, Valentín, cariño de hermano?

—¿Y cómo puedo saberlo puesto que hasta ahora me fué negado el saber lo que es ese sentimiento?

## XXX

Al llegar al salón de fumar, sentóse Valentín en un sillón, y yo me quedé en pie á su lado.

—Adivino desde ahora lo que tenéis que decirme, que vuestro padre se arrepintió y que como consiente, fijasteis ya la fecha de vuestro casamiento.

—Nada de eso, vengo de casa de vuestra madre.

—¿Está enferma? ¡Hablad!

—No, al contrario, muy buena, y me encargó que paséis á su lado inmediatamente conmigo.

—¡Pobre madre! Parece que hace un siglo que no la he visto. Vamos, y puesto que, según dicen, lo que la mujer quiere, lo quiere Dios, marchemos mañana.

—No: mañana no, hoy mismo.

—Me asustáis, Felipe; ¿es cierto que está buena y que no le ocurre ninguna novedad?

—Es cierto.

—¿Está en Londres?

—No, no está en Londres, ¿no adivináis en dónde está?

—¿En Estmere Court?

—No, en Douvreshouse.

—¿Ha muerto sir Laurencio?



—No, vuestros padres se reconciliaron y están reunidos bajo el mismo techo.

—¿Cómo es posible que mi madre haya obrado de ese modo, y perdonado á quien tanto la ofendió?

—No sé lo que entre ellos haya podido pasar; lo único que hay es que la inocencia de lady Estmere es un hecho probado.

—¡Jamás necesitó pruebas la inocencia de mi madre! Contadme lo que sepáis.

Hícele un relato detallado de lo hasta entonces ocurrido, añadiendo que sir Estmere pedía que fuese.

—Obedeceré á mi madre; pero no accederé á los deseos de sir Laurencio.

—¡Ah! ¡No vayáis, Valentín, al encuentro de las decisiones de la Providencia, que nos tiene aún reservados días muy venturosos. Antes de que pase mucho tiempo, tendréis tanto cariño á vuestro padre como yo al mío. Además tenéis un hermano, amigo mío.

—Perdono á mi padre, porque como hijo tengo el deber de hacerlo. En cuanto á mi hermano, ya es otra cosa; á ese no pienso perdonarle en toda mi vida.

—Y sin embargo, ya está hecho.

—¿Cuándo?

—El día en que os acompañé a Torwood visteis á vuestro padre y hermano.

—¿Será posible!

—No somos amigos, Valentín, sino hermanos.

—¿Qué queréis decir? ¿No sois Felipe Norris?

—No; antes lo fuí. Ahora, mi padre, sir Laurencio Estmere recobró su verdadero nombre y yo el mío.

Al oír estas palabras, abrazóme Valentín exclamando:

—¡Esto es demasiado! ¿Por qué habérmelo estado ocultando durante tanto tiempo?

—Porque yo también lo ignoraba.

Le conté todo lo que ignoraba.

—¿Cómo! ¿Y fuisteis vos el que mató en duelo á Chesham?

—No.

—De todos modos, más vale así. Teniais, amigo mío, hermano mío, razón al decir que nos esperaban días muy venturosos, ¿cuándo nos vamos?

Al poco rato tomábamos asiento en un dogcart, y en el camino nos cruzamos con Vigor y Stanton.

—¡Alto y á tierra!—gritaron.

—¡No consentiremos que os llevéis á Valentín!

—¿Es un secreto?—me preguntó éste al oído.

—No.

—¡Eh! ¡Amigos! Permitidme que os presente á Laurencio Estmere, mi hermano—dijo Valentín.

—Deben estar algo alegrillos, y es una imprudencia permitir que se vayan solos—dijo Stanton á Vigor.

—Os juro por mi honor, que Felipe es mi hermano. Vamos ahora á Douvreshouse, en donde nos reuniremos con nuestros padres, con los que está lord Rothwell. Este regresará tal vez pronto á Mirfield, y os enterará de lo que hay acerca de tan misterioso asunto.

—Esperad un momento á que pongan en el coche una cesta de caza, porque una casa que se cerró hace veinte años, debe estar desprovista de todo—dijo Stanton.

Seguimos nuestro camino haciendo que el caballo tomase el trote largo. En la escalinata de Douvreshouse me estaba aguardando mi madre, que fijando en mí su mirada, exclamó:

—¡Bendito del Señor sea el día en que padre, madre é hijos se unieron bajo el mismo techo!

## XXXI

La enfermedad de mi padre, mental ó física, fué desapareciendo, y él mejorando lentamente. Muy pronto el médico le permitió salir de su cuarto y dar algunos paseos por delante de la casa. La primera entrevista de mi padre y de mi hermano fué á solas y sin testigos; pero este último me manifestó que sir Laurencio le había dicho que se consideraba muy dichoso al encontrar un hijo menor tan digno de él y de su raza, y que deploraba en el alma el cruel error que durante tantos años los había tenido separados, esperando que el porvenir sería una compensación de lo sufrido antes. Durante su convalecencia pidió sin cesar la compañía de Valentín, y lejos de tener yo envidia, alegrábame con sinceridad de que tal cosa sucediese. Mi hermano recobró muy pronto su natural jovialidad y la alegría, y esta disposición de ánimo fué la más á propósito para hacer desear sus preocupaciones ó ideas fijas al convaleciente.

Había yo escrito á Claudina para comunicarle el feliz resultado de mis investigaciones. Como ya he dicho antes que no era esta narración una historia de amor, me abstendré de reproducir esa carta.

Poco tiempo después, me presenté en Cheltenham,

y el sólo recuerdo de las gafas del general puso nervioso. Empecé por preguntar por la señorita Neville, á la que no tuve que esperar mucho tiempo en aquel salón célebre, tan impregnado de aroma de sándalo. Después de grandes efusiones de ternura y de alegría, la dí muchos detalles de todo lo que había ocurrido desde nuestra última entrevista. De los ojos de Claudina se desprendieron dulces lágrimas al enterarse de la reconciliación de su tía y de sir Laurencio, y de la instantánea ternura con que éste trataba á Valentín. El cambio que se había realizado en mi posición y en mi fortuna, no la produjo impresión alguna.

—En cuanto á mí—dijo,—no sabré amar más á Laurencio Estmere de lo que amé á Felipe Norris.

La dí gracias con un beso por tan amable cumplimiento.

—Ahora—añadió,—por más que seamos primos hermanos, las conveniencias exigen que nos entendamos con mi tutor y con mi tía Celina. No tenéis nada que temer del general, al que le he dicho que he roto mis relaciones con Felipe Norris, y que ahora deseo casarme con el hermano de Valentín, y esa noticia le puso muy contento.

El general, que me había recibido la primera vez en la penumbra de su salón, me dispensó esta vez una cordial acogida, y hasta me convidó á comer. La comida fué de las más agradables, por más que tuve que renunciar á algunos manjares condimentados en la India á lo que mi paladar no estaba acostumbrado. Con semejante régimen hubiera tardado muy poco en resentirme del hígado, y volverme atrabiliario como el general Gore. Este me dijo que en otros tiempos había conocido á mi padre; y de sobremesa nos quedamos los dos

charlando en el comedor, y el buen señor, aprovechó la ocasión para exponerme sus teorías acerca del matrimonio. Comparaba la mujer á un regimiento, al que hay que guiar; pero no seguir. Añadió que convenía hacer algo la vista gorda sobre pequeñas infracciones de la ordenanza, y mostrarse en cambio inflexible en la cuestión de principios.

—He de manifestaros—añadió,—porque me gusta jugar á cartas vistas, que Claudina rompió últimamente un cumplimiento matrimonial, al que yo me había opuesto de la manera más formal. Se trataba de un verdadero bohemio que decía apellidarse Norris; ¿oísteis alguna vez hablar de este apellido en el Devonshire?

Permanecí ocho días en Cheltenham, y durante ese tiempo me consideré más feliz que un rey. En cuanto el estado de su salud se lo permitió, emprendió mi padre un largo viaje al continente, acompañándole mi madre. A pesar de tener ésta todo el cabello blanco, estaba tan hermosa como una recién casada que va á emprender el viaje de boda. Cuando se lo dije, enrojeció y bajó los ojos. Quedó convenido que después de celebrarse el casamiento viviría en Estmere Court con mis padres.

Tanto Valentín como yo, nos ocupamos desde luego de dirigir los trabajos de restauración del vetusto castillo durante tanto tiempo deshabitado, poniéndolo en estado de que pudiese recibimos á todos. Allí encontramos verdaderos tesoros de objetos de arte, cuadros, vajillas de plata antigua, porcelanas, etc. Nuestros padres regresaron de su viaje para asistir á la celebración de nuestro casamiento, cuya ceremonia se verificó en Cheltenham asistiendo á ella sólo los más íntimos, después nos fuimos á pasar la luna de miel al país del sol y del cielo azul. Después de pasar algunas

semanas gozando de una dicha egofsta, regresamos á Estmere Court. Valentín salió á caballo á nuestro encuentro, y los castellanos nos esperaban al pie de la escalinata. Me pareció que al darme la bienvenida mi padre, demostró una ternura grande, como no la había visto jamás su antiguo compañero de las soledades de Torwood.

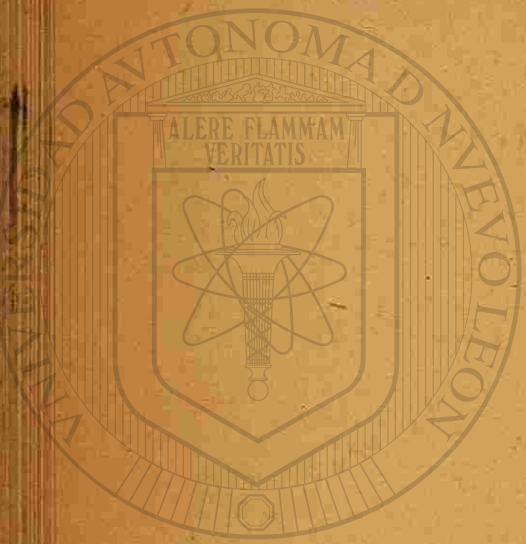
FIN

ANIL

UNIVERSIDAD ALMA MATER DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPORTANTÍSIMO

# LA MUJER, MÉDICO DEL HOGAR

POR LA EMINENTE DOCTORA

ANA FISCHER-DÜCKELMANN

Es la obra más importante y más útil de cuantas se han publicado hasta el día. Resulta imprescindible para toda mujer, amante de la familia, que desee criar hijos sanos y robustos. Habla extensamente de los cuidados que requiere la salud y de los indispensables para que la mujer pueda conservar largo tiempo la juventud y la belleza. Contiene instrucciones provechosísimas para el período del embarazo y los momentos críticos del parto. Da saludables consejos á los que deseen ardientemente tener hijos para que puedan conseguirlos, y enseña delicadamente los medios de no llenarse de ellos hasta el punto de hacer imposible la vida.—Con

## ❖ LA MUJER, MÉDICO DEL HOGAR ❖

puede prevenirse toda clase de enfermedades y cuidarse convenientemente á los enfermos. Con tanta sencillez como maestría instruye en las cuestiones más arduas de la vida, y su mérito y utilidad hacen que sea considerada en el extranjero como

## ❖ EL LIBRO DE ORO DE LA MUJER ❖

En Alemania, donde se han vendido ya más de 200.000 ejemplares, tienen este libro como indispensable prenda en el ajuar de toda mujer, y resulta el más preciado regalo de boda que puede hacerse á una señorita.

Hace tiempo venía sintiéndose la necesidad de un buen libro hecho por una mujer para la mujer, y la doctora Ana Fischer-Dückelmann, sapientísima médica, ha llenado este vacío.

## ❖ LA MUJER, MÉDICO DEL HOGAR ❖

forma un grandioso tomo de 850 páginas con 448 grabados en negro y 28 preciosas láminas en color; está impreso en magnífico papel y ha sido premiado con la

### — GRAN MEDALLA DE ORO —

en la Exposición de Leipzig, alcanzando tan alta distinción entre muchas obras de reconocido mérito.

Encuadernado en tela con plancha en colores: 30 pesetas

Hay ejemplares encuadernados en rica pasta española al mismo precio. Esta admirable obra va convenientemente encerrada en un estuche.

OBRAS DE VENTA

EN LA

Casa Editorial Maucci

**La guerra Ruso-Japonesa. — Port-Arthur**

● ● Por *Hesibo Tikovara*. — Un tomo. — Dos pesetas ● ●

**La guerra Ruso-Japonesa. — Del Yalú á Mukden**

● ● Por *Augusto Riera*. — Un tomo. — Dos pesetas ● ●

**La guerra Ruso-Japonesa. — De Mukden á la Paz**

● ● Por *Augusto Riera*. — Un tomo. — Dos pesetas ● ●

**Los tres Mosqueteros**

Por *Alejandro Dumas* (padre).  
Dos tomos. — A peseta el tomo

**Veinte años después**

Por *Alejandro Dumas* (padre).  
Dos tomos. — A peseta el tomo

**El vizconde de Bragelone**

Por *Alejandro Dumas*  
(padre). — Seis tomos.

● ● ● ● ● ● A peseta el tomo ● ● ● ● ● ●

**Viaje al Polo Sur**

Por *Otto Nordenskiöld*. — Dos tomos  
en rústica, 24 pts., en tela, 30.

**Lejos del terruño**

Por *Anibal Latino*. — Un tomo. —  
● ● ● Dos pesetas. ● ● ●

**Los Raros** Por *Ruben Dario*. — Un tomo ilustrado con retratos. — Dos pesetas.

**La Reina del Mercado** Por *Carolina Invernizio*. — Dos tomos. — A peseta cada uno.

**Amor triunfante** Por la misma autora. — (Segunda parte de *La Reina del Mercado*). — Un tomo:

● ● ● ● ● ● Una peseta ● ● ● ● ● ●

**Corazón de obrero** Por *Carolina Invernizio*. — Dos tomos: á peseta cada uno ● ●

**La pecadora** Por la misma autora. — Un tomo: una peseta ● ● ●

**Al borde del abismo** Por *Carolina Invernizio*. — Un tomo: una peseta ● ● ● ● ●

**Lazo funesto** (Segunda parte de *Al borde del abismo*). Por la misma autora.

● ● ● ● ● ● Un tomo: una peseta ● ● ● ● ● ●

**Aventurera** Por la misma autora. — Dos tomos: á peseta cada uno ● ● ● ● ●

**Heroísmo de una mujer** (Continuación de «Aventurera»). Por la misma autora.

● ● ● ● ● ● Un tomo: una peseta ● ● ● ● ● ●

**Cadena eterna** Por *Carolina Invernizio*. — Cuatro tomos:

1.º *La boda trágica.* | 3.º *Hija sin padres.*

2.º *La hija del cementerio.* | 4.º *El triunfo de la in ocencia*

● ● ● ● ● ● A peseta cada uno ● ● ● ● ● ●

**La baraúnda** Por *Jerónimo Robetta*. — Dos tomos: A peseta cada uno

